Cuentos

Hans Christian Andersen
Traducción de Alfonso Nadal

Traducciones

BIBLIOTECA NACIONAL DE ESPAÑA
BNE

Plan de Recuperación, Transformación y Resiliencia

Financiado por la Unión Europea
NextGenerationEU

CUENTOS DE ANDERSEN

ilustrados por Arthur Rackham

JUVENTUD

R. 466. 202

CUENTOS DE HANS·ANDERSEN

BIBLIOTECA NACIONAL · MADRID

ILUSTRADOS POR ARTHUR·RACKHAM

TRADUCCIÓN DE ALFONSO NADAL

EDITORIAL JUVENTUD, S. A.

EDICIÓN ESPECIAL PARA LIBRERÍAS RENACIMIENTO

Esta edición electrónica en formato ePub se ha realizado a partir de la edición impresa de **1970**, que forma parte de los fondos de la Biblioteca Nacional de España.

Índice

Cubierta
Portada
Preliminares
Cuentos
NOTA DEL ILUSTRADOR
LAS FLORES DE LA PEQUEÑA IDA
EL DUENDE Y EL ABACERO
EL PATITO FEO
LA PASTORA Y EL DESHOLLINADOR
LA REINA DE LA NIEVE

- PRIMER CUENTO QUE TRATA DEL ESPEJO RO
- SEGUNDO CUENTO UN NIÑO Y UNA NIÑA
- TERCER CUENTO EL JARDÍN DE LA MUJER QU
- CUARTO CUENTO EL PRÍNCIPE Y LA PRINCES
- QUINTO CUENTO LA MUCHACHA LADRONA
- SEXTO CUENTO LA MUJER LAPONA Y LA MU
- SÉPTIMO CUENTO EL CASTILLO DE LA REINA

EL PORQUERIZO
EL ESCARABAJO
LA SOPA DE CUELGASALCHICHAS

- LO QUE HABÍA VISTO Y APRENDIDO EN SUS V
- LO QUE DIJO LA SEGUNDA RATITA
- LO QUE DIJO LA CUARTA RATITA ANTES DE I
- CÓMO SE PREPARÓ LA SOPA

EL CERRO DE LOS DUENDES
EL IMPÁVIDO SOLDADO DE PLOMO
EL VIEJO CONCILIASUEÑOS

LUNES
MARTES
MIÉRCOLES
JUEVES
VIERNES
SÁBADO
DOMINGO

LA CAJA DE YESCA
PULGARCILLA
LA FLOR DE SAÚCO
LA PRINCESA Y EL GUISANTE
LO QUE HACE MI MARIDO, BIEN HECHO ESTÁ
LA FOSFORERITA
CADA COSA EN SU SITIO
LA SIRENITA
EL COMPAÑERO DE VIAJE
EL NUEVO TRAJE DEL EMPERADOR
EL HOMBRE DE NIEVE
LOS CHANCLOS DE LA FORTUNA

I. PRESENTACIÓN
II. LO QUE ACONTECIÓ AL CONSEJERO
III. LAS AVENTURAS DEL SERENO
IV. UN TRANCE APURADO. — UNA JORNADA
V. LA TRANSFORMACIÓN DEL EMPLEADO
VI. LO MEJOR QUE HICIERON LOS CHANCLOS

Acerca de esta edición
Enlaces

Cuentos

Hans Christian Andersen
Traducción de Alfonso Nadal

NOTA DEL ILUSTRADOR

PARA hacer esta selección de los cuentos de Andersen he utilizado la cómoda edición publicada por los señores George Allen y Unwin, a quienes he de agradecer su permiso. Al propio tiempo, me place dar las gracias a mis amigos daneses por la ayuda que me han prestado, especialmente los que me facilitaron ocasiones de observar la vida doméstica, así como el aspecto externo del pueblo a que Andersen perteneció. Mientras me encontraba en Copenhague, en una visita reciente, tuve la suerte de conocer a una dama que, en su infancia — debió de ser durante sus más tiernos años —, había escuchado, sin que lo sospechase el escritor, al mismo Andersen leyendo por primera vez algunos de sus cuentos, recién escritos. Mientras él leía, la niña se sentaba en el suelo, bajo la mesa, silenciosa como un ratoncito, oculta a los ojos del lector por el mantel: escenita que corrobora la conocida resistencia de Andersen a ser considerado principalmente como escritor para niños, pero que, al mismo tiempo, proporciona un tema en el cual, si él lo hubiese conocido, habría encontrado otra anécdota como las que había utilizado tan a menudo para uno o más de sus inmortales cuentos infantiles. Por lo que a este punto se refiere, no puede leerse su biografía sin percatarse de que de ningún modo era insensible a la importancia de estas bagatelas, como él las llamaba. En efecto, ¿cómo podría serlo? Su percepción era tan inmediata, tan abierta y tan afectuosa, que muy pocos tienen la suerte de poseer semejante don.

Me gustaría añadir que, en mis ilustraciones, no he hecho ningún esfuerzo para mirar con ojos de danés. Pero pienso que mi visita a Dinamarca (la cual, a pesar de todo su progreso moderno, conserva felizmente, en la ciudad y en el campo, un ambiente alegre y amable de antigua dignidad en sus actos más corrientes) me proporcionó precisamente la visión próxima del país del autor, que me

era indispensable: una visión que me ayudó a saborear de nuevo la impresión que sentí de pequeño al leer a Andersen por primera vez. Esta impresión experimentada en la infancia a través de cuentos ajenos es un gusto anticipado de ese encontrar cosas familiares con indumentaria exótica que, más adelante, constituye uno de los goces de viajar por el extranjero.

A. R.

LAS FLORES DE LA PEQUEÑA IDA

SE han muerto mis pobrecitas flores! — exclamó la pequeña Ida—. ¡Tan bonitas como estaban ayer, y ahora todas las hojas cuelgan mustias! ¿Por qué hacen esto? — preguntó al estudiante que permanecía sentado en el sofá y a quien quería mucho, pues sabía contar las más hermosas historias y recortar los más graciosos muñecos de papel: corazones, con señoritas que bailaban; flores, castillos grandes con puertas que una podía abrir y cerrar. Era un estudiante muy divertido —. ¿Por qué están hoy mis flores tan desmayadas? — volvió a preguntar, mostrándole el ramo completamente marchito.

—¿Sabes qué les pasa? — dijo el estudiante —. Como las flores han ido esta noche al baile, se les cae la cabeza.

—¡Pero si las flores no pueden bailar! — observó la niña.

—¿Que no? — replicó el estudiante —. Cuando anochece y nosotros dormimos, se ponen a saltar alegremente; casi todas las noches tienen baile.

— ¿Y pueden ir también los niños?

—¡Ya lo creo! — afirmó el estudiante —. Las

margaritas más chiquitinas y los copos de nieve.

—¿Dónde bailan las hermosas flores? — preguntó la pequeña Ida.

—¿No has salido con frecuencia por la puerta de la ciudad hasta cerca del gran castillo donde el rey pasa el verano y en cuyo hermoso jardín hay toda clase de flores? Ya has visto los cisnes que se acercan a ti nadando cuando les echas migajas. Pues allí se organizan bailes espléndidos, créeme.

— Ayer mismo estuve paseando por el jardín con mi madre dijo Ida —; pero todos los árboles estaban desnudos de hojas y ya no queda allí ni una flor. ¿Dónde están? ¡Tantas como había en verano!

— Están dentro del castillo — dijo el estudiante —. Has de saber que, apenas el rey y la Corte regresan a la ciudad, las flores abandonan presurosamente el jardín para divertirse en el castillo. Habrías de verlas: las dos rosas más lozanas ocupan el trono, y así son rey y reina; los amarantos encarnados van a colocarse a cada lado y saludan, reverentes; son los chambelanes. Luego llegan las otras flores, todas muy lindas, y empieza el baile. Las violetas azules representan pequeños alféreces de navío y bailan con jacintos y azafranes, a quienes dan el tratamiento de Señorita"; los tulipanes y los talludos lirios son damas respetables que cuidan de que todos bailen a gusto y se comporten como Dos manda.

— ¿Y no hay nadie que riña a las flores porque bailan en el castillo del rey? — preguntó la pequeña Ida.

— La verdad es que nadie se entera — replicó el estudiante —. Claro que, alguna vez, el viejo mayordomo del castillo, que está encargado de vigilar, entra por la noche; pero en cuanto las flores oyen el ruido del manojo de llaves que siempre lleva, callan y se esconden tras los cortinajes y sólo sacan las cabezas. "Mi olfato me dice que aquí dentro hay flores", piensa el viejo mayordomo, pero no puede verlas.

— ¡Magnífico! — exclamó la pequeña Ida, juntando

las manos. ¿Y yo tampoco podría ver las flores?

— Sí — afirmó el estudiante —; pero fíjate bien; cuando vuelvas allá, mira por la ventana y las verás. Hoy he mirado y he visto un gran lirio amarillo sentado en el sofá y desperezándose. Era una dama en espera.

— ¿También pueden acudir las flores del Jardín Botánico? ¿Pueden ir tan lejos?

— ¡Ya lo creo! — dijo el estudiante —. Si quieren pueden volar. ¿No has visto esas lindas mariposas, purpúreas, amarillas, blancas? Parecen flores, y es que lo han sido. Batiendo el aire con sus pétalos, como si todos fuesen unas alitas, se han desprendido de sus tallos y han volado. Como se portan bien, obtienen permiso para revolotear durante el día, y no han de volver a casa para permanecer quietas sobre sus tallos, y así sus pétalos se convierten, al fin, en verdaderas alas. Tú misma lo has visto. Es posible, no obstante, que las flores del Jardín Botánico nunca hayan estado en el castillo del rey, o no sepan que allí se celebran tales fiestas nocturnas. Sin embargo, te diré cómo puedes dar una sorpresa al profesor de Botánica que vive en la casa de al lado. Ya lo conoces, ¿verdad? Cuando vayas a su jardín, no tienes más que decir a una de las flores que cada noche se da un gran baile en el castillo; la flor, entonces, se lo contará a las otras, y todas emprenderán el vuelo, de modo que, cuando el profesor baje al jardín, no encontrará una sola flor, y no podrá comprender qué ha sido de ellas.

— ¿Pero cómo es posible que una flor lo comunique a las otras? ¡Las flores no hablan!

— Claro que no hablan — dijo el estudiante —, pero se entienden por signos. ¿Nunca te has fijado en que, por poco que sople el viento, las flores se vuelven unas hacia otras y mueven sus verdes hojas? Así se entienden tan bien como nosotros hablando.

— ¿Entiende sus signos el profesor? — preguntó Ida.

— Seguramente. Una mañana bajó al jardín y sorprendió a un cardo haciendo signos con sus hojas a una

hermosa clavellina. Eres tan encantadora — le decía —, que te amo con toda mi alma. Pero el profesor no puede tolerar esas cosas y golpeó al cardo en sus hojas, que son sus dedos. El cardo le picó y, desde entonces, nunca se atreve a pegar a un cardo.

— ¡Ay! ¡Qué gracioso! — dijo la pequeña Ida, riendo.

— ¿Cómo se puede hacer creer a una niña semejantes desatinos? — dijo un fastidioso personaje que estaba de visita, sentado en el mismo sofá. No podía soportar al estudiante y refunfuñaba cada vez que éste recortaba figuras tan grotescas como divertidas: ya un hombre colgado en la horca con un corazón en la mano, por los que había robado; ya una bruja montando una escoba y llevando a su marido en la nariz. Sin poder aguantar más, el sesudo caballero siempre saltaba con lo mismo: ¿Cómo se puede hacer creer a una niña semejantes desatinos? ¡No son más que fantasías estúpidas!"

Pero a la pequeña Ida le pareció muy divertido cuanto le dijo el estudiante sobre las flores, y pensó mucho en ello.

Las flores humillaban la cabeza porque estaban rendidas de bailar toda la noche; sin duda se sentían enfermas. Así, pues, las llevó a lo» otros juguetes, que tenía encima de una linda mesita cuyo cajón estaba lleno de hermosos objetos. En una cainita dormía su muñeca Sofía, a quien dijo la pequeña Ida:

Anda, levántate inmediatamente, Sofía, y resígnate a dormir esta noche en el cajón. Las pobres flores están enfermas y han de acostarse en tu cama; quizás así se aliviarán. — Y, sin más contemplaciones, la levanto, y la muñeca se enfadó tanto que no dijo ni una palabra, para demostrar el disgusto que le causaba el tener que abandonar su propio lecho.

Entonces Ida puso las flores en la cama de la muñeca, las tapó con el cobertor y les dijo que no se movieran, que les haría té y así se curarían y a la mañana siguiente podrían levantarse. Luego corrió las cortinitas del lecho para que el sol no les diera en los ojos. No pudo apartar en

todo el día de su cabeza cuanto el estudiante le había contado y, antes de acostarse, quiso mirar tras los cortinajes del balcón donde estaban las preciosas flores de su mamá, jacintos y tulipanes, y les murmuró en voz queda:

— Ya sé dónde vais esta noche. ¡Al baile!

Las flores fingieron no entenderla y no movieron ni una hoja, pero la pequeña Ida lo sabía todo.

Después de acostarse permaneció un buen rato pensando en lo delicioso que sería presenciar el baile de las hermosas flores en el castillo rey. "¿Será posible que hayan estado allí mis flores?", decíase. Y entonces, se durmió. Durante la noche despertóse soñando con las flores y con el estudiante a quien había reprendido el personaje.

"¿Seguirán mis flores durmiendo en la cama de Sofía? — pensó —. ¡Cuanto me gustaría saberlo!" Se incorporó un poco, mirando hacia la puerta, que estaba entornada. Detrás estaban sus flores y sus juguetes. Escuchando, le pareció que en la pieza contigua tocaban el piano, pero muy débilmente y arrancándole sonidos tan dulces que eran nuevos para ella. De seguro que todas mis flores están bailando ahí dentro — pensó—. ¡Cuánto me gustaría verlas!" Pero no osaba levantarse por miedo a despertar a sus padres.

"¡Ah! ¡Si quisieran entrar aquí!", pensó. Pero las flores no entraron y la música continuaba tocando deliciosamente. Aquello era demasiado bonito para resistir más tiempo la tentación. Brincó del lecho, se acerco de puntillas a la puerta y miró por el resquicio. ¡Qué cuadro tan regocijante se ofreció a su vista! No había lámparas, pero todo se veía claro; la luna, que bañaba el cuarto, brillaba casi tanto como la luz del día. Los jacintos y los tulipanes formaban en la pieza dos grandes hileras; todos habían abandonado el alféizar de la ventana, donde sólo quedaban las macetas vacías. Las flores ejecutaban graciosas danzas de

— EL PROFESOR NO PUEDE TOLERAR ESAS COSAS

parejas, formaban figuras, y se cogían mutuamente por las grandes hojas verdes en sus giros y revuelos. Sentábase al piano un gran lirio amarillo que Ida aseguraría haber visto aquel verano, pues recordaba muy bien que el estudiante había dicho:

"¡Cómo se parece este lirio a la señorita Lina!" Entonces, todos se echaron a reír, mas ahora veía la pequeña Ida que realmente había una gran semejanza entre la flor y la señorita; tocaba de la misma manera, volviendo a uno y otro lado la sonrisa de su dorado rostro, y acompañándose dulcemente con la cabeza. Nadie se fijaba en la pequeña Ida, la cual vio entonces que un enorme azafrán azul subía de un salto a la mesa, se acercaba resuelto a la cama de la muñeca y descorría las cortinas. Las flores enfermas que allí estaban acostadas se incorporaron en seguida e hicieron señas a las otras, significándoles que deseaban bailar también con ellas. El viejo cascanueces con figura de hombre, que tenia rota la mandíbula inferior, se levantó para saludar, cortés, a las hermosas flores, cuyos rostros presentaban inmejorable aspecto, sintiéndose ya tan animadas que saltaron al suelo para divertirse mucho con las otras.

Entonces pareció como si algo cayese de la mesa. Ida miró y vio que el cetro carnavalesco de abedul había dado un brinco y parecía una flor entre las flores. Estaba muy gracioso, cabalgado por una muñequita de cera que ostentaba un sombrero de anchas alas, como el que solía llevar el personaje de marras.

El cetro carnavalesco hacía cabriolas entre las flores, taconeando ruidosamente con sus tres zancos rojos, pues bailaba una mazurca, danza que las flores no podían ejecutar por ser demasiado delicadas para producir aquel pataleo.

La muñeca de cera creció de pronto y, elevándose sobre las flores de papel que adornaban el cetro, exclamó:

— ¿Cómo se puede hacer creer a una muchacha semejante desatino? ¡No son más que estúpidas fantasías!

La muñeca de cera parecía exactamente el aludido personaje, tan amarillenta y fastidiosa como él. Pero las flores de papel golpearon sus delgadas piernas, y entonces se volvió a encoger hasta convertirse de nuevo en la muñequita de cera. Tan divertido resultaba el espectáculo, que la pequeña Ida no pudo contener la risa. El cetro carnavalesco seguía danzando y el personaje se veía obligado a hacer lo propio, sin poderse librar de ningún modo, tanto si crecía y engordaba como si se reducía a la muñequita de amarilla cera con un negro sombrero de anchas alas. Por fin las otras flores, especialmente las que habían descansado en la cama de la muñeca, intercedieron a favor de ella, y el cetro carnavalesco cedió. En aquel momento se oyó un recio golpe en el cajón donde dormía Sofía, la muñeca de Ida, con otros juguetes; el cascanueces de figura de hombre se acercó andando al extremo de la mesa, y, abriéndose por completo, abrió a su vez el cajón cuanto pudo. Sofía se levantó y miró a todas partes con sorpresa.

— Veo que esta noche se celebra aquí un baile — pronunció—. ¿Cómo es que nadie me lo dijo?

— ¿Quieres bailar conmigo? — la invitó muy

ceremoniosamente el cascanueces.

— ¡Vaya una linda pareja para bailar! — dijo ella, volviéndole la espalda.

Y se sentó en el borde del cajón, esperando que una de las flores la invitase; pero en vano. Entonces tosió; ¡Ejem! ¡Ejem!, y a pesar de esto nadie iba por ella. El cascanueces se puso a bailar solo, y no tan mal, a pesar de todo. Como ninguna flor parecía fijarse en Sofía, ésta dejóse caer del cajón al suelo, para hacer ruido. Todas las flores acudieron corriendo para ver si se había lastimado, mostrándosele muy solícitas, en especial las flores que habían ocupado su cama. Pero no se hizo daño, y las flores de Ida le dieron las gracias por la hermosa cama y fueron muy amables con ella. La llevaron al centro de la sala, inundado de luna, y bailaron con ella, mientras las demás flores formaban corro en torno. Sofía era feliz y les dijo que podían quedarse la cama, pues ya no la molestaba dormir en el cajón.

Mas las flores le contestaron:

— Eres muy buena, pero nosotras ya no podemos vivir más, y mañana moriremos. Di a la pequeña Ida que nos entierre en el jardín, donde ha enterrado el canario; así resucitaremos el verano que viene y seremos más bonitas que nunca.

— No, no habéis de morir — dijo Sofía. Y las besó.

Entonces, la puerta se abrió sola y entraron bailando muchas flores hermosas. Ida no llegaba a comprender de dónde venían; sin duda acababan de llegar del castillo del rey. Dos magníficas rosas, que ceñían corona en su cabeza, rompían la marcha: eran el rey y la reina. Seguían lindos geranios y claveles, saludando a todos lados. Traían música propia. Grandes amapolas y peonías soplaban en vainas de guisantes hasta enrojecer. Los azules jacintos y los pequeños lirios blancos del valle repicaban como si llevasen campanillas. ¡Era una música deliciosa! Luego vinieron otras flores y todas se pusieron a bailar: violetas, margaritas y lirios silvestres. ¡Y era de ver cómo se besaban todas las flores! Por fin se dieron mutuamente las buenas

noches, y la pequeña Ida volvió a la cama sin ser vista y soñó con todo lo que había presenciado. Cuando se levantó por la mañana, fue inmediatamente a la mesita a ver si aún estaban allí las flores y, al descorrer la cortina de la camita, las vio más decaídas, más marchitas que el día antes. Sofía permanecía en el cajón donde ella la había puesto, dormida como un tronco.

— ¿Recuerdas lo que has de decirme? — preguntó la pequeña Ida. Pero Sofía estaba muda y no contestó una palabra —. Tú no eres buena — dijo Ida—. ¿No han bailado todas contigo? — Entonces, cogió una cajita de papel que tenía lindos pajaritos pintados, la abrió y colocó allí las flores muertas, diciendo —: Será un bonito féretro para vosotras, y cuando vengan mis primos noruegos, me ayudarán a daros sepultura en el jardín, para que el próximo verano renazcáis más lindas que nunca.

Los primos noruegos eran dos niños vivarachos, llamados Jonás y Adolfo, cuyo papá les había regalado dos ballestas nuevas, que habían traído para mostrarlas a Ida. Les contó la desgracia de las flores y les rogó que la ayudaran a enterrarlas. Los muchachos abrieron la marcha con las ballestas al hombro, y la pequeña Ida los seguía, llevando la linda caja con las flores muertas. En el jardín cavaron una pequeña fosa. Ida besó las flores y las hundió en la tierra con la caja. Adolfo y Jonás dispararon sus ballestas sobre la tumba, ya que no disponían de escopetas ni cañones.

EL DUENDE Y EL ABACERO

ERASE un estudiante que vivía en un desván y de nada era propietario, Érase también un abacero que vivía en una habitación decorosa y era propietario de toda la casa. El duendecillo se acostumbró a él porque cada Nochebuena le ofrecía un plato de potaje con una cantidad de manteca, que a tanto llegaba la generosidad del abacero; de modo que el duendecillo vivía en la tienda de provisiones muy a sus anchas. Una noche, el estudiante entró por la trastienda a comprar unas velas y queso. Como no tenía a quien mandar, fue él mismo. Cuando hubo obtenido lo que necesitaba, el abacero y su mujer le dieron las buenas noches con un movimiento de la cabeza, y eso que ella era una señora que podía hacer algo más que mover la cabeza, pues estaba dotada de una lengua como hay pocas. El estudiante correspondió con una inclinación, pero, de pronto, se detuvo leyendo el trozo de papel con que le habían envuelto el queso. Era una hoja arrancada de un libro antiguo que nunca hubiera debido romperse, un libro de poesías.

— Aún quedan muchas como ésa — dijo el abacero —. Me lo cedió una vieja por unos gramos de café. Si me das cuatro cuartos, tendrás lo que falta.

— ¡Gracias! — dijo el estudiante—. Cambíemelo por el queso, que yo bien puedo comer el pan sólo con manteca. Sería una lástima romper el libro a trozos. Es usted un buen hombre, un hombre práctico, pero de poesía está tan ayuno como esta tina.

La frase resultaba demasiado dura, especialmente para la tina; pero el abacero se echó a reír y el estudiante le imitó, porque lo había dicho sólo en broma. Mas al duende le disgustó que se dijeran tales cosas a un abacero que era propietario de una casa y vendía la mejor manteca.

Llegó la hora de cerrar la tienda y, cuando ya todos estaban en la cama menos el estudiante, salió el duende, se

dirigió a la alcoba y arrancó la lengua de la señora. Ésta no la necesitaba mientras dormía y él la colocaba en cualesquiera objetos, proporcionándoles así el don del habla y el

poder de expresar sus ideas y sentimientos tan bien como la señora. Pero sólo podía hacer uso de la lengua un objeto cada vez, y era suerte, pues de lo contrario todos hubieran hablado al mismo tiempo.

El duende puso la lengua en la tina, donde se guardaban los periódicos viejos, y le preguntó:

— ¿Es verdad que no sabes lo que es poesía?

— ¿No he de saberlo? — respondió la tina—. Poesía es algo que ponen siempre al final de los periódicos y que a veces está cortado. Me atrevería a decir que tengo yo mucha más que el estudiante, y eso que soy una simple tina, comparada con el abacero.

Luego, el duende puso la lengua en el molinete. ¡Válgame Dios, y qué ruido armó! Después la puso en el barril de la manteca, en el cajón del dinero, y todos fueron de la misma opinión que la tina del papel viejo, de modo que había de respetarse el acuerdo de la mayoría.

— Voy a decírselo al estudiante. — Y, tras estas palabras, el duende se deslizó calladamente por la escalera de la cocina y llegó al desván donde aquél moraba. Dentro había una vela encendida y, mirando por el ojo de la cerradura, el duende pudo ver que el estudiante leía el libro roto que obtuvo en la tienda.

¡Pero cuánta luz había allí dentro! Del libro salía un vivo resplandor que formaba un tronco rematado en un frondoso árbol de ramas extendidas sobre el estudiante. Las hojas eran de un tierno verdor, y cada flor era la cabeza de una hermosa doncella, de ojos negros y brillantes, unas, y de un admirable azul celeste, otras; cada fruta era una estrella resplandeciente, y se oía un rumor de música celestial.

Nunca el duendecillo había visto ni oído tal maravilla,

ni siquiera en sueños, y allí permaneció, de puntillas y con un ojo en el agujero de la cerradura, mirando hasta que la luz del desván se extinguió. Probablemente, el estudiante la apagó para irse a dormir, mas no por eso se marchó el duende, pues aún seguía deleitando sus oídos la suave música, que sonaba como un arrullo para que el estudiante conciliara el sueño.

— ¡Qué habitación tan prodigiosa! — comentó el duende—. Nunca lo hubiera sospechado. Me gustaría vivir con el estudiante — pensó. Pero, después de mucho pensarlo, suspiró—: El estudiante no tiene potaje. — Y alejóse. Sí, volvió a bajar a la abacería. En buena hora lo hizo, pues poco faltaba para que la tina gastase del todo la lengua de la señora; ya había comunicado a los objetos de un lado cuanto contenía, y se disponía a repetirlo a los que estaban al otro lado, cuando llegó el duende y restituyó la lengua a la señora. Pero, de entonces en adelante, toda la tienda, desde el barril hasta la leña, cambiaron su opinión sobre la tina; todo el mundo la trataba con gran respeto, poniendo en ella tal fe, que cuando el abacero leía el artículo de fondo y la crítica teatral en un diario de la noche, todos creían que hablaba la tina.

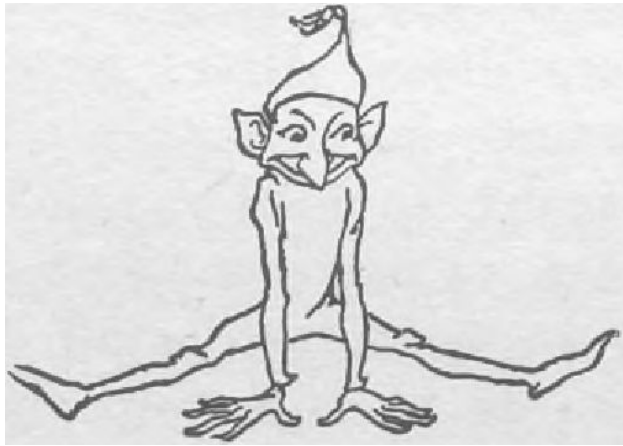
Pero el duendecillo no podía ya estar quieto escuchando las manifestaciones de sabiduría y de ingenio que podían oírse en la tienda. Apenas empezaba a brillar la luz del desván, y los rayos luminosos parecían recios cordeles que lo arrastrasen, obligándole a subir y a mirar por el ojo de la cerradura. Entonces le invadía un sentimiento de grandeza como el que nos sobrecoge ante un mar encrespado por el azote de la tempestad, y rompía en llanto. No podía explicarse por qué lloraba, pero una emoción muy agradable se mezclaba a las lágrimas. ¡Sería el colmo de la alegría poder estar con el estudiante bajo aquel árbol! Pero esto era imposible; debía contentarse con mirar por el ojo de la cerradura, y gracias aún. Y permanecía en el frío rellano aguantando el viento de otoño que soplaba por la puertecilla del tejado; aunque hacía un frío intensísimo, sólo lo sentía cuando se apagaba

la luz del desván y cesaba la música del árbol maravilloso. ¡Brrr! Entonces, sentíase helado y bajaba tiritando a esconderse en su rincón. ¡Qué calentito y cómodo estaba allí! Y cuando llegaba Navidad y, con la fiesta, el potaje y una buena cantidad de manteca, ya no reconocía más dueño que el abacero.

Pero, a medianoche, un estrépito de mil demonios y el retumbar de la puerta que la gente de la calle golpeaba con todas sus fuerzas despertaron al duende. El vigilante tocaba la bocina para avisar que se había declarado un formidable incendio. ¿Ardía la casa del abacero, o la del vecino? ¿Dónde estaba el fuego? Se produjo un momento de pánico. Tan alarmada estaba la mujer del tendero, que se quitó de las orejas los pendientes de oro para guardarlos en el bolsillo y salvar al menos alguna cosa; el abacero se lanzó a recoger los billetes de Banco, y la criada sólo pensó en el chal de seda que tantos ahorros le había costado. Cada uno procuraba salvar lo mejor que tenía, y el duende, que quería hacer lo propio, subió en cuatro saltos la escalera y se plantó en la habitación del estudiante, el cual permanecía tranquilamente en la ventana contemplando el violento incendio que devoraba la casa de enfrente. El duendecillo tomó el libro de la mesa y se lo puso en la pelirroja cabeza, apretándolo con ambas manos. Seguro de haber salvado el más grande tesoro de la casa, se alejó corriendo hacia el tejado del edificio y fue a sentarse en la chimenea. Allí permaneció alumbrado por las llamas del incendio de la casa vecina, apretando con las manos su tesoro contra la pelirroja cabeza, y sólo entonces supo dónde estaba su corazón y a quién realmente pertenecía. Pero cuando el incendio quedó extinguido y el duende volvió a reflexionar con calma...

— Me dividiré entre los dos — se dijo—. ¡No puedo abandonar del todo al abacero, a causa del potaje!

Y esto, al fin y al cabo, era humano. La mayor parte de los hombres nos apegamos al abacero por el potaje.



EL PATITO FEO

ERA una delicia la vida del campo en verano. Los trigales estaban dorados, en contraste con la verde avena, y en los tiernos prados se veían las hacinas de forraje recién segado, sobre las que volaban cigüeñas de patas rojas, chapurreando el idioma egipcio que les enseñó su madre. En torno de los campos y las praderas se extendían espesos bosques, entre los cuales se abrían profundos lagos. ¡Realmente, era una delicia el campo! Y dominando el paisaje se alzaba una casa solariega rodeada de profundas acequias y cubierta por entero de bardana que hundía sus greñas en el agua, y de tan recios y entrelazados tallos que un niño podía trepar por ellos. Era aquello tan selvático como lo más enmarañado del bosque, y no es de admirar que la hembra de un pato hubiera puesto allí su nido. El ave permanecía sobre los huevos para vigilar la salida de los patitos; pero empezaba a cansarse por lo mucho que tardaban y porque sus amigas apenas la visitaban, ya que preferían divertirse nadando por las acequias, a subir a charlar un rato con ella, sentadas en un tronco de bardana.

Por fin, uno tras otro, los cascarones se fueron rompiendo. “¡Piep! ¡Piep! ¡Piep!”, se oía. Apenas los patitos tomaban vida, asomaban sus cabecitas, ganosos de curiosear.

— ¡Cuac! ¡Cuac! — llamó la madre, y todos salieron tan aprisa como les fue posible para mirarlo todo entre el follaje. Su madre les dejó mirar cuanto quisieron, porque el color verde es muy bueno para la vista.

— ¡Qué grande es el mundo! — dijo el más pequeño. Y era verdad, porque allí estaban más anchos que dentro del cascarón.

—¿Creéis que a esto se reduce el mundo? — dijo la madre. No; el mundo se extiende más allá del jardín, hasta el campo del párroco; andando, nunca he llegado yo. Bueno, creo que estáis todos añadió levantándose—. No,

aún no habéis salido todos. Falta el más grande. ¡A ver cuánto va a durar esto! Ya empiezo a estar cansada. —Y se agachó de nuevo.

— ¡Hola! ¿Cómo va eso? — le preguntó una pata vieja que fue a visitarla.

— Aquí me tienes perdiendo el tiempo con este huevo que no quiere abrirse. ¡Pero mira los otros! ¡Nunca he visto patos más preciosos! ¡Cómo se parecen a su padre!, ¿eh? Y el muy granuja nunca viene a verme.

— Veamos ese huevo que no quiere romper — dijo la vieja—. Ya sé en qué consiste: es un huevo de pava. También a mí me engañaron una vez y me costó penas y trabajos criarlos, porque tienen miedo al agua y no podía hacerlos entrar. Por más que les rogaba y explicaba, todo era inútil. Enséñame el huevo. Sí, mujer, es de pava. Déjalo y dedícate a enseñar a nadar a los pequeños.

— Pensaba esperar un poco — dijo la madre —. Me he pasado aquí tanto tiempo, que no me vendrá de unos días más.

— Como quieras — dijo la vieja, y se marchó.

Por fin el cascarón grande se rompió. "¡Piep! ¡Piep!", dijo el pequeño abriéndose paso. Era muy grande y muy seco. Su madre lo contempló.

— ¡Qué horrible es! — exclamó —. En nada se parece a los otros. ¡Si será un pavo! Bueno, pronto saldremos de dudas. Entrará en el agua, aunque tenga que tirarlo yo misma a la fuerza.

Al día siguiente hacía un tiempo magnífico y el sol daba de lleno en la bardana. La madre bajó a la acequia con toda la familia y, ¡zas!, ya la tenéis en el agua. "¡Cuac! ¡Cuac!", llamó. Y uno tras otro, los polluelos se arrojaron al agua, desapareciendo bajo la superficie y volviendo a subir como perfectos nadadores, moviendo las patitas con toda regla. Entre ellos estaba nadando el patito grande y feo.

— No, ése no es pavo — se dijo la madre—. No hay más que verle mover las patas y lo erguido que se

mantiene. ¡Es hijo mío! Bien mirado, no es tan feo. ¡Cuac! ¡Cuac! Venid conmigo, que os llevaré al mundo y os presentaré en el corral a los amiguitos; pero no os apartéis de mí, que os pisarían, y tened cuidado con los gatos.

Llegaron al corral en un momento de gran revuelo. Los ánimos estaban excitadísimos porque dos familias se disputaban una cabeza de anguila y el gato se la llevó antes que nadie.

— ¡Ved cómo es el mundo! — dijo la madre afilándose el pico, codiciosa también de la cabeza de anguila —. No mováis más que los pies, avanzad rectos e inclinad la cabeza saludando a ese pato viejo que está allá. Es el principal de todos y de raza española; por eso está tan gordo.

EL POBRE PATITO ERA PERSEGUIDO POR TODOS

¿Veis esa cinta colorada que lleva en la pata? Es una muestra de la más alta distinción a que puede llegar un pato; se la han puesto para que hombres y animales lo reconozcan, porque no quieren que se pierda. ¡Moveos...! ¡No dobléis los dedos! Un pato bien educado ha de andar

con los dedos bien rectos, como lo hacen sus madres: así. Ahora encorvad el cuello y decid: ¡Cuac!

Los pequeños obedecían, pero los otros patos se iban agregando a su alrededor y murmuraban en voz alta:

—¡Qué os parece! ¡Como si no fuéramos bastantes, ahora vienen éstos a aumentar el cotarro! ¡Uf! ¡Vaya tipo feo que nos ha caído! ¡Eso no hemos de tolerarlo! — Y un pato se lanzó sobre el patito feo y le dio un picotazo en el cuello.

— Tú, no lo toques — dijo la madre —, que ningún mal os hace.

— Sí, pero es demasiado grande y no se parece a nosotros — replicó el adversario —. Bien merecido se tiene el castigo.

— Es una hermosa pollada que honra a la madre — intervino el viejo pato de la cinta —. Todos son bonitos menos uno, pero éste está hecho una calamidad. ¡Me gustaría que lo encobase de nuevo!

— Eso no es posible, Alteza — dijo la madre del patito —. No es muy hermoso, pero es muy buen chico y nada tan bien como los otros, si no mejor. Creo que con el tiempo se irá embelleciendo y se reducirá a las proporciones de sus hermanos. Eso le viene de haber estado demasiado tiempo en el huevo. — Y añadió, mientras le acariciaba el cuello, alisándole los plumones—: Además, en un varón la hermosura es lo de menos. Será muy fuerte y se abrirá paso en el mundo.

— Los demás patitos son muy graciosos — dijo el viejo —. En fin, está usted en su casa y puede hacer lo que le plazca; pero si encuentra una cabeza de anguila, tráigamela.

Los polluelos se movieron a sus anchas, pero el pobre patito que fue el último en salir del huevo y era tan feo, recibía picotazos, empujones y malos tratos, así de los patos como de las gallinas.

— Es demasiado grande — decían todos. Y el pavo,

que porque había crecido con espuelas se consideraba ya un emperador, se hinchó como el velamen de un barco impelido por el viento y lo acometió glugluteando y apoplético de ira. El pobre patito no sabía dónde meterse ni adonde escapar, y se sentía desgraciado porque su fealdad le atraía los odios de todo el corral.

Sucedió esto el primer día, y la situación se agravó más en los siguientes. El infeliz patito era objeto de persecución unánime, sus mismos hermanos lo despreciaban diciendo: "¿Por qué no te atrapará el gato, espantajo?" Hasta su madre le decía: "¿Cuándo te perderé de vista?" Y los patos lo embestían, las gallinas le picaban, y la niña que daba de comer al averío lo apartaba a puntapiés.

Entonces tomó impulso y voló por encima del huerto, y los pajaritos que estaban en los arbustos huyeron espantados.

"¡Les he dado miedo porque soy feo!", pensó el patito. Cerró los ojos y siguió volando hasta llegar al gran pantano donde viven los patos silvestres. Y allí descansó toda la noche, cansado de tanto volar.

Al amanecer, los patos silvestres levantaron el vuelo y descubrieron al nuevo camarada.

— ¿De qué casta eres tú? — le preguntaron. Y el patito se volvía en todas direcciones, deshaciéndose en saludos —. ¡Cuidado que eres feo! — decían los patos silvestres —. Pero a nosotros nos es igual, mientras no te cases con alguna de la familia.

¡Pobrecillo! ¿Cómo había de pensar en casarse, si sólo aspiraba a que le permitieran dormir tranquilo entre las cañas y beber un poco de agua cenagosa?

Así permaneció dos días hasta que, de pronto, se le aparecieron dos ocas, o, mejor dicho, dos ánsares silvestres, pues los dos eran machos. No hacía mucho tiempo que habían abandonado el nido, por lo cual eran muy descarados.

— Oye, compañero — dijo uno de ellos—; eres tan feo que me gustas. ¿Quieres venir con nosotros y serás un ave de paso? En otro pantano, que no está lejos, hay unas ocas muy amables y simpáticas que están solteras y todas en condiciones de decir: "¡Cuac!" Se te presenta ocasión de encontrar un buen partido, aunque seas tan feo.

"¡Pum!" "¡Pum!" Sonaron unos tiros que hicieron retemblar el aire, y los ánsares cayeron muertos en la ciénaga, enrojeciendo el agua. "¡Pum!" "¡Pum!" Se oyeron nuevos estampidos y una bandada de gansos silvestres se levantó de los cañizales. Entonces sonó otro tiro. Era una gran cacería. Los cazadores estaban al acecho cercando la laguna y algunos se habían encaramado a los árboles que crecían sobre las cañas. Un humo azul salía, formando nubes, de los sauces y se esparcía a lo largo del pantano. Se oyó el chapoteo de los perros de caza en el légamo: "¡Chas!, ¡chas!", y los juncos y las cañas se movían por todas partes. ¡Qué momentos de angustia para el pobre patito! Volvió la cabeza para ocultarla bajo un ala, pero en aquel momento un perrazo espantoso se paró ante él con la lengua fuera, los ojos centelleantes y enseñando sus feroces colmillos. Acercó sus fauces al patito, lo husmeó y, "¡chas!, ¡chas!", se alejó sin tocarlo.

— ¡Bendito sea Dios! — suspiró el animalito—. ¡Tan feo soy que ni los perros quieren morderme!

Y permaneció quieto, mientras los disparos atronaban los juncales y los perdigones acribillaban el aire. Por fin, ya muy tarde, se estableció la paz, pero el pobre patito no osaba moverse. Sólo al cabo de unas horas volvió la cabeza para examinar las cercanías antes de abandonar el pantano con la velocidad que le permitió su vuelo. Atravesó campos y praderas, afrontando una temperatura que dificultaba su marcha.

Al oscurecer llegó el patito a una pequeña choza campestre, tan arruinada que sólo se mantenía en pie por no saber a qué lado caerse. Soplaba el viento con tal fuerza, que el patito se vio obligado a encogerse para

resistirlo. Entonces notó que a la puerta de la choza le faltaba un gozne y las tablas dejaban entre el quicio una abertura que le permitía el paso, y, ni corto ni perezoso, entró.

En la choza vivía una mujer con un gato y una gallina. El gato, a quien llamaba Hijito, sabía arquear el lomo y ronronear, y también echar chispas, si bien era preciso para esto que se le frotase a contrapelo. La gallina tenía muy cortas las piernas, y por eso se llamaba Señorita Patascortas; ponía huevos magníficos y la mujer la quería como a una hija.

Tan pronto amaneció, se notó la presencia del intruso y el gato se puso a ronronear, y la gallina, a cacarear.

— ¿Qué significa esto? — preguntó la mujer, mirando a todos lados. Y como no veía bien, creyó que el patito era un pavo grande que se había extraviado —. ¡Qué suerte tengo! Ahora voy a tener huevos de pavo. No creo que sea macho. Probaremos, a ver.

El patito fue aceptado a prueba por tres semanas, pero los huevos no venían. Y el gato era el amo de la casa, y la gallina, la dueña, y siempre decía: “Nosotros y los demás”, pues se figuraba que ellos eran la mitad del mundo y lo mejor de la mitad. El patito pensó que podría sostener la opinión contraria, pero la gallina no le dejó hablar.

— ¿Sabes poner huevos? — le preguntó.

— No.

— Pues más vale que te calles.

Entonces, el gato le preguntó:

— ¿Sabes arquear el lomo y ronronear y echar chispas?

— No.

— Pues no debes exponer tu opinión cuando hablen las personas sensatas.

El patito se apartó a un rincón, de mal humor; pero cuando la luz del sol y un aire fresco entraron a torrentes

en la choza, le invadió tal deseo de nadar que no pudo menos de confesárselo a la gallina.

— ¡Qué cosas se te ocurre! — gritó ésta —. ¡Claro, como no tienes nada que hacer, te dan esos antojos! Pon huevos o arquea el lomo y verás cómo se te pasarán.

—¡Pero es tan agradable tirarse al agua! — dijo el patito—; ¡sumergir en ella la cabeza y zambullirse hasta el fondo!

—¡Ah, sí!; ¡vaya un placer! — replicó la gallina—. Debes de haber perdido el juicio. Pregúntaselo al gato, que es el ser más razonable que conozco; pregúntale si le gusta tirarse al agua e irse al fondo:

no quiero hablar de mí misma. Pregunta a nuestra ama, la vieja; nadie tiene más experiencia que ella. ¿Crees que siente el menor deseo de nadar y dejarse ir al fondo?

— No me comprendes — dijo el patito.

— ¿Que no te comprendo? ¿Pues quién te comprenderá entonces? Dime. Supongo que no te creerás más sabio que el gato y la vieja, para no hablar de mí. No seas vanidoso, muchacho, y agradece el bien que se te hace. ¿No estás en una casa bien abrigada y entre personas de las que pueden aprender algo? Pero, claro, tú eres un ocioso charlatán y no da gusto tratar contigo. Créeme, hablo por tu bien. Si te digo cosas desagradables, piensa que en esto se conocen los buenos amigos. ¡Procura aprender a poner huevos o a arquear el lomo y echar chispas!

— Creo que habría de ir a correr mundo — dijo el patito,

— Sí — aprobó la gallina —. No dejes de ir.

Y el patito se fue. Nadó y se zambulló cuanto le vino en gana, pero todos los seres se le apartaban al verlo tan feo.

Vino el otoño. Las hojas de los árboles perdieron su verdor y se secaron; el viento las cogió y se las llevó en remolinos, y el tiempo se hizo intensamente frío. Densos

nubarrones pasaban muy bajos, cargados de nieve y granizo, y en las tapias se paraban los cuervos graznando de frío. ¡Mal tiempo para el pobre patito! Una tarde, mientras el sol iba a su ocaso con todo esplendor, se destacó de las frondosidades una bandada de aves grandes y magníficas. Eran de una blancura deslumbrante y de cuello largo y gracioso. Nunca vio el patito nada tan bello. Eran cisnes. Lanzaban un grito especial y, batiendo sus largas y vistosas alas, se alejaban de aquella región fría hacia tierras más cálidas, de anchos lagos. Volaban a tal altura que el patito feo estuvo a punto de perder la cabeza mirándolos. Daba vueltas en el agua como una peonza, con el cuello estirado hacia arriba, y dio un grito tan fuerte que él mismo se asustó. ¡Oh! Nunca olvidaría aquellas hermosas y felices aves. Y cuando las perdió de vista se sumergió hasta el fondo y, al volver a la superficie, estaba fuera de sí. No sabía qué aves eran ni adonde se dirigían; pero las amaba como nunca había amado. No las envidiaba, porque tampoco deseaba para él tanta belleza. ¡Feo como era, el pobrecito se hubiera sentido bastante feliz con que los patos lo hubiesen tolerado en su compañía!

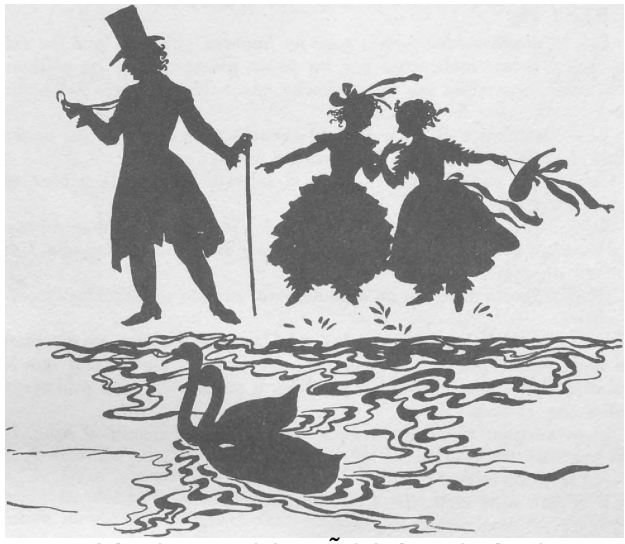
El invierno era cada vez más crudo, y el patito había de estar siempre nadando para que el agua no se helara del todo. Pero cada noche se hacía más pequeño el espacio en que nadaba. Y se heló tanto, que el

NADÓ AL ENCUENTRO DE LOS HERMOSOS CISNES

animalito había de mover siempre una pata para que no lo aprisionara el círculo de hielo, hasta que, rendido de fatiga, se quedó preso.

A la mañana siguiente lo vio un campesino que por allí pasaba. Se acercó al hielo, lo rompió a patadas con sus zuecos y le llevó el patito a su mujer. Allí volvió a la vida. Los niños querían jugar con él, pero, pensando que lo maltratarían, huyó asustado y cayó en un recipiente de leche, la cual se vertió por completo.

Vociferó la mujer batiendo las palmas, y entonces el patito fue a caer en un barril de manteca y, luego, en un costal de harina. ¡Era una escena muy cómica! La mujer lo persiguió de un lado a otro, blandiendo las tenazas y desgañitándose mientras los chicos, en su deseo de cogerlo, tropezaban entre sí, riendo y gritando. Por fortuna, estaba la puerta de par en par, y el pobrecito animal pudo escapar y deslizarse entre unos arbustos cubiertos de nieve.



LLEGARON UNOS NIÑOS AL ESTANQUE

Sería muy triste contar todas las penas y trabajos que el patito pasó durante tan cruel invierno. Lo hallamos de nuevo guareciéndose entre las cañas de un páramo, cuando el sol empezaba a calentar, cantaba la alondra y florecía la primavera.

De pronto, un día, el patito desplegó las alas y notó que éstas hendían el aire con más fuerza y lo llevaban con extraordinaria rapidez a enormes distancias. Sin saber cómo, se encontró en un jardín magnífico, con manzanos en flor y lilas que embalsamaban el aire y desmayaban sus largas ramas sobre serpenteantes albercas. ¡Qué bello paraje aquél, con sus umbrías frescas y deleitosas! Y he aquí que salen de la verde espesura tres hermosos cisnes, rizando su rozagante plumaje y surcando el agua con suave ligereza. El patito los reconoce y se siente dominado por honda melancolía.

— ¡Quiero volar con esas aves regias! Me matarán porque, siendo tan feo, he osado acercármeles; pero no importa. ¡Prefiero que me maten ellos a verme maltratado por los patos, picoteado por las gallinas, rechazado a puntapiés por la muchacha que cuida el averío del corral y pasando hambre en invierno!

Y, volando hasta el agua, nadó al encuentro de los hermosos cisnes. Ellos, al verlo, se acercaron batiendo las alas.

— ¡Ya me podéis matar! — dijo el mísero, bajando la cabeza en espera de la muerte.

Pero, ¿qué vio en el agua cristalina? Vio su propia imagen; mas ya no era un ave de color pardo, tosca, fea y sin maldita la gracia, sino que era un cisne.

¡Poco importa nacer en un nido de patos cuando se sale de un huevo de cisne!

Todos los trabajos e infortunios sufridos contribuían a su completa felicidad, ahora que podía calcular su ventura por las bellezas que lo rodeaban. Los cisnes grandes se pusieron a nadar a su lado y lo acariciaban con el pico.

Llegaron unos niños al estanque y echaron pan y maíz al agua. El más pequeño exclamó:

— ¡Hay uno nuevo!

Y el otro niño gritó, lleno de gozo:

— ¡Sí, sí; es un recién llegado!

Y los niños saltaron dando palmadas de alegría y corrieron a dar la noticia a sus padres. Volvieron con pan y pastelillos para obsequiarlo. Y todos decían:

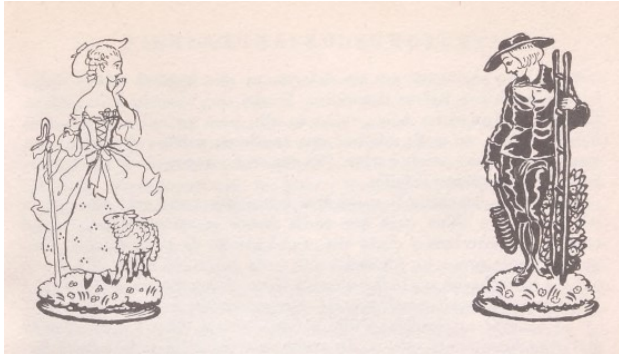
— ¡El nuevo es el más bonito!

Y los cisnes viejos movían la cabeza reconociendo su hermosura.

Se sintió avergonzado y confuso, y, no sabiendo qué hacer, escondía la cabeza bajo las alas; era demasiado feliz, pero no se enorgulleció por ello, pues quien tiene buen corazón, nunca es orgulloso. Él, que se vio tan perseguido y desgraciado, era proclamado ahora por todos como la más hermosa de las aves. Hasta las lilas tendieron sus ramas dentro del agua para que él pasase por encima, y el sol le envió su suave calor. Esponjó su plumaje, irguió la gallardía de su cuello, y pensó en su interior, desbordante de alegría:

“¡Cómo iba a soñar tanta felicidad cuando era el patito feo!”

LA PASTORA Y EL DESHOLLINADOR



HABÉIS visto alguna vez un armario antiguo, ennegrecido por el tiempo y profusamente tallado de follaje y volutas? Así era el que había en una sala de recibir, herencia de una bisabuela, cubierto por entero de rosas y tulipanes y los más bellos adornos, entre los cuales salían cabecitas de ciervos con cuernos. En el centro del armario habían tallado una figura de hombre de cuerpo entero. Era de un ridículo aspecto, pues lo que quería parecer risa en su cara no era más que una mueca grotesca; tenía pies de macho cabrío, unos cuernecillos en la frente y una barba larga. Los muchachos de la casa lo llamaban Generalisargentocomandantísimoguerrero Patascaprinascachiporrazo. Era un nombre harto difícil de pronunciar y no hay muchos que obtengan un título tan extenso, lo cual ya significaba algo. ¡Y allí lo teníais! Siempre mirando a la mesa del espejo, sobre la que se erguía, muy apuesta, una pastorcilla de porcelana. Los zapatos de ésta eran dorados, y lucía en su vestido una rosa encarnada; además, llevaba sombrero de oro y un cayado de pastor. Estaba encantadora. Junto a ella había un deshollinador, negro como el carbón y también de porcelana. Estaba tan limpio y pulcro como el que más, pues en cuanto a deshollinador, no hacía más que representarlo. Los artífices, igual hubieran podido hacer un príncipe, de su porcelana, si tal hubiera sido su idea.

Estaba muy bonito, con su escoba y su carita fresca y sonrosada de niña, lo que realmente era un defecto, ya que hubiera estado mejor caracterizado con ligeras tiznaduras. Estaba casi tocando a la pastora. Claro que alguien los había colocado allí, pero ya que tan cerca los habían puesto, no es de admirar que se dieran palabra de casamiento, cuando tan buena pareja hacían. Los dos eran jóvenes, de la misma porcelana e igualmente frágiles.

Con ellos compartía la mesa otra figura tres veces más alta que la pareja. Era un chino viejo que podía mover la cabeza. Estaba hecho también de porcelana y decía que era el abuelo de la pastorcilla, aunque no podía probarlo. Afirmaba que tenía autoridad sobre ella y que por eso había hecho sus indicaciones a Generalisargentocomandantísimoguerrero Patascaprinascachiporrazo, que galanteaba a la pastorcilla.

— Tendrás un marido — dijo a ésta el viejo chino —, un marido que creo firmemente que es de caoba, que hará de ti la señora Generalisargentocomandantísimoguerrera Patascaprinascochiporrazo. Posee un armario lleno de vajilla de plata, que guarda escondida en los cajones cerrados.

— ¡No quiero ir al armario, que está muy oscuro! —

replicó la pastorcilla—. Me han contado que allí dentro tiene once mujeres de porcelana.

— Así completarás tú la docena — dijo el chino —. Esta noche, en cuanto haga ruido el armario, os casaréis. ¡Tan seguro como que soy un chino viejo!

Y dicho esto, acabó de mover la cabeza y se durmió. Pero la pastorcilla lloró y, volviendo la cara al elegido de su corazón, que era el deshollinador de porcelana, le dijo:

— ¡Te suplico que vengas conmigo al anchuroso mundo, pues no podemos permanecer aquí!

— ¡Haré todo lo que quieras! — contestó el pequeño deshollinador —. ¡Vamos ya! Creo que podré ganarme la vida ejerciendo mi oficio.

— ¡Si pudiésemos bajar de la mesa sin hacernos daño! — advirtió ella—. Ya no seré feliz hasta que estemos en el anchuroso mundo.

Él le dio ánimos y le enseñó a poner sus diminutos pies sobre la moldura de la mesa y deslizarse por el dorado follaje de una pata, y como además utilizó su escalera para mejor ayudarla, pronto estuvieron los dos en el suelo. Pero cuando levantaron los ojos al armario se produjo en éste una gran agitación. Todos los ciervos de talla alargaban la cabeza sacudiendo las astas y torciendo el cuello, y el Generalisargentocomandantísimoguerrero Patascaprinascachiporrazo saltaba, gritando al viejo chino:

— ¡Que se fugan! ¡Que se fugan!

Los novios se asustaron al oírle y corrieron a esconderse en el arcón que servía de asiento junto a la ventana. Allí encontraron tres o cuatro barajas incompletas y un teatrito de muñecas perfectamente manejable. En aquel momento se estaba representando una comedia, y las reinas de diamantes y de corazones, bastos y espadas, ocupaban la primera fila, abanicándose con sus tulipanes; detrás estaban las sotas, demostrando que tenían una cabeza para arriba y otra para abajo, como en el juego de los naipes. La comedia versaba sobre dos jóvenes que no

podían casarse, y la pastora lloró, porque aquél era su propio caso.

— ¡No puedo resistirlo! — gimió—. He de salir de este cajón.

Pero cuando bajaron al suelo y miraron a la mesa, el chino, que se había despertado, agitó todo su cuerpo, aunque su pedestal era un bloque macizo.

— ¡Que viene el chino! — gritó la pastorcilla cayendo de rodillas, atemorizada.

— Tengo una idea — dijo el deshollinador—. ¿Vamos a escondernos en ese jarrón tan grande del ángulo? Podríamos acechar entre las rosas y el espliego y tirarle sal a los ojos cuando venga.

— Sería inútil — opuso ella —. Además, me consta que el viejo chino y el jarrón estuvieron muy unidos hace tiempo, y cuando dos han estado en buenas relaciones, siempre queda cierta inclinación. No nos queda otro remedio que marcharnos al anchuroso mundo.

— ¿Tienes bastante valor para venir conmigo al anchuroso mundo? — preguntó el deshollinador—. ¿Has reflexionado en cuán grande es y en que no podremos volver?

— Sí, lo he reflexionado — contestó ella.

El deshollinador la contempló un momento y dijo:

— Yo no tengo otro camino que la chimenea. ¿Tienes bastante valor para arrastrarte conmigo por el hogar, trepar por la campana y subir por el cañón? Por aquí llegaremos a la chimenea, y entonces ya puedo orientarte. Treparemos tan alto que no podrán cogernos, y en lo más alto hay una abertura que conduce al anchuroso mundo.

La llevó, pues, a la entrada del hogar.

— ¡Qué negro está! — observó ella. Pero le siguió por el hogar y por el cañón, que estaba negro como boca de lobo.

— Ya estamos en la chimenea — dijo él —, y ¡mira,

mira cómo brilla esa estrella tan bonita!

Y era, en efecto, una estrella del cielo que proyectaba su luz sobre ellos, como si les indicase el camino. Y trepaban, trepaban sin descanso. Era un ascenso temerario, un camino horrible; pero él la sostenía y la ayudaba, le daba la mano y le indicaba dónde había de poner sus piececitos de porcelana. Y así llegaron al final de la chimenea, donde descansaron sentados, pues estaban rendidos de fatiga, como es de suponer.

Sobre sus cabezas tenían un cielo tachonado de estrellas, y bajo sus pies, todos los tejados de la ciudad. Sus miradas abarcaban vastísimas tierras y remotos países del mundo. Nunca se había figurado la pobre pastorcita que éste fuese tan grande, y, apoyando su cabecita en un hombro del deshollinador, lloró tan amarga y abundantemente que toda la purpurina de su cinturón desapareció.

— Esto es excesivo — dijo—. No puedo resistirlo. ¡El mundo es demasiado grande! ¡Ah! ¡Quién pudiera volver a la mesita del espejo! No seré feliz hasta que esté allí. Te he seguido al anchuroso mundo, pero, si realmente me quieres, me acompañarás a casa.

El deshollinador trató de hacerla entrar en razón hablándole del viejo chino y del Generalisargentocomandantísimoguerrero Patascaprinascachiporrazo, pero ella besó a su compañero y gimió con tan desconsolado llanto, que no pudo menos de ayudarla a volver, considerándolo una locura.

Con grandes trabajos volvieron a bajar por la chimenea y a deslizarse por el cañón del humo y por el hogar. Fue un ejercicio muy desagradable, por cierto. Al llegar a la plancha de hierro, se pararon a escuchar para saber qué pasaba en la sala. Reinaba un silencio absoluto. Asomaron la cabeza y... ¡Oh! El viejo chino yacía en medio del suelo. Había caído de la mesa al perseguirlos y se había roto en tres pedazos. Su tronco estaba en una pieza y su cabeza había rodado como una hola a un ángulo de la sala.

El Generalisargentocomandantísimoguerrero Patascaprinascachiporrazo estaba en su puesto de siempre, reflexionando.

— ¡Es horrible! — exclamó la pastorcilla—. ¡El abuelo se ha hecho pedazos por nuestra culpa! ¡No podré sobrevivir a la desgracia! — Y se retorcía las manitas, de dolor.

— ¡Puede repararse! — dijo el deshollinador—. ¡Puede repararse fácilmente! Cálmate. Si pegan su cuerpo a la base y ajustan su cabeza al cuello, con un buen remiendo quedará como nuevo y aún podrá decirnos algunas impertinencias.

Se encaramaron a la mesa donde siempre habían estado, y el deshollinador dijo:

— Ya ves si hemos ido lejos. ¡Para este viaje no necesitábamos alforjas!

— ¡Si al abuelo se le pudiera echar un buen remiendo! — contestó la pastora —. ¡Me temo que costará mucho!

El chino fue restaurado. Los dueños de la casa pegaron sus piernas, le ajustaron la cabeza al cuello con un buen cemento, y lo dejaron como nuevo, sólo que no podía mover la cabeza.

— Parece que te has vuelto orgulloso desde que te rompiste — le dijo el Generalisargentocomandantísimoguerrero Patascaprinascachiporrazo—. No sé ver en eso un motivo de orgullo. ¿Me he de casar con ella, o qué?

El deshollinador y la pastorcilla miraron al viejo chino temblando de miedo, porque temían que fuese a mover la cabeza. Pero no podía moverla y le molestaba confesar a un forastero que tenía un remiendo en el cuello, y así, las figuras de porcelana vivieron juntas, amándose hasta que se hicieron pedazos.

LA REINA DE LA NIEVE

PRIMER CUENTO
QUE TRATA DEL ESPEJO ROTO Y DE SUS AÑICOS

PUES bien, empezaremos por el principio, y cuando lleguemos al final del cuento sabremos más que ahora. Se trata de un duende malo. Era uno de los peores, puesto que era el diablo. Un día estaba de muy buen humor porque había falsificado un espejo que tenía una virtud especial: todas las cosas buenas y bellas que en él se reflejaban se reducían casi a la nada, pero todas las malas y feas se aumentaban y se veían peor que antes. Los más estupendos paisajes parecían espinacas hervidas, y las personas más buenas semejaban monstruos o se veían cabeza abajo y sin cuerpo; las caras se torcían de tal modo que era imposible reconocerlas, y si alguna tenía una peca, estad seguros de que le crecía hasta cubrirle la nariz y la boca. Afirmaba el diablo que no había cosa más divertida. Cuando uno tenía buenos pensamientos, se veían en el espejo de tal modo que el jefe de los duendes se reía entre dientes, satisfecho de su astuta invención. Todos los que iban a la escuela del duende — pues había fundado una escuela — decían que aquel espejo era una cosa milagrosa, puesto que, por fin, afirmaban, podría verse por primera vez lo que el mundo y los hombres eran en realidad. Pasearon el espejo por todo el mundo, hasta no haber tierra ni persona que no se viera

en él deformada. Entonces quisieron llevarlo al cielo, para burlarse de los ángeles. Pero cuanto más subían, más muecas hacía, de modo que era difícil sostenerlo. Tanto y tanto subieron acercándose a Dios y a los ángeles, y tanto llegó a tambalearse el espejo con sus muecas burlescas, que se les escapó de las manos y cayó a la Tierra, donde se hizo añicos, partiéndose en más de cien millones de billones de partículas. Pero entonces causó más desgracias que antes, pues muchas partículas eran del tamaño de un grano de arena, y se esparcieron por todo el mundo, y cuando caían en el ojo de alguien, se incrustaban y, fuera quien fuese, todo lo veía deforme, es decir, que sólo podía ver el aspecto malo de las cosas, porque cada añico conservaba el poder del espejo entero. A veces aquella partícula del espejo penetraba hasta el corazón, y aquello era terrible, porque el corazón se convertía entonces en un pedazo de hielo. Algunos trozos del espejo eran tan grandes que se utilizaron para las ventanas, pero era un horror observar a un amigo a través de aquellos cristales; otras piezas se aprovecharon para anteojos, y cuando la gente se los ponía para ver bien y ser imparcial, todas las cosas estaban al revés. Y el diablo se desternillaba de risa, porque aquello era para él una delicia. Pero aún flotaban algunos fragmentos del espejo en el aire. ¡Y ahora veréis lo que pasó!

SEGUNDO CUENTO
UN NIÑO Y UNA NIÑA

En una de esas grandes ciudades donde hay tantas casas y tanta gente, donde falta espacio para que cada edificio tenga un jardín, por pequeño que sea, y donde la mayor parte de la población se ha de contentar con las plantas de las macetas, vivían dos niños pobres que tenían un jardín algo mayor que una maceta. No eran hermanos, pero se querían como si lo fuesen. Habitaban con sus papas las buhardillas de dos casas contiguas, cuyos tejados bajaban hasta unirse y para pasar de la una a la otra bastaba atravesar él canalón.

En la plataforma exterior de cada ventana, los respectivos papas habían colocado sendas cajas grandes de madera, donde plantaban vegetales para su uso y crecía también un pequeño rosal. Había uno en cada caja y eran magníficos. Los papas tuvieron la idea de poner estas cajas hacia el lado del canalón, de modo que casi se tocaban y daban la impresión de dos muros de flores. El guisante oloroso desbordaba por las cajas, los rosales alargaban sus ramas trepando por las ventanas y, entrelazados, formaban un arco triunfal de flores y follaje. Las cajas estaban a gran altura y los niños sabían que no podían subirse a ellas, pero se les permitía salir al tejado y sentarse en sus taburetes bajo los rosales, donde podían jugar muy bien, protegidos por las cajas.

El invierno ponía fin a estas diversiones. Las ventanas solían cubrirse de escarcha y entonces los niños calentaban en la estufa una moneda que aplicaban contra el vidrio escarchado, haciendo así una excelente mirilla, muy redonda, por la que miraba un ojo brillante a otro que hacía lo propio: eran el niño y la niña. Él se llamaba Kay, y ella, Gerda.

Durante el verano, en un salto estaban juntos, pero en invierno habían de bajar y subir muchas escaleras para reunirse, mientras afuera caía la nieve.

— Es el enjambre de abejas blancas — decía la abuela.

¿También tienen reina? — preguntaba el chico, que sabía que las abejas de veras tienen reina.

Sí, también éstas la tienen — decía la abuela —. Siempre vuela donde el enjambre está más compacto. Es la más grande de todas y nunca se queda en la tierra, sino que vuelve a remontarse hasta las negras nubes. Muchas noches de invierno vuela por las calles de la ciudad y mira por las ventanas, y entonces éstas se cuajan de hielo en formas fantásticas que parecen flores. "

— ¡Sí, ya lo hemos visto! — dijeron a una los dos niños, y entonces supieron que la abuela decía la verdad.

— ¿Puede entrar aquí la Reina de la Nieve? — preguntó la niña.

— ¡Que lo pruebe! — contestó el niño —. La pondré en la estufa y se derretirá.

La abuela le acarició la cabeza y siguió contándoles cuentos.

Aquella noche, cuando el pequeño Kay estaba ya medio dormido, se subió a una silla a mirar por el agujerito. Por fuera caían unos copos de nieve, y el más grande se posó en el borde de la caja de las flores. El copo de nieve se hizo grande, grande, hasta convertirse en una doncella vestida de gasa finísima e inmaculada, hecha de millones de escamitas con reflejos de estrella. Era hermosa y delicada, pero de hielo, de hielo chispeante y cegador. Y con todo, tenía vida; sus ojos brillaban como dos estrellas de primera magnitud, pero en ellos no había paz ni tranquilidad... Volvió la cabeza a la ventana e hizo señas con la mano. El niño, asustado, brincó de la silla y, en aquel momento, pareció que un pájaro grande cruzaba volando por delante de la ventana.

El día siguiente fue claro y frío; luego vino el deshielo, seguido de la primavera. Brilló el sol, aparecieron los verdes retoños, las golondrinas fabricaron su nido, se abrieron las ventanas y los niños volvieron a su jardín del

tejado.

¡Qué espléndidamente se abrían los capullos de los rosales! La niña sabía de memoria un himno en que se hablaba de las rosas y, pensando en las suyas, lo cantaron:

Las rosas se marchitan y perecen, pero nosotros
veremos al Niño, Nuestro Señor.

Y los pequeños se daban la mano, besaban las rosas, levantaban la vista al cielo, donde brillaba el sol de Dios, y le hablaban como si el Niño Jesús estuviese allí. ¡Oh! ¡Hermosos días de verano aquéllos! ¡Qué delicia poder estar allí fuera, junto a los fragantes rosales tan abundantes de capullos que parecía imposible que dejasen de florecer algún día!

Kay y Gerda sentábanse a mirar su libro con estampas de toda clase de animales. Y en el preciso momento de sonar las cinco en la torre de la catedral, Kay dijo:

— ¡Ay! ¡Me ha dado un pinchazo el corazón! Algo me ha entrado por este ojo.

La niña le echó los bracitos al cuello. Él abrió e hizo girar los ojos. Pero nada, no se veía nada.

— Creo que ya desapareció — dijo él; pero no había desaparecido. Era un fragmento de aquel espejo embrujado que tan bien recordamos, aquel horrible espejo que convertía todo lo grande y bueno que en él se reflejaba en cosa baladí y digna de desprecio, mientras que todo lo ruin y perverso se dibujaba claramente muy aumentado, dejando a la vista todos los defectos. El pobrecito Kay había recibido en su corazón una de aquellas partículas, y pronto no tendría en el pecho más que un trozo de hielo. Ya no le dolía, pero la partícula allí quedaba.

— ¡No llores más, que estás muy fea! — dijo él—. Total, no ha sido nada... ¡Uf! — exclamó de pronto—. ¡Esta rosa está agusanada! ¡Y mira, esta otra da asco! ¡Bah! ¡Qué rosas tan feas! ¡Dignas de la caja donde crecen!

Dio un puntapié a la caja y arrancó las dos rosas.

— ¿Qué haces, Kay?— gritó la niña.

Al ver la aflicción de Gerda, arrancó otra rosa y desapareció por su ventana, abandonando a la pobrecita.

Cuando luego volvieron a mirar el libro de estampas dijo que aquello era para otros, y si la abuela les contaba cuentos la dejaba con la palabra en la boca y luego, a sus espaldas, se ponía unas gafas y la remedaba, haciéndolo tan a la perfección, que todos reían a carcajadas. No tardó en aprender a imitar la voz y la manera de andar de cuantos pasaban por la calle. Todo lo que tenían de peculiar y defectuoso sabía Kay imitarlo. "¡Este chico debe de tener un talento especial!", decían los vecinos. Pero era el cristal que le había entrado por los ojos y se le había incrustado en el corazón la causa de todo aquello, y de que molestase a la misma Gerda, que lo amaba con toda el alma.

Sus juegos fueron muy diferentes de lo que eran, demasiado razonables para un chiquillo. Un día de invierno, mientras nevaba, salió con un gran cristal de aumento, tendió el extremo de su chaqueta azul y recogió la nieve que caía.

— Ahora mira con este vidrio, Gerda — dijo.

Los copos de nieve se veían aumentados y parecían flores exóticas o estrellas de diez puntas: era realmente admirable.

— ¿Eh? ¿Qué te parece? — dijo Kay—. Esto es más interesante que las mismas flores. En éstas no encontrarás ni un solo defecto; son perfectamente simétricas hasta que empiezan a derretirse.

Pocos días después salió Kay, puestos los guantes de piel y con su trineo a la espalda, y murmuró al oído de Gerda:

— He de dejarte para ir a jugar a la plaza con los chicos.

Y se alejó.

En la Plaza Mayor, los chicos más traviesos ataban sus trineos a los carros de los campesinos para que los

arrastrasen un gran trecho. Era un juego muy divertido. Cuando reinaba más entusiasmo apareció un hermoso trineo pintado de blanco, ocupado por una persona envuelta en un abrigo de pieles de armiño y cubierta la cabeza con una gorra también blanca como la nieve. El trineo dio dos vueltas por la plaza y Kay logró atar a él su pequeño trineo, viéndose arrastrado cada vez a más velocidad. El conductor guió por una de las calles, y entonces se volvió a Kay haciéndole señas misteriosas, como si se conocieran. Cada vez que Kay quería desatar su pequeño trineo, el desconocido volvía la cabeza y Kay no osaba moverse. Y así llegaron a la puerta de la ciudad. La nieve empezó a caer tan espesa que el chico no podía ver a un palmo de sus narices. De pronto soltó la cuerda para desprenderse del gran trineo; pero fue inútil, porque el cordel se había anudado en el otro y los dos corrían como el viento. Entonces se puso a dar gritos, pero nadie le oía, y la nieve caía compacta y el trineo parecía volar; de vez en cuando daba un brinco, como si saltasen por zanjas y setos. El muchacho estaba despavorido. Quiso rezar un Padrenuestro y sólo recordó las tablas de multiplicar.

Los copos de nieve eran cada vez más grandes y llegaron a ser como gallinas blancas. De súbito, torció a un lado y se detuvo el gran trineo. La persona que lo ocupaba se levantó. El abrigo y el gorro eran de nieve, y ella, una señora alta, hermosa y de una blancura alucinante. ¡Era la Reina de la Nieve!

— Hemos hecho un viaje muy rápido — habló ella—. ¡Pero veo que estás tiritando! Ponte bajo mi piel de oso.

Le puso a un lado en el trineo y lo envolvió en su abrigo, pero él sintió como si le metiesen en una nevera.

— ¿Aún estás frío? — le preguntó, y le dio un beso en la frente.

¡Uf! Aquel beso era más frío que el mismo hielo y le penetró hasta el corazón, que ya tenía casi helado. Y se sintió morir, pero sólo un momento. En seguida se recobró y ya no volvió a sentir frío.

— ¡Mi trineo! ¡No olvidemos mi trineo!

Esto fue lo primero que se le ocurrió. Se lo ataron a una de aquellas aves blancas, que voló tras ellos con el trineo a la espalda. La Reina de la Nieve volvió a besar a Kay, y éste olvidó a la pequeña Gerda, a su abuela y a toda su familia.

— Ahora ya no te besaré más — dijo la Reina —, porque si te diera otro beso morirías.

Kay la miró. Era tan bella que nunca hubiera imaginado un rostro tan inteligente y encantador. Ya no era de nieve, como cuando se sentó junto a su ventana y le llamó. Le parecía un ser perfecto y no le inspiraba ningún temor. Le confesó que sabía Aritmética, hasta quebrados y Geometría, y el número de habitantes de todos los países. Ella le escuchaba sonriendo, y entonces le pareció a él que no sabía bastante y se quedó con la vista fija en el espacio, y ella voló con él sobre unos negros nubarrones, llevados por la tempestad, que daba enormes aletazos y silbaba. El viento parecía cantar viejas canciones. Volaron por encima de bosques y de lagos, del mar y de la tierra. Debajo de ellos bramaba el viento, aullaban los lobos, resplandecía la nieve. Sobre sus cabezas se oían los graznidos de bandadas de cuervos, en lo más alto brillaba la luna clara y serena. Kay la estuvo mirando durante toda aquella larga noche de invierno, y al día siguiente se durmió a los pies de la Reina de la Nieve.

TERCER CUENTO
EL JARDÍN DE LA MUJER QUE TENÍA UN PODER MÁGICO

No son para descritas las penas que pasó Gerda al ver que Kay no volvía. ¿Qué había sido de él? Nadie lo sabía, nadie tenía noticias. Lo único que pudieron decir los chicos es que habían visto cómo ataba su trineo a otro muy grande que se había ido por una calle hasta desaparecer por la puerta de la Ciudad. Se derramaron muchas lágrimas y la pequeña Gerda lloró amargamente y sin consuelo. Luego se dijo que había muerto, que se había ahogado en el río que bañaba los muros de la Ciudad. ¡Oh días tristes e interminables de invierno! Por fin se presentó la primavera con sus cálidos rayos de sol.

— Kay ha muerto y ya no le veréis más — les anunció Gerda.

— No lo creemos — le contestaron los rayos de sol.

— Ha muerto y ya no lo veréis más — dijo a las golondrinas.

— No lo creemos — replicaron ellas.

Y la pequeña Gerda acabó por no creerlo tampoco.

— Cogeré mis nuevos zapatos rojos que Kay aún no ha visto — se dijo Gerda un día — y bajaré al río a preguntar por él.

Era muy temprano. Besó a su abuela, que aún dormía; cogió sus zapatitos rojos y, atravesando las desiertas calles, bajó al río por la puerta de la Ciudad.

— ¿Es verdad que me has quitado al compañero de juegos? Te regalaré mis zapatitos rojos si me lo devuelves.

Le pareció entender que las olas asentían con un extraño movimiento y, sin pensarlo más, se quitó los zapatitos, que era lo más apreciado entre sus prendas, y los echó al río. Pero cayeron muy cerca de la orilla y la corriente los volvió a tierra. Parecía deducirse de ello que

el río no quería aceptar tan precioso objeto porque no se había llevado

LA VIEJA ACERCÓ LA BARCA CON LA MULETA Y SACÓ A LA NIÑA

al pequeño Kay. Pero ella pensó que no los había echado bastante lejos. Viendo un bote entre unas cañas, subió a él y, yendo hasta el otro extremo, volvió a tirar los zapatitos al agua. Pero el bote no estaba amarrado y, con el movimiento que ella le imprimió, desprendióse de la orilla, quedando a la merced de la corriente. Al advertirlo, quiso volver atrás, pero cuando alcanzó el otro extremo ya flotaba la embarcación demasiado lejos para saltar.

La pequeña Gerda se asustó mucho y se puso a gritar, pero sólo oyeron sus gritos los gorriones, que, sin fuerzas para llevarla a tierra, la acompañaban volando por la

orilla, mientras cantaban como si quisieran animarla: "¡Aquí estamos! ¡Aquí estamos!" La barca siguió el curso del río y la pequeña Gerda ya no intentó salir. Estaba descalza, con sólo las medias. Los zapatitos rojos flotaban detrás, pero no pudo cogerlos, porque la barca corría más.

Las dos orillas eran un encanto de hermosas flores, árboles gigantescos y prados con vacas y corderos; pero no se veía ni un alma humana.

"Acaso el río me llevará al lado de Kay", pensó Gerda.

Sintióse más animada con esta idea y se mantuvo derecha muchas horas, contemplando la belleza de la ribera. Por fin llegó a un huerto plantado de cerezos, donde se alzaba una casita con curiosas ventanas de cristales rojos y azules. El techo era de barda, y a cada lado había un soldado de madera que hacía honores a los que pasaban por el río.

Gerda, creyéndolos vivos, los llamó; pero, como es de suponer, no contestaron. Al pasar junto a ellos, la corriente empujó la barca hacia la orilla. Gerda se puso a gritar con más fuerza. Entonces salió de la casa una vieja muy vieja que se apoyaba en una muleta y se tocaba con un ancho sombrero pintado de muy hermosas flores.

—¡Pobrecita niña! — exclamó la vieja al verla—. ¿Qué te ha sucedido para hallarte sola en el gran río y arrastrada por la corriente tan lejos de este mundo?

La vieja se acercó al agua, sujetó la barca con la muleta, la atrajo a Ja orilla y sacó a la niña. Gerda se alegró de hallarse otra vez en tierra, aunque la extraña vieja le infundía cierto temor.

— Vamos, cuéntame quién eres y de dónde vienes — dijo la vieja.

Gerda se lo contó todo, y la vieja escuchaba moviendo la cabeza con algún que otro gruñido. Cuando Gerda hubo acabado su relato y le preguntó si había visto al pequeño Kay, la mujer le contestó que aún no había venido, pero que probablemente no tardaría. Recomendó a la niña que

no estuviera triste, que comiese cerezas y mirase las flores, más interesantes que las estampas de un libro, porque cada una sabía contar un cuento. Luego, cogiendo a Gerda de la mano, la llevó a la casita y cerró la puerta por dentro.

Las ventanas estaban muy altas, los vidrios eran rojos, azules y amarillos, y la luz del día penetraba en una mezcla fantástica de colores. Sobre la mesa había un cesto lleno de las cerezas más ricas del mundo. Mientras comía, la vieja la peinaba con un peine áureo, y los cabellos de la niña se rizaban y brillaban como hebras de oro en torno a su linda carita, que era redonda y fresca como una rosa.

— ¡Oh, cómo anhelaba la compañía de una muchachita tan linda como tú! — dijo la vieja—. Verás qué bien nos llevamos.

Y cuanto más la peinaba, más se alejaba de Gerda el recuerdo de su amiguito Kay; porque aquella vieja poseía un poder mágico aunque no era una hechicera malvada. Sólo practicaba un poco de magia para distraerse, y ahora la usaba para retener a su lado a la pequeña Gerda. Por eso fue al jardín, extendió la muleta sobre los rosales y todas las lindas rosas desaparecieron bajo tierra, de modo que nadie hubiera adivinado dónde estaban antes. Temía la vieja que Gerda pensase, al verlas, en sus rosas, que recordase al pequeño Kay y se escapara.

Luego llevó a Gerda al jardín de las flores. ¡Qué fragancia y qué maravilla! Estaban en la plenitud de su lozanía todas las flores que os podáis imaginar, de todas las estaciones del año; ningún libro de estampas, por bonito que fuese, podía compararse con aquello. Gerda saltaba de gozo y jugó hasta que el sol desapareció tras los cerezos. Por la noche acostóse en una camita deliciosa, con almohadas de púrpura franjeadas de violeta, y se durmió tan feliz y ricamente como una reina en la noche de su boda.

AI día siguiente volvió a jugar con las flores glorificadas de sol, y así transcurrían los días. Gerda conocía todas las flores, y, aunque había tantas, le pareció

que faltaba alguna, pero no sabía cuál. Un día, examinando las flores pintadas en el amplio sombrero de la vieja, vio que la más bonita era una rosa. La vieja se había olvidado de quitarla del sombrero cuando hizo desaparecer las otras bajo tierra. Siempre sucede lo mismo cuando no se procede de buena fe con el prójimo.

— ¡Pero no hay rosas en el jardín! — exclamó Gerda.

Y anduvo por los arriates y senderos, busca que buscarás, sin encontrar una rosa. En su aflicción, se sentó y prorrumpió en llanto, y sus ardientes lágrimas cayeron en el preciso lugar en que había un rosal enterrado, y cuando las lágrimas humedecieron la tierra, el rosal brotó tan floreciente como estaba al hundirse. Gerda lo abrazó y besó las rosas, y pensó en las de su jardincillo y, por ellas, en el pequeño Kay.

— ¡Oh! ¡Cómo he perdido el tiempo! — dijo la pobrecita—. ¡Yo que tenía que ir en busca del pequeño Kay! ¿Sabéis dónde está? — preguntó a las rosas—. ¿Creéis que ha muerto?

— No, no ha muerto — contestaron las rosas —. Nosotras hemos estado bajo tierra. Allí están todos los muertos, pero Kay no estaba.

— Gracias — dijo la pequeña.

Fue a ver a las otras flores y, mirando dentro de los cálices, preguntaba:

— ¿No sabéis dónde está el pequeño Kay?

Pero todas las flores tomaban el sol pensando en su propia historia o cuento de hadas. Gerda escuchó a muchas, a muchas; pero ninguna le decía nada de Kay.

¿Qué dijo el lirio?

— ¿Oyes el tambor? “Pa-tam-tum”. Sólo da tres notas. ¡Siempre “patam-tum”! ¡Escucha el canto fúnebre de las mujeres! ¡Escucha la invocación de los sacerdotes! La esposa india, envuelta en su larga túnica encarnada, se mantiene derecha sobre la pira funeraria; las llamas suben envolviéndola con su difunto marido; pero la esposa india

piensa en el que vive en ese círculo, en el ser cuyos ojos abrasan más que las llamas, cuyas miradas inflaman su alma con más ardor que las mismas llamas que pronto reducirán su cuerpo a cenizas! ¿Puede la llama del corazón consumirse en las llamas de una hoguera funeraria?

— Pero yo no entiendo nada de eso — dijo Gerda.

— Ésta es mi historia — acabó el lirio.

¿Qué dijo el convólvulo?

— Al final de la estrecha cuesta se alza el viejo castillo feudal. Por las gastadas piedras de los muros crece apretadamente la hiedra, trepando hoja por hoja hasta un ventanal en cuya balaustrada se apoya una hermosa doncella escrutando el camino. Ninguna rosa en su tallo es más lozana que ella, ninguna flor de manzano mecida por el viento se mueve con más gracia y donosura. ¡Oh! ¡Cómo crujen sus ricas sedas! ¿Vendrá algún día?

— ¿Te refieres a Kay? — preguntó la pequeña Gerda.

— Yo sólo hablo de mi historia..., de mi ilusión— replicó el convólvulo.

¿Qué dijo la campanilla blanca?

— Entre dos árboles cuelga, sujeta a unas cuerdas, una tabla: es un columpio. Dos niñas muy bonitas que llevan vestidos blancos como la nieve y cintas verdes de seda en sus sombreros se están columpiando. Su hermano, mayor que ellas, se sostiene de pie en el columpio, cogidos los brazos a las cuerdas para guardar el equilibrio, porque en una mano tiene una jícara y en la otra un canuto: está haciendo pompas de jabón. El columpio se mueve y las burbujas se elevan con sus hermosos cambios de colores. Aún queda la última en el borde de la jícara, movida por el viento. El columpio va y viene. Un perrito negro, tan ligero como las pompas, salta sobre las patas traseras pidiendo que lo suban al columpio. Este le tropieza en su camino y el perrito cae y ladra indignado. La burbuja revienta. Un trapecio y un cuadro de color: ¡tal es mi canción!

Podrá ser muy interesante lo que me estás diciendo,

pero lo haces con acento de tristeza y para nada nombras al pequeño Kay.

¿Qué dijo el jacinto?

— Eran tres lindas hermanas, diáfanas de tan exquisitas. El vestido de la primera era encarnado; el de la segunda, azul, y el de la tercera, de inmaculada blancura. Cogidas de la mano, danzaban a la orilla de un lago tranquilo, a la luz de la luna. No eran duendes, eran seres humanos. ¡Parecía aquel paraje un edén saturado de suaves aromas! Las doncellitas desaparecieron en la floresta, y aún se respiraba en ella mas suave fragancia. Tres féretros que contenían estirados los cuerpos de las hermosas doncellas se deslizaron de lo más espeso de la floresta hasta el lago; las luciérnagas volaban en torno de ellas como lamparillas aladas. ¿Dormían las danzarinas del lago o estaban muertas? El olor de las flores dice que están muertas. ¡Las campanas de la tarde blanden con fúnebre melancolía!

—¡Qué tristeza siento! — dijo Gerda —. Es tan fuerte tu olor, que me hace pensar en las doncellitas muertas. Oye: ¿está muerto Kay, realmente? Las rosas que han estado bajo tierra dicen que no.

—¡Din, don! — tocaron las campanas del jacinto—. No doblamos por el pequeño Kay; no lo conocemos. Sólo cantamos nuestra canción: la única que sabemos.

Y Gerda se acercó al ranúnculo, que lucía entre hojas verdes.

— Pareces un pequeño sol — le dijo—. Dime, si lo sabes, dónde encontraré a mi amigo.

Y el ranúnculo brilló de alegría y se volvió a Gerda. ¿Qué canción podría cantar el ranúnculo? No se refería, ciertamente, a Kay.

— El primer día de primavera, el sol esplendoroso de Nuestro Señor bajó a calentar un hondo patinillo, deslizando sus rayos por la blanca pared de una casa vecina. En un ángulo nació la primera flor, brillando como el oro entre los rayos del sol. Una anciana esperaba sentada

en el umbral de su puerta. Su nieta, una linda y pobre muchacha de servicio, fue a hacerle una corta visita y le dio un beso, y como tenían el corazón de oro y lo pusieron todo en aquel beso, hubo oro en los labios, oro en el suelo y oro en todo el espacio. Éste es mi cuento.

— ¡Ah! ¡Mi pobre abuelita! — exclamó Gerda—. Seguramente está suspirando por mí, muerta de angustia, como lo estaba por el pequeño Kay. Pero pronto regresaré con Kay. Es inútil preguntar a las flores: no saben más que sus canciones y no me dan la menor noticia.

Y se ciñó bien el vestido para poder correr más, pero un narciso le golpeó las piernas cuando lo saltaba por encima. La niña se detuvo a mirar la talluda flor y preguntó:

— ¿Es que tú sabes algo?

Se inclinó hasta la flor, y, ¿qué le dijo ésta?,

— ¡Puedo verme! ¡Puedo verme! ¡Oh! ¡Y tengo un aroma suavísimo! En una buhardilla hay una danzarina a medio vestir. Unas veces se sostiene sobre la punta de un pie, otras, sobre las dos. Parece que pisotea a todo el mundo, pero no es más que una ilusión. A ierte el agua de una tetera en un pequeño recipiente: es su corpiño. “La limpieza es la gran cosa”, dice. Su blanco vestido cuelga de un gancho; también ha sido lavado en la tetera y puesto a secar en el tejado. Se lo pone y se ata al cuello un pañuelo azafranado, y el vestido parece más blanco. Ponte de rodillas y verás como parece que se sostiene sobre un tallo. ¡Puedo verme! ¡Puedo verme!

— ¡A mí eso no me importa! — dijo Gerda—. ¡Es inútil que me lo cuentes!

Y corrió hasta el extremo del jardín. Estaba cerrada la puerta, pero apretando con fuerza la herrumbrosa aldaba, la hizo saltar. Se abrió la puerta y Gerda corrió descalza al anchuroso mundo. Tres veces vo vióse a mirar, pero nadie la seguía. Al fin, cansada de tanto correr, se sentó en una piedra y, al mirar en torno, vio que el verano había teiminado para dar lugar al otoño. Era imposible apreciar

este cambio en el jardín, donde siempre hacía sol y las flores de todas las estaciones estaban en perenne lozanía.,

— ¡Dios mío! ¡Cómo he perdido el tiempo! — suspiró Gerda. ¡Si estamos en otoño! No he de permanecer aquí un momento más.

Y se levantó para seguir corriendo. ¡Oh, qué doloridos y cansados tenía los pies! ¡Y qué triste y frío era todo lo que veía! Las largas hojas de los sauces estaban secas por completo, y la humedad caía de los árboles como lluvia; éstos se iban desnudando, hoja tras hoja, y sólo el endrino conservaba el fruto, pero era tan agrio que no servía más que para dar dentera. ¡Señor, qué gris y qué triste era el mundo!

CUARTO CUENTO
EL PRÍNCIPE Y LA PRINCESA

Pronto hubo de descansar Gerda otra vez. Y sucedió que, no lejos de su asiento, apareció saltando entre la nieve un cuervo que se detuvo a mirarla largo rato, moviendo la cabeza, para decir luego:

— ¡Gra! ¡Gra! ¡Buenos días! ¡Buenos días!

No sabía presentarse mejor, pero con esto quería decir que la muchacha le era simpática, y le preguntaba adonde iba sola por esos mundos de Dios. Gerda entendió perfectamente la palabra “sola” y midió todo el alcance de su significado. Contóle, pues, todas sus aventuras y le preguntó si había visto a Kay.

— ¡Quién sabe! ¡Podría ser!

— ¡Cómo! ¿Es posible? — exclamó la niña, abrazando al cuervo y besándolo.

— ¡Calma, calma! — recomendó el cuervo—. Me parece haberlo visto; creo que podría ser el pequeño Kay, pero, en todo caso, se ha olvidado de ti por la Princesa.

— ¿Vive con una princesa? — preguntó Gerda.

— Sí, escucha — dijo el cuervo —. Pero se me hace muy difícil hablar tu idioma. Si entendieras el lenguaje de los cuervos [1] , te lo contaría todo mucho mejor.

— No, no lo he aprendido — confesó Gerda—; pero mi abuela lo entiende y hasta lo habla. Lástima que no me lo haya enseñado.

— No importa — dijo el cuervo—. Te lo contaré tan bien como pueda, pero perdona si lo hago mal.

Y el cuervo le contó lo que sabía.

— En nuestro país vive una princesa de una inteligencia prodigiosa. Mira si es sabia, que ha leído todos los periódicos del mundo y ya los ha olvidado. No hace mucho subió al trono — cosa que no es muy divertida, según dicen — y se puso a tararear una canción que decía:

¿Por qué no he de casarme?

”—¡Calla — se dijo—, esto tiene un sentido!— Y al momento comprendió que quería casarse, pero deseaba un marido que supiera contestar a las preguntas, no uno de esos que parecen muy guapos y no son más que estafermos, porque resultan muy aburridos. Llamó, pues, a todas las doncellas de honor, que, al enterarse de sus deseos, manifestaron gran alegría. “¡Albricias! — exclamaron—. ¡Se ven satisfechos nuestros anhelos!” Puedes estar segura de que es la pura verdad cuanto te c| ig0 — dijo el cuervo —. Tengo una novia domesticada que anda a sus anchas por el castillo y me lo cuenta todo.

Ya supondréis que la novia era otro cuervo, pues las aves se unen con las de su mismo plumaje, y un cuervo siempre tiene su pareja.

— Se lanzaron en seguida proclamas con una orla de corazones y las iniciales de la Princesa. En estas hojas se leía que todo joven bien parecido podría ir al castillo y hablar con la Princesa en tono familiar, y el que más soltura e ingenio mostrase en la conversación se casaría con ella. Sí, sí; puedes creerme — dijo el cuervo —. Es tan verdad como que te estoy hablando. Llegaron riadas de pretendientes, hasta formar una muchedumbre clamorosa que iba de un lado para otro; pero nadie resistía más de dos días la prueba. Todo era hablar y fanfarronear en la calle, pero cuando llegaban a las puertas de Palacio y veían la guardia uniformada de plata, y se encontraban en la escalera a los lacayos ataviados de oro, y penetraban en los salones deslumbrantes de luz, se sentían confusos y avergonzados. Y cuando se acercaban al trono en que se sentaba la Princesa, no sabían más que repetir las últimas palabras que ella decía, y, claro, ya no quería oír más. Diríase que aquella gente tomaba al entrar un brebaje soporífero que les daba sueño hasta que volvía a despertarlos el aire de la calle, pues sólo en ésta se les soltaba la lengua. Llegó a reunirse un enorme gentío que llenaba la ciudad, desde las puertas hasta el Palacio. Yo mismo fui a verlo por curiosidad — dijo el cuervo —. Estaban hambrientos y sedientos, pero en Palacio no

recibían más que un vaso de agua templada. Los más previsores se habían traído pan con manteca, pero no querían compartirlo con sus rivales, porque pensaban: "¡Fastidiarse! La Princesa no se casara con un muerto de hambre."

— Pero, ¿y Kay? ¿Y el pequeño Kay? — preguntó Gerda —. ¿Guando llegó? ¿Estaba entre la muchedumbre?

— ¡Ten paciencia! ¡Ten paciencia! Ahora voy a eso. Al tercer día se presentó un jovencito sin coche ni caballo, que subió al castillo como quien lo hace para divertirse. Sus ojos brillaban como los tuyos, sus cabellos eran dorados y largos; pero su ropa estaba muy estropeada.

¡Era Kay! — gritó Gerda, radiante de gozo—. ¡Ya lo tengo! ¡Ya lo tengo! — exclamaba palmeteando.

— Llevaba a la espalda una mochila — dijo el cuervo.

— No, debía de ser un trineo — corrigió Gerda —, pues se marcho con él.

— Podía ser — dijo el cuervo —, porque no le vi de cerca. Pero, según me contó mi novia domesticada, cuando llegó a las puertas de Palacio y vio a los del Cuerpo de Guardia revestidos de plata, no se inmutó lo más mínimo. Saludó y dijo: "Ha de ser muy aburrido estarse de plantón en la escalera; prefiero subir." Los salones cegaban de luz. Chambelanes y excelencias entraban y salían descalzos, con vasijas de oro. Aquello era capaz de desconcertar a cualquiera no acostumbrado a tanta majestuosidad, y más a quien, como al jovencito, le crujían horrorosamente las botas; pero no se asustó ni un momento.

— ¡Era Kay! —dijo Gerda— Ahora recuerdo que estrenaba botas y yo oí cómo le crujían en la habitación de la abuela.

— Sí, crujían mucho — dijo el cuervo—; pero él se acerco resueltamente a la Princesa, que se sentaba en una perla grande como un torno de hilar, y todas las doncellas de honor, con sus respectivas doncellas y las doncellas de sus doncellas, y todos los cortesanos con los caballeros de

su respectivo séquito y los caballeros de sus caballeros, que a su vez tenían un paje por barba, rodeaban el trono. Los pajes e os caballeros de caballeros, que siempre llevan zapatillas, estaban tan orgullosos a la puerta que era difícil levantar hasta ellos la vista.

— ¡Debía de ser tremendo! — dijo la pequeña Gerda. ¿Y o tino Kay la mano de la Princesa?

— Si no llego a ser cuervo me la hubiera llevado yo, aunque he dado palabra de casamiento. Dicen que habló tan bien como yo cuan do uso el lenguaje de los cuervos; así me lo dijo mi novia domesticada. Se condujo de una manera muy desenvuelta y agradable. No fue a requerir de amores a la Princesa, sino a oír sus palabras de sabiduría. El la escuchó y los dos se comprometieron mutuamente.

— ¡Sí, seguramente es Kay! — dijo Gerda—. ¡Era tan listo...! Sabe hacer cálculos aritméticos, hasta quebrados. ¡Oh! ¿Por qué no me llevas a su lado?

Eso se dice fácilmente — replicó el cuervo—. Pero, ¿cómo nos arreglaremos para entrar? Hablaré de ello con mi novia domesticada y, probablemente, nos dará un consejo. Pero te advierto que una niña como tú nunca obtendrá licencia para entrar en las habitaciones.

— ¡Oh! Sí, la obtendré — dijo Gerda —. Cuando Kay se entere de que estoy allí, saldrá en seguida a buscarme.

— Aguárdame ahí, en la piedra — dijo el cuervo, que sacudió la cabeza y se alejó volando.

Ya era muy tarde cuando el cuervo regresó.

— ¡Gra! ¡Gra! — dijo —. Te ofrezco los respetos de mi novia y este panecillo que ha cogido de la cocina para ti. Allí sobra el pan y tú tendrás hambre. Te sería imposible entrar en Palacio, porque vas descalza y los guardas que visten de plata y los lacayos que visten de oro no te dejarían pasar. Pero no llores, que de un modo u otro entrarás. Mi novia conoce una entrada por la parte de atrás que conduce a los dormitorios, y sabe dónde está la llave.

Se encaminaron al jardín por la gran avenida, toda

alfombrada de las hojas que caían, y cuando las luces del Palacio se fueron apagando una tras otra, el cuervo guió a Gerda a una puerta trasera, que hallaron entornada.

¡Oh! ¡Cómo latía de miedo y ansiedad el corazón de Gerda! Le parecía que iba a cometer una falta, y eso que sólo quería saber si estaba allí el pequeño Kay. Sí, debía de ser él. Lo del cabello largo y ojos brillantes le daba confianza, y ya le parecía verlo sonreír como cuando se reunían a jugar en casa, bajo los rosales. Sin duda se alegraría de verla, de saber lo mucho que había andado por él, de conocer la triste pena que a toda la familia produjo su desaparición. ¡Oh! ¡Qué miedo y qué gozo sentía!

Llegaron a la escalera. Sobre un armario ardía una linterna, y en el rellano esperaba un cuervo domesticado, volviendo la cabeza a todos lados y mirando a Gerda, que lo saludó con las reverencias que le enseñara su abuela.

— Mi prometido me ha hecho grandes elogios de vos, Señorita — dijo el cuervo domesticado—. Vuestra vida, como llaman a eso, es realmente

EN LA PARED SE FORMABAN SOMBRAS QUE PARECIAN CABALLOS DE CRIN FLOTANTE, CAZADORES, JINETES...

conmovedora. ¿Queréis coger la linterna? Seguidme sin ningún temor, pues no encontraremos a nadie.

— Siento como si alguien viniera detrás — dijo Gerda, figurándose que algo se movía a su lado. En la pared se formaban sombras que parecían caballos de crin flotante y delgadas patas, cazadores y nobles jinetes de ambos sexos.

— No son otra cosa que ensueños — dijo el cuervo —. Llevan la imaginación de los nobles dormidos hacia sus cacerías. Mejor, porque así podréis mirarlos más de cerca en la cama. Pero confío en que cuando, caída en gracia, obtengáis honores, os mostraréis de corazón generoso.

— De eso podemos estar seguros — afirmó el cuervo

de los bosques.

Entraron en la primera habitación, cuyas paredes estaban forradas de raso encarnado y bordadas de flores, y también por ellas pasaban las fantasmagorías, pero desvaneciéndose tan pronto que Gerda no pudo ver los señores y damas de elevada alcurnia. Cada habitación que cruzaba era más lujosa, tanto, que en una se quedó la muchacha como aturdida. Y por fin llegaron al dormitorio. El techo parecía una gran palmera con hojas de cristal riquísimo, y en medio de la estancia había dos lechos como dos lirios sobre tallos de oro. El primero era blanco, y en él dormía la Princesa; el otro era encarnado, y a éste se dirigió Gerda para ver al pequeño Kay. Apartó una hoja y vio un cuello moreno. ¡Oh! ¡Era Kay! Lo llamó gritando y alzó la linterna. Las sombras pasaron por la habitación al galope de las cabalgaduras. Despertó el durmiente, volvió la cabeza, y... ¡no era el pequeño Kay!

El Príncipe sólo se le parecía en el cuello, pero era joven y hermoso. La Princesa abrió los ojos en su lecho de lirio blanco y preguntó qué pasaba. Gerda se echó a llorar y les contó toda la historia y todo lo que habían hecho por ella los cuervos.

— ¡Pobrecita! — dijeron el Príncipe y la Princesa. Y elogiaron a los cuervos, diciendo que no estaban disgustados con ellos por lo que habían hecho, pero que no volvieran a hacerlo. Sin embargo, merecían un premio.

¿Queréis volar libres? — les preguntó la Princesa—. ¿O preferís un empleo fijo como cuervos de la Corte, con las sobras de la cocina por gajes?

Y los dos cuervos movieron la cabeza optando por el empleo fijo, porque, pensando que ya tenían años, se dijeron: “Mas vale contar con algo seguro para la vejez.”

El Príncipe abandonó el lecho para que Gerda durmiese en él, pues no podía hacer otra cosa mejor. Ella juntó sus manilas y pensó: “¡Qué buenos son los hombres y los animales!” Luego, cerró los ojos y se durmió tranquilamente. Y todas las fantasmagorías volvieron a

presentársele, pero esta vez como ángeles del cielo arrastrando un trineo en el que iba sentado Kay haciéndole señas. Pero aquello no era más que un sueño, desvanecido apenas despertó.

Al día siguiente la vistieron de pies a cabeza con seda y terciopelo y la invitaron a permanecer en el castillo, pero ella sólo les rogó que le dieran un cochecito, un caballo y un par de botas, para lanzarse otra vez en busca de Kay por esos mundos de Dios.

Le dieron las botas y un manguito, y estaba preciosa con su nuevo vestido. Cuando se disponía a partir, un coche flamante de oro puro la esperaba a la puerta. El escudo de armas del Príncipe y la Princesa brillaba en él como una estrella. El cochero, los lacayos y los postillones pues también los había — llevaban coronas de oro. El Príncipe y la Princesa la ayudaron a subir a la carroza, deseándole buen viaje. El cuervo de los bosques, que acababa de casarse, la acompañaría las tres primeras millas, y se sentó al lado de su amiguita, porque no podía aceptar ir en la trasera. El otro cuervo se quedó en la puerta batiendo las alas; no podía acompañarlos porque sufría jaqueca desde que tomó posesión de su empleo fijo, a causa de la excesiva comida que se veía precisado a engullir. La carroza estaba bien abastecida de dulces, y bajo el asiento había pan de jengibre y frutas en abundancia.

— ¡Adiós! ¡Adiós! — gritaron el Príncipe y la Princesa. Y la pequeña Gerda lloraba, y el cuervo lloraba. Y así anduvieron tres millas juntos, y entonces se despidió también el cuervo, y fue ésta la más triste despedida. Él voló a la cima de un árbol, donde batió las alas hasta que perdió de vista la carroza, que resplandecía como el sol.

---

[1] Este lenguaje de los cuervos es una jerigonza infantil, consistente en añadir determinadas sílabas o letras a cada palabra.

QUINTO CUENTO
LA MUCHACHA LADRONA

Atravesaron una selva muy negra, pero la carroza brillaba como una antorcha y deslumbró a los ladrones que la habitaban, los cuales se dijeron:

— ¡Eso es oro! ¡Eso es oro! — Y le salieron al encuentro, se apoderaron de los caballos, mataron a los postillones, al cochero y a los lacayos, y sacaron a Gerda del carruaje.

— Está lucida, es hermosa, se ve que la han engordado con nueces dijo la mujer del capitán de ladrones, que tenía unas barbas de estropajo y unas cejas que le velaban los ojos —. Es tierna como un corderito bien criado. ¡Qué sabrosa será!

Y sacó un cuchillo afilado que brilló con siniestros resplandores.

— ¡Ay! — rugió en aquel momento la vieja, sintiendo el dolor del mordisco que le daba en una oreja su propia hija, al saltarle a la espalda con el ímpetu de una fiera—. ¡Suéltame, rapaza del demonio! Si no, no puedo matar a Gerda.

—¡La quiero para jugar! —dijo la pequeña ladrona—. Me dará su manguito y su vestido, y dormirá en mi cama.

Y volvió a morderla, con tanta ferocidad que la mujer dio un salto en el aire, retorciéndose, y los ladrones se echaron a reír, diciendo:

— ¡Ya está bailando con la pequeña!

— ¡Quiero ir en el coche! — dijo la ladronzuela.

Siempre hacía lo que le venía en gana, porque estaba muy viciada y era muy terca; de modo que subió con Gerda a la carroza y corrieron sobre troncos caídos y rocas salientes, por el bosque. La chiquilla ladrona era de la misma estatura que Gerda, pero más vigorosa, de más recias espaldas y de tez morena. Tenía unos ojos negros y de triste mirar. Enlazó a Gerda por la cintura y le dijo:

— No te matarán mientras yo no me disguste contigo. ¿Eres Princesa

— No — contestó Gerda. Y le contó cuanto le había sucedido y su gran amor por el pequeño Kay.

La ladronzuela la contempló seriamente, moviendo la cabeza, y dijo:

— No te matarán aunque me enfade contigo, pues entonces lo liana yo misma.

Y después de enjugar las lágrimas de Gerda, metió sus manos en el manguito, que era muy suave y caliente.

Pronto se detuvo el coche y se hallaron en el patio de un castillo de ladrones.

Las paredes estaban resquebrajadas de arriba abajo. De las hendiduras salían volando cuervos y otras aves de rapiña, y unos perrazos de presa, capaces de devorar a otros tantos hombres, saltaban como locos, pero sin ladrar, porque esto les estaba prohibido.

En la espaciosa sala del hogar había un gran fuego, cuyo humo subía hasta el techo para buscar salida por la chimenea. Hervía un caldero de sopa, y liebres y conejos se doraban en el asador.

— Vas a dormir esta noche conmigo y con todos mis animalitos — dijo la ladronzuela.

Después de comer y beber, se retiraron a un ángulo donde, sobre un montón de paja, se tendían unas alfombras. Sobre unas perchas empotradas en la pared descansaban un centenar de palomas que parecían dormidas, pero se movieron un poco al acercarse las muchachas.

— Todas son mías dijo la pequeña ladrona, que cogió una por las patas y la sacudió hasta que desplegó las alas —. Dale un beso — gritó, acercándola a la cara de Gerda —. Ahí están esas torcaces del bosque añadió indicando unos listones clavados en forma de reja ante un ancho agujero de la pared —. Esas granujas se escaparían en seguida si no estuviesen convenientemente enjauladas. Y

aquí te presento a mi novio “Bae” — prosiguió, atrayendo por los cuernos a un reno que estaba atado y lucía un liso collar de cobre —. Lo hemos de atar bien; si no, pronto tomaría las de Villadiego. Cada noche le pincho el cuello con mi cuchillo y se muere de miedo,

Y la muchacha sacó de una rendija de la pared un cuchillo y lo hizo resbalar por el cuello del reno. El pobre animal retrocedió con toda la fuerza de sus patas, y la ladrona rió y se echó en la cama, arrastrando a su lado a Gerda.

— ¿Conservas el cuchillo mientras duermes? — preguntó ésta, un poco asustada.

— Siempro duermo con él — replicó la ladronzuela —. Nunca se sabe lo que puede pasar. Pero cuéntame otra vez lo que me dijiste de tu pequeño Kay y por qué te marchaste a correr mundo.

Gerda se lo volvió a explicar todo y las torcaces arrullaron desde su jaula, mientras las otras palomas dormían. La pequeña ladrona pasó un brazo por el cuello de Gerda y, con el cuchillo en la otra mano, se durmió como un tronco. Pero Gerda no podía cerrar los ojos, con la idea de que podían matarla.

Los ladrones, sentados alrededor del fuego, cantaban y bebían, mientras la vieja daba saltos mortales. Viendo aquello, la niña se estremeció de miedo. Entonces las torcaces se pusieron a proferir arrullos que decían: “Hemos visto al pequeño Kay. Una gallina blanca lo llevaba en el trineo. El iba en el coche de la Reina de la Nieve, que pasó junto al bosque mientras nosotras estábamos en el nido. Su aliento llegó a nuestro árbol y toda la nidada murió menos nosotras dos”.

— ¿Qué estáis diciendo? — preguntó Gerda—. ¿Adonde se dirige la Reina de la Nieve? ¿Podríais enterarme?

— Seguramente iba a Laponia, donde siempre hay hielo y nieve. Pregúntale al reno que está atado con una cuerda, y verás.

— ¡Ya lo creo que hay nieve! ¡Aquello es la misma gloria! —dijo e] ren0 —. Allí uno puede correr libre por los anchos valles de blancura. Allí sienta la Reina de la Nieve su tienda de verano; pero su palacio está más cerca del Polo Norte, en una isla que llaman Spitzberg.

— ¡Oh, Kay, mi pequeño Kay! —suspiró Gerda.

— Si no callas — dijo la pequeña ladrona —, te hundo el cuchillo en el cuerpo.

Por la mañana Gerda le contó todo lo que habían dicho las torcaces. La otra la escuchó muy seriecita y, moviendo la cabeza, dijo:

— Está bien. ¿Sabes tú dónde está Laponia?— preguntó al reno.

— ¿Quién lo sabría mejor que yo? — contestó el animal, con un brillo interior en su mirada —. ¡Allí nací y allí me crié! ¡Allí he pasado los días más felices brincando por los campos de nieve!

_ Escucha — dijo la ladrona a Gerda —: Todos los hombres se han marchado y sólo queda mi madre, que permanecerá en casa. Pero a eso de mediodía echa un trago de la botella grande y se duerme un rato. Entonces podré hacer algo por ti.

Saltó de la cama, descargó un golpe en el cuello de su madre y le tiró de la barba, diciendo:

— ¡Buenos días, mi querida mamá-cabra! — a lo que respondió la madre con un soplamocos que hinchó las narices de su hija; pero aquello eran manifestaciones de un amor verdadero.

Cuando la vieja hubo empinado el codo y se sentó a descabezar el sueño, la pequeña ladrona se llegó al reno y le dijo:

Me gustaría mucho poder seguir pinchándote con mi cuchillo por algún tiempo, porque eres tan divertido... Pero es igual. Te quitaré la cuerda y te soltaré para que puedas correr a Laponia, a condición de que hagas buen uso de tus patas y lleves a esta niña al Palacio de la Reina de la Nieve,

donde está su amiguito. Ya sabes lo que me dijo, pues habló fuerte y tú estabas escuchando.

El reno saltó de gozo. La ladronzuela le cargó a Gerda y tuvo la precaución de atarla bien y de ponerle su propio cojín para que se sentase

cómodamente.

Bueno — dijo después —. Quédate tus botas de piel, porque hace mucho frío; pero yo me quedaré el manguito, porque me gusta mucho. No te helarás las manos, pues te daré los guantes de mi madre, que te llegarán al codo. ¡Toma, póntelos! ¡Oh! ¡Ahora tus manos parecen las de la fea de mi madre!

Gerda lloraba de alegría.

— No puedo verte llorar — dijo la pequeña ladrona—, ¡Debías de estar contenta! Aquí tienes dos hogazas y un jamón para que no te mueras de hambre.

Ató las provisiones a la grupa del reno, abrió la puerta, hizo entrar a los perros, y cortando la cuerda con el cuchillo, advirtió al reno:

— ¡Ya estás corriendo, pero ten mucho cuidado con la niña!

Gerda tendió a la pequeña ladrona sus hracitos sepultados en los

enormes guantes, y dijo: “¡Adiós!”

Saltando arbustos y evitando piedras, el reno salió disparado de bosque y cruzó pantanos y estepas como una flecha. Aullaban los lobos y graznaban los cuervos. Se oían los silbos del viento. El cielo estaba encarnado como el resplandor de una hoguera.

— Son las luces norteñas de mi tierra — explicó el reno —. ¡Mira sus reflejos! — Y corría día y noche, cada vez con más viveza. Se había acabado el pan y el jamón, cuando llegaron a Laponia.

SEXTO CUENTO
LA MUJER LAPONA Y LA MUJER FINLANDESA

Ante una choza detuvieron su carrera. Era tan chata que el techo casi tocaba tierra, y tan baja la puerta que, para entrar, les fue preciso arrastrarse. Dentro sólo hallaron a una mujer lapona que estaba friendo pescado a la llama de una luz de aceite y a quien el reno conto toda la historia de Gerda, después de ponerla al comente de su propia misión, pues era lo más importante. Gerda estaba tan aterida que no podía hablar.

— ¡Hablar pobrecitos! — dijo la vieja lapona —. ¡Aún os queda mucho que andar! Tendréis que hacer más de cien millas hasta Finlandia, porque la Reina de la Nieve está allí visitando sus dominios y encendiendo luces azules cada noche. Escribiré cuatro palabras en un bacalao seco, a falta de papel, y os lo daré para que se lo llevéis a una finlandesa que vive allí. Ella os informará mejor que yo.

Cuando Gerda se hubo calentado y comió y bebió algo, la lapona escribió unas palabras en un bacalao seco, recomendando a la niña que no lo perdiese; la ató de nuevo al reno, y éste reanudó su carrera. ¡Zas! ¡Zas! Los hermosos rayos azules de la aurora boreal alumbraban la noche interminable del Norte. Llegaron a la vivienda de la finlandesa y llamaron en la chimenea, pues no había puerta.

Reinaba tal calor en el interior, que la finlandesa iba casi desnuda. Era pequeña y algo mugrienta. En seguida desabrochó la ropa de la pequeña Gerda y le quitó los guantes y las botas, porque, de lo contrario, el calor la hubiera sofocado. Luego colocó un pedazo de hielo sobre la cabeza del reno y leyó la escritura del bacalao seco. La releyó dos veces, hasta aprenderla de memoria, y echó el bacalao en el caldero, porque servía para comer y ella lo aprovechaba todo.

ANTE UNA CHOZA DETUVIERON SU CARRERA

LA LAPONA ESCRIBIÓ UNAS PALABRAS EN UN BACALAO SECO

Hecho esto, el reno le contó su historia y después la de Gerda. La mujer finlandesa hacía guiños de inteligencia, sin decir nada.

— Sois tan sabia — dijo el reno — que me consta que sabéis atar todas las tempestades de este mundo con un poco de hilo; si se deshace un nudo, reina buen viento; si se deshacen dos, el viento sopla fuerte; pero si se deshacen el tercero y el cuarto, se produce tal tempestad que los bosques quedan abatidos ¿Queréis prepararle a la pequeña un brebaje que le dé la fuerza de doce hombres para que pueda vencer a la Reina de la Nieve?

— ¡La fuerza de doce hombres! — exclamó la finlandesa—. ¿Y de qué le servirá?

Fue a una estantería, cogió un pergamino y lo desenrolló. Contenía una escritura de signos extraños, que ella estuvo leyendo hasta que el sudor corrió en gruesas gotas por su frente.

Pero el reno volvió a interceder con tanta insistencia por la pequeña Gerda, y ésta la miraba con ojos tan suplicantes y llenos de lágrimas, que la finlandesa empezó por guiñar los suyos y acabó por llevarse al reno a un ángulo de la habitación, para decirle al oído, mientras le renovaba el hielo en la cabeza:

— El pequeño Kay vive, ciertamente, en el Palacio de la Reina de la Nieve, donde tiene todo lo que desea y es de su gusto, y cree que no hay en el mundo cosa mejor que aquello; pero se debe a que se le metió por un ojo una partícula de cristal y se le incrustó en el corazón. Mientras no se le desprenda, no volverá a su humana condición de antes, y la Reina de la Nieve seguirá dominándolo.

— ¿Y no podéis proporcionar a la pequeña Gerda algo que le dé virtud contra todo eso?

— No puedo proporcionarle más virtud de la que actualmente tiene. ¿No ves cuán poderosa es? ¿No ves como los hombres y las bestias se ven obligados a servirla y, descalza como va, ha podido atravesar el mundo? No hemos de hablarle para nada de su poder; lo tiene en su corazón y allí lo conservará, porque es una niña inocente. Si ella no logra encontrar a la Reina de la Nieve y quitar a Kay la partícula de cristal, de poca utilidad le seremos

nosotros. A dos millas de aquí empiezan los jardines de la Reina de la Nieve. Hasta allí puedes llevar a la pequeña. Déjala en el seto de las fresas que crece en la nieve y, sin perder tiempo en consideraciones, vuelve en seguida.

Y la mujer puso a Gerda en el lomo del reno, que salió disparado.

— ¡Ay! ¡Me he dejado las botas! ¡Me he dejado los guantes! — se lamentó Gerda al sentir los primeros mordiscos del frío. Pero el reno no juzgó prudente retroceder y corrió hasta el seto de las fresas. Allí puso a Gerda en el suelo y la besó en la boca. Gruesas y ardientes lágrimas bañaban la cara del animal, que rehízo el camino como una flecha, dejando a Gerda descalza y sin guantes en medio de la temible helada.

La niña emprendió veloz carrera y no tardó en encontrarse con todo un regimiento de copos de nieve que no caían, ciertamente, del cielo, sereno en aquel momento y alumbrado con las luminarias del Norte. Los copos de nieve avanzaban a pie y, a medida que se acercaban,

ALGUNOS PARECÍAN HORRENDOS PUERCOESPINES

aumentaban de tamaño. Gerda recordó la grandeza y las extrañas formas que adquirían cuando los miró una vez con una lente. Pero los de ahora eran mucho más grandes y de más terrible aspecto, y por añadidura estaban vivos. Formaban las avanzadas de la Reina de la Nieve y tomaban las más extrañas formas. Algunos parecían horrendos

puercoespines; otros, madejas de serpientes con las cabezas levantadas, y algunos, gordos oseznos de pelo crespo. Todos eran de una blancura deslumbran te; todos eran copos de nieve animados.

Ante ellos, la pequeña Gerda se puso a rezar el “Padre Nuestro’, y tan intenso era el frío, que podía ver su propio aliento como humo salido de su boca. El aliento se condensaba por momentos en forma de angelitos luminosos que crecieron, crecieron, hasta tocar el suelo. Y todos llevaban yelmo en la cabeza y escudo y espada en las manos. Iban creciendo en número, y al acabar Gerda el “Padre Nuestro se vio rodea a de toda una legión que descargaban su espada contra los espantosos copos de nieve, deshaciéndolos en mil pedazos. La pequeña Gerda pudo entonces reanudar la marcha, libre de peligros y sin miedo. Los ángeles le frotaron los pies y manos y, sin sentir ya mucho frío, corno al Palacio de la Reina de la Nieve.

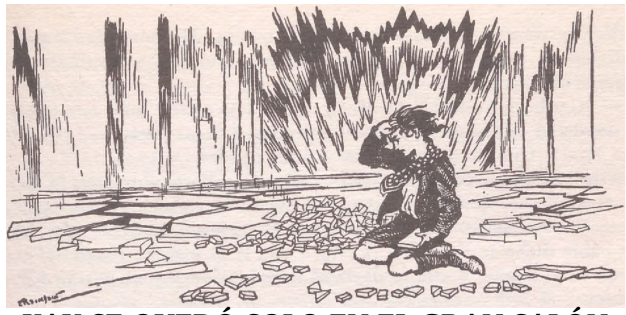
Pero veamos qué hace Kay. Seguramente, no piensa en la pequeña Gerda, y menos en que pueda estar a la misma puerta del Palacio.

SÉPTIMO CUENTO
EL CASTILLO DE LA REINA DE LA NIEVE Y LO QUE SUCEDIÓ ALLÍ

Las paredes del Palacio eran de nieve apilada, y las puertas y ventanas, de ese viento que corta. Había más de cien salones; todos según se había apilado la nieve; el más grande tenía varias millas de superficie, y todos estaban iluminados con la potente luz de la aurora boreal. ¡Pero qué desiertos, qué fríos y qué relucientes estaban todos! Nunca se daba en ellos una fiesta ni un baile de osos jóvenes, en el que la tempestad podía tocar la música y los osos polares andar con las patas traseras luciendo su garbo; ni un triste juego a la gallina ciega, ni una simple reunión a la hora del té, con asistencia de las señoritas zorras del Ártico. En los salones de la Reina de la Nieve todo era vacío, desolación y frialdad. La aurora boreal brillaba con tales resplandores, que podía calcularse cuándo estos llegaban a lo más alto y cuándo a lo más bajo del cielo. En el centro de esta inmensa sala de nieve había un lago de hielo que se había roto en mil pedazos, tan exactamente iguales unos a otros, que era una perfecta obra de arte. En medio del lago se sentaba la Reina de la Nieve cuando regresaba de sus correrías, y afirmaba que se sentaba en el espejo de la Sabiduría, y que era el único y el mejor del mundo.

El pequeño Kay estaba completamente amoratado de frío, mejor dicho, casi negro; pero él lo ignoraba, porque ella le había ahuyentado con sus besos los estremecimientos de frío, y su corazón era como un carámbano. A la sazón había recogido muchos pedazos de hielo, planos y de simétricas aristas, y trataba de juntarlos en toda clase de combinaciones, con el propósito de obtener determinado resultado. Era como ese juego de maderas con que los niños pueden construir diferentes edificios según un patrón, a lo cual llamamos un rompecabezas. Kay lograba formar dibujos muy artísticos,

porque era éste el juego del frío razonamiento, y, para él, hacer combinaciones y cálculos era de lo más importante, a causa de la partícula de cristal que le había entrado por el ojo. Hacía toda clase de combinaciones para que las figuras formasen palabras, pero nunca lograba sacar la que buscaba, que era la palabra “Eternidad”.



KAY SE QUEDÓ SOLO EN EL GRAN SALÓN HELADO, CONTEMPLANDO SUS PIEZAS DE HIELO

La Reina de la Nieve había dicho:

— Si consigues formar esa palabra, serás dueño de ti mismo y te daré todo el mundo y un par de patines nuevos.

Pero no podía.

— He de marchar hacia los países cálidos — dijo la Reina de la Nieve — a echar una mirada a los negros calderos —. Se refería a los montes hirvientes Etna y Vesubio—. Los blanquearé un poco. Es necesario, pues eso va muy bien para los limoneros y las vides.

Se alejó la Reina de la Nieve, y Kay se quedó solo en el gran salón helado, contemplando sus piezas de hielo y pensando, pensando, hasta quebrarse los cascos. Cualquiera le hubiese creído aterido.

Entonces fue cuando entró Gerda por la gran puerta del castillo. Allí montaban la guardia los cortantes vientos; pero ella rezó la oración de la noche, y los vientos se acostaron como si quisieran dormir. Atravesó salones desiertos y helados, y vio a Kay. Lo reconoció y corrió a él, lo besó, lo abrazó y le dijo con ternura:

— ¡Kay, mi querido Kay! ¡Por fin te encuentro!

Pero él permanecía callado, endurecido y frío. Derramó Gerda lágrimas ardientes, que cayeron en el pecho del niño y penetraron hasta su corazón, derritiendo el carámbano y fundiendo el pedacito de vidrio que en él había. Entonces, él la miró y ella cantó el himno:

Las rosas se marchitan y perecen, pero nosotros
veremos al Niño, Nuestro Señor.

Y Kay rompió a llorar. Tanto lloró que las lágrimas arrastraron la partícula de cristal fuera del ojo. Entonces conoció a la niña y gritó radiante de gozo:

— ¡Gerda, mi querida Gerda! ¿Dónde has estado todo este tiempo? ¿Y dónde he estado yo? — añadió mirando a todas partes —. ¡Qué frío hace aquí! ¡Qué desierto es esto y qué grande!

Estrechó en sus brazos a Gerda, que reía y lloraba de alegría. Tanto era el alborozo, que hasta las piezas de hielo se pusieron a bailar, y cuando, cansadas, volvieron a echarse, lo hicieron formando las letras que había dicho la Reina de la Nieve que si él lograba formarlas sería dueño de sí mismo y ella le daría el mundo entero y un nuevo par de patines.

Gerda le besó las mejillas, que se encendieron como claveles. Le besó los ojos, que brillaron como los de ella. Le besó las manos y los pies, y él se sintió fuerte y juvenil. Ahora ya podía venir la Reina de la Nieve: allí estaba su manumisión, escrita en relucientes pedazos de hielo.

Se dieron la mano y salieron del gran Palacio, hablando de la abuela y de las rosas del tejado, y cuando ellos pasaban se calmaba el viento y brillaba el sol. En el seto de las fresas les estaba esperando el reno, con una compañera que había traído con las ubres repletas, la cual obsequió a los niños con su leche y los besó en la boca. Los dos renos condujeron a Kay y a Gerda, primero a casa de la mujer finlandesa, donde se calentaron y recibieron instrucciones para el viaje, y luego, a la de la mujer lapona, que les había hecho vestidos y les tenía preparado un

trineo.

El reno y la joven rengífera corrieron libres a cada lado, acompañándolos hasta la frontera, donde brotaban las primeras hojas verdes. Allí se despidieron los niños de los dos renos y de la mujer lapona. "¡Adiós!", gritaron todos. Volvieron a oír los trinos de los pájaros y penetraron en los primeros bosques, llenos de verde ternura que anunciaba la primavera. Y más lejos les salió al encuentro, en un caballo magnífico que Gerda conocía por ser uno de los que habían tirado de la carroza de oro, una muchacha tocada con un gorro encarnado y que llevaba al cinto unas pistolas. Era la pequeña ladronzuela, que, cansada de estar en casa, había pensado marcharse al Norte, y si no le gustaba, a cualquier otra parte. Reconoció a Gerda tan pronto como ésta a ella. Fue un encuentro feliz.

— ¡Vaya un lindo muchacho para dedicarse a vagar por ahí! — dijo al pequeño Kay—. ¡Me gustaría saber si mereces que te vayan buscando basta el fin del mundo!

Pero Gerda le acarició las mejillas y preguntó por el Príncipe y la Princesa.

— Se han marchado al extranjero — dijo la pequeña ladrona.

— ¿Y el cuervo? — preguntó Gerda.

— El cuervo ha muerto — contestó la otra —. La novia domesticada ha enviudado y anda con una cinta negra de estambre en la pata. Se muestra muy afligida, pero todo se le va en hablar. Dime cómo te ha ido y cómo diste con él.

Gerda y Kay se lo contaron todo...

— Y colorín colorado, el cuento está acabado — dijo la muchacha ladrona.

Les estrechó la mano y, prometiéndoles una visita si algún día iba a la Ciudad, se fue a correr mundo. Pero Gerda y Kay continuaron cogidos de la mano y, a medida que avanzaban, la primavera se presentaba más hermosa de flores y verdor. Tocaron las campanas de las iglesias y los niños reconocieron, por los altos campanarios, la gran

Ciudad de que eran hijos. Llegaron a la puerta de su casa, subieron la escalera y entraron en el cuarto de la abuela, donde todo estaba igual que antes. El reloj de pared seguía andando: "¡Tictac!", y las saetas se movían; pero al pasar por la puerta notaron que habían crecido. Cuando abrieron la ventana del tejado vieron que las rosas lucían espléndidas sobre el canalón, y bajo los rosales aguardaban los dos taburetes. Kay y Gerda se sentaron en ellos y, como cuando eran pequeños, se dieron las manos. La abuela, tomando el sol de Dios, leía en voz alta una frase de la Biblia. "Si no sois como niños, no entraréis en el Reino de los Cielos."

Kay y Gerda, olvidados de la fría y desolada grandeza del Castillo de la Reina de la Nieve como si aquello hubiera sido un sueño, se miraron en lo hondo de los ojos y, de repente, comprendieron el viejo himno:

Las rosas se marchitan y perecen, pero nosotros
veremos al Niño, Nuestro Señor.

Y helos allí, ya mayores, pero siempre niños (niños de corazón), en el tibio y delicioso verano de la vida.

EL PORQUERIZO

ERA una vez un Príncipe que no estaba muy rico y cuyo reino era muy pequeño, pero no tanto que no le permitiese contraer matrimonio, y, en efecto, deseaba casarse.

Se necesitaba cierta audacia, en aquellas condiciones, para decir a la hija del Emperador: "¿Quieres casarte conmigo?" Pero él se atrevió, porque la fama de su nombre se extendía hasta muy lejos, y más de cien princesas hubieran contestado: "Sí, gracias." ¿Contestó eso ella? Escuchadme y lo sabréis.

En la tumba del padre del Príncipe crecía un rosal, un hermoso rosal que sólo florecía cada cinco años y, aun así, sólo daba una rosa, ¡pero, Señor, qué rosa! Despedía tan suave aroma que, oliéndola, se olvidaban por completo penas y trabajos. Y el Príncipe tenía también un ruiseñor que cantaba como si todas las melodías habidas y por haber se hubieran almacenado en su garganta. El ruiseñor y la rosa fueron considerados los mejores presentes para la Princesa, y se le enviaron en sendas arquillas de plata.

El Emperador recibió a los mensajeros en el gran salón donde la Princesa estaba jugando a "recibir visitas" con sus doncellas de honor, porque no sabían hacer otra cosa, y cuando ella vio las argénteas arquillas de los presentes, palmoteo de gozo.

— ¡Si al menos hubiera un gatito! — dijo.

Pero no salió más que una fragante rosa.

— ¡Oh! ¡Qué linda es! — comentaron todas las señoras de la Corte.

— Es más que linda — dijo el Emperador —, es encantadora.

Mas la Princesa la tocó y estuvo a punto de llorar.

— ¡Uf! ¡Papá! exclamó. ¡No es artificial! ¡Es una rosa

natural!

— ¡Uf! repitió toda la Corte—. ¡Es una rosa natural!

— Antes de enfadarnos, veamos el contenido de la otra arquilla — dijo el Emperador.

Y he aquí que salió el ruiseñor y cantó tan admirablemente que, de momento, nadie supo qué decir en contra.

— Superbe! Charmant! — dijeron las doncellas de honor, que hablaban francés a cuál peor.

— ¡Cómo me recuerda este pájaro el aristón de nuestra muy amada Emperatriz, que en paz descanse! — dijo un anciano gentilhombre—. ¡Sí, sí; es el mismo timbre, la misma expresión!

— Ciertamente — corroboró el Emperador llorando como un niño.

— Supongo que será un pájaro de verdad — dijo la Princesa.

— Sí; es un pájaro de verdad — dijeron los que lo habían traído.

— ¡Ah! ¿Sí? Pues dadle libertad — ordenó la Princesa.

Y prohibió al Príncipe que con ningún pretexto fuese a verla.

Mas no por eso se desanimó el Príncipe. Se tiznó la cara, se hundió el sombrero hasta las cejas y llamó a la puerta.

— ¡Buenos días, Emperador! — saludó—. ¿No me podrían dar algún empleo en el castillo?

— Sí — contestó el Emperador —; pero hay tantas peticiones... A ver, déjame pensar... Necesito que alguien cuide de mis cerdos, porque tengo muchos.

Y he aquí que el Príncipe fue destinado a las pocilgas imperiales. Se le dio un mísero cuartucho al lado de la zahúrda, y allí tenía que vivir. Todo el día estuvo trabajando, y por la noche ya había acabado una pequeña marmita rodeada de campanitas que, al hervir, tocaban la

antigua tonada:

¡Oh Agustín querido,
todo está perdido, perdido, perdido!

Pero lo más prodigioso de aquella obra de arte consistía en que, poniendo un dedo en el vapor de la marmita, podía olerse todo lo que se guisaba en cada cocina de la ciudad. ¡Aquello sí que era diferente de la rosa!

No tardó en pasar por allí cerca la Princesa con todas sus doncellas de honor, y, al oír la melodía, se detuvo como embelesada, pues también ella sabía tocar "¡Oh Agustín querido!", si bien es verdad que era lo único que tocaba y lo hacía con un dedo.

— ¡Eso es lo que toco yo! — dijo—. ¡Debe de ser un porquerizo muy bien educado! ¡Escuchadme! ¡Entrad a preguntarle cuánto vale su instrumento!

Una de las doncellas tuvo que entrar, pero no sin ponerse antes unos zuecos.

— ¿Qué quieres por ese cacharro? — le preguntó la doncella de honor.

— Diez besos de la Princesa — contestó el porquerizo.

— ¡Dios nos libre! — exclamó la doncella.

— Pues no lo venderé a ningún otro precio — dijo el porquerizo.

— Bueno, ¿qué ha dicho? — preguntó la Princesa.

— No os lo puedo decir — dijo la doncella —. Es demasiado ofensivo.

— Pues dímelo al oído.

Y la doncella lo hizo así.

— ¡Qué grosería! — rechazó la Princesa alejándose.

Pero, a los pocos pasos, volvió a oír el sonido de las campanitas, más agradable aún:

¡Oh Agustín querido, todo está perdido, perdido, perdido!

— ¡Escuchad! — dijo la Princesa—. Proponedle diez besos de mis doncellas de honor.

— ¡No, gracias! — rechazó el porquerizo—. Diez besos de la Princesa o me quedo con la marmita.

— ¡Qué fastidio! — exclamó la Princesa—. Bueno, vosotras me rodearéis de modo que nadie me vea.

Y las doncellas de honor la rodearon alzando las sayas; el porquerizo recibió los diez besos, y la Princesa recibió, en cambio, la marmita.

Hubo en el castillo gran regocijo. Toda la noche y todo el santo día mantenían hirviendo la marmita, y no hubo en la ciudad ni una cocina en que ellas no supieran lo que se guisaba, desde la del zapatero hasta la del chambelán. Las damas bailaban de gusto y palmeteaban de alegría.

— Sabremos quién come sopas y croquetas, y quién gachas y chuletas. ¡Qué interesante!

— ¡Interesantísimo!—exclamó la dama del guardarropa.

— Bueno, pero no digáis a nadie que yo soy la hija del Emperador.

— ¡Dios nos libre! — exclamaron todas a coro.

El porquerizo, esto es, el Príncipe — aunque todos creían que era un verdadero porquerizo —, cada día hacía algo, y fabricó una carraca que, al girar, tocaba todos los valses, polcas y mazurcas conocidos desde que el mundo era mundo.

— ¡Pero eso es superbe!— dijo la Princesa al pasar por allí cerca—. Nunca he oído nada tan bonito. ¡Escuchad! Entrad a preguntarle cuánto vale ese instrumento, ¡pero nada de besos!

— Quiere por él cien besos de la Princesa — dijo la que había entrado a preguntar.

— ¡Debe de estar loco! — contestó la Princesa alejándose.

Pero a los pocos pasos se detuvo.

— Hay que proteger el arte — dijo—. ¡Y soy la hija del Emperador! Decidle que le daré diez besos, como la otra vez, y recibirá los restantes de mis doncellas de honor.

— ¡Ah! ¡Eso no nos gusta! — protestaron las doncellas.

— ¡No seáis tontas! — reprendió la Princesa—. Si yo le beso, también podéis hacerlo vosotras. No olvidéis que yo os alimento y os pago.

Las doncellas de honor no tuvieron más remedio que someterse.

— ¡Cien besos de la Princesa — dijo él — o nada!

— ¡Haced corro! — ordenó ella.

Y todas las doncellas de honor la rodearon mientras lo besaba.

— ¿Qué significa ese corro al lado de la pocilga? — preguntó el Emperador asomándose al ventanal.

Se restregó los ojos y se caló las gafas.

— ¡Caramba! ¡Si son las doncellas de honor, que estarán haciendo alguna de las suyas! ¡Habré de bajar a ver!

Se sujetó las zapatillas, que llevaba siempre sueltas y pisando la parte de atrás con los talones, y ¡válgame Dios, qué modo de correr! Al llegar al patio, avanzó sin hacer ruido. Las doncellas de honor estaban demasiado ocupadas contando los besos y gozando de aquella travesura, para advertir la llegada del Emperador, el cual, estirándose sobre la punta de los pies, pudo ver a los que se besaban, y dijo:

— ¿Qué hacéis aquí?

Y les dio un zapatillazo en la cabeza, en el preciso momento en que el porquerizo recibía el beso número ochenta y seis.

— ¡Fuera de aquí! — gritó el Emperador, enfurecido.

Y la Princesa y el porquerizo fueron expulsados del imperio. La Princesa lloraba y el porquerizo refunfuñaba, mientras los mojaba la lluvia.

— ¡Ah, qué desgraciada soy! — decía la Princesa—. ¡Si al menos hubiera consentido en casarme con aquel hermoso Príncipe! ¡Ay, desventurada de mí!

Y el porquerizo se ocultó tras un árbol, se lavó la cara, arrojó sus

harapos y volvió a presentarse luciendo su vestido principesco, tan hermoso y distinguido, que la Princesa no pudo evitar una reverencia.

— Vengo a despreciaros — dijo él—. No quisisteis al príncipe honesto, no supisteis apreciar la rosa y el ruiseñor y, en cambio, por un pobre juguete besasteis al porquerizo. ¡Ahora, pues, quedaos con Dios!

Entró en su reino y cerró la puerta en las propias narices de la Princesa, que, desde fuera, podía cantar con acento verdadero:

¡Oh Agustín querido, todo está perdido, perdido, perdido!

EL ESCARABAJO

AL caballo del Emperador acababan de ponerle las herraduras de oro, así como su dueño llevaba de oro las espuelas.

¿A qué se debía esto?

Era un magnífico animal, de finas patas, ojos dulces e inteligentes y una mata de crin que flotaba como un velo a lo largo del cuello. Había llevado a su señor entre el humo de los cañones y la lluvia de balas que silbaban a su paso. Había tomado parte en la batalla, cerrando con singular denuedo contra la acometida del enemigo, brincando por encima de la derribada cabalgadura del peor adversario, salvando así la imperial corona y la vida del mismo Emperador, y esto valía más que todas las riquezas. Tenía, pues, bien merecidas las herraduras de oro.

Y he aquí que un escarabajo se adelantó diciendo:

— Después de los grandes vienen los pequeños, que la corpulencia nada significa.

Y, sin más, levantó sus secas patitas.

— ¿Qué buscas tú aquí? — preguntó el herrador.

— Unas herraduras de oro para mí — replicó el escarabajo.

— ¡Tú estás loco! — gritó el herrador—. ¿También quieres calzado de oro?

— ¿Por qué no? — dijo el escarabajo —. ¿Acaso no valgo tanto como ése, a quien han de servir, cepillar y ponerle delante la comida y la bebida para que luzca? ¿No pertenezco como él a los establos imperiales?

— ¡No seas insensato! ¿No comprendes por qué hemos herrado con oro a ese caballo? — preguntó el herrador.

— ¿Que si comprendo? Sí, comprendo que es un insulto personal que se me hace — replicó el escarabajo —. No soporto semejantes humillaciones, y, por lo tanto, me

marcho a correr mundo.

— ¡Buen viaje! — dijo el herrador.

— ¡Descarado! — exclamó el escarabajo.

Y desplegando las alas, salió del establo, yendo a parar, tras corta volada, a un hermoso jardín perfumado de rosas y alhucemas.

— ¿No te parece un lugar delicioso? — preguntó un coquito que revoloteaba por allí luciendo los broqueles de sus alitas rojas, salpicadas de motas negras—. ¡Qué bien huele y qué bonito es!

— Estoy acostumbrado a mejores cosas — dijo el escarabajo—. ¿A eso llamas delicioso? ¡Pero si no hay un triste estercolero!

Y se alejó a la sombra de una mata de alhelíes por la que subía una oruga.

— ¡Qué hermoso es el mundo! — decía la oruga—. ¡El sol calienta y todo sonríe de felicidad! Y el día que me duerma y muera, como dicen, me despertaré convertida en una mariposa.

— ¡No te hagas ilusiones! — dijo el escarabajo—. ¡Tú volar como una mariposa! Vengo del establo del Emperador y puedo decirte que ni aun al caballo favorito de Su Majestad, que ahora lleva un calzado del oro que yo tengo, se le ha ocurrido tal quimera. ¡Tener alas! ¡Volar! ¡Ahora sabrás qué es eso de volar!

Y, desplegando las alas, se alejó por el aire murmurando:

— No quiero insultos y no hallo otra cosa.

Al poco tiempo cayó en un prado y se hizo el dormido, pero el sueño acabó por vencerle en su inmovilidad.

De pronto empezó a llover copiosamente y el ruido del agua lo despertó. Quiso guarecerse bajo tierra, pero no pudo, porque lo arrastraba el agua y tuvo que nadar boca abajo y, luego, de espalda, pues no había ni que pensar en volar, y gracias que pudiese salir con vida. Decidió, pues,

estarse quieto y resignarse a su suerte, y cuando la lluvia cesó y él, a fuerza de pestañear, logró quitarse el agua de los ojos, vio brillar un objeto muy blanco: una camisa puesta a secar sobre la hierba. Se dirigió allí, refugiándose en uno de sus pliegues. No se estaba tan caliente como entre el estiércol del establo, cierto, pero no había otra cosa mejor, y allí se quedó el día y toda la noche, mientras caían a intervalos los chubascos. Al amanecer, salió echando pestes contra semejante clima.

Sobre el blanco lienzo descansaban dos ranas en cuyos ojos brillaba la alegría.

— ¡Qué tiempo tan magnífico! — decía la una—. ¡Qué fresquito! Y en esta camisa se recoge el agua que es un gusto. Mis patas se me van, con deseos de nadar.

— Me gustaría saber — dijo la otra — si la golondrina, que vuela tanto, encuentra en sus viajes otro clima mejor que el nuestro. ¡Qué apacible y qué húmedo! Me encuentro tan a gusto como en una charca. Quien no está contento en esta tierra es que no tiene patriotismo.

— ¡Bien se ve que no habéis estado en las cuadras del Emperador! — intervino el escarabajo—. Allí la humedad es tibia y olorosa, ¡el mejor clima para mí! ¡Lástima que no se lo pueda llevar uno cuando va de viaje! ¿No hay en este jardín un estercolero donde la gente linajuda como yo pueda fijar su residencia y vivir a sus anchas?

Las ranas no lo entendieron o no quisieron entenderlo.

— ¡Nunca me gusta repetir las cosas! — exclamó el escarabajo cuando hubo preguntado lo mismo por tercera vez, obteniendo la callada por respuesta.

Se alejó de allí y pasó junto a un tiesto hecho de una vasija rota, que no estaba en su lugar correspondiente, pero que, tal como había quedado, ofrecía un buen alojamiento resguardado del viento y de la lluvia. La habitaban varias familias de tijeretas que vivían pobres pero alegres. Las hembras eran un modelo de ternura maternal, y cada madre ensalzaba a su hijo reputándolo el más hermoso e inteligente.

— Nuestro pequeño tiene novia y pronto se casará — decía la madre—. ¡Santa inocencia! No tiene otra ambición que meterse algún día en la oreja de algún personaje. ¡Es tan amable y simpático! Y el matrimonio le hará sentar el juicio. ¡Qué gozo para una madre!

— Pues el nuestro — decía otra madre —, apenas ha salido del huevo le ha dado por viajar. Es la misma viveza y agilidad, y ya sabe retorcer las antenas. ¡Qué gozo para una madre! ¿No es verdad, señor Escarabajo?

Lo habían conocido por el corte de sus alas.

— ¡Tenéis razón las dos! — dijo el escarabajo.

Entonces lo invitaron a entrar y a que se pasease cuanto le viniese en gana bajo el tiesto de vasija rota.

— Mire mis hijos — gritaban otras madres—. ¿Ha visto usted criaturas más buenas y divertidas? Nunca se muestran desobedientes, a no ser que tengan alguna pena, lo que, por desgracia, es muy frecuente a su edad.

Por el estilo hablaba cada madre de su hijo. Los pequeños se fueron acercando sin meterse en la conversación, y, con las pinzas que tienen en la cola, tiraban al escarabajo de la barba.

— ¡Siempre han de hacer diabluras estos picaruelos! — reprendieron las madres con voz que más parecía una caricia alentadora.

Pero el escarabajo se ofendió y preguntó si estaba muy lejos el estercolero.

— Está Dios sabe dónde, al otro lado de la zanja — contestó una tijereta —. Confío en que ninguno de mis hijos irá tan lejos. Sería mi muerte.

— A mí no me asustan las distancias — dijo el escarabajo.

Y se marchó sin despedirse, por considerar ésta la manera más cortés.

Junto a la zanja halló varios compadres: todos escarabajos.

— ¡Aquí vivimos! — le dijeron —. Y lo pasamos tan ricamente. ¿Quieres venir a darte unos revolcones en el blando cieno? Sin duda te ha fatigado mucho el camino. ¡Tienes cara de cansado!

— Mucho — dijo el escarabajo —. Me ha cogido la lluvia y he tenido que refugiarme en una camisa, y la limpieza estraga mi salud. Además, me duele un ala desde que estuve al fresco bajo un tiesto de vasija. Pero, vaya, es un consuelo volver a encontrarme entre mis semejantes.

— ¿Eres, acaso, del montón del estiércol? — preguntó el más viejo.

— ¡No! ¡Procedo de un lugar más distinguido! — replicó el escarabajo —. Vengo del establo del Emperador, donde nací con calzado de oro. Viajo con una misión secreta, pero no me preguntéis nada sobre el particular, porque no os podría revelar el secreto.

Y esto diciendo, bajó a reunirse con ellos en el cieno. Había en la reunión tres jovencitas que retenían la risa por no saber qué decir.

— Las tres están solteras y sin compromiso — dijo la madre.

Y las doncellas ocultaron la risa, esta vez por vergüenza.

— En los establos imperiales no he visto grandes bellezas — dijo el escarabajo tomando asiento.

— No lisonjee usted a mis hijas por halagarme — advirtió la madre —. Y no les dirija la palabra si no es con serios propósitos. Aunque acerca de eso no tengo la menor duda y os doy mi bendición.

— ¡Bravo! — gritaron los otros escarabajos.

Y nuestro escarabajo fue aceptado por novio, y a los esponsales siguió inmediatamente la boda, pues no había razón para diferirla.

El día siguiente se pasó en plena luna de miel; el segundo, casi en nada cedió al primero; mas al tercer día había que pensar en ganarse la vida para la mujer y tal vez

para los hijos.

Y el escarabajo pensó:

“Me he dejado engañar por esta gente y no tengo más remedio que engañarla a mi vez.”

Y dicho y hecho. Se largó y no volvió en todo el día ni en toda la noche. Su mujer quedó sola y abandonada como una viuda.

—¡Buena la hicimos! — dijeron los otros escarabajos —. Ese sujeto a quien recibimos en famila nos ha resultado un granuja de siete suelas;

—¿HA VISTO USTED CRIATURAS MÁS BUENAS Y DIVERTIDAS?

se ha marchado y nos ha dejado a su mujer como un carga más para nosotros.

¡Paciencia! — dijo la madre —. Pasará como soltera y vivirá con nosotros, que no por eso deja de ser hija mía. ¡Maldito el villano que la abandonó!

Entre tanto, el escarabajo prosiguió su viaje, embarcándose en una hoja de col llevada por la corriente de una acequia. Dos caballeros que por allí pasaban lo cogieron al verlo y le estuvieron dando vueltas y nías vueltas, mientras hablaban con mucha ciencia, especialmente el más joven.

Alá ve el escarabajo negro en la piedra y en la roca negra. ¿No dice eso el Corán?

Y luego pronunció en latín el nombre del escarabajo y habló largamente de sus especies y costumbres. El otro, que era un estudiante, propuso llevárselo a casa, pero su compañero dijo que tenía ejemplares de la misma especie tan buenos como aquél, y como al escarabajo «pareció una grosera impertinencia, se escapó volando de la mano e que la profería. Con las alas bien secas, pudo volar bastante lejos, asta un invernáculo, por una de cuyas vidrieras entreabiertas penetró, yendo a sepultarse en el montón de abono fresco que vio en un ángulo. "¡Qué bien se está aquí!", pensó.

Pronto se quedó dormido y soñó que el caballo favorito del Emperador caía enfermo y antes de morir le nombraba heredero de sus herraduras de oro, con el mandato de que le hiciesen un par a la medida. Esto ya era razonable.

Al despertar, salió a dar un vistazo. Aquella casa de cristal era magnífica. A los lados, grandes palmeras formando una bóveda por la que se transparentaba el sol y bajo la cual un macizo de tiernas plantas lucía sus variadas flores, rojas como el fuego, amarillas como el ámbar y blancas como la nieve.

— Estas plantas son de una magnificencia incomparable — dijo el escarabajo—. ¡Qué ricas serán cuando se pudran! ¡Verdaderamente, he dado con una buena despensa! Sin duda vivirán aquí parientes míos. Voy a dar una vuelta a ver si encuentro a alguien con quien asociarme. Estoy satisfecho de mí mismo. — Y empezó a pasearse por el invernáculo, pensando en la muerte del caballo y en las herraduras de oro que acababa de heredar.

De pronto, una mano se le echó encima, lo cogió y le dio vueltas.

El hijo del jardinero y una niña que con él jugaba vieron al escarabajo y decidieron divertirse con él. Después de envolverle en una hoja, el muchacho se lo metió en el bolsillo del pantalón. El escarabajo se movía y arañaba para librarse de aquel encierro, pero un manotazo le

enseñó a estarse quieto. Los muchachos corrieron al estanque, cogieron un zueco roto y tirado en la orilla, le pusieron un palo a guisa de mástil, sujetaron el escarabajo con un hilo, para que hiciese de marinero, y echaron el zueco al agua. El estanque no era muy grande, mas al escarabajo le pareció un océano, y tuvo tanto miedo que se cayó de espaldas. El barquichuelo se apartaba de la orilla, impelido por el viento; pero el muchacho se arremangó los calzones y fue a cogerlo para impulsarlo con más fuerza y hacerlo navegar a toda vela. En el momento de estar el zueco más alejado, una voz imperiosa llamó a los chiquillos y el escarabajo quedó abandonado a su suerte. La embarcación se alejaba cada vez más de la orilla, acercándose más a alta mar, y era una perspectiva horrorosa la que se ofrecía al cuitado, en la imposibilidad de escaparse por estar atado al mástil. Una mosca se detuvo a visitarlo.

— ¡Qué buen tiempo hace! — le dijo —. ¿Me permites acompañarte un rato, meciéndome al sol? ¡Qué felicidad la tuya!

— ¡Hablas de lo que no entiendes! ¿No ves, necia, que estoy atado?

— Pero yo, no — dijo la mosca emprendiendo el vuelo.

— Ahora empiezo a conocer el mundo — dijo el escarabajo —. ¡Qué calamidad de mundo! Yo soy la única persona decente. Empiezan por negarme el calzado de oro, luego se me obliga a refugiarme en una camisa limpia y bajo un tiesto, y, para colmo de males, me cargan con una mujer. Por fin, cuando tengo la suerte de dar un buen paseo y descubro lugares donde se puede vivir con toda comodidad, viene un muchacho, me ata y me deja a merced de las olas enfurecidas, mientras el caballo del Emperador hace cabriolas con sus herraduras de oro. ¡Eso es lo que me duele más! Nada bueno puede esperarse de un mundo así. No hay duda de que mi carrera es brillantísima, pero, ¿de qué sirve, si nadie la conoce? El mundo no

merece que le cuente mi interesante historia, pues se negaron a ponerme zapatos de oro en el establo del Emperador cuando el imperial caballo fue herrado y yo alargué mis piernas. Si me hubieran calzado de oro, el establo tendría en mí su gloria y ornamento. Ahora, el establo me ha perdido y el mundo no me tendrá. ¡Todo ha terminado.

Pero no todo había terminado. Una barca llena de señoritas se acercó remando.

— Mirad ese zueco que flota como una barca — dijo una de ellas.

— ¡Va un animalito dentro, atado con un hilo! — exclamó otra.

Acabaron de acercarse y la más joven cogió el ligero barquichuelo. Y otra que llevaba unas tijeras en el bolso cortó el hilo sin lastimar la pata del escarabajo, y cuando saltó a la orilla lo dejó sobre la hierba.

— Trepa, trepa; vuela, vuela — cantó—; abre ya tus alas, que la libertad te espera.

El escarabajo voló, voló, y, en su vuelo, pasó por la ventana de un gran edificio para ir a caer, extenuado de fatiga, sobre la fina y blanda mata de crin del caballo del Emperador, en el mismo establo en que siempre habían morado entrambos. El escarabajo se agarró a la crin y descansó un momento para recobrarse.

— Heme aquí montado en el caballo favorito del Emperador, y a fe que me tengo en él tan bien como su amo. Pero... ¿qué iba a decir? ¡Ah, sí! Ya recuerdo. Es una gran idea y muy puesta en razón. “Sabes por qué hemos herrado de oro al caballo del Emperador?” Eso es lo que me preguntó el herrador. La contestación es ahora bien clara para mí. ¡El caballo luce herraduras de oro para que yo lo monte!

El escarabajo estaba henchido de satisfacción.

— El viajar desarrolla la inteligencia — dijo.

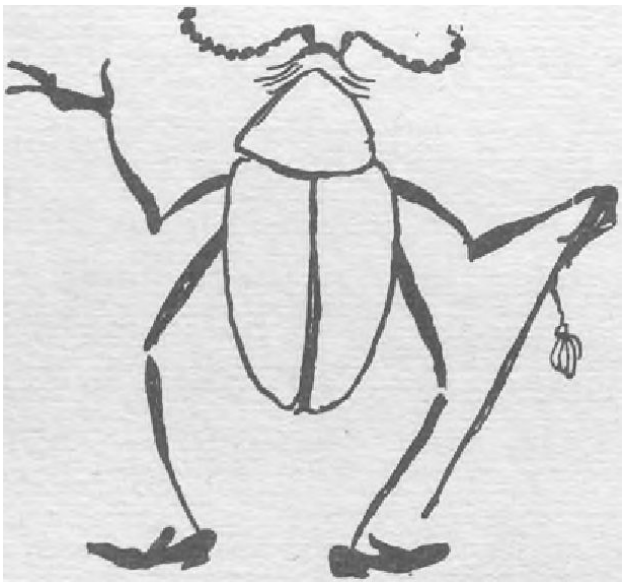
Los rayos de sol penetraron en el establo y bañaron de

luz al escarabajo, que todo lo vio de un color de gozosa bienandanza.

— A pesar de todo, el mundo no es tan malo como padece — dijo —; pero hay que saber cómo tomarse las cosas.

Sí, el mundo era hermoso porque al caballo del Emperador le habían puesto herraduras de oro sólo para que el escarabajo pudiera montarlo.

— Ahora iré a ver a mis compañeros y les diré todo lo que por mí se ha hecho. Les contaré las desagradables aventuras que me han ocurrido viajando por el extranjero, y prometeré permanecer aquí hasta que al caballo se le estropeen las herraduras de oro.



LA SOPA DE CUELGASALCHICHAS

I

TUVIMOS ayer una comida excelente — decía una rata vieja a otra que no había asistido al festín —. Yo ocupaba el asiento número veintiuno, a contar desde el ocupado por nuestro anciano Rey. ¡No dirás que fuese mal sitio! ¿Te gustaría saber la lista de los platos? Estaba muy bien combinada; pan enmohecido, corteza de tocino, velas de sebo y salchichas; y luego, lo mismo repetido, de modo que, en rigor, fueron dos banquetes. Reinó en todo momento esa jovialidad y buena armonía propias de las grandes reuniones familiares. No quedó nada más que los cuelgasalchichas. La conversación recayó sobre éstos. Después de hablar de lo que por mí se llama la "sopa boba" y de la "sopa de piel de salchicha", alguien mencionó la "sopa de cuelgasalchichas", como dicen en el país vecino. Todos los comensales habían oído hablar de esta sopa, pero nadie la había probado ni, menos, confeccionado. Se brindó por la gloria de su inventor, considerándolo merecedor del título de Padre de los Pobres de solemnidad. ¿No te parece que es muy chocante? Luego se levantó el Rey y declaró que la ratita que aderezase mejor la indicada sopa sería la Reina, y, al efecto, concedió un año y un día de plazo para hacer la prueba.

— ¡No está mal! — dijo la otra rata —. Pero, ¿cómo se prepara esa sopa?

—'¡Ah! ¿Cómo se prepara?

Esto es lo que preguntaban todas las ratas, grandes y chicas. A todas les hubiera gustado ser reinas, pero no querían darse el trabajo de lanzarse por esos mundos de Dios para estudiar cómo se preparaba la sopa, que es lo que debían haber hecho. Ninguna estaba dispuesta a dejar su casa y su familia para arrostrar las privaciones del mundo, donde no es tan fácil hallar cortezas de queso ni se huele cada día el tocino; hay que pasar hambre y exponerse a que un gato se la coma a una viva.

Sin duda, fueron estas consideraciones las que disuadieron a la mayoría de salir de viaje en busca de informes. Sólo cuatro ratitas se inscribieron en el registro de salida, dispuestas a partir. Eran jóvenes y vivarachas, pero pobres. Cada una se proponía tomar una de las cuatro direcciones del mundo, y luego se vería a quién había favorecido la suerte. Llevarían por báculo una estaca cuelgasalchichas, que les recordaría siempre el objeto de su viaje.

A principios de mayo emprendieron su peregrinación y no regresaron hasta mayo del siguiente año; es decir, sólo volvieron tres, pues la cuarta no sólo faltaba el día de la prueba, sino que en todo aquel tiempo no se había tenido la menor noticia de su paradero.

— Por algo se dice que no hay rosas sin espinas — comentó el Rey. Luego, dio instrucciones para que se invitase a todas las ratas y ratones de algunas leguas a la redonda a la reunión que había de celebrarse en la cocina. Las tres ratitas viajeras se colocaron aparte, en fila. En medio se levantó un palo cuelgasalchichas con un crespón negro, a la memoria de la cuarta ratita, que daban por muerta. Nadie en absoluto podía expresar su opinión sin el beneplácito del Rey.

Veamos lo que ocurrió.

II

LO QUE HABÍA VISTO Y

APRENDIDO EN SUS VIAJES LA PRIMERA RATITA

— Cuando salí a recorrer el mundo — dijo la primera ratita —, pensaba, como casi todas las de mi edad, que sabía todo lo que puede saberse. Pero estaba en un error. Para llegar a saber algo se necesitan muchos años. Me dirigí al mar y me embarqué en un vapor que zarpaba para el Norte. Me habían dicho que el cocinero de un barco ha de saber confeccionar los mejores platos, pero esto no es difícil cuando se dispone de ricos jamones, grandes latas de conserva y harina en abundancia. Lo cierto es que allí vivía regaladamente, pero no había manera de aprender nada respecto a la sopa de cuelgasalchichas. Navegamos por espacio de muchos días; el barco se balanceaba espantosamente y no pudimos librarnos de algún que otro remojón. Cuando, por fin, llegamos a un puerto, abandoné el barco y rae encontré en los remotos países del Norte.

"¡Qué extraña sensación se produce en nosotros cuando dejamos el agujero de casa para embarcarnos en una nave, que es otra especie de agujero, y de pronto nos hallamos a más de cien leguas, en un país desconocido! Divisé extensos e impenetrables bosques de pinos y abedules, tan fragantes que, oliéndolos, pensé que estaban cargados de salchichas. También había grandes lagos de aguas que, miradas de cerca, eran puras y cristalinas, aunque de lejos parecían charcas de tinta. En la superficie reposaban cisnes blancos, tan quietos, que los tomé por espuma; pero cuando los vi moverse y desplegar las alas, los reconocí en seguida. Pertenecen a la familia de los gansos, lo que se echa de ver en su andar, pues nadie puede ocultar su origen. Busqué a los de mi especie y trabé amistad con ratones del bosque y del campo, que, a decir verdad, son bastantes ignorantes, especialmente en lo que a materias culinarias se refiere, y esto era el objeto exclusivo de mi viaje. Les pareció cosa tan extraordinaria que se pudiera hacer una sopa con cuelgasalchichas, que la noticia se difundió de boca en boca por todo el bosque en un

momento. Consideraban de todo punto imposible que un día llegase a resolverse tan arduo problema, y me convencí aquella misma noche de que no podía haber ido a peor lugar para iniciarme en la preparación de la famosa sopa. Estábamos en plena primavera y, según me dijeron los ratones, a eso se debía que el bosque estuviese tan impregnado de bálsamo, que las hierbas despidieran tal aroma, que las aguas de los lagos fuesen tan claras y profundas y que los cisnes se recreasen en ellas.

”A la entrada del bosque había tres o cuatro casas, y en medio se elevaba una antena como el mástil de un barco, prendida en su extremo más alto de guirnaldas y flotantes cintas de colores: era el árbol de mayo. Los mozos y las muchachas bailaban en torno, uniendo sus cantos a los acordes de un violín. Aquella diversión, que duraba todo el día, continuó a la luz de la luna. Yo no quise tomar parte en la fiesta, porque no sé qué pito toca un ratón en un baile de mayo. Preferí estarme sobre una alfombra de musgo tendida a los pies de un árbol, tan extraordinariamente suave, que me atrevería a compararla con la piel de nuestro Rey, y, además, era verde, color que va muy bien para los ojos.

”En esto, vi que se acercaba una multitud de encantadoras criaturas, tan diminutas que apenas me llegaban a las rodillas, y aunque tenían la forma de seres humanos, estaban mejor proporcionadas. Eran gnomos y vestían trajes fabricados con pétalos de flores y alas de mariposa y cínife, que les caían muy bien. Noté en seguida que parecían buscar algo. Un grupo de ellos me rodeó, y el que hacía de jefe, indicando mi cuelgasalchichas, dijo.

”— Eso es lo que nos hace falta. ¡Acaba en punta y será excelente!— Y cuanto más miraban mi báculo, más entusiasmados se mostraban.

”— Os lo presto — dije —; pero me lo habéis de devolver.

”—¡Se devolverá! — gritaron todos. Y cogiendo el palo que yo les dejé, lo clavaron en la hierba y empezaron a

bailar en torno, al bello estilo de los ratones. También ellos habían querido tener un árbol de mayo, y mi báculo parecía cortado ex profeso para ellos. Luego, lo adornaron de vistosa manera.

"Unas arañas lo cubrieron de hilos de oro y colgaron en lo más alto banderas y gallardetes de un tejido finísimo, cuyos blancos destellos, al reflejar la luz de la luna, me deslumbraban. Recogieron colores de las alas de algunas mariposas y pintaron tan sutiles tejidos, y luego de adornarlo con flores y gotas de rocío que fulgían como diamantes, acabé por no conocer la estaquilla de las salchichas. Ya todo dispuesto, llegó la real comitiva de los gnomos, los cuales no llevaban vestidos y estaban así más lindos. Se me invitó a presenciar la fiesta, pero a cierta distancia, porque era demasiado corpulenta para no estorbar.

"¡Empezó a oírse una música admirable! Parecía que ludían miles de campanitas de cristal, y sonaba tan rica de armonías, que cualquiera la hubiera tomado por el canto del cisne. Creía percibir en ella la voz del cuclillo y del mirlo, y por fin todo el bosque semejó una orquesta. Voces angelicales se unían a los sonidos de las campanas y a los trinos de las aves, y las más dulces melodías y lo más agradable de aquel concierto salían del árbol de mayo de los gnomos: mi cuelgasalchichas se había convertido en un maravilloso instrumento musical. Nunca hubiera llegado a imaginar que pudiese ocultar tan rara virtud, pero es indudable que todo depende de las manos que lo tocan. Estaba profundamente emocionada, y lloré como una ratilla puede llorar, de gozo inefable.

"¡Con qué rapidez transcurrió la noche! Pero ya se sabe que las noches son cortas en verano. La fresca brisa de la madrugada se levantó, peinando la superficie del lago y despertando las frondas del bosque. Las banderas y gallardetes de telarañas la saludaron flameando libres en el

EMPEZÓ A OÍRSE UNA MÚSICA ADMIRABLE

aire, y las guirnaldas, cintas, flores y demás aderezos del árbol de mayo se desvanecieron en un momento. Seis gnomos me devolvieron el palo, preguntándome al mismo tiempo si tenía algún deseo que pudieran satisfacer. Les pedí que me enseñasen a preparar una sopa con el cuelgasalchichas que les había dejado.

”—¿Quieres mejor sopa que la que acabas de ver? — preguntó el jefe—. ¡Si apenas conocías tu bastón!

”Bromean, pensé. Y les expuse el objeto de mi viaje y la ansiedad con que se esperaba en mi país la desconocida fórmula. ¿Qué utilidad tendrá para mi Rey y su poderoso imperio — les pregunté el magnífico espectáculo que he presenciado?” No voy a reproducirlo presentando mi cuelgasalchichas y diciendo: “¡Aquí está la sopa!” En todo caso, sería un plato recreativo que sólo puede servirse de sobremesa, cuando los estómagos están llenos.

”Entonces, el gnomo introdujo el meñique en el cáliz de una violeta, y me dijo:

”— ¡Atención! Unto tu báculo de peregrino y, cuando regreses a tu país y entres en el castillo del Rey, se lo pasas por las narices y brotarán violetas que cubrirán todo el palo, aunque reine el más crudo invierno. Así, al menos, no te presentarás con las manos vacías. Pero aún quiero darte algo más.

Aún no había acabado de pronunciar la ratita las últimas palabras, tocó el augusto hocico con su bastón y, en efecto, brotó en él un hermoso ramo de violetas.

Emanaba de ellas tan penetrante aroma, que al momento ordenó el Rey al ratón más próximo al hogar que pusiera la cola en el fuego, para contrarrestar con el olor a chamusquina la insoportable fragancia de violetas, nada grata a sus narices ratoniles.

— ¿No hablabas de algo más que te habían dado? — preguntó el Rey Sí — dijo la ratita—; se trata, a mi modo de ver, de una sorpresa. Y, sin más, dio vuelta al cuelgasalchichas, poniéndolo hacia abajo, y desaparecieron las flores por completo. Luego, empuñó el liso bastón como una batuta —. "Las violetas — me dijo el gnomo — son para recrear la vista, el olfato y el tacto; pero el oído y el gusto son también dignos de consideración."

Dicho esto, la ratita empezó a llevar el compás y en seguida se oyó una música, no como la del bosque durante la fiesta de los gnomos, sino la música que ha de oírse en una cocina. ¡Cómo armonizaban el hervor del cocido y el chirrido del asado! Cual si una corriente de aire avivase la lumbre, se pusieron a bullir todas las vasijas y cacerolas, mientras la badila golpeaba el caldero, produciendo lo que se llama un gran rebullicio, y de pronto, silencio, sólo quebrantado por el canto a media voz de la tetera, tan agradable al oído y tan dulce que no se distingue bien sí empieza a hervir o se vierte el líquido. A esto siguen las voces de pucheros y peroles en ebullición, cantando en diversos tonos, sin orden ni concierto. La ratita agitaba la batuta cada vez con más brío, y los pucheros espumaban a grandes borbotones, produciendo un ruido estrepitoso. Una ráfaga entró rugiendo por la chimenea, de una manera tan espantosa, que a la ratita hasta se le cayó la batuta de la mano.

¡Será una sopa muy fuerte! — dijo el Rey —. ¡Venga en seguida! — No queda nada — contestó la ratita.

¿Nada? ¡Pues, entonces, veamos qué nos dice la siguiente! — ordenó el Rey.

III

LO QUE DIJO LA SEGUNDA RATITA

Nací en la biblioteca de un castillo — empezó diciendo la segunda ratita. Pocos miembros de mi familia han tenido la fortuna de entrar en el comedor, y menos en la despensa. Yo sólo he visto una cocina en mis viajes, y ahora, aquí. Cierto que en la biblioteca sufrimos no pocas privaciones, pero adquirimos muchos conocimientos. Por eso cuando llegó a nosotros la noticia del real galardón ofrecido a quien supiera hacer una sopa de cuelgasalchichas, mi abuela sacó un manuscrito que ella no sabía leer, pero del cual había escuchado la siguiente frase leída en voz alta: "El poeta es capaz de hacer una sopa sin más ingredientes que un cuelgasalchichas". Y me preguntó si yo era poetisa. Le contesté que ni sabía de qué me hablaba, y me dijo que, en tal caso, debía marcharme para aprender a serlo. Le repliqué entonces que qué había de hacer, porque se me hacía tan difícil esto como la sopa. Afortunadamente, mi abuela había escuchado muchas lecturas en voz alta y me dijo que tres cosas eran imprescindibles: inteligencia, imaginación y sentimiento. "Si logras adquirir estas tres cosas, serás poetisa, y entonces nada más fácil para ti que preparar la famosa sopa."

"Nos despedimos, pues, y partí en dirección a Occidente, a hacerme poetisa.

"Sabía que lo más importante era la inteligencia, pues las otras dos cualidades no se tienen en tanto aprecio. De modo que, antes que nada, me lancé en busca de la inteligencia. Pero, ¿dónde encontrarla? "Dirígete a la hormiga y aprenderás sabiduría", dijo un gran rey de Judea, y eso lo había oído yo en la biblioteca. Anduve, pues, sin detenerme hasta encontrar el primer hormiguero de importancia. Allí me puse en acecho para apoderarme de la sabiduría.

"Las hormigas constituyen una república muy

respetable, pues están llenas de sabiduría y todo lo resuelven de una manera exacta, como las matemáticas. “Trabajar y poner huevos — dicen ellas — es mirar por la vida presente y por la posteridad”, y eso es lo que hacen. Se dividen en nobles y plebeyas. La reina es la primera, y su opinión, la única aceptable. En ella se condensa toda la sabiduría del mundo, y era para mí muy importante descubrirla. Hablaba de tantas cosas y con tal profundidad de pensamiento, que todo me parecían necedades. Afirmaba, por ejemplo, que un hormiguero era lo más alto del mundo, y aunque allí mismo había un árbol incomparablemente más alto, nadie la desmentía, como si el árbol no existiese. Una tarde se perdió una hormiga y subió por el tronco, y aunque no alcanzó la cima, llegó a donde ninguna otra había llegado. A su regreso, habló a sus compañeras de una altura superior al hormiguero a la que ella había subido. Esto se consideró una ofensa a la comunidad, y la hormiga se vio amordazada y condenada a cadena perpetua. Pocos días después, otra hormiga trepó al mismo árbol e hizo el mismo descubrimiento; pero habló de él con prudentes reticencias y anfibologías, y como era una hormiga muy respetada y pertenecía a la nobleza, la creyeron, y cuando murió le erigieron un monumento con una cáscara de huevo, para honrar su memoria, porque entre las hormigas se tiene un gran respeto a las ciencias. Observé que las hormigas llevaban sus huevos a cuestas. Una de ellas se lo dejó caer en cierta ocasión y, a pesar, de los penosos esfuerzos que hacía, no lograba cargárselo de nuevo. Entonces acudieron otras dos para ayudarla, pero como después de algunos intentos vieran que nada conseguirían sin descargarse de sus propios huevos, la dejaron, porque sabían que el amor bien entendido empieza por uno mismo, y la reina declaró luego que en este caso se habían unido la razón y el sentimiento. “Estas dos cualidades — dijo — ponen a nuestras hormigas al frente de los seres racionales. Poseemos la inteligencia en alto grado y, entre todas, yo soy la más inteligente.” Y, al decir estas palabras, levantó la cabeza, irguiéndose sobre

las patas traseras, de modo que era fácil reconocerla. No podía equivocarme: saqué la lengua para atraparla y me la tragué. “Dirígete a la hormiga y aprenderás sabiduría.” Pues bien, yo estaba en posesión de la reina.

”Me acerqué al árbol de que hablé antes: era una secular encina muy alta y de vastísima y frondosa copa. Sabía, por lo que oí en la biblioteca, que la habitaba uno de esos seres vivientes llamados dríadas, que nacen y mueren con el árbol en que se albergan. Subí por el corpulento tronco, y aquella ninfa lanzó un grito espantoso al verme. Como todas las mujeres, tenía miedo a los ratones; pero el suyo tenía más fundamento que el de las otras, pues sabía que yo podía roerle el árbol de que depende su vida. La saludé en tono amistoso para infundirle confianza, y mi actitud y lenguaje afectuosos acabaron de tranquilizarla, de tal manera que me tomó en sus delicadas manos y, al enterarse del objeto de mi largo viaje, me prometió que tal vez aquella misma tarde podría proporcionarme uno de los dos tesoros que me faltaban. Díjome que Fantasio, que era su amigo íntimo y tan bello como Eros, venía a descansar una hora sobre las ramas frondosas del árbol, que crujían más al peso de los dos. Añadió que la llamaba su dríada, y al árbol, su árbol; que estaba prendado de la magnificencia de su follaje y de las robustas raíces que se hundían en la tierra, así como del enorme tronco coronado de una espléndida cúpula de verdura que temblaba en el frescor del aire; además, era un excelente observatorio para la nieve que cae, para los vientos que soplan y para el sol que quema. “Por otra parte — continuó la dríada —, los pajarillos que se posan en la cima cantan romanzas aprendidas en las diversas regiones que han visitado; y la cigüeña, que ha colgado su nido en la única rama seca, dando así al árbol un carácter extraordinariamente pintoresco, siempre nos entera de algo del país de las pirámides. A Fantasio le gusta mucho todo esto, pero no le basta, y he de contarle, a mi vez, la vida del bosque, viéndome obligada o retroceder a los días de mi infancia, en que la encina era tan pequeña, tan

pequeña, que una ortiga le daba sombra; y he de referirle todo lo que ha pasado hasta adquirir el árbol esta grandeza y robustez. Ahora vete a esconder entre el verde tomillo de ahí abajo y fíjate bien: cuando venga Fantasio, yo tendré ocasión de pellizcarle las alas y de arrancarle una pluma que te echaré. Cógela, que ningún poeta habrá tenido mejor péñola para sus poemas, y ya no te hará falta nada más."

"En efecto — prosiguió la ratita—, cuando llegó Fantasio, la ninfa le arrancó una pluma. La cogí, la puse en remojo y, cuando estuvo bien restablecida, me la comí mordisqueándola y triturándola mucho, pues aun así me costó gran trabajo pasarla. ¡Es muy fácil proponerse uno llegar a ser poeta, pero cuando hay que tragar tantas cosas!... En fin, ya tenía dos: la inteligencia y la imaginación, y por éstas supe que encontraría la tercera en la biblioteca, pues un gran hombre he dejado escrito que hay novelas destinadas exclusivamente a enjugar las lágrimas del hombre y vienen a ser, por lo tanto, como esponjas que absorben los sentimientos. Recordaba haber visto algunos de estos libros, que siempre me parecieron extraordinariamente apetitosos por lo sobados y mugrientos que estaban: debían de haber absorbido una incalculable cantidad de emoción.

"Me reintegré, pues, a la biblioteca y devoré, si vale la frase, toda una novela; es decir, su parte blanda y substancial, dejando la corteza de la encuadernación. Cuando me hube tragado otra, noté que se producía en mí una desconocida agitación, y aún no había terminado de engullirme la tercera, cuando me sentí poetisa. Me lo dije a mí misma y a cuantos quisieron oírme. Sufría jaqueca, dolor de estómago y no sé cuántos dolores más. Entonces me puse a pensar en todo lo que podía referirse a un cuelgasalchichas y me acudieron a la cabeza, en tropel, toda clase de colgadores y objetos parecidos: estacas, bastones, palos, tacos... La reina de las hormigas poseía una extraordinaria inteligencia. Recordé al hombre que poniéndose en la boca un palillo blanco se hacía invisible,

pensé en los velocípedos de madera, en los haces de leña, en romperle a uno un palo en las costillas y en Dios sabe cuántas de las

expresiones que se profieren con las palabras bastón, palo, percha o colgadero. Y en mi imaginación daba vueltas a estos objetos, pues si se es poeta como yo lo soy, que mis penas y trabajos me ha costado, hasta con ellos se puede hacer poesías. Cada día de la semana os serviré un diferente, es decir, un producto de mi fantasía, que es la única sopa que puedo ofreceros.

LA RATITA PASÓ COMO UNA FLECHA

— ¡Veamos qué tiene que decirnos Ja tercera! — ordenó el Rey.

— ¡Eh! ¡Eh! — se oyó gritar en la puerta de la cocina.

Y una ratita — la cuarta de las que optaban al premio y a quien se creía muerta — pasó como una flecha derribando el cuelgasalchichas enlutado. Había corrido día y noche, viajando en un tren de mercancías, ansiosa por llegar a tiempo, y a poco se presenta demasiado tarde. Venía desaseada, flaca y jadeante; había perdido el bastón, pero no la voz, pues se puso a hablar en seguida como si las otras la hubieran estado esperando a ella sola para escucharla, y como si todo lo demás no tuviera la menor importancia. Habló, pues, en el acto y no se paró hasta que lo dijo todo. Y fue todo tan inesperado, que a nadie se le

ocurrió interrumpirla. Veamos qué dijo.

IV

LO QUE DIJO LA CUARTA RATITA ANTES DE HABLAR LA TERCERA

— Me dirigí a una capital cuyo nombre no recuerdo, porque tengo muy mala memoria para los nombres. Desde la estación me llevaron, entre fardos decomisados, al palacio de Justicia, donde me escabullí para meterme en la habitación del carcelero. Hablando éste de los presos, se refirió especialmente a uno que había proferido unas palabras irrespetuosas. Sobre estas palabras se habían dicho otras que provocaron unos comentarios, y todo había quedado escrito para recordarlo luego.

"—Total, nada; sopa de cuelgasalchichas — dijo el carcelero—. Pero esta sopa puede costarle la cabeza.

"Aquello despertó en mí un gran interés por el prisionero — dijo la ratita —, y aprovechando la primera oportunidad, me deslicé hasta su calabozo, cuya puerta, como las de todo calabozo, tenía el correspondiente agujero para que nosotras podamos pasar. El preso estaba muy pálido, llevaba una barba muy larga y sus grandes ojos resplandecían. Una lámpara vacilante echaba un humo que habría ennegrecido las paredes si no hubieran estado ya más negras que el hollín. El preso trazaba dibujos y escribía versos rascando con la uña la capa de negrura; pero no los leí. Creo que se aburría solemnemente, y se alegró de mi presencia. Me atrajo con cortezas de pan, silbidos y tiernas palabras. Se mostró muy contento de tenerme por compañera y yo me le confié poco a poco, hasta hacernos muy buenos amigos. Compartía conmigo su pan y su agua, me daba queso y salchicha y me trataba, en fin, a cuerpo de rey; pero he de confesar que lo que principalmente me retenía allí era la buena compañía. Permitíame pasear por sus manos, por sus brazos, por sus hombros; consentía que retozase por sus barbas y me llamaba su amiguita. Llegué a tomarle cariño, pues los afectos han de ser mutuos. Olvidé el objeto de mi viaje y

dejé mi bastón clavado en una rendija del suelo. Allí debe de estar aún. Deseaba quedarme, pues de lo contrario el pobre preso se hubiera encontrado solo y abandonado, y esto es lo más triste del mundo. Me quedé, pero entonces él fue quien se marchó. La última vez que me habló estaba muy afligido, me dio doble pan y queso que de costumbre y me besó. Salió del calabozo y ya no volvió más. No sé qué habrá sido de él. "Sopa de cuelgasalchichas", había dicho el carcelero, y a él me dirigí. Me tomó en su mano, cierto, pero me puso en una jaula giratoria. ¡Qué horror! Cuanto más corre una, menos avanza, y es el hazmarreír de la gente.

"La hija del carcelero era la niña más encantadora que he visto, con sus cabellos de oro ensortijados, su boquita risueña y sus ojos que siempre brillaban de gozo. "¡Pobre ratoncillo!", me dijo. Y después de examinar la jaula cilíndrica, desprendió la clavija que cerraba la puerta y me dejó escapar. De un brinco llegué a la ventana y trepé por el canalón hasta el tejado. ¡Libre! ¡Me sentía libre! No pensaba más que en el gozo de la libertad y hasta olvidé el objeto de mi viaje.

"La noche se echaba encima. Me instalé en una vieja torre habitada

por un centinela y una lechuza. Ninguno de mis compañeros me inspiraba confianza, y menos la lechuza. Este animal parece un gato y posee el gran defecto de comer ratones; pero todos podemos equivocarnos, y esto fue lo que me sucedió, pues se trataba de una lechuza respetable y muy bien educada, que sabía más que el centinela y tanto como yo. Sus polluelos armaban un escándalo por cualquier tontería. "¡A ver si hacemos una sopa de cuelgasalchichas!", les decía, y ésta era la mayor reprensión que les daba, pues sentía una gran ternura por su nidada. Su conducta me inspiró cierta confianza, y, desde el agujero que me servía de refugio, le envié un tímido saludo. Mi confianza en ella fue muy de su agrado y me aseguró que estaba bajo su protección y ningún animal se permitiría hacerme daño, declarando que ella misma se

me comería el próximo invierno, cuando la caza empezase a escasear.

”Era una señora muy versada en todas las ciencias. Me explicó que el centinela no sabía hacer otra cosa que tocar la bocina que le colgaba del cinto, “y está por eso tan orgulloso, que se cree ser una lechuza de la torre, ¡Quiere darse importancia y no tiene ninguna! ¡Sopa de cuelgasalchichas!”.

”Roguéle que me diera la fórmula de esta sopa, y entonces me explicó:

”— Sopa de cuelgasalchichas, como agua de cerrajas, es una locución que usan los hombres, dándole cada cual su interpretación. Todos se figuran que la suya es la más propia, pero, en el fondo, nada significa.

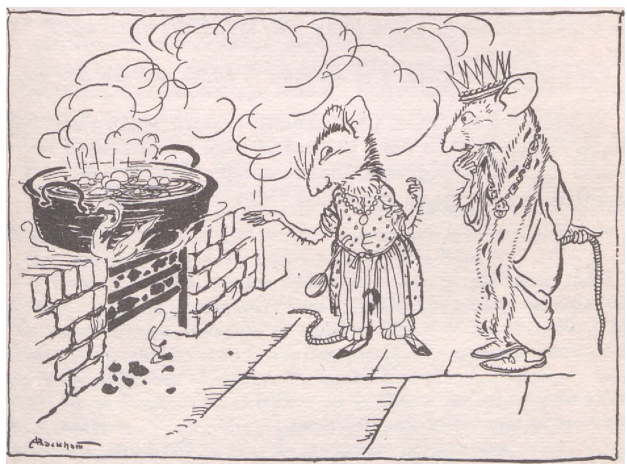
”—¡Nada! — exclamé, hondamente impresionada. ¡Ay! No siempre la verdad es agradable, pero, como dijo la lechuza, se ha de poner ante todo. Di la cosa por resuelta, comprendiendo que si volvía a casa con lo que estaba ante todo, podía darme por más satisfecha que trayéndoos la famosa sopa. Por eso me apresuré a regresar para llegar a tiempo de presentaros lo que está por encima de todo y es lo mejor de este mundo: la verdad. “Los ratones — pensaba yo — son una raza muy ilustrada, y sobre todos destaca nuestro Rey por su talento; ¡es capaz de hacerme reina porque estoy en posesión de la verdad!”

— ¡Tu verdad es una mentira! — gritó la ratita que aún no había hecho uso de la palabra —. Yo sé preparar la sopa y voy a demostrarlo.

V

CÓMO SE PREPARÓ LA SOPA

— Yo no salí de viaje — empezó la tercera ratita —. Me quedé en nuestro país, que es lo que procedía. ¿Qué necesidad tenemos de hacer largos viajes, si en casa lo encontramos todo de tan buena calidad como en el extranjero? Permanecí, pues, aquí y no fui a consultar a seres sobrenaturales, ni tragué nada, ni tomé lecciones de lechuzas. Cuanto sé lo debo a mis meditaciones. ¡Ea! Colocad en el fogón la caldera. Está bien. Ahora echad agua. ¡Más! ¡Así, hasta los bordes! ¡Venga más leña! Avivad el fuego hasta que hierva el agua; ¡es necesario que esté bien hervida! ¡Ajajá! Echad el cuelgasalchichas. Ahora, ¿tiene el Rey la bondad de dignarse meter el rabo en el agua hirviente y agitarla bien?



— ¿TIENE EL BEY LA BONDAD DE DIGNARSE METER EL RABO EN EL AGUA HIRVIENTE Y AGITARLA BIEN?

Cuanto más la agite con su rabo, más sabrosa saldrá la sopa. No cuesta nada ni se requiere otro ingrediente: ¡sólo agitarla bien!

— ¿No lo puede hacer nadie más? — preguntó el Rey.

— No — dijo la ratita —; sólo el rabo del Rey tiene esa virtud.

El agua hervía a borbotones y el Rey de las ratas se

acercó a la caldera con miedo, porque era peligroso aproximarse; alargó el rabo como lo hacen los ratones en las lecherías al desnatar con el apéndice una vasija de leche para lamérselo después con deleite. Mas, apenas sintió la quemazón del vapor, dio un brinco y se apartó del fuego.

— ¡Desde luego, tú serás mi Reina! — gritó—. Y en cuanto a la sopa, la dejaremos para cuando celebremos nuestras bodas de oro. De esta manera, nuestros vasallos pobres, a quienes pienso obsequiar con ella, tendrán algo que esperar con placer y será, por cierto, una esperanza duradera.

Se celebró el enlace inmediatamente y, al regresar cada uno a su casa, muchos ratones iban diciendo: "¡Vaya una sopa de cuelgasalchichas! ¡En todo caso, será sopa de cola de ratón!" Y en cuanto a lo que habían oído, lo encontraban interesante, pero todos estaban de acuerdo en que se podía contar de otra manera. "Yo lo hubiera dicho así..." "Y yo así..." "Y yo así..."

Éstos eran los críticos, y ya sabemos lo sabios que son esta clase de ratones.

Al difundirse la historia por el mundo, provocó también muy contrapuestas opiniones. Pero como la conté la dejo, porque así en las cosas grandes como en las pequeñas, aunque se refieran a una sopa de cuelgasalchichas, lo mejor es no esperar los elogios de la crítica.

EL CERRO DE LOS DUENDES

POR las hendiduras de un árbol centenario se movían, muy inquietos y preocupados, unos lagartos. Podían entenderse mutuamente, porque hablaban su lenguaje.

— ¡Qué ruido y qué trasiego hay en el Cerro de los Duendes! decía uno de ellos—. ¡No he podido pegar los ojos en toda la noche con semejante alboroto! ¡Ya podía tener dolor de muelas, ya, que tampoco me hubiera sido posible dormir!

— Algo debe de pasar, sin duda — decía otro lagarto —. Dejan el Cerro montado sobre cuatro postes rojos para que se ventile bien, mientras el cuervo y las señoritas hechiceras aprenden nuevas danzas con unos pataleos un poco extraños. Algo debe pasar.

— Tenéis razón — intervino un tercer lagarto —, Yo he hablado con una lombriz que conozco y que salió del Cerro, donde había estado socavando día y noche bajo tierra, y no para de contar. La pobre nada ha podido ver porque es ciega, pero, al oír aquel trastorno, escuchó y se enteró de muchas cosas. En el Cerro encantado se espera una visita de importancia; pero la lombriz no quiso decirme de quién se trata, o quizá ni ella lo sepa. Todos los gusanos de luz tienen orden de bailar la danza de la antorcha, y la plata y el oro que tanto abundan en el Cerro de los Duendes, han sido fregados y puestos a secar a la luna.

— ¿Quiénes pueden ser los forasteros? — se preguntaban todos los lagartos—. ¿Qué se preparará? ¡Dios! ¡Qué ruido y cómo tiembla todo!

En aquel preciso momento se abrió el Cerro de los Duendes y apareció la vieja hechicera, con la espalda hundida y cojeando, pero decentemente ataviada. Era el ama de llaves del Rey de los duendes, y lejana parienta de la familia real. Llevaba en la frente un corazón de ámbar.

Echó a andar y — ¡caramba!, ¡quién hubiera dicho que podía correr tanto! — no paró hasta la casa de la corneja del pantano.

— Quedas invitada esta noche al Cerro de los Duendes — le dijo, pero ¿quieres hacerme el favor de encargarte de las invitaciones? Ya que no tienes que cuidarte de arreglar la casa, podrás hacer algo. Esperarnos una visita distinguida, unos amigos gnomos que tienen algo que comunicarnos, y el Rey quiere dar una fiesta en su honor.

— ¿A quién hay que invitar? — preguntó la corneja.

— Al gran baile puede venir todo el mundo, hasta los seres humanos, mientras hablen durmiendo o hagan algo parecido a lo nuestro. Pero al banquete sólo admitiremos gente selecta. Me he tenido que pelear con el Rey, porque, en mi opinión, no debíamos invitar a nadie. El tritón y sus hijos han de encabezar la lista. No les gustará mucho venir a tierra enjuta, pero tendrán una piedra húmeda en que sentarse, o alguna cosa mejor, y no creo que rehúsen. Luego, todos los gnomos de la nobleza, con cola, y no hemos de olvidar al macho cabrío y a su séquito. Pongamos también en la lista el cerdo del cementerio, el caballo muerto y los enanos de la iglesia, que si es verdad que pertenecen a la clerecía, que no es nuestra clase, es sólo por vocación, y al fin y al cabo están muy bien relacionados con nosotros y nos invitan con frecuencia.

— ¡Cua!— asintió la corneja, volando a llevar las invitaciones.

Las hechiceras doncellas bailaban ya en la cumbre del Cerro haciendo ondular largos velos de nieblas y de luna, formando un cuadro admirable para los aficionados a esta clase de espectáculos. En el centro del Cerro estaba el salón, adornado espléndidamente. Se había fregado el suelo con rayos de luna y frotado las paredes con enjundia de bruja, de modo que brillaban a la luz como lámparas. En la cocina se estaban asando montones de ranas y conchas de caracol con dedos de niños recién nacidos, y se preparaba una rica ensalada con hongos venenosos,

hocicos de ratón en remojo y cicuta; la bruja de la ciénaga había hecho una cerveza con vino de salitre de las tumbas. Todo muy sustancioso. Entre los dulces figuraban las uñas torradas y los vidrios de las ventanas de la iglesia.

La corona real de oro se había limpiado con pizarrín hecho polvo; pero pizarrín en su forma primitiva, cosa de muy difícil obtención aun para el Rey de los duendes. En los dormitorios se habían puesto cortinas bordadas con babas de caracol. ¡Ya lo creo que había allí ruido y movimiento!

— Ahora sólo falta sahumar esto quemando cerdas y crin de caballo, y me parece que ya puedo descansar — dijo la hechicera, ama de gobierno.

— Querido papá — rogó la menor de las hijas del Rey —, ¿se puede saber quiénes son nuestros distinguidos huéspedes?

— QUEDAS INVITADA ESTA NOCHE AL CERRO DE LOS DUENDES

— Bueno — contestó el Rey—; no creo que haya inconveniente en que lo sepas ahora. Dos de mis hijas han de estar dispuestas a casarse. ¡Hay que celebrar dos bodas sin remedio! El viejo Trasgo de Doure, que vive en la vetusta Dourefjeld y es dueño de muchos castillos inexpugnables, asentados sobre rocas, y de una mina de oro que vale más que todo, viene con sus dos hijos buscando esposas para ellos. El viejo Trasgo es un veterano noruego, personaje honrado si los hay, alegre y noble como él solo. Lo conozco de nuestros buenos tiempos, en que bebíamos juntos. Vino aquí a buscar mujer, la cual murió. Era una hija del rey de los Acantilados de Greda de Moen. Se casó en moneda contante y sonante, como suele decirse, ¡Oh! ¡Cómo anhelo ver al viejo gnomo noruego! Dicen que

sus hijos son un poco groserotes, jóvenes modernos; quizá se hayan dejado llevar del mal ejemplo de la gente, pero, con el tiempo, sentarán la cabeza. ¡Espero que vosotras les enseñaréis buenos modales!

— ¿Y cuándo vienen? — preguntó otra de las hijas.

— Eso depende del viento y del tiempo que haga — dijo el Rey de los duendes—. Viajan muy despacio, aprovechando la ruta de algún navío. Yo quería que viniesen cruzando por Suecia, pero al viejo no le gusta ese camino; no adelanta con el tiempo, no quiere modernizarse, y a mí eso no me gusta.

En aquel preciso momento, dos luciérnagas se acercaban dando brincos en el aire, y por eso llegó una antes que la otra.

— ¡Ya vienen! ¡Ya vienen! — gritaban.

— Dadme la corona y permitidme salir a la luz de la luna — dijo el Rey.

Las hijas se subieron los mantos y se inclinaron hasta el suelo.

Allí estaba el viejo Trasgo de Doure, con su corona de puntas de endurecidos carámbanos y de lustrosas piñas. Además, llevaba una piel de oso y hundía sus pies en calientes botas. Sus hijos venían sin nada al cuello ni pieles que les estorbasen, porque eran muy fuertes.

— ¿Eso es un cerro? — preguntó el menor de los hijos —. Allá en Noruega lo llamaríamos un hoyo.

— ¡Muchachos! — respondió el viejo —. Tened presente que un hoyo se hunde y un cerro se eleva. ¿No tenéis ojos?

Lo único que les admiró en aquellas tierras hondas fue que podían entender el idioma sin dificultad.

— ¡No os deis humos, muchachos! — dijo el viejo —. Podrían creer que aún estáis verdes.

LAS HECHICERAS DONCELLAS BAILABAN YA EN LAS CUMBRES DEL CERRO...

Entraron en el Cerro, donde se habían reunido los convidados del Rey tan puntualmente como si todos hubiesen recibido el aviso al mismo tiempo. Pero cada cual halló sitio adecuado donde acomodarse. La gente de mar se sentaba a la mesa en tinas y estaba realmente como el pez en el agua. Todos se conducían con buenos modales, a excepción de los enanos noruegos, que ponían los pies sobre la mesa, pensando que todo estaba permitido.

— ¡Fuera los pies de la mesa! — ordenó el viejo Trasgo.

Los hijos obedecieron, pero sin darse prisa. Con pifias que habían traído hacían cosquillas a las señoras sentadas a su lado, luego se quitaron las botas para estar más cómodos y las dieron a las damas para que las guardasen;

pero el padre, el viejo Trasgo de Doure, era otra cosa: contaba historias muy bonitas sobre los imponentes peñascos de Noruega y las cascadas que caen blancas de espuma con ruido de trueno y voces de órgano; hablaba del salmón que sube a brincos contra la impetuosa corriente del río cuando la sirena canta con su arpa de oro; decía también de las claras noches de invierno en que repican las campanas del trineo y los mozos patinan con antorchas sobre el limpio hielo, tan transparente que ven nadar los peces bajo sus pies. Y lo sabía contar todo tan bien que los oyentes veían y oían cuanto describía. Diríase que los aserraderos funcionaban, que los criados y doncellas cantaban y bailaban la danza del salón. ¡Bravo! E inesperadamente, el viejo Trasgo dio a la mayor de las hijas del Rey un sonoro beso. ¡Aquello era un beso! ¡Y eso que no había entre ellos el menor parentesco!

Siguió a esto el baile de las hechiceras doncellas; primero, en la forma acostumbrada, luego, de pataleo, lo cual salió a pedir de boca. Vino después la danza artística y de figuras, y, ¡caramba!, ¡qué modo de estirar las piernas! Nadie podía decir dónde empezaban y dónde acababan, dónde estaban los brazos y dónde las piernas, porque se retorcían y confundían como virutas, y por fin se pusieron a girar como un torbellino, hasta que el caballo muerto se mareó y tuvo que abandonar la mesa.

— ¡Cáspita! — exclamó el viejo Trasgo —. ¡Qué modo de mover las piernas! ¿Pero qué otra cosa saben hacer, fuera de estirar las piernas y bailar como un torbellino?

— ¡Ahora lo verás! — dijo el Rey de los duendes.

Y llamó a la menor de sus hijas. Era tan delicada y brillante como un rayo de luna, la más sutil de las hermanas. Se enjuagaba la boca y hacíase invisible. Tal era su don especial.

Pero el viejo Trasgo afirmó que no le gustaría para esposa la mujer

LO COGIÓ ELLA POR LA MUÑECA Y EL VIEJO RIÓ HASTA RETORCERSE…

que tuviese aquel don, y pensaba que tampoco les haría ninguna gracia a sus hijos.

La segunda sabía caminar al lado de sí misma, como si tuviera una sombra, cuando es tan sabido que los duendes nunca la han tenido, ni la tienen, ni la tendrán.

La cualidad de la tercera era de distinta naturaleza: se había educado en la cervecería de la bruja de la ciénaga y sabía mechar troncos de saúco con gusanos de luz.

— Será una buena mujer de su casa — dijo el viejo Trasgo.

Y brindó a su salud guiñando los ojos, porque no quería beber demasiado.

Se presentó luego la cuarta hija del Rey. Poseía una

magnífica arpa de oro, y cuando hacía vibrar la primera cuerda todos levantaban el pie izquierdo, pues los duendes son zurdos de los pies; y cuando tocaba la segunda todos habían de hacer su voluntad.

— ¡Es una mujer peligrosa! — dijo el viejo Trasgo.

Sus dos hijos, cansados de todo aquello, salieron del Cerro a tomar el aire.

— ¿Y qué sabe hacer la otra? — dijo el padre.

— Yo he aprendido a querer todo lo que sea noruego — contestó la hechicera — y nunca me casaré sino para ir a Noruega.

Entonces, la menor de las hermanas susurró al oído del Rey:

— Eso lo dice porque ha oído en una canción noruega que, cuando se hunda el mundo, los riscos de Noruega quedarán como monumentos, y quiere estar allí porque tiene miedo de hundirse con el mundo.

— ¡Ah, caramba! — exclamó el viejo Trasgo —. ¿Es por eso? ¿A ver qué sabe hacer la séptima y última?

— ¡La sexta viene antes que la séptima! — advirtió el Rey del Cerro, que sabía contar.

Pero la sexta no se presentó y dijo desde lejos:

— ¡Yo sólo sé decir a la gente la verdad! Y como nadie me hace caso, bastante trabajo tengo en coser mi mortaja.

Vino, pues, la séptima y última. ¿Y qué diréis que sabía? ¡Pues sabía contar tantos cuentos como quería!

— Aquí están los cinco dedos de mi mano — dijo el viejo Trasgo —. Cuéntame uno por cada dedo.

Lo cogió ella por la muñeca y el viejo rió hasta retorcerse, y al llegar al dedo anular, en el que lucía un anillo de oro, como si supiera que había de celebrarse una boda, el viejo Trasgo dijo:

— Aprieta fuerte lo que tienes: la mano es tuya. ¡Quiero que seas mi esposa!

La hechicera advirtió que estaban por contar los

cuentos del anular y del meñique.

— Ya los oiremos el próximo invierno — dijo el Trasgo — mientras los pinos y los abetos y los témpanos de hielo cuentan los suyos. Tú contarás los tuyos, porque allá arriba nadie lo sabe hacer tan bien. Nos sentaremos en las cuevas de piedra donde queman troncos de pino y beberemos aguamiel en los cuernos de oro de los antiguos reyes noruegos. Y cuando venga a visitarnos la sirena, nos cantará todas las canciones de las doncellas salineras. Verás cómo nos divertimos. Te gustará ver saltar al salmón entre las rocas por donde cae la cascada, pero no puede subir. Es una delicia vivir en la amada Noruega... Pero ¿dónde están mis hijos?

Sí, ¿dónde estaban aquellos diablillos? Retozando por el Cerro encantado y apagando las luciérnagas que venían a ejecutar la danza de la antorcha.

— ¿Qué travesura es ésa? — les dijo el viejo Trasgo—. Sabed que os he elegido una madre y ahora vosotros habéis de elegir una de las tías.

Pero los mozos contestaron que preferían hablar y gozar de una buena camaradería, porque no querían casarse. Pronunciaron discursos y bebieron, brindando por la fraternidad y golpeándose con los vasos la nariz para demostrar que los habían vaciado. Luego, se quitaron la chaqueta y se echaron a dormir sobre la mesa, pues no estaban para cumplidos. Pero el viejo Trasgo bailó con su novia y cambió con ella sus botas, que era más de moda que cambiar anillos.

— El gallo canta — dijo el ama de llaves —. Hemos de bajar las persianas para que no nos abrase el sol.

Y el monte se cerró por sí mismo.

Los lagartos se paseaban por las grietas del árbol y se decían:

— ¡Oh! ¡Qué simpático es ese viejo Trasgo noruego!

— Me gustan más los chicos — dijo la lombriz. ¡Y eso que no veía, la pobrecilla!

EL IMPÁVIDO SOLDADO DE PLOMO

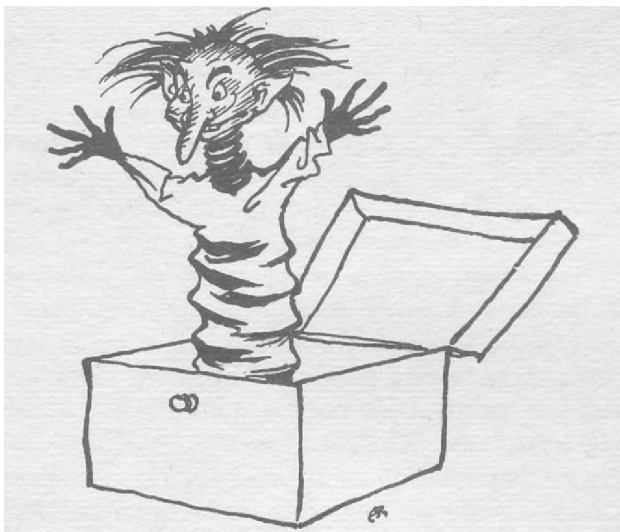
ERANSE una vez veinticinco soldados de plomo, todos hermanos, como fundidos que habían sido de un cucharón del mismo metal. Todos llevaban el fusil al hombro y miraban fijos adelante, luciendo el mismo uniforme azul y encarnado. Las primeras palabras que oyeron al ver la luz del día, cuando se abrió la caja donde estaban metidos, fueron éstas: "¡Soldados de plomo!" Las pronunció un niño que los recibía como regalo el día de su santo y, después de saltar de gozo, los colocaba en fila sobre la mesa. Todos los soldados eran iguales, excepto uno que, por haber sido fundido el último y no quedar plomo suficiente, salió con sólo una pierna, diferenciándose así de sus hermanos. No obstante, se mantenía tan firme con una pierna como los otros con dos, y fue el único que alcanzó la celebridad.

Sobre la mesa en que fueron colocados había muchos juguetes, pero el que más llamaba la atención era un hermoso castillo de cartón, por cuyas ventanas podían verse los salones. Delante, rodeado de arbolitos, se veía un estanque formado por un espejo, donde nadaban unos cisnes de cera, reflejándose. Si todo esto era encantador, aún lo era más una señorita que estaba a la entrada del castillo. Aunque hecha de cartón, llevaba un vestido blanco de muselina y una cinta de seda azul sujeta al hombro. Prendida al pecho, brillaba de lentejuelas una rosa magnífica, tan grande como su cabeza. La damisela tendía los brazos y levantaba un pie, en lo cual bien se echaba de ver que era una bailarina; pero el soldado de plomo, que no tenía experiencia, pensó que, como a él, le faltaba una pierna.

— Ésa es la mujer que me convendría — pensó —. Aunque es demasiado señora para mí, pues vive en un castillo, mientras yo sólo tengo una caja que he de compartir con otros veinticuatro, y no es lugar adecuado para ella. Pero, en fin, hablando se entiende la gente.

Estaba escondido detrás de un caja de rapé, desde donde podía contemplar a su gusto a la elegante señorita, que continuaba sosteniéndose sobre una pierna sin perder el equilibrio.

Por la noche, una mano puso a los demás soldados en la caja, dejándolo olvidado, y cuando reinó el silencio más absoluto, los juguetes empezaron a divertirse por su cuenta, jugando a visiteos, a peleas, a fútbol. Los soldados de plomo se movían en la caja, ganosos de tomar parte en los juegos, pero no pudieron levantar la tapa. Los polichinelas daban saltos mortales, el pizarrín se divertía en la pizarra. Se armó tal barullo,



— ¡ESTÁ BIEN! ¡VERÁS MAÑANA! — GRITÓ EL MUÑECO

que el canario despertó y empezó a recitar poesías. Sólo la danzarina y el soldado estaban quietos; ella, sosteniéndose siempre en un pie y alargando los brazos; él, firme sobre una pierna, sin apartar un momento los ojos de la damisela. Cuando el reloj dio las doce, la tapa de la caja de rapé se abrió de repente; pero no salió rapé, sino un enanillo negro como el betún, un muñeco de resorte, que quiso dar su sorpresa.

—Soldado de plomo — dijo—, ¿no podrías mirarte la

facha que tienes?

El soldado de plomo fingió no oírlo.

— ¡Está bien! ¡Verás mañana! — gritó el muñeco.

Cuando al día siguiente se levantaron los niños, pusieron al soldado de plomo sobre el marco de la ventana. De repente, empujada por el enanillo o por una corriente de aire, aquélla se cerró de golpe, arrojando al soldado a la calle desde un tercer piso. ¡Qué caída tan horrible! Con la pierna al aire, quedó de cabeza, hundida la bayoneta hasta el morrión, entre dos guijarros de la calle. El niño bajó en seguida a buscarlo con la criada, pero, aunque estaba tan cerca que casi lo pisaban, no pudieron verlo. Si el soldado hubiera gritado: "Aquí estoy", seguramente lo hubiesen hallado; pero no le pareció de buen tono ponerse a gritar yendo de uniforme.

Empezaron a caer unas gotas que luego se convirtieron en un chaparrón, y, cuando cesó la lluvia, dos niños acertaron a pasar por allí.

— ¡Tú, mira, un soldado de plomo! — dijo el primero —. ¡Vamos a meterlo en una barca!

Hicieron una barca con un trozo de periódico, colocaron en ella al soldado y lo dejaron a merced de la corriente que se había formado en el arroyo. ¡Dios mío! ¡Qué olas y qué corriente tan impetuosa bajaban por la calle, y cuánto había llovido! La barca de papel subía y bajaba, dando saltos y topetazos, girando a veces con tal violencia, que el soldado se moría de susto. A pesar de todo, manteníase firme con el arma al hombro. De pronto, la corriente arrastró al soldado hacia una boca de desagüe, negra como la caja donde había estado encerrado.

"¡Adonde iré a parar, Dios mío! — pensaba—. Toda la culpa la tiene aquel negro muñeco. ¡Ah! ¡Si al menos aquella damisela estuviera a mi lado, poco me importarían estas tinieblas que me envuelven!"

Entonces le salió una rata que vivía en la alcantarilla.

— ¿Llevas el pasaporte en regla? — le preguntó—. ¡A

ver! ¡Dámelo!

El soldado de plomo guardó silencio y agarró el fusil con más fuerza. La barca siguió corriendo y la rata nadó tras ella rechinando los dientes y gritando a las maderas y a las pajas flotantes: “¡Detenedlo! ¡Que no ha pagado los derechos de entrada ni quiere enseñarme el pasaporte!”

La corriente era cada vez más impetuosa y el soldado vislumbraba ya la salida de la cloaca por la luz que por ella penetraba; pero al propio tiempo percibió un ruido atronador, capaz de helar la sangre en las venas al más valiente. Basta pensar, para hacerse cargo, que aquel desagüe conducía el caudal a un enorme arcaduz para precipitarlo desde allí en una cascada peligrosísima. Llegaba tan cerca, que ya no le era posible detenerse. La barca salió despedida con irresistible ímpetu. El soldado se mantuvo tan firme como pudo, y tan impávido que podríamos jurar que ni siquiera cerró los ojos. La barca dio tres o cuatro vueltas zarandeada por el agua que la llenaba, y naufragó. El soldado de plomo

LA RATA NADÓ TRAS LA BARCA RECHINANDO LOS DIENTES

se mantenía erguido, sacando la cabeza por encima del agua; pero cuanto más se hundía la barca más se empapaba el papel; entonces el agua se cerró sobre la cabeza del soldado, el cual dirigió su último pensamiento a la bailarina de su ilusión perdida, a quien no volvería a ver, y le pareció que llegaba a sus oídos:

Adiós, valiente y leal soldado.
Morir es tu destino.

Luego, el papel se deshizo en pedazos y el soldado de plomo se fue al fondo y un pez grande se lo tragó.

El vientre del pez era más obscuro que la alcantarilla y más estrecho que la caja, pero el soldado de plomo se mantenía firme, sin dejar un momento el fusil.

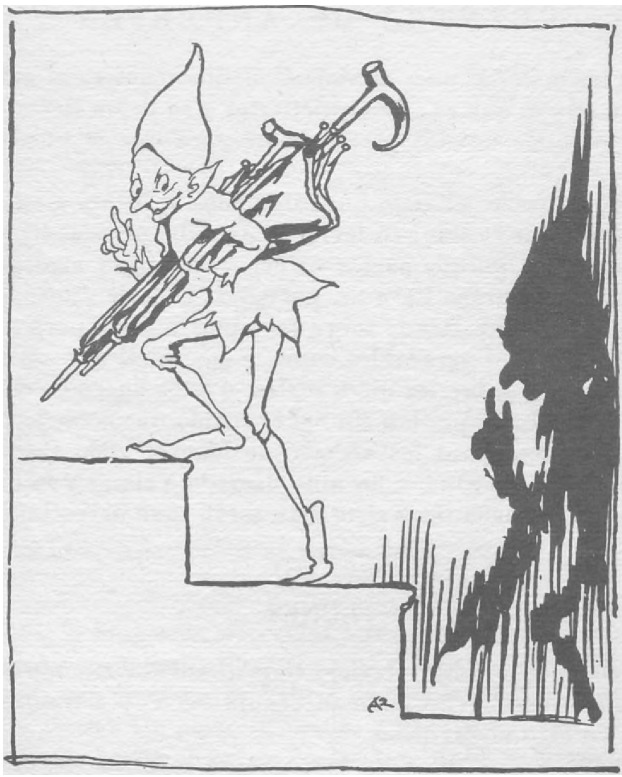
El pez corrió mucho e hizo las más extrañas contorsiones; después, se quedó quieto. Por fin se produjo en aquella tumba como un relámpago, apareció la luz del día y una voz exclamó: "¡El soldado de plomo!"

El pez había sido pescado, transportado al mercado y desde allí a la cocina, donde la criada acababa de destriparlo con un cuchillo. Lo cogió entre dos dedos y subió a enseñarlo a todo el mundo como un personaje famoso que había estado viajando en el estómago de un pez; mas no por eso se enorgulleció el soldado de plomo. Lo dejaron en la mesa y — ¡que cosas tan raras pasan en este mundo! — se encontró en el mismo cuarto donde antes había estado. Vio los mismos niños y los mismos juguetes, y allí estaba también el hermoso castillo y su querida bailarina, aún sobre un pie y con el otro al aire: ella también era valiente. Estaba tan emocionado el soldado de plomo, que hubiera llorado si las lágrimas no fueran impropias de un militar, y se limitó a comtemplarla en silencio.

De pronto el niño más pequeño lo cogió y lo tiró al fuego de la chimenea sin dar la menor explicación de tan extraña conducta. ¡Sin duda se la inspiró el muñeco de la caja de rapé! Entre las llamas, el soldado de plomo sentía un fuego abrasador, aunque no sabía si era el de la

chimenea o el de su amor. Fue perdiendo los colores, pero nadie sabría si atribuirlo a efectos del calor o a un sentimiento doloroso. Miraba a la damisela y ella le correspondía. Se sentía derretir, pero se mantenía firme con el fusil al hombro. Y de súbito, se abrió una puerta y una ráfaga cogió a la bailarina que, volando como una sílfide, fue a parar a la chimenea, donde quedó al momento envuelta en llamas junto al soldado. Éste se acabó de derretir, y cuando al día siguiente limpió la criada de ceniza el hogar, lo encontró en forma de un pequeño corazón de plomo. De la bailarina sólo quedaban las lentejuelas de la rosa.

EL VIEJO CONCILIASUEÑOS



NO hay nadie en el mundo que sepa tantas historias como el viejo Conciliasueños. ¡Y las cuenta admirablemente!

Por la noche, cuando los niños están todavía quietecitos sentados a la mesa, llega el viejo Conciliasueños, sube la escalera silenciosamente, que para eso siempre anda en calcetines, abre la puerta sin hacer ruido y, ¡zas!, arroja un líquido suavísimo y pulverizado a los ojos de los pequeños, en cantidad suficiente para que ya no puedan levantar los párpados ni verlo. Entonces, se desliza detrás de ellos y, soplándoles suavemente en la nuca, les hace bajar la cabeza como si les pesase demasiado. Pero con eso no los molesta, pues el viejo

Conciliasueños es el amigo de los niños y sólo quiere que se estén quietecitos y se dejen llevar a la cama.

Se han de estar quietos precisamente para que él pueda contarles cuentos.

Mientras duermen, el viejo Conciliasueños se sienta a los pies de su cama. Va muy bien vestido: su levita es de seda, pero nadie podría asegurar de qué color, porque parece verde, encarnada y azul, según como se mire. Bajo cada brazo lleva un paraguas. Uno de éstos, con dibujos en su tela, lo abre y extiende sobre los niños buenos para que toda la noche sueñen las más agradables cosas, y guarda el que no tiene dibujos para extenderlo sobre los niños malos, y éstos duermen como si estuviesen muertos y se despiertan sin haber tenido ni un sueño bonito.

Voy a contaros ahora las visitas que hizo el viejo Conciliasueños, cada noche de una semana, a un niño llamado Yalmar y lo que en ellas le dijo. Como la semana tiene siete días, serán siete narraciones.

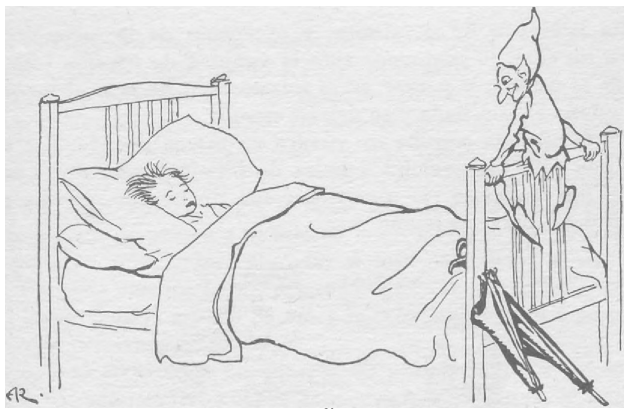
LUNES

— ¡Fíjate bien! — dijo el viejo Conciliasueños cuando el pequeño Yalmar estuvo bien abrigado en su camita—. Voy a transformar todo lo de aquí en algo maravilloso.

Y al momento, las flores de los jarrones se convirtieron en árboles frondosos que elevaban sus ramas hasta el techo y las extendían por todas las paredes, de modo que el dormitorio parecía una hermosa glorieta, y las ramas estaban cuajadas de flores más bonitas y fragantes que las mismas rosas, y más sabrosas que el jamón en dulce para el paladar del que las gustaba. Los frutos brillaban como el oro y eran pastelillos que se abrían llenos de las mejores pasas. Era un prodigio. Pero en medio de esto se oyeron unos gemidos lastimeros que salían del cajón de la mesa donde Yalmar guardaba los libros de la escuela.

— ¿Qué será eso? — dijo el viejo Conciliasueños yendo a la mesa y abriendo el cajón. Era la pizarra la causante de aquel zipizape. Tenia una cifra equivocada en la suma y esto casi le destrozaba el alma, y el pizarrín

brincaba y tiraba de la cuerda como un perrito, hasta agotar las fuerzas, queriendo enmendar la suma, mas no podía. Del cartapacio de Yalmar también salían lamentos que partían el corazón. Sobre cada página había en la línea de muestras un letra mayúscula seguida de una minúscula. Debajo estaban las que Yalmar había copiado, y éstas se quejaban



EL VIEJO CONCILIASUEÑOS SE SIENTA EN LOS PIES DE SU CAMA...

de que, si bien eran parecidas a las de arriba, se desviaban de la línea que les correspondía.

— Mirad: así es como os habéis de mantener derechas decía la muestra —. ¿Veis? Un poco inclinadas y con firme trazo.

— ¡Qué más quisiéramos! — replicaban las letras flojas,

— Entonces, os recetaré unos polvos — dijo el viejo Conciliasueños.

— ¡No, no! — contestaron, irguiéndose que daba gusto verlas.

— Bueno, hoy no estoy para historias — dijo el viejo Conciliasueños—. He de enseñarles la instrucción...

¡Un, dos! ¡Un, dos!

Las letras hicieron el ejercicio y acabaron por tenerse tan derechas y gallardas como la más bonita muestra. Pero

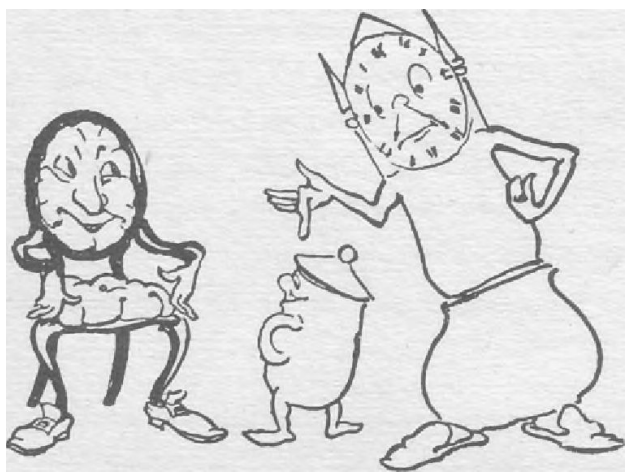
cuando el viejo Conciliasueños se hubo marchado y Yalmar fue a verlas al despertar, estaban tan flojas y derrengadas como antes.

MARTES

Apenas Yalmar estuvo acostado, el viejo Conciliasueños tocó con su varita mágica los muebles y objetos del dormitorio y todos se pusieron a charlar inmediatamente.

Todos hablaban de sí mismos, a excepción de la escupidera, que guardaba un silencio rencoroso ante la vanidad de los que sólo sabían hablar de sí mismos y pensar en sí mismos, sin hacerle el menor caso porque estaba arrinconada y se dejaba escupir.

Sobre la cómoda colgaba un cuadro en marco dorado. Era un paisaje en que se veían grandes árboles de follaje verde, flores entre la hierba, y un caudaloso río que atravesaba un bosque, pasaba por un castillo e iba a parar al lejano mar.



LOS MUEBLES Y OBJETOS DEL DORMITORIO SE PUSIERON A CHARLAR

El viejo Conciliasueños tocó el cuadro con su varita mágica y los pájaros se pusieron a cantar; las ramas de los árboles se movían y las nubes se deslizaban por el cielo proyectando su sombra en el paisaje.

El viejo Conciliasueños cogió a Yalmar y lo sentó en el marco. El niño se puso de pie en el cuadro y empezó a caminar sobre la hierba. El sol lo glorificaba todo a través

de las ramas. El niño llegó al río y se acomodó en una barca pintada de blanco y rojo cuyas velas parecían de plata; seis cisnes que lucían collares de oro y una estrella refulgente en la cabeza arrastraron la barca por el espeso bosque, cuyos árboles contaban cuentos de ladrones y hechiceras, y cuyas flores repetían las historias de sílfides y gnomos y cuanto las mariposas les habían contado.

Detrás de la barca nadaban infinidad de peces de escamas de oro y de plata, que daban brincos chapuzándose en el agua, y pájaros azules y rojos de todos los tamaños volaban en dos filas delante.

Los mosquitos bailaban formando pequeñas nubes, los moscardones zumbaban. Todos querían seguir a Yalmar y todos tenían una cosa u otra que contar.

¡Era ciertamente un viaje encantador! A veces el bosque se presentaba oscuro, de tan enmarañado y compacto; otras, claro y lleno de sol como un jardín delicioso. Pasaban delante de castillos de jaspe y de cristal a cuyos ventanales se asomaban princesas, todas muy conocidas de Yalmar, pues eran muchachas con las que había jugado. Tendían la mano y le daban los más bonitos tocinillos de mazapán que puede vender una dulcería. Yalmar cogió al pasar uno de estos dulces por un extremo, mas como la princesa lo retenía con fuerza, el tocinillo se partió en dos pedazos, quedándose ella con el más pequeño y él con el más grande. En cada castillo había pequeñas que montaban la guardia. Al pasar él levantaban la espada de oro y le echaban racimos y soldados de plomo; eran princesas de veras.

Tan pronto atravesaba bosques, como grandes salones, como ciudades, y así Yalmar llegó al pueblo donde vivía su nodriza, la mujer que tanto le había llevado en brazos cuando era muy chiquitín y que tanto le quería. En cuanto ella lo vio, le saludó con grandes ademanes, cantándole aquella bonita canción que ella misma había compuesto:

«Cuántas veces pienso en ti,
mi buen Yalmar, hijo mío,

y en los besos que te di
en tus mejillas de lirio.

Tu balbuceo inicial
aún me regala el oído
como un canto celestial.
¡Dios te bendiga, hijo mío!'».

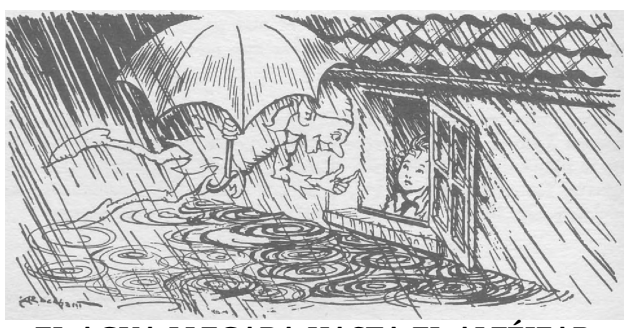
Y todos los pájaros cantaban, las flores danzaban sobre sus tallos y los árboles movían la cabeza, como si el viejo Conciliasueños les estuviera contando cuentos,

MIÉRCOLES

¡Qué modo de llover! Yalmar oía el ruido de la lluvia durmiendo y todo, y cuando el viejo Conciliasueños abrió una de las ventanas, el agua llegaba hasta el alféizar formando un gran lago, y un hermoso barco se había parado junto a la casa.

— ¿Quieres embarcarte conmigo, pequeño Yalmar? — invitó el viejo Conciliasueños —. Esta noche iríamos a remotos países y mañana por la mañana estaríamos de regreso.

Al momento se encontró Yalmar a bordo del navío, vestido con sus prendas domingueras. La lluvia había cesado para sucederle un tiempo magnífico. Navegaron por las calles y, al pasar la iglesia, se hallaron ante un mar inmenso y un poco alborotado aún. Se alejaron hasta perder de vista la tierra y vieron una bandada de cigüeñas que abandonaban sus nidos en busca de países cálidos. Volaban una detrás de otra, formando hilera, y ya llegaban muy lejos. Una de ellas estaba tan cansada, que



EL AGUA LLEGABA HASTA EL ALFÉIZAR

sus alas apenas podían sostenerla. Era la última de todas, que poco a poco se iba rezagando, hasta que por fin fue cayendo, cayendo, con las alas extendidas. De vez en cuando las batía en el aire con un supremo esfuerzo, pero todo fue inútil. Primero se posó sobre el cordaje de la nave; luego, se deslizó por la vela y fue a caer al puente.

El grumete la cogió y la llevó al gallinero donde vivían en común gallinas, patos y pavos. La pobre cigüeña quedó

prisionera entre aquel averío pedestre.

— ¿Habéis visto qué tipo? — dijeron las gallinas, y el pavo se ahuecó cuanto le fue posible para preguntarle quién era. Los patos retrocedieron, empujándose unos a otros y parpando fuertemente: "¡Qué idiota!, ¡qué idiota!" La cigüeña les dijo algo de los colores del África y de las pirámides, y les habló del avestruz, que corre por el desierto como un caballo salvaje; pero los patos no la entendían y se dijeron: "¿No estamos de acuerdo en que es la estupidez personificada?"

— Realmente estúpida — convino el pavo gruñendo rencoroso.

La cigüeña permaneció en silencio, pensando en Africa.

— ¡Vaya unas piernas largas! — dijo el pavo —, ¿A cuánto la vara?

— ¡Cra, era, era! — rieron a coro todos los patos; pero la cigüeña fingió no oír la burla.

— ¡Podrías reírte un poco — le respondió el pavo—, porque el chiste tiene mucha gracia! Aunque quizá es demasiado profundo para ti. ¡Ja, ja, ja! No es muy lista, no. Valdrá más que no perdamos el tiempo. ¡Glo, glo, glo!—Y todos los patos le acompañaron en la risa. Aquello resultaba extraordinariamente divertido.

Pero Yalmar fue al gallinero, abrió la puerta y llamó a la cigüeña, la cual se plantó de un salto a su lado, sobre el puente. Había descansado bien y movió la cabeza como para dar las gracias a su libertador; luego, tendió las alas y voló a los países cálidos, viendo lo cual, las gallinas cloqueaban, los patos parpaban y el pavo parecía apoplético de rabia.

— Mañana te asaremos — dijo Yalmar. Y con estas palabras se despertó y se encontró en la cama. ¡Qué buen viaje le había proporcionado aquella noche el viejo Conciliasueños!

JUEVES

— ¿Sabes qué pasa? — preguntó el viejo Conciliasueños. Pero, sobre todo, no tengas miedo. Voy a enseñarte un ratoncito — dijo, abriendo la mano en que tenía un lindo animalito. Ha venido a invitarte a la boda de dos ratoncitos que van a contraer matrimonio esta noche. Viven bajo el entarimado de la despensa de tu madre, que para ellos es una casa de lujo.

— Pero ¿cómo voy a entrar por el agujero que les sirve de portal. — objetó Yalmar.

— Ya lo arreglaré yo — dijo el viejo Conciliasueños—. Voy a hacerte pequeño.

Y tocándole con una varita mágica, vio cómo Yalmar se iba reduciendo hasta quedarse tan pequeño como un dedo.

— Ahora pide al soldado de plomo que te preste el uniforme. Me parece que te caerá bien, y en una reunión luce mucho el uniforme.

— Es verdad — asintió Yalmar. Y en un abrir y cerrar de ojos se encontró vestido como el soldado de plomo.

— ¿Tiene usted la bondad de tomar asiento en el dedal de su mamá — dijo el ratoncillo — y yo tendré el honor de arrastrarlo?

— ¡Encantado de su amabilidad! Mas, ¿por qué se ha de tomar tanta molestia? — dijo Yalmar, que así fue llevado a la boda de los ratones.

Siguieron a lo largo de un corredor bajo el entarimado, tan bajo de techo que apenas podía pasarse con el dedal, y que recibía la luz por las grietas de la madera.

— ¿TIENE USTED LA BONDAD DE TOMAR ASIENTO EN EL DEDAL DE SU MAMÁ?

— ¿Verdad que huele bien? — preguntó el guía—. Todo el pasillo está fregado con grasa de cerdo. ¡No hay cosa más limpia!

Llegaron a la sala en que había de celebrarse la boda. A mano derecha estaban todas las señoras ratitas hablando animadamente entre ellas, como si estuvieran muy alegres. A la izquierda se agrupaban los caballeros ratones, atusándose los bigotes. En medio de la sala podían verse los novios y su comitiva sentados en una corteza de queso. Los enamorados se besaban de un modo enternecedor ante todos los presentes, sin darles vergüenza, porque estaban prometidos y a punto de casarse.

Llegaron más convidados, tantos, que tuvieron que apretarse para pasar, y como los novios se habían colocado junto a la puerta, se hacía sumamente difícil entrar o salir. Toda la sala, como el pasillo, estaba untada de grasa de tocino y no había otro perfume ni otro refresco. A los postres, pasó de mano en mano un guisante en el que un ratón de la familia había grabado el nombre de los novios, es decir, las iniciales. Pero fue una gran idea.

Todos los ratones estuvieron de acuerdo en que fue aquélla una boda magnífica, durante la cual reinó la más agradable armonía.

Yalmar, conducido a casa de la misma manera,

pensaba que había

gozado un rato de una sociedad distinguida y que valía la pena haberse tenido que empequeñecer y ponerse el uniforme de soldado de plomo.

VIERNES

— ¡Parece mentira que haya tanta gente de edad que suspire por tenerme a su lado! — dijo el viejo Conciliasueños—. Especialmente los que han cometido alguna maldad. "¡Viejecito — me dicen—, mira que no podemos conciliar el sueño y nos pasamos las noches enteras atormentados por las malas acciones, que vienen a revolotear por nuestro lecho como remordimientos más feos que demonios! ¡Si tú vinieras

— ¡SI TÚ ARROJARAS LOS REMORDIMIENTOS QUE REVOLOTEAN POR NUESTRO LECHO!

a barrerlos para que así nos fuera posible echar un buen sueño...! Y suspiran profundamente. "¡Te lo pagaremos bien! Buenas noches, Viejo. En la ventana encontrarás el dinero." Pero yo no lo hago por dinero — añadió el viejo Conciliasueños.

— ¿Qué vamos a hacer esta noche? — preguntó Yalmar.

—No sé si te gustaría asistir a otra boda. Será muy diferente de

la que viste la otra noche. La muñeca grande de tu hermana, aquella que parece un hombre y se llama Herman, se va a casar con la muñeca Berta. Y como hoy es también el cumpleaños de la novia, recibirán muchos regalos.

— Sí, ya lo sabía — dijo Yalmar —. Siempre que las muñecas estrenan un vestido, mi hermana les deja que celebren el santo y que se casen. Ya se han casado cien veces.

—Sí, pero ésta será la boda ciento una. Y cuando se celebra la boda ciento una, se tira la casa por la ventana. ¡Ahora figúrate!

Yalmar miró a la mesa. La casa de las muñecas se veía con luz en las ventanas, y los soldados de plomo presentaban armas a la puerta. Los novios estaban en el suelo, apoyados en una pata de la mesa y con cara de grandes preocupaciones, para lo cual acaso tuvieran motivo. El viejo Conciliasueños, revestido con el chal de la abuela, los casó. Una vez terminada la ceremonia, todos los muebles entonaron esta hermosa canción, escrita por la batuta de lápiz, con aires de retreta:

«Demos al viento nuestra canción.
¡Vivan, vivan los novios!,
aunque sordos, mudos y ciegos son,
¡Vivan, vivan!, gritemos,
aunque están fabricados de cartón.
Que se amen para siempre,
aunque tienen de paja el corazón.»

Luego vinieron los regalos. Habían rehusado los comestibles, porque con lo que tenían les bastaba para vivir.

¿Alquilaremos una casita en el campo, o haremos un viaje por el extranjero? — preguntó el novio.

Para resolver la cuestión se consultó a una golondrina que había viajado mucho y a una gallina que había sacado cinco polladas.

La golondrina habló de los países cálidos y hermosos donde se crían uvas grandes y llenas de dulce jugo, donde el aire es tibio y las montañas presentan colores nunca vistos en nuestra tierra.

— Pero allí no tienen coles rizadas — opuso la gallina —. Yo he pasado un verano en el campo con todos mis

polluelos y había un hoyo lleno de arena donde se podía escarbar de primera, y un huerto lleno de coles rizadas donde nos permitieron entrar. ¡Qué verdura tan exquisita! ¡No puedo imaginarme cosa mejor!

— Pero quien ha visto una col las ha visto todas — replicó la golondrina —, y aquí tenemos con frecuencia mal tiempo.

— Todo es acostumbrarse — dijo la gallina.

— Pero aquí hace frío y hiela.

— Eso es lo mejor para las coles — replicó la gallina —. Además, también aquí hace calor. ¿Quién no recuerda aún el verano de hace cuatro años, que duró cinco semanas? No podía respirarse de calor. Además, aquí no tenemos animales venenosos como allá, y nos vemos libres de ladrones. Ha de ser un malvado quien no piense que nuestro país es el más hermoso de todos: un malvado que no merece vivir aquí.

Y la gallina se echó a llorar.

— Yo también he viajado. Más de doce millas hice en una cesta y puedo decir que los viajes son muy desagradables.

— La gallina tiene razón — dijo Berta—. No me gusta viajar por montañas, donde no se hace más que bajar y subir. Iremos al montón de arena que está no lejos de la puerta y daremos un paseo hasta el campo de las coles.

Y así quedó resuelto.

SÁBADO

— ¿Voy a oír un cuento esta noche? — preguntó Yalmar, apenas el viejo Conciliasueños lo envió a la cama.

— Hoy no me queda tiempo para cuentos — dijo el viejo Conciliasueños, abriendo el paraguas—. ¡Fíjate en estos chinos!

El paraguas era todo un paisaje chino con árboles azules, puentes y chinitos que movían la cabeza.

— Hemos de limpiar todo el universo para mañana, que es la fiesta — dijo el viejo Conciliasueños—; es domingo. Voy al campanario de la iglesia a ver si los duendecillos que allí habitan están bruñendo las campanas para que el tañido sea claro. Después he de ir al campo a ver si el viento quita el polvo de la hierba y del follaje, y lo más pesado para mí es tener que subir a buscar las estrellas para sacarles brillo. Las pongo todas. en mi falda; pero antes se han de contar, como también los agujeros en que están clavadas, para ponerlas luego cada una en su lugar correspondiente. De otro modo no se aguantarían y tendríamos demasiadas estrellas fugaces.

— ¡Oiga usted, señor Conciliasueños! — dijo un antiguo retrato que colgaba en la pared sobre la cama de Yalmar—. ¿Me conoce? Soy el bisabuelo de Yalmar. Le agradezco que venga a contar cuentos a mi

nieto, pero no está bien que le meta ideas falsas en la cabeza. Las estrellas no pueden recogerse para darles brillo, porque son mundos como nuestra Tierra, y ahí está su gracia.

— ¡Gracias, bisabuelo! — dijo el viejo Conciliasueños —. ¡Gracias! Eres el cabeza de familia, eres su fundador; pero yo aún soy más viejo que tú. Soy un viejo pagano, y los griegos y romanos me llamaban el dios de los sueños. He visitado siempre la casa de los ricos y la de los pobres, y todavía hago lo mismo. Sé cómo portarme con los mayores y con los pequeños. Ahora, cuenta tú, si quieres. — Y el viejo Conciliasueños se marchó, llevándose los paraguas.

— ¡Bueno! ¡A ver si no podrá uno ni exponer su opinión! — dijo el antiguo retrato.

Y entonces se despertó Yalmar.

DOMINGO

¡Buenas noches! — saludó el viejo Conciliasueños.

Yalmar correspondió al saludo, se incorporó en la cama y volvió de cara a la pared el retrato de su bisabuelo para que no interrumpiese como la otra noche.

— Ahora, cuéntame la historia de los cinco guisantes que vivían en una vaina, y la de la pata de gallo que cortejaba a la pata de gallina, y la de la aguja de zurcir que, por ser tan grande, se figuraba que era una aguja de urdir.

— Con algo bueno que te cuente — dijo el viejo Conciliasueños — tendrás bastante. Ya sabes que de vez en cuando me gusta enseñarte algo. Pues bien: te enseñaré a mi hermano. También se llama Conciliasueños, pero nunca visita a nadie más de una vez y cuando lo hace es para llevarse a las personas en un caballo y contarles cuentos. Sólo sabe dos: uno, tan bonito, que nadie puede imaginar algo semejante; el otro es tan horriblemente feo que no puede explicarse.

Y el viejo Conciliasueños llevó al pequeño Yalmar a la ventana, diciendo:

— Ahora verás a mi hermano, el otro Conciliasueños, pero sueños

— ¡BUENAS NOCHES! SALUDÓ EL VIEJO CONCILIASUEÑOS

eternos. Le llaman Muerte. ¿Lo ves? No es tan feo como lo representan en los libros, donde siempre aparece como una calavera. Mira su casaca galoneada de plata: es un magnífico uniforme de húsar, y un negro manto de terciopelo le cuelga por la grupa de lo cabalgadura. Míralo cómo galopa,

Y Yalmar vio, en efecto, pasar galopando al otro viejo Conciliasueños, cargado de personas jóvenes y ancianas.

A unas las ponía delante, y a otras detrás; pero antes les preguntaba:

— ¿Qué tal ha sido tu conducta?

— Buena — contestaban todos.

— ¿A ver la nota? — ordenaba. Y cada uno le enseñaba su papeleta. A los que tenían “notable” y “sobresaliente” los colocaba delante dˆ la montura y les contaba el cuento más estupendo; pero los que tenían “aprobado” y “suspenso” iban detrás y habían de escuchar

el más espantoso de los cuentos. Temblaban de miedo, lloraban y querían saltar del caballo, pero les era imposible, porque iban como atados a él.

— Pero veo que la Muerte es un Conciliasueños muy hermoso — dijo Yalmar —. No le tengo ningún miedo.

— ¡Ni lo has de tener! — contestó el viejo Conciliasueños—. ¡Procura sólo llevarte buena nota!

— ¡Vaya! Eso es una buena lección — murmuró el retrato del bisabuelo —. Siempre sirve de algo exponer el propio criterio.

Y suspiró de satisfacción.

He aquí la historia del viejo Conciliasueños. Tal vez venga él mismo esta noche a contaros algo más.

LA CAJA DE YESCA

UN soldado marchaba por la carretera con paso marcial: ¡un, dos!, ¡un, dos! Llevaba una mochila a la espalda y un sable a un lado. Volvía de la guerra e iba camino de su casa.

Anda que andarás, encontró a una vieja hechicera de horroroso aspecto; el labio inferior le colgaba hasta el pecho.

— ¡Buenas tardes, soldado! — saludó—. ¡Qué sable tan hermoso y qué mochila tan repleta! ¡Eres todo un soldado! Si quieres, puedes tener tanto dinero como desees.

— Gracias, vieja hechicera — replicó el soldado.

— ¿Ves ese árbol corpulento? — dijo la bruja, señalando uno que estaba cerca—. ¡Está vacío por dentro! Trepa hasta las ramas y verás un agujero. Entra por él y bajarás al interior del árbol. Te ataré una cuerda a la cintura y te ayudaré a subir cuando me avises.

— ¿Y qué he de hacer debajo del árbol? — preguntó el soldado.

— Coger dinero — dijo la bruja—. He de advertirte que en el fondo del árbol encontrarás una gran sala muy bien iluminada, pues cuelgan del techo más de cien lámparas. Allí verás tres puertas: podrás abrirlas, porque están las llaves en las cerraduras. Si abres la primera, verás en el centro un arcón de madera y, acostado encima, un perro con unos ojazos como tazas de café. No le tengas miedo. Te daré mi delantal azul, que tenderás en el suelo, y entonces, sin perder tiempo, coges el perro y lo pones en mi delantal, abres el arca y sacas todo el dinero que quieras. Todo son monedas de cobre. Si prefieres plata, abre la segunda puerta. Encontrarás allí un perro con unos ojos como piedras de molino. Pero no temas: ponlo en mi delantal y coge tantas monedas como quieras. Mas, si prefieres oro, puedes llevarte cuanto quieras entrando en la

tercera estancia. Eso sí, encontrarás un perro con unos ojos tan grandes como las torres de la catedral. Ése sí que es un señor perro, te lo digo yo; pero no has de tener miedo. Lo pones en mi delantal y podrás coger del arcón todo el oro que quieras.

— No está mal — dijo el soldado —. ¿Y qué quieres que haga yo, a cambio de eso? Porque no creo que lo hagas simplemente para que te quede agradecido.

— Sí — replicó la hechicera —, y no te pediré ni un céntimo. Sólo deseo que me recojas una caja de yesca que mi abuela dejó olvidada la última vez que entró.

— Bueno; átame la cuerda a la cintura — dijo el soldado.

— Ya está — dijo la bruja, y aquí tienes mi delantal.

El soldado subió al árbol, se deslizó por el agujero agarrándose a la cuerda y se encontró en la gran sala que, como le había dicho la bruja, alumbraban numerosas lámparas.

Abrió la primera puerta. ¡Puf! Allí estaba el perro fijando en él unos ojos grandes como tazas de café.

— Eres un buen mozo — le dijo el soldado, mientras lo ponía en el delantal de la bruja y se llenaba los bolsillos de monedas de cobre, Luego, cerró el arca, volvió a dejar encima el perro y se dirigió a la segunda puerta. ¡Ah! Lo primero que vio fue el perro de ojos grandes como ruedas de molino.

— No me mires tan fijo — dijo el soldado —, que podrías quedarte bizco. — Y lo puso sobre el delantal de la vieja. Cuando vio la plata del arcón, tiró al suelo las monedas de cobre y llenó los bolsillos y la mochila de monedas de plata. Entonces, se dirigió a la tercera puerta. ¡Qué horror! Realmente, los ojos de aquel perro eran tan grandes como las torres de la catedral, y giraban en sus cuencas como castillos de fuegos artificiales.

— Buenas tardes — saludó el soldado, llevándose la diestra al sombrero, como saludan los militares, porque

nunca había visto un perro que infundiera tanto respeto. Y después de mirarlo un momento, como quien pide permiso, lo levantó, lo puso sobre el delantal y abrió el arca. ¡Santo Dios! ¡Cuánto oro había allí! Bastaba para comprar toda la ciudad y todas las dulcerías, soldados de plomo, caballitos y látigos de este mundo. ¡Realmente, había allí mucho dinero! El soldado tiró en seguida toda la plata de que se había cargado, para coger oro. Se llenó los bolsillos, la mochila, el sombrero y hasta las botas, de modo que apenas podía andar. ¡Ahora sí que tenía dinero!

Volvió al perro a su lugar, cerró la puerta y avisó que lo subieran.

— ¡Tira de la cuerda, vieja bruja!

— ¿Ya has encontrado la caja de yesca?

— ¡Caramba! Es verdad, la había olvidado — dijo el soldado, que

volvió atrás y la cogió. La vieja hechicera lo sacó del árbol tirando de la cuerda, y pronto el soldado se vio otra vez en la carretera, con los bolsillos, las botas, la mochila y el sombrero llenos de oro.

— ¿Qué vas a hacer con la caja de yesca? — preguntó el soldado.

— Eso a ti no te importa — dijo la bruja—. Tú ya tienes el oro; dame ahora la caja.

— ¡Cuernos! — replicó el soldado—. Dime en seguida qué vas a hacer con la caja o desenvaino el sable y te corto la cabeza.

— ¡No te lo diré!

Entonces el soldado le cortó la cabeza. Allí se quedó tendida. El soldado vació el oro en el delantal de la vieja, lo ató por las puntas, se lo echó a la espalda y, guardándose en el bolsillo la caja de yesca, se dirigió a la ciudad.

Buscó el mejor hotel y pidió la mejor habitación y la mejor comida, que por algo era rico y tenía oro en abundancia.

El criado que le lustró las botas opinó que eran muy malas para un señor tan rico, pues aún no había comprado otras. AI día siguiente compró botas charoladas y un rico vestido. Y he aquí al soldado convertido en un elegante caballero. La gente le contaba grandezas de la ciudad y le hablaba del Rey y de lo hermosa que era su hija la Princesa.

— ¿Dónde se la puede ver? — preguntó el soldado.

— No hay manera de verla — le decían todos —. Vive en un castillo de bronce con muchas torres, rodeada de altas murallas. Nadie más que el Rey puede entrar y salir, porque le han profetizado que se casaría con un soldado raso y el Rey quiere impedirlo a todo trance.

"Me gustaría mucho verla", pensaba el soldado, pero era imposible obtener permiso para entrar en el castillo.

Se dio a una vida de disipación. Empezó a jugar, paseaba en coche por el parque real y fue pródigo con los pobres, en lo que demostró tener buen corazón, pues sabía por experiencia cuán amargo es tener que vivir sin un céntimo en el bolsillo. Como era rico y vestía bien, encontró muchos amigos que le decían que era un modelo de caballeros, lo cual halagaba el amor propio del soldado. Pero como gastaba sin medida y no ganaba nada, llegó un día en que se le acabó el dinero. Viose obligado a dejar sus elegantes habitaciones por una buhardilla de casa humilde, a limpiarse las botas y a remendárselas él mismo, y ningún amigo iba a verle, porque habían de subir demasiados escalones.

Una noche no tuvo ni para comprar una vela, y estaba a obscuras en su habitación cuando recordó que había un cabo de candela en la

— DIME EN SEGUIDA LO QUE VAS A HACER CON LA CAJA O TE CORTO LA CABEZA

caja de yesca que recogiera debajo del árbol con la ayuda de la bruja. Sacó de la caja de yesca el cabo de candela y, apenas golpeó el pedernal con el eslabón, arrancando unas chispas, se abrió la puerta y se le presentó el perro de ojos como tazas de café, que había visto debajo del árbol, preguntando:

— ¿Qué manda el señor?

¿Qué es esto? — dijo el soldado—. Esta caja de yesca no tiene precio si con ella he de obtener cuanto deseo. Tráeme dinero añadió, dirigiéndose al perro. Éste desapareció como un relámpago; pero al momento volvió, llevando en la boca un talego lleno de monedas de cobre.

De esta manera descubrió el soldado el poder prodigioso de la caja de yesca. Si daba un golpe, acudía el

perro del arca de la calderilla: si daba dos, el perro de la de la plata, y si daba tres golpes, aparecía el que se echaba sobre el arca de oro. El soldado pudo volver a su vida regalada, ocupando magníficas habitaciones, vistiendo con elegancia y rodeándose de amigos que le lisonjeaban.

Un día pensó el soldado:

"¡Es raro que nadie pueda ver a la Princesa! ¿Qué sacamos de que sea tan guapa como dicen todos, si ha de estar siempre encerrada en un castillo de bronce con muchas torres? ¿No tendría yo manera de verla? ¿Dónde está mi caja de yesca?"

Sacó una chispa y al momento apareció el perro de ojos como tazas de café.

— Es de noche, ya lo sé —dijo el soldado—; pero me gustaría macho ver a la princesa aunque sólo sea por un momento.

El perro desapareció al instante y, sin dar al soldado tiempo ni de pensar, estuvo de vuelta con la Princesa, que iba dormida en el lomo del animal. Era tan hermosa, que nadie, viéndola, podía dudar que fuese una verdadera princesa. El soldado, sin poderlo remediar, que por algo era un soldado, le dio un beso.

Entonces, el perro volvió a llevarse la Princesa. Y al día siguiente, cuando el Rey y la Reina estaban tomando el té, les dijo la Princesa que aquella noche había tenido un extraño sueño con un perro y un so dado. Había ido a caballo del perro y el soldado la había besado.

— ¡Muy bonito! — dijo con ironía la Reina.

La noche de aquel día hubo de quedarse una dama de honor velando el sueño de la Princesa, para ver si era verdad que soñaba o pasaba algo.

El soldado, que se moría de ganas de ver otra vez a la Princesa, envió el perro a buscarla, y el animal volvió con ella en un momento. Pero la dama de honor se puso los chanclos y se lanzó en su persecución. Al ver que el perro desaparecía por un gran edificio, cogió un trozo de yeso y

señaló la puerta con una cruz, para reconocerla luego. El perro volvió a salir con la Princesa y, al ver la cruz blanca en la puerta del soldado, cogió otro pedazo de yeso y señaló con una cruz todas las puertas de la ciudad.

Demostró con esto su gran sagacidad, porque así la dama no podría indicar la verdadera puerta, entre tantas cruces.

Muy temprano, a la mañana siguiente, el Rey, la Reina y la dama, con todos los oficiales de la corte, fueron a ver dónde había estado la Princesa

— Es aquí — dijo el Rey, parándose ante la primera puerta en que vio una cruz.

— No, querido, es ahí —dijo la Reina, viendo una cruz en otra

puerta.

— No es aquí ni ahí, sino allá —dijeron todos. Y como en cada puerta veían una cruz, pronto se convencieron de que sería inútil buscar más. _ i

Pero la Reina era una señora de mucho ingenio y sabia hacer algo más que ir en coche. Cogió sus tijeras de oro, cortó un trozo de seda en pedazos e hizo un bonito saco que llenó de granos de trigo. Luego, lo ató a la cintura de su hija y, con las tijeras, hizo un agujerito, e modo que los granos fueran cayendo en el camino.

El perro volvió aquella noche a llevar a la Princesa al soldado, que se había enamorado locamente y solo deseaba ser príncipe para poder casarse con ella.

El animal no advirtió que el trigo iba sembrando el camino desde el castillo hasta la ventana del soldado, por donde saltaba con la Princesa. Al día siguiente, el Rey y la Reina hallaron fácilmente la casa donde había estado su hija y mandaron prender y encarcelar al soldado.

¡Qué negro y triste era el calabozo! Y aún le fue más desagradable oír la sentencia: “Mañana te ahorcarán.” Y lo peor de todo era que se había dejado la caja de yesca en el hotel.

Por la mañana pudo oír, a través de los barrotes de hierro, a la gente que corría fuera de la ciudad a ver cómo lo ahorcaban. Oyó el redoble de los tambores y vio pasar a los soldados. Todo el mundo iba al lugar de la ejecución y, entre la multitud, un aprendiz de zapatero corría tanto, que se le cayó una zapatilla y ésta fue a parar a la pared, junto a los barrotes por donde miraba el condenado.

— ¡Eh, tú, zapatero remendón! ¡No corras tanto! — gritó el soldado —. Nada podrán hacer hasta que yo llegue. Si quieres ir a mi casa y traerme una caja de yesca que allí encontrarás, ¡te daré veinte céntimos! ¡Pero has de ir y volver como un rayo!

El muchacho, muy contento de poder ganar algún dinero, fue a buscar la caja, se la dio al soldado y... veremos lo que pasó.

En las afueras de la ciudad se había levantado una horca muy alta, en torno a la cual se agrupaba una enorme muchedumbre que apenas podían tener a raya los soldados. Los Reyes ocupaban un trono frente a los magistrados y consejeros.

Ya el soldado había subido al patíbulo y estaban a punto de ponerle el nudo corredizo, cuando dijo saber que era costumbre conceder una gracia al criminal antes de matarlo, y que a él le gustaría mucho poder fumar una pipa: la última pipa que podría fumar en este mundo.

El Rey no quiso negarle esta gracia y el soldado sacó la caja de yesca y golpeó el pedernal: “Uno, dos, tres.” Inmediatamente aparecieron los perros: el primero, con ojos como tazas de café; el segundo, con ojos como ruedas de molino, y el tercero, con ojos como las torres de la catedral.

— Ayudadme y no dejéis que me cuelguen.

Los perros se arrojaron sobre los jueces y consejeros, los cogieron el uno por los pies y el otro por la nariz y los lanzaron a tantos metros de altura, que al llegar a tierra quedaron destrozados.

— ¡Permitidme...! — gritó el Rey. Pero el perro más grande los cogió a los dos, Rey y Reina, y los lanzó al aire para que compartiesen la suerte de los otros.

Entonces los soldados se asustaron y la muchedumbre gritó:

— ¡Soldadito, tú serás nuestro rey y te casarás con la bella Princesa!

Lo hicieron subir a la carroza real y los tres perros iban delante bailando y gritando: “¡Viva!” Los muchachos se ponían la mano en la boca imitando trompetas, y los soldados presentaban armas. La Princesa salió del castillo de bronce y fue proclamada Reina, lo cual le gustó mucho.

Ocho días duraron los festejos de la boda, y los tres perros se sentaron a la mesa y miraban con sus terribles ojos.

PULGARCILLA

ERASE una mujer que anhelaba una niña chiquitina y, no sabiendo cómo obtenerla, fue a consultar a una vieja hechicera.

— Ardo en deseos de tener una niña chiquitina — le dijo. ¿Podríais decirme qué he de hacer para conseguirlo?

— ¡Oh! No hay cosa más fácil — contestó la bruja—. Aquí tienes un grano de cebada, muy distinta de la que se siembra en el campo o se da en el pienso a las bestias. Plántalo en una maceta y ya verás.

— Gracias —dijo la mujer, dando a la hechicera una moneda de plata por el grano. Y, en llegando a su casa, lo enterró en una maceta. Inmediatamente nació y se desarrolló una flor magnífica, semejante a un tulipán de pétalos muy cerrados, como si aún estuviese en capullo.

— ¡Qué flor tan preciosa! — exclamó la mujer, besando las rosas de color de ámbar y de púrpura que asomaban. Pero, no bien lo hubo hecho, el capullo se abrió produciendo un ligero estallido. Era, en efecto, un tulipán, sin duda alguna; pero en la corola, sentada en el verde terciopelo de los estambres, aparecía una niña pequeñita, pequeñita, llena de gracia y gentileza, aunque apenas pasaba su estatura de la mitad de una pulgada, por cuya razón se le puso el nombre de Pulgarcilla.

Una cáscara de nuez, limpia como la plata, sirvió a Pulgarcilla de cama, de hojas de violeta era su colchón y pétalos de rosa le hacían de cobertor. De noche dormía y de día jugaba por la mesa, donde la mujer había puesto un plato lleno de agua y ceñido de una guirnalda de flores con los tallos en el líquido. Flotaba en el plato una hoja de tulipán en la que solía instalarse Pulgarcita, haciéndola bogar de un lado a otro con ayuda de dos crines blancas de caballo, como remos. ¡Daba gozo mirarla! La niña cantaba con voz tan dulce y melodiosa, que nunca se había oído

otra semejante.

Una noche, mientras dormía en su linda camita, entró un sapo saltando por la ventana, que tenía un cristal roto, y era un sapo muy feo, gordo y pegajoso. Fue a parar a la mesa, donde dormía Pulgar cilla tapada con su sábana de pétalo de rosa.

"¡Qué bonita muchacha para casarla con mi hijo!", pensó el sapo. Y cogiendo la cáscara de nuez en que descansaba Pulgarcilla, se la llevó al jardín, saltando por el mismo agujero.

Serpenteaba por allí un ancho arroyuelo cuya agua se filtraba en un espacio húmedo y casi pantanoso, donde vivía el sapo con su hijo. ¡Uf! Era éste tan feo y asqueroso como su madre.

— ¡Croak, croak, breque, quek! — fue cuanto supo decir el muy estúpido al ver aquella preciosidad de criatura en la cáscara de nuez.

— No hagas tanto ruido, que se despertará — dijo la vieja — y podría escapársenos, porque es tan ligera como un plumón de cisne. Vamos a ponerla en la charca sobre una de esas anchas hojas de nenúfar y será para ella como una isla, donde la tendremos segura mientras vamos al fondo de la charca a preparar la mejor habitación donde recibirla dignamente, como miembro de la familia.

En el arroyo crecían muchos nenúfares, cuyas verdes hojas parecían flotar en la superficie, y la más distante era también la más grande. El sapo viejo la eligió entre todas y se trasladó a ella nadando para depositar la cáscara de nuez en que seguía durmiendo Pulgarcilla. La pobre niñita se despertó muy temprano al día siguiente, y al verse en una hoja rodeada de agua por todas partes y sin manera de poder alcanzar la orilla, rompió en amargo llanto. El sapo viejo, así que acabó de arreglar la habitación para su nuera, decorándola con hojas de caña y pétalos de lirios acuáticos, nadó a la superficie en compañía de su horrendo hijo, en busca de la camita de Pulgarcilla, para instalarla en la alcoba, de modo que no faltase nada para la boda, y

aprovechó la oportunidad para hacer la presentación del novio. La madre saludó sacando la cabeza fuera del agua, y dijo:

— Éste es mi hijo. Tendrás en él un marido excelente y viviréis felices bajo la charca.

— ¡Croak, croak, breque, quek! — fue lo único que supo decir el joven.

Luego, cogieron la diminuta cama y se la llevaron nadando al fondo; pero Pulgarcilla se quedó sola llorando sobre la verde hoja, porque no quería vivir con gente tan fea, y menos casarse con aquel monstruo repugnante. Los pececillos que nadaban por allí y habían visto y oído a los sapos, sacaron la cabeza para ver a la niña. Y apenas la vieron, la juzgaron demasiado bonita para novia de un sapo estúpido. Aquel

— ¡CROAK, CROAK, BREQUE, QUEK!—DIJO EL MUY ESTUPIDO…

matrimonio era una monstruosidad que ellos no tolerarían. ¡No, no podía ser! Se reunieron todos alrededor del tallo que sostenía la hoja donde estaba Pulgarcilla y, a fuerza de mordiscos, lo cortaron, dejando a flote la hoja, que fue arrastrada por la corriente. Pronto se encontró la niña muy lejos, donde los sapos no podían darle alcance.

Pulgarcilla pasó navegando por varias ciudades, y los pajarillos que volaban de rama en rama, se ponían a cantar al verla: "¡Qué encanto de niña!" La hoja no cesaba de correr por el riachuelo, que se iba agrandando, y así viajó Pulgarcilla hasta remotos países.

Una pintada mariposa que revoloteaba siempre a su lado, acabó por posarse confiadamente sobre la hoja. Se había prendado de Pulgarcita, y ahora que los sapos ya no podían darle alcance la acompañaba en su alegría. Claro que contribuían a aumentar aquellos parajes tan hermosos, donde el sol brillaba esplendoroso, bañando de dorados reflejos la superficie del agua. Pulgarcilla se quitó el cinturón y ató uno de sus extremos a la mariposa y el otro a la hoja. Ésta se deslizó más rápida, remolcada por la mariposa.

Pero entonces, un grande saltón que por allí pasaba volando, vio a la niña y, cogiéndola por el talle con sus potentes garras, se la llevó a un árbol. La hoja continuó bogando riachuelo abajo, arrastrando ahora a la mariposa, que no podía desprenderse.

¡Qué angustias pasó la pobre Pulgarcilla al verse arrebatada al árbol por el fiero saltón! Pero lo que más sufrimiento le daba era el pensar en la desventurada mariposa que, atada a la hoja, no podría desasirse y moriría de hambre. Aquellas cuitas preocuparon muy poco al fiero saltón, que depositó su bella carga en la hoja más grande del árbol, y la obsequió con la mejor miel de las flores, declarando que era muy bonita, aunque no competía su hermosura con un saltón. Pronto recibieron la visita de todos los saltones que vivían en el árbol. Examinaban a Pulgarcilla, y las señoritas saltonas volvían las antenas y decían:

— ¡Qué fea es! ¡No tiene más que dos piernas!

— ¡Y qué cintura tan estrecha! ¡Bah! Parece un ser humano. ¡Qué horror!—decían las señoras saltonas.

¡Y tan bonita como era Pulgarcilla! Hasta el viejo saltón que la raptó lo había confesado; pero como todos sus

compañeros decían que era fea, acabó por creerlo y no la quiso más; ya podía marcharse adonde le diera la gana. La cogieron y la bajaron del árbol para dejarla sobre una margarita. La pobre criatura lloraba al ver que, por su fealdad, ni los saltones le decían nada. Y, no obstante, era la más encantadora criatura que pueda concebir la imaginación, y tan tierna como el más hermoso pétalo de rosa.

Viose obligada a vivir todo el verano completamente sola en el bosque. Se construyó un lecho de briznas, colgándolo bajo una hoja grande de anemone para protegerse contra la lluvia. Chupaba la miel de las flores, por todo alimento, y bebía del rocío que cada mañana encontraba sobre las hojas. Así pasó el verano y el otoño, pero luego vinieron los fríos, los crudos fríos del invierno. Todos los pájaros que le habían dedicado tan bonitas canciones, emigraron; las flores y las hojas de los árboles se secaron y cayeron. La hoja de anemone bajo la cual colgaba su cama fue palideciendo, secándose y abarquillándose, hasta quedar hecha un palo duro, y ella tiritaba de frío, porque ya no llevaba más que andrajos y era tan pequeñita y frágil. ¡Pobre Pulgarcilla! Estuvo a punto de helarse. Empezó a nevar y cada copo que le caía era como una palada que cayese sobre nosotros, que somos grandes, mientras que ella sólo alcanzaba una pulgada. Entonces se guareció sobre una hoja seca, pero no entró en calor y temblaba de frío.

En la linde del bosque se extendía un campo de trigo, pero hacía tiempo que se había segado la mies y nada más quedaba el rastrojo, que parecía un bosque de estacas clavadas en la tierra helada. ¡Oh! ¡Que frío hacía también allí! Por fin llegó a la puerta de un ratón silvestre.

Era un agujero abierto bajo el rastrojo, que conducía al escondrijo del ratón, de calientes y cómodas habitaciones, con bien provisto granero, buena cocina y mejor despensa. La pobrecilla se quedó en la puerta como una mendiga, pidiendo la limosna de un grano de cebada, porque nada se había podido llevar a la boca en dos días.

— ¡Pobre niña! — dijo el ratón, que tenía buenos sentimientos — Entra, que te calentarás y comerás algo.

Y como Pulgarcilla le fue muy simpática, le dijo de sobremesa:

— Si quieres, puedes quedarte todo el invierno, y no has de hacer más que limpiarme la casa y contarme cuentos, que me gustan mucho.

Pulgarcilla aceptó con agradecimiento y lo pasaba muy bien.

— Pronto tendremos una visita — dijo el ratón —. Mi vecino acostumbra venir a verme un día a la semana. Es más rico que yo; tiene unas grandes habitaciones y lleva una pelliza negra, lustrosa y finísima. Si lo pudieras atrapar por marido labrarías tu fortuna; pero es ciego y no te verá. Cuéntale todas esas historias tan preciosas que sabes.

Pulgarcilla no se interesó gran cosa ni se hizo ilusiones con el vecino, que era un topo. Éste hizo su visita luciendo su casaca de negro terciopelo. El ratón lisonjeó al topo delante de Pulgarcilla, hablando de las riquezas y del talento del vecino, de que tenía una casa veinte veces más grande que la de ellos, de lo mucho que había aprendido; pero advirtiendo sinceramente que no le gustaba el sol ni as ores, y que se burlaba de ellas porque nunca las había visto.

Luego la invitaron a cantar, y Pulgarcilla entonó el Saltón, vuela, vuela y El fraile va al campo. Al oír tan dulce voz, el topo se enamoró de la niña, pero no lo dio a entender, porque era un prudente varón.

En poco tiempo construyó un pasillo subterráneo entre su casa y la del ratón, e invitó a éste y a Pulgarcilla a pasar cuando quisieran a sus habitaciones, advirtiéndoles que no se asustasen por encontrar en uno de los corredores un pajarito muerto. Era un pájaro de veras, con pico y alas, que sin duda había fallecido al empezar el invierno y lo enterraron donde el topo acababa de construir el pasadizo.

El topo cogió con la boca un trozo de madera podrida

que alumbraba como una linterna la oscuridad y precedió a los invitados para que no tropezasen, en la lobreguez de aquel túnel. Al pasar por donde estaba el pajarito, el topo empujó con su fuerte hocico la tierra del techo y en seguida hizo un agujero por donde penetró la luz del sol, alumbrando el triste espectáculo de una golondrina muerta, con sus alas apretadas contra la pechuga y la cabeza y las patas ocultas entre las plumas: señal de que la había matado el frío. Pulgarcilla se conmovió profundamente al verla, porque quería mucho a las avecillas que en verano la saludaban cantando y trinando tan cariñosas; pero el topo le dio un golpe con sus patas de garfios, diciendo:

— Ya no piarás más. ¡Qué desgracia haber nacido pájaro! A Dios gracias, ninguno de mis hijos lo será. En verano todo es cantar para ellos, y en invierno se mueren de hambre.

— Verdad será, cuando lo dice un varón tan experimentado — convino el ratón—. No sé de qué les aprovecha tanto piar si, cuando llega el invierno, se han de morir de hambre o de frío. ¡Y dicen que eso es de buen gusto!

Pulgarcilla no dijo una palabra; pero cuando los otros se alejaron, retrocedió, apartó las plumas que tapaban la cara del pajarito y le besó los ojillos cerrados.

“Acaso sea el que este verano me saludaba con sus gorjeos — pensó—. ¡Oh! ¡Cómo me alegraba la vida el dulce pajarito!”

El topo se detuvo a la entrada de su casa e hizo los honores a sus huéspedes. Aquella noche, Pulgarcilla no podía dormir. Se levantó, trenzó un tapiz de heno, lo rellenó de blando algodón que encontró en las habitaciones del ratón, y lo echó sobre el pájaro muerto, abrigándolo bien para que estuviera calentito.

— ¡Adiós, hermoso pajarito! — dijo —. ¡Adiós! Y gracias por las delicias que me produjiste en verano con tus melodías, cuando los árboles eran tan verdes y el sol

bajaba a calentarnos. — Y esto diciendo, apoyó su cabeza en el pecho de la golondrina. De pronto, sorprendióla notar el latido del corazón del animalito. El pájaro no estaba muerto, sino aletargado por el frío, y, con el calor, recobraba la vida.

Cuando viene el otoño, todas las golondrinas parten a climas benignos, y si alguna retarda la marcha y el frío se apodera de ella, cae aterida como muerta y la nieve la cubre como una mortaja.

Pulgarcilla temblaba de miedo, porque el pájaro era muy grande a su lado; pero se revistió de valor, apretó bien el cobertor para que no entrase frío, fue a buscar una hoja de hierbabuena que a ella le servía de colcha, y la puso sobre la cabeza del pajarito.

Al día siguiente por la noche volvió a verlo y lo encontró vivo, pero tan débil, que sólo pudo abrir los ojos un momento para mirar a su protectora, que le velaba con un pedazo de madera descompuesta y fosforescente, a falta de otra luz.

— Gracias, herniosa Pulgarcilla — dijo con voz apagada el enfermo —. Estoy tan ricamente y tan calentito, que espero recobrar pronto las fuerzas y poder volar a la luz del sol.

Viendo tan animada a la golondrina, le trajo agua en el pétalo de una flor, y la enferma, después de beber, contó que se había lastimado un ala en una zarza espinosa y no le fue posible seguir a las otras en su rápido vuelo a tierras cálidas. Por más esfuerzos que hizo, cayó a tierra y no recordaba cómo fue a parar donde la había encontrado.

Durante todo el invierno, Pulgarcilla cuidó a la golondrina con la solicitud y ternura de una hermana, sin decir una palabra de sus idas y venidas al topo y al ratón, que no simpatizaban con el pajarito. Y en cuanto llegó la primavera y el sol acarició la tierra con sus rayos, la golondrina se despidió de Pulgarcilla y ésta agrandó el agujero que el topo abriera con su hocico. El sol entró de lleno inundándolo de luz y la golondrina propuso a

Pulgarcilla que se fuese con ella; podía montar en sus alas y volarían las dos al verde bosque. Pero Pulgarcilla pensó que el ratón silvestre podría agraviarse si lo abandonaba sin más ni más, y dijo:

— No, no puedo.

— ¡Adiós, pues, adiós, tierna y preciosa niña! — dijo la golondrina, y se lanzó al espacio. Pulgarcilla la siguió con la mirada y las lágrimas se la nublaron, porque quería entrañablemente a la golondrina que se alejaba.

— ¡Qui-vit, qui-vit! — cantó el pájaro, mandándole su último saludo antes de perderse en la espesura del bosque.

Pulgarcilla estaba muy triste porque no le permitían salir a tomar el sol. Habían sembrado trigo sobre la madriguera del ratón, y la mies, crecida, era como un bosque intrincadísimo por donde no podía andar la chiquitina sin perderse.

— Has de preparar tu equipo de novia para casarte este verano — le dijo el ratón, porque el cargante de su vecino, muy acicalado con una fina casaca de negro terciopelo, se había presentado a pedir su mano —. Te hacen falta vestidos de lana y ropa blanca. Para ser mujer del Topo es preciso que tengas algo más que lo puesto.

Pulgarcilla tuvo que hilar, y el topo contrató cuatro arañas que tejían para ella sin descanso. El topo la visitaba cada noche, y siempre decía que cuando pasara el verano, el sol no calentaría tanto; porque, a la sazón, la tierra abrasaba y se endurecía como una piedra. Sí, había que aguardar que pasara el verano para celebrar su boda con Pulgarcilla. Pero ésta iba languideciendo en su tristeza porque no quería al fastidioso topo. Cada día, por la mañana, al salir el sol, y por la tarde, cuando se ponía, se escapaba hasta la puerta, y si el viento soplaba separando las espigas y dejándole ver el cielo azul, se entusiasmaba con la claridad y la hermosura de que se revestía todo lo de allí fuera, y su tierno corazón aceleraba los latidos por el deseo de ver otra vez a su querida golondrina. Pero, ¡ah!, no volvería, distraída sin duda en la delicia de volar por la

frondosidad del bosque.

— Dentro de cuatro semanas será tu boda — le anunció el ratón.

Pulgarcilla se echó a llorar, declarando que no quería casarse con aquel fastidioso topo.

— ¡Caprichos de niñas tontas! — reconvino el ratón —. Mira, no te pongas terca, porque te doy un mordisco y tengo bien afilados los dientes. ¿Dónde encontrarás un novio más distinguido? Ni la misma reina lleva un abrigo de pieles más rico que el suyo, y además tiene llenas la cocina y la bodega. ¡Agradecida tendrías que estarle!

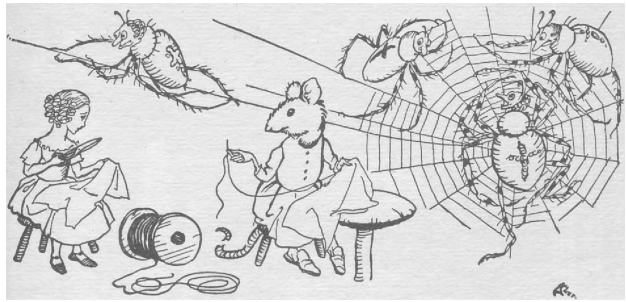
Llegó el día de la boda y se presentó el topo para llevarse a Pulgarcilla, la cual había de vivir con él bajo tierra sin salir nunca a tomar el sol, porque a él no le gustaba. La niña estaba consternada. Ya sólo le quedaba el consuelo de despedirse del hermoso sol, gracia que le fue otorgada por el ratón después de mucho suplicar, a condición de que no pasase de la puerta.

— ¡Adiós, sol esplendoroso! — dijo levantando los brazos al cielo y alejándose unos pasos de la puerta, pues ya habían segado y el campo estaba en rastrojo—. ¡Adiós, adiós! — repitió abrazando a una roja amapola —. Si ves a la golondrina dile cuánto la quiero.

— ¡Qui-vit, qui-vit! — oyó sobre su cabeza. Levantó los ojos y reconoció a la golondrina, que pasaba volando por allí. En cuanto el pájaro vio a Pulgarcilla se puso muy contento y ella le contó la pena que tenía porque la casaban con un topo muy feo, obligándola a vivir bajo tierra, privada de la luz del sol. Y al decir esto, no pudo contener las lágrimas.

— Se acerca el invierno — dijo la golondrina — y yo he de partir a países más cálidos. ¿Quieres venir conmigo? Súbete a mi espalda. Átate bien con el cinturón y huiremos del feo topo muy lejos a través de las montañas, a regiones donde el sol brilla más que aquí, donde reina una eterna primavera y hay flores hermosísimas. Sí, vuela conmigo, querida Pulgarcilla, tú que me salvaste la vida cuando me

encontraste yerta en aquel obscuro pasadizo.



— Te acompaño — dijo Pulgarcilla.

Se sentó en la espalda del pájaro, pasando las piernas entre las alas, y se ató fuertemente a una de las más recias plumas. Entonces la golondrina voló por encima de los bosques y de los mares, por encima de las altas montañas cubiertas de nieves perpetuas, y Pulgarcilla se libraba del frío acurrucándose bajo las plumas del pájaro, sacando sólo la cabeza para no privarse de los magníficos panoramas que se ofrecían a su vista.

Por fin llegaron a las regiones cálidas, donde el sol brillaba más intenso y el cielo parecía dos veces más alto; donde los campos tenían setos de verdura, de pámpanos prendidos de uvas y bosques de limoneros y naranjos; donde el aire estaba embalsamado de mirtos y madreselva y por los senderos corrían niños encantadores jugando con mariposas sorprendentes por su grandeza y hermosura. La golondrina siguió volando y el paisaje era cada vez más vistoso. Por fin llegaron a un lago azul y transparente, rodeado de magnífica arboleda y a orillas del cual se levantaba un vetusto palacio de mármol de cegadora blancura. Los emparrados trenzaban caprichosamente sus sarmientos por las columnatas de las galerías, en cuyo techo habían fabricado su nido gran número de golondrinas, y en uno de ellos vivía la que llevaba a Pulgarcilla.

— Ésta es mi casa — dijo el pájaro —, pero si prefieres habitar en una flor, te dejaré dentro del cáliz de una de esas tan hermosas que crecen en el jardín y serás tan feliz

como puedas desear.

— ¡Será delicioso! — aceptó la niña palmeteando de gozo.

EL HOMBRE QUE SABE CONTAR CUENTOS DE HADAS

Una blanca columna derribada y partida en tres pedazos perdíase casi a la vista, sepultada en frondosa vegetación, y entre los intersticios crecían las flores más grandes y hermosas que Pulgarcilla había podido admirar en su vida. La golondrina dejó a su amiga en una de ancho cáliz. ¡Oh sorpresa! En el centro de la flor había un doncel de su misma estatura, blanco y transparente como si fuera de cristal; ceñía sus sienes una corona de oro y dos alas de luz adornaban su espalda. Era el ángel de la flor. En cada cáliz había un ser tan delicado y diminuto como él, de uno u otro sexo; pero éste era el Rey de aquel pueblo maravilloso.

— ¡Dios mío! ¡Qué hermoso es! — suspiró Pulgarcilla a oídos de la golondrina.

El príncipe se asustó mucho ante este pájaro gigantesco; pero cuando vio a Pulgarcilla, no tuvo límites

su alegría, pues era la doncella más preciosa que había conocido. Tan profunda y gratamente le impresionó su belleza, que se quitó la corona y la puso en la frente de la recién llegada, le preguntó su nombre y si quería ser su esposa y Reina de todas las flores. ¡Qué diferencia entre este hermoso doncel y el sapo estúpido o el topo fastidioso, con su abrigo de rica piel! Sin vacilar contestó que sí, y al punto salieron de todas las flores damas y caballeros tan lujosamente vestidos, que era gloria contemplarlos. Cada uno ofreció a Pulgarcilla un regalo, y el mejor de todos fue un par de alas de mariposa blanca, que, prendidas a la espalda, le permitían volar de flor en flor. Hubo grande regocijo y, desde su nido, la golondrina dedicó a los novios el mejor repertorio de sus cantos, aunque en el fondo de su corazón sentía la tristeza de no poder vivir siempre en compañía de Pulgarcilla.

— No has de llamarte Pulgarcilla — dijo el ángel de la flor, que es un nombre feo y tú eres muy bonita. Nosotros te llamaremos Maya.

— ¡Hasta la vista! ¡Hasta la vista! —cantó la golondrina, despidiéndose de aquellas tierras ardorosas para volver a Dinamarca. Tenía el nido sobre la ventana del hombre que sabe contar cuentos de hadas. Se lo contó todo: “¡Qui-vit, qui-vit, qui-vit!”, y por él ha llegado a nosotros.

LA FLOR DE SAÚCO

UNA vez era un niño que se resfrió, porque salió de casa y se mojó los pies. Nadie adivinaba cómo pudo mojarse con el tiempo seco que reinaba. Su madre lo desnudó, lo metió en la cama y pidió la tetera para hacerle un cocimiento de flores de saúco, que es muy bueno para entrar en calor. Un viejecito muy simpático y amable que vivía solo en el piso más alto y llevaba una vida retraída, porque no tenía mujer ni hijos, bajó a ver al enfermito, pues quería mucho a los niños de los vecinos y sabía contar cuentos de hadas con tanta gracia, que era un placer escucharlo.

— Anda, si te tomas el agua — dijo la madre —, acaso te contará un cuento.

— Veremos si sé alguno que no lo haya oído — asintió el viejecito sonriendo—. ¿Pero cómo se ha mojado los pies este mocoso? — preguntó.

— Eso digo yo — contestó la madre —. Nadie lo entiende.

— ¿Quiere contarme algo? — preguntó el niño.

— Sí; pero antes me has de decir qué profundidad tiene, aproximadamente, la cuneta del callejón de la escuela por donde corre el agua.

—Me llega a la mitad de las botas — contestó el niño —; pero estuvimos chapoteando en los hoyos más hondos.

— Ya sabemos cómo te has mojado los pies — dijo el anciano— Ahora tienes derecho a que te cuente un cuento; pero ya no sé más.

— Invéntelo — replicó el niño —. Mamá dice que cualquier objeto que usted mire puede convertirse en un cuento de hadas, y que usted sabe sacar una historia de todo cuanto toca.

— Es verdad, pero esos cuentos o historias no valen

nada. Los buenos acuden por sí mismos llamando a mi frente: "¡Eh, aquí estamos!" — ¿Llamará pronto uno? — preguntó el chiquillo. La madre reía mientras echaba en la tetera flores de saúco, vertiendo sobre ellas agua hirviente —. ¡Un cuento! ¡Quiero un cuento!

— Ya lo contaré si me acude. Son tan orgullosos, que sólo vienen cuando les place. Espera — dijo de pronto—, aquí hay uno. ¿Ves la tetera? Pues dentro hay ahora un cuento.

El niño fijó sus ojos en la tetera. La tapadera se abrió lentamente y las flores de saúco empezaron a salir de una en una, blancas y frescas, con sus ramas correspondientes, que se iban alargando en todas direcciones y hasta del pico brotaban, formando un arbusto, ¿qué digo, arbusto?, un árbol, que extendió sus ramas hasta la cama y descorrió las cortinas a un lado, cargado de flores que impregnaron el aire de suave aroma. En medio del árbol apareció una anciana de simpático aspecto, luciendo un extraño vestido tan verde como las hojas y tan adornado de grandes flores de saúco, que se hacía difícil distinguir el vestido del árbol mismo.

— ¿Cómo se llama esa señora? — preguntó el niño.

— Mira: los griegos y romanos decían que era una dríada — contestó el viejecito—; pero nosotros no lo entendemos así. En el barrio de los marineros la llaman "Madre del Saúco", Ahora fíjate bien en ella y no apartes la vista del hermoso árbol.

"En el ángulo de un patio reducido de una humilde casa del barrio de Niburgo había un enorme saúco lleno de flores, bajo el cual se sentaron dos ancianos una tarde de verano. Eran un viejo marinero y una no menos vieja mujer. Ya tenían nietos y pronto celebrarían las bodas de oro, pero no podían recordar la fecha exacta, y la Madre del Saúco, que descansaba en el árbol y los miraba complacida, como mira en este momento, dijo: "Yo sé perfectamente en qué fecha cae la fiesta de vuestras bodas de oro". Pero ellos no la oyeron y siguieron hablando de

sus tiempos pasados.

”— ¿Te acuerdas — decía el viejo marinero — de cuando éramos pequeños y nos divertíamos juntos? Jugábamos en este mismo patio y solíamos hacer jardines plantando ramitas en el suelo,

”— Lo recuerdo como si fuese ayer — contestó la anciana. Luego, regábamos las ramas y una de ellas, una rama de saúco, echó raíces y creció, creció, hasta convertirse en este gran árbol que ahora nos da sombra en la vejez.

”— Tienes razón — dijo el anciano —. Y ahora recuerdo que en ese otro ángulo había un tonel muy grande lleno de agua por donde mi fantasía navegaba en un barco que yo me fabriqué. Pero pronto hube de navegar por otras aguas.

”— Sí, pero antes fuimos a la escuela y aprendimos algo dijo la esposa —, y luego nos confirmaron. Los dos lloramos aquel día, y por la tarde subimos juntos de la mano a la Torre Redonda, desde donde contemplamos la inmensidad de mar y tierra que rodea a Copenhague; después fuimos paseando a Frederiksburgo, por cuyos canales vimos el paso de los Reyes en magníficas barcas.

”— Pero de pronto hube de embarcarme y pasar varios años navegando por lejanos mares.

”— Y bien que te lloré, porque creía que te habías muerto y te habían sepultado las olas para siempre en el fondo del mar. ¡Cuántas veces me levanté de noche a ver si había dado vuelta la veleta! Daba muchas vueltas, sí; pero tú no volvías. De un día me acuerdo como si lo viera; llovía a cántaros; vino el basurero a la casa en que servía, bajé la basura y me detuve un momento en el portal. ¡Qué tiempo tan infame! En éstas, se acerca el cartero y me entrega una carta. Era tuya, y Dios sabe el mundo que había corrido hasta llegar a mis manos. La abrí para leerla en seguida, y lloré y reía de alegría. ¡Qué feliz me sentía al saber que estabas en países cálidos, donde se cría el café! Debían de ser tierras maravillosas, según lo que me decías en aquella

carta que yo leía, olvidada de que llovía a cántaros y del cubo de la basura. Y de pronto, siento que me pasan un brazo por la cintura...

"— Y me diste tal puñetazo en la oreja que aún me chilla.

"—No sabía que eras tú... Llegabas al mismo tiempo que la carta y estabas muy guapo, y aún lo estás. Te asomaban por el bolsillo las puntas de un pañuelo de seda y llevabas un sombrero flamante. ¡Qué elegante! ¡Y con aquel tiempo y aquella calle que parecía un río!

"—Entonces nos casamos — dijo él—. ¿Recuerdas cuando nos nació el primer hijo y después los otros: María, Nicolás y Juan Cristóbal?

"— ¿Cómo puedo olvidarlo? Ya han crecido, son útiles a la sociedad y todo el mundo los aprecia.

"— Y sus hijos ya son padres también — dijo el viejo marinero —. Nuestros bisnietos son unos niños excelentes. Si no estoy en un error, nos casamos por este tiempo.

"Hoy es el día de vuestras bodas de oro — dijo la Madrecita del Saúco alargando la cabeza entre los dos ancianos, que, creyendo que era la vecina que venía a saludarlos, se miraron mutuamente estrechándose las manos.

"Poco después llegaron los hijos y los nietos, porque sabían que era el día de las bodas de oro. Ya por la mañana habían visitado a los viejecitos para darles la enhorabuena; pero ellos, que recordaban cosas tan remotas, olvidaron aquella tan reciente. El Saúco desprendió su más suave aroma, el sol brilló poniendo un nimbo de gloria en las testas de los ancianos; y el menor de los nietos bailó ante ellos gritando, lleno de gozo, que por la tarde se celebraría una gran fiesta, con patatas asadas. Y la Madre del Saúco saludaba desde el árbol diciendo como los otros: "¡Enhorabuena!"

— ¡Eso no es un cuento de hadas! — dijo el niño, que no había perdido palabra.

— Si lo entiendes, verás que sí — dijo el viejecito que contó la historia —. Se lo preguntaremos a la Madre del Saúco.

— No es cuento de hadas — dijo ésta—, pero ten paciencia. De la vida real salen los más bonitos cuentos de hadas; no para otra cosa ha brotado mi hermoso saúco de la tetera.

Y esto diciendo, sacó al niño de la cama y se lo puso en el regazo. Las ramas del saúco, llenas de flores, se cerraron sobre ellos dejándolos como en una glorieta de verde follaje, que se elevó en el aire. Es indescriptible tanta belleza. La Madre del Saúco se convirtió en una doncella de tan divina hermosura, aunque revestida del mismo verdor y adornada con las mismas flores que llevaba el vestido de la Madre del Saúco; lucía en el seno una flor de saúco verdadera, y una corona de las mismas flores ceñía su magnífica cabellera de oro. Eran sus ojos tan grandes y tan dulces que se encantaba uno al mirarlos.

Los muchachos se besaron y al momento fueron de la misma edad y sintieron las mismas alegrías. Salieron de la glorieta dándose la mano y se encontraron en el hermoso jardín de su casa. En la linde de un verde prado, sujeto a un poste, estaba el bastón de su padre, que adquirió vida en honor de los niños, pues apenas éstos se sentaron en él haciéndolo servir de caballito, el puño se convirtió en una cabeza de caballo de largas crines que flotaban al viento, y al resto del bastón le nacieron cuatro patas de fina estampa y brioso nervio. Era un caballo salvaje e indómito, que se lanzó a todo galope por el prado.

— ¡Bravo! A esta marcha vamos a correr muchas millas en poco tiempo, y no tardaremos en llegar a la hacienda del aristócrata donde estuvimos el año pasado.

Seguían corriendo por el prado, y la doncellita, que, como sabemos, no era otra que la Madre del Saúco, gritaba de gozo:

—¡Ya estamos en el campo! Mira aquel cortijo que eleva hasta el cielo su chimenea como la pipa de un

gigante. En el corral crece el saúco que pasa sus ramas por la barda y a su sonmbra se da humos el gallo,

PASEARON JUNTOS DE LA MANO…

escarbando en honor de sus gallinas. ¡Mira con qué altivez se gallardea! Pronto llegaremos a la iglesia, que se alza sobre una colina rodeada de robles gigantes. ¡Veo uno que está medio muerto! Ya estamos en la herrería, donde el fuego chisporrotea y hombres semidesnudos baten el hierro con sus martillos, sacando chispas que vuelan hasta la carretera. ¡Vamos a esa granja tan hermosa!

Pasaban por todos los sitios que la muchacha iba nombrando, a caballo en el bastón y sin dejar de dar vueltas por el prado. Luego, descansaron junto a un sendero y jugaron a hacer jardines en el suelo. Ella cogía flores de saúco de su cabeza y las plantaba, y las flores crecían en un arbusto que se desarrollaba hasta convertirse en un árbol semejante al que plantó el matrimonio viejecito de que hemos hablado. Pasearon juntos de la mano, como había paseado aquella pareja de ancianos, pero no fueron a la Torre Redonda ni a los jardines de

Frederiksburgo. La niña cogió al muchacho por la cintura y se lo llevó volando por el campo. Era primavera y todo presentaba aspecto de verano; era otoño y todo se envolvía en los fríos del invierno. Miles de paisajes a cuál más bonito se reflejaban en los ojos y en el corazón del niño, y la doncellita no cesaba de repetirle:

— ¡Nunca, nunca lo olvidarás!

Durante aquel viaje aéreo, el saúco dio sus mejores aromas. Pasaban entre rosales y verdes hayas, pero el olor de saúco era más penetrante que todos los olores, porque su flor estaba prendida en el pecho de la doncella, donde descansaba el niño en aquel vuelo prodigioso.

— ¡Qué hermosa es la primavera! — exclamaba la doncellita, y volvían a pasar por el bosque de hayas, donde el tomillo los envolvía en su sana fragancia y las anemones salían a sonreírles entre el verde musgo. ¡El bosque de las hayas nunca se despoja de su belleza primaveral!

— ¡Qué hermoso es el verano! — decía, y pasaban por un castillo de la época de la caballería andante. Sus viejos paredones y sus almenas y atalayas se reflejaban en los estanques, por donde nadaban los patos buscando la sombra de las arboledas. Las mieses ondulaban en el campo como un mar de oro. En los linderos crecían flores amarillas y encarnadas, y en los setos destacaban los viejos colores del lúpulo y la clemátide silvestre. Al obscurecer se levantaba la luna, grande y redonda, y los henares del valle olían a gloria—. ¡No es posible olvidar tanta belleza!

— ¡Qué hermoso es el otoño! — repetía la niña, y el cielo parecía dos veces más alto y azul cuando el campo ostentaba su riqueza de crisantemos de oro en estuches de verdura. Corrían los galgos, bandadas de cuervos se cernían graznando sobre los muladares, y entre los peñascos se retorcían los zarzales. El obscuro azul del mar se cubría de velas blancas, y en las casas de labranza, ancianas, rapaces jóvenes y rapazuelos recogían lúpulo en un gran tonel; los mozos cantaban y los viejos contaban cuentos de duendes y aparecidos. No podía darse cosa más

agradable.

— ¡Qué hermoso es el invierno! — comentaba la chiquilla, y todos los árboles se cubrían de escarcha y parecían de coral blanco. La nieve crujía bajo los pies, como si se estrenasen botas. Rasgaban el cielo estrellas errantes. En las salas se encendía el árbol de Navidad y abundaban los turrones y los juguetes. En casa del labriego sonaba el violín y se jugaban a la baraja trozos de manzana, y hasta los muchachos más pobres decían: "¡Qué hermoso es el invierno!"

¡Y sí que era hermoso! La niña se lo iba mostrando todo a su compañero, y el saúco continuaba envolviéndolos con su perfume, mientras la bandera de la cruz blanca ondeaba en el aire. Era la bandera bajo la que había servido el viejo marinero del cuento. El niño se hizo mozo y tuvo que salir de su patria para navegar por lejanos mares hasta las remotas regiones donde se cría el café. Al despedirse, la doncellita se quitó la flor de saúco que llevaba prendida al pecho y se la dio como recuerdo. Él se la guardó en su libro de oraciones y, cuando lo abría en extraños países, siempre se encontraba en la tierra donde había crecido la flor del recuerdo, y cuanto más la miraba más fresca era su memoria, tanto que casi podía oler la fragancia de los campos patrios. Veía a la doncella como si la tuviera delante, con sus claros ojos azules que le miraban entre los pétalos de sus párpados, y hasta la oía suspirar a su lado: "¡Qué hermosos son la primavera, el verano, el otoño y el invierno!" Y bellos paisajes pasaban a miles por su recuerdo.

Así transcurrieron muchos años. Luego, había llegado a la senectud y descansaba con su viejecita a la sombra del saúco en flor. Se cogían de la mano como hicieron los bisabuelos y los bisnietos, y, como aquéllos, hablaban de tiempos pasados y de sus bodas de oro. La muchachita de ojos azules y coronada de flores de saúco, que estaba en el árbol, alargó la cabecita saludándolos y les dijo: "¡Hoy es el día de vuestras bodas de oro!" Y quitándose dos flores del pecho, las besó, y las flores brillaron, primero como la

plata, y luego, como el oro, y cuando las colocó sobre la cabeza de los ancianos se convirtieron en sendas coronas de oro puro. Y el viejo matrimonio descansaba como reyes en un trono bajo el oloroso árbol, y él contó a la viejecita el cuento de la Madre del Saúco, como se lo habían contado cuando era niño. Entrambos convinieron en que la historia se parecía mucho a la de ellos, y esta semejanza les dejó hondamente complacidos.

— Sí, es verdad — asintió la doncellita del árbol —; algunos me llaman Madre del Saúco; otros, dríada; pero mi verdadero nombre es Recuerdos. Yo soy el alma del árbol que siempre crece. Tengo una feliz memoria y sé contar cuentos. Pero vamos a ver si guardas la flor.

El viejecito abrió su libro de oraciones y aún estaba allí la flor del saúco, tan fresca como si acabara de ponerla. Recuerdos sonrió satisfecha, y los dos ancianos coronados de oro permanecieron sentados, dejando que el sol de la tarde alumbrase sus corazones. Cerraron los ojos y...

¡El cuento se acabó!

El niño estaba en la cama sin saber si lo había soñado o se lo habían referido. La tetera seguía sobre la mesa, pero sin el árbol, y el simpático anciano que había inventado la historia y en aquel momento se despedía, desapareció por la puerta.

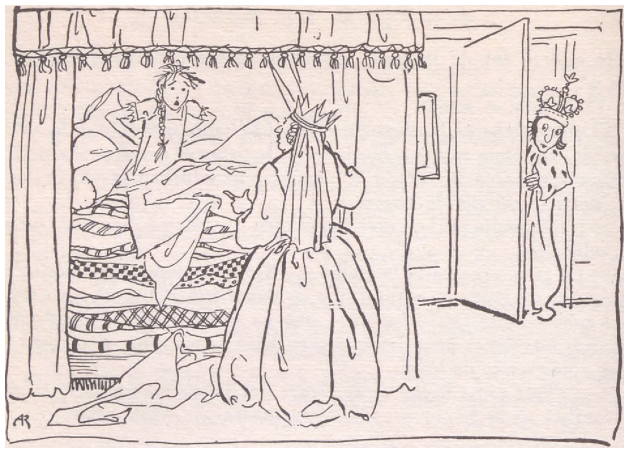
— ¡Qué bonito era! — exclamó el niño —, ¡Mamá, he estado en países cálidos!

— Lo creo — contestó la madre —. Si uno se toma dos tazas calientes de flor de saúco es natural que se sienta trasladado a países donde hace calor — y lo tapó bien, para que no se enfriase —. Has dormido mientras estábamos discutiendo con tu viejo amigo sobre si era una historia o un cuento de hadas.

— ¿Y qué se ha hecho de la Madre del Saúco? — preguntó el niño.

— Está en la tetera — contestó la madre —; déjala estar.

LA PRINCESA Y EL GUISANTE



UNA vez era un príncipe que quería casarse con una princesa, pero con una princesa de sangre real. Viajó por todo el mundo en busca de una, pero todas las que encontraba tenían algún defecto. Las princesas abundaban, pero se bacía difícil descubrir si verdaderamente eran de sangre real. El Príncipe volvió a su patria muy desilusionado y estaba triste y pesaroso, porque deseaba con toda su alma una real princesa.

Cierta noche se desencadenó una horrible tempestad; llovía a torrentes y el cielo parecía un infierno de truenos y rayos. ¡Era espantoso! De pronto llamaron a la puerta de la ciudad y el mismo Rey fue a ver quién era.

Con gran asombro adivinó que tenía delante a una princesa. Pero ¡Dios mío! ¡En qué lastimoso estado venía con aquel tiempo horroroso! Toda empapada de lluvia, chorreaba por cabellos y vestidos; llenaba el agua su calzado y se le vertía por los talones. Más parecía una fuente que una princesa, aunque ella afirmaba que lo era.

“Pronto lo sabremos”, pensó la Reina. Y, sin decir nada a nadie, fue al dormitorio, quitó todos los colchones y ropa de la cama y dejó en el fondo de ésta un guisante, encima

del cual volocó veinte colchones y, sobre ellos, veinte edredones.

La princesa tuvo que dormir toda la noche en esta cama monumental. Al día siguiente le preguntaron cómo había dormido.

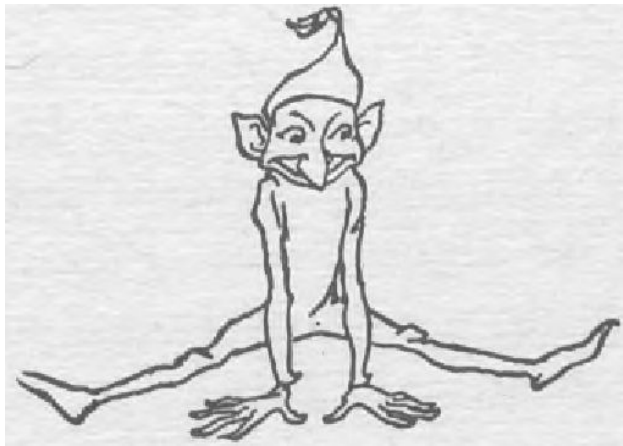
¡Oh! ¡Pésimamente! — contestó—. En toda la noche no he podido cerrar apenas los ojos. Dios sabe lo que habría en la cama. Sentía una cosa dura que me ha llenado de cardenales todo el cuerpo. ¡Que horrible!

Entonces conocieron que era una princesa de sangre real porque, entre veinte colchones y veinte edredones, había sentido la molestia del guisante. ..

Sólo una princesa de sangre real puede ser tan sensitiva.

El Príncipe la tomó por esposa sabiendo a ciencia cierta que se casaba con una verdadera princesa, y el guisante se llevó al Museo de Arte, donde aún estará si no lo han quitado.

¡Y he aquí un verdadero cuento!



LO QUE HACE MI MARIDO, BIEN HECHO ESTÁ

VOY a contaros un cuento que oí cuando era chico. Cada vez que lo recuerdo me gusta más, pues a los cuentos les pasa lo que a las buenas personas, que cuantos más años tienen mejores son, lo cual no deja de ser una suerte.

Supongo que alguna vez habréis estado en el campo y habréis tenido ocasión de ver una vieja masada con su techumbre de bardana entre la que crece el musgo y hierba borde. Junto al hastial hay un nido de cigüeñas, pues sin la cigüeña no tendría ninguna gracia. Las paredes son ventrudas; las ventanas, muy pequeñas, y sólo se abre uno de los dos postigos. Las puertas del corral no ajustan. Un saúco tiende las ramas sobre la albarrada, y al pie de la tapia hay un pequeño depósito de agua con un pato y algunos polluelos que se pasean por el cercano mimbreral. No falta en el patio un perro que ladra a todos los transeúntes.

Pues bien; en una humilde alquería como ésta vivía un matrimonio: un labriego y su mujer. No obstante lo reducido de su propiedad, eran dueños de un caballo que los ayudaba a vivir, aunque él tenía que hacerlo de la hierba que crecía al margen de la carretera. El campesino iba con él a la ciudad y con frecuencia lo prestaba a los vecinos para igual servicio, a cambio de algún favor. Pero empezaron a pensar que sería mejor vender el caballo o cambiarlo por algo que les reportase mayor utilidad. Mas, ¿qué cosa sería ésta?

— Tú lo sabrás mejor que yo — dijo la mujer —. Hoy es día de feria; ve a la ciudad y véndelo por dinero o cámbialo por otra cosa que te parezca mejor. Lo que hagas estará bien hecho. Anda a la feria.

Le ató el pañuelo del cuello, que ella sabía hacerlo mejor que él, le sacó dos lazadas muy bonitas y dejó a su

marido como de fiesta. Le cepilló luego el sombrero, pasándole muchas veces la palma de la mano, y se lo entregó con un beso. El hombre se alejó montando el caballo que iba a vender o a cambiar por otra cosa. Él ya sabía lo que se hacía.

El sol quemaba y el cielo estaba limpio de nubes. En la carretera había mucho polvo, pues un gran gentío se dirigía a la feria en coche, a caballo o a pie. No se encontraba ni por milagro una sombra contra aquel sol abrasador.

Entre los feriantes de a pie iba un hombre que llevaba al mercado una vaca.

"Estoy seguro de que dará buena leche — pensó el campesino —. Sería una buena ganga cambiar el caballo por la vaca."

— ¡Oiga, hombre de la vaca! — dijo —. Quisiera decirle una cosa. Me parece que un caballo vale más que una vaca, pero no importa; a mí me sería más útil una vaca. Si usted quiere, cambiaremos.

— Con mucho gusto — dijo el de la vaca.

Y cambiaron. Pronto estuvo arreglado. El campesino podía volverse desde aquel punto, pues ya había hecho el negocio; pero como había hecho el propósito de ir a la feria, acabaría de llegar a ver si había animación. Y allá se fue con la vaca.

Conduciendo la vaca, andaba a buen paso y pronto alcanzó a un hombre que llevaba una oveja. Era una oveja hermosa, gorda y cubierta de fina lana.

— Me gustaría tenerla — dijo el campesino—. En el ejido de casa encontraría excelente pasto, y en invierno la podríamos tener dentro. Quizá sería más práctico tener una oveja que una vaca. ¿Quiere cambiar, buen hombre?

El buen hombre no se hizo de rogar, y el cambio fue cosa de un momento. Nuestro hombre continuó por la carretera, dueño de la oveja.

Pronto se juntó a otro campesino que acababa de

ganar la carretera por un camino vecinal, cargado con un ganso enorme.

— ¡Qué ave tan pesada! Mucha pluma y mucha grasa. No estaría mal, atada por la pata, junto a la alberca de casa. La mujer sabrá qué hacer de las migajas que sobran. Cuántas veces me ha dicho: "¡Si tuviéramos un ganso!" Pues ahora podría tener uno y, si es posible, este mismo. ¿Cambiamos? Yo le doy mi oveja y usted me da el ganso, y aún le quedaré agradecido.

El otro nada tuvo que oponer; cambiaron y nuestro amigo se quedó con el ganso.

Se acercaban a la ciudad. Los feriantes iban afluyendo de todas partes y se formó una muchedumbre de personas y animales. Pasaron por las primeras tapias de los huertos y llegaron a la garita del portalero, que tenía un pegujal sembrado de patatas por donde picoteaba su única gallina, con una calceta en la pata. El animal, asustado de tanta gente, huyó lejos. Tenía muy cortas las alas y la cola y miraba como quien guiña un ojo. "¡Cloc, cloc!", decía. Qué quería significar, lo ignoro; pero en cuanto la vio nuestro hombre, pensó: "¡En mi vida he visto gallina más hermosa! Vale más que la clueca del párroco. Palabra de honor que me gustaría tenerla. Una gallina siempre encuentra algún grano y no cuesta nada alimentarla. Me parece que saldría ganando si la cambiase por el ganso."

— ¿Qué, cambiamos? — le dijo al portalero.

— ¡Cambiemos! — dijo éste—. No me parece mal.

Cambiaron, y el portalero se quedó con el ganso y el labriego con la gallina.

Con tanto negociar en el camino, llegó a la ciudad acalorado y sudoroso. Se imponía, pues, un trago de aguardiente y algún bocado. Se detuvo ante el portal de la posada y ya iba a entrar, cuando salió el posadero cargado con un saco.

— ¿Qué lleva en el saco? — preguntó el campesino.

— Manzanas podridas — contestó el hostelero—. Un

saco lleno... Comida para los cerdos.

— ¡Lástima de despilfarro! ¡Si mi mujer lo viera! El año pasado, el manzano que tenemos en el huerto no dio más que una manzana y la guardamos en el armario hasta que se pudrió por completo. "Ya ha dado su fragancia", dijo mi mujer, y tuvo que tirarla. Pero si pudiera ver tantas..., un saco lleno... Me gustaría llevárselo para que lo viera.

— ¿Qué me daría por este saco? — preguntó el hostelero.

— ¿Qué le daría? Mi gallina.

Le dio la gallina y se quedó con el saco de manzanas, que dejó arrimado a la chimenea de la taberna, mientras él se sentaba para beber. La chimenea estaba ardiendo y él no se fijó en esto. Había en la sala muchos forasteros: chalanes, ganaderos, comerciantes y dos ingleses; dos ingleses con las carteras llenas a reventar de billetes de Banco y que estaban haciendo apuestas, como es de suponer.

"¡Chisss! ¡Chisss!" ¿Qué siseaba la estufa? ¡Que las manzanas se estaban asando!

— ¿Qué es eso?

— Pues... ¿saben ustedes? Verán — dijo el campesino.

Y contó la historia del caballo que había cambiado por una vaca y todo lo demás, hasta llegar a las manzanas.

— ¡Ya le arreglará la mujer cuando llegue a casa! — dijeron los ingleses—. ¡Menudo vapuleo le va a dar!

— ¿Ella a mí? ¡Qué me ha de dar! — replicó el campesino—. Me dará un beso, en todo caso, y me dirá: "Lo que hace mi marido, bien hecho está".

— ¿Qué se apuesta? — dijeron los ingleses—. Nos jugamos ese tonel lleno de oro.

— Con una fanega tengo bastante — dijo el campesino —, y yo sólo puedo apostar contra eso una fanega de manzanas, y aun nos incluiremos mi mujer y yo en la

apuesta, y así estaría bien llena la medida.

— Hecho.

Y así quedó bien concertada la apuesta. El hostelero tenía el carruaje a la puerta y los ingleses y el campesino subieron, después de cargar el saco de manzanas. Pronto llegaron a la humilde masada del campesino.

— ¡Buenas tardes, mujer!

— ¡Buenas tardes, marido!

— ¡Ya he realizado el cambio!

— Sí, tú sabes cómo se hacen las cosas — dijo la mujer abrazándolo, sin hacer caso de los forasteros ni fijarse en el saco.

— Adquirí una vaca a cambio del caballo.

— ¡Dios sea bendito! ¡Qué leche tan rica beberemos y qué manteca y qué quesos pondremos en la mesa! ¡Ha sido acertadísimo!

— Sí, pero he cambiado la vaca por una oveja.

— ¡Mucho mejor! — dijo la mujer— Siempre piensas en todo. Tenemos hierba suficiente para la oveja, no nos faltará leche ni quesos y además tendremos medias y camisas de lana. Esto no nos lo daría la vaca y su pelo de nada serviría. ¡Cómo piensas en todo!

— Pero me desprendí de la oveja por un ganso.

— Pues, mira, este año comeremos ganso asado, querido. Siempre has de pensar en algo que pueda complacerme. ¡Qué bien has hecho! Dejaremos que el ganso corra con una calceta en la pata y que engorde hasta San Miguel.

— Pero cambié el ganso por una gallina — dijo el hombre.

— ¡Una gallina! ¡Ha sido una ganga! — replicó la mujer —. La gallina puede poner huevos y encobarlos y tendremos pollitos. ¡Verás qué pronto tenemos un gallinero! Precisamente es lo que más deseaba.

— Sí, pero cambié la gallina por un saco de manzanas

podridas.

— ¡Bueno! Mereces que te dé un beso — exclamó la mujer—. Mi buen marido, ahora he de decirte una cosa. ¿Sabes que apenas te has marchado me he puesto a pensar en qué te gustaría más para cenar? Me

— ¡BUENO! MERECES QUE TE DÉ UN BESO

he decidido por hacerte croquetas con hierbas aromáticas. Tenía huevos y tocino, pero me faltaban hierbas. De modo que he ido a casa del maestro, donde sabía que tenían hierbas; pero su mujer, aunque parece buena, es una tacaña. Le rogué que me dejase un manojo de hierbas. “Se las dejo”, me contestó. “Nada crece en nuestro huerto, ni una manzana podrida — le he dicho —. No podría dejarle a usted ni una manzana podrida.” Mas ahora puedo regalarle diez, un saco lleno. ¡Cuánto me alegro! ¡Si hasta me hace reír!

Y estampó un beso estrepitoso en la mejilla de su marido.

— ¡Nos gusta eso! — dijeron los ingleses —. Cada vez de mal en peor y siempre felices; eso vale más que el dinero.

Y, según lo convenido, pagaron al campesino una fanega de monedas de oro, ya que en vez de palos recibía besos.

Sí, lo que pesa en oro vale una mujer que siempre ve

en su marido al hombre de más talento y dice que todo lo que él hace está bien hecho.

Éste es el cuento que me contaron cuando era niño. Ya lo habéis oído y ya sabéis que “lo que hace mi marido, bien hecho está”.

LA FOSFORERITA

HACÍA un frío horrible, nevaba y anochecía. Eran los últimos días del año; vísperas de año nuevo. En medio de tan crudo frío y de la oscuridad, una pobre niña caminaba por las calles, desabrigada y descalza. Cierto que salió de casa con unas zapatillas, pero ¿de qué le servían? Eran grandes y aún las había ensanchado su madre llevándolas hasta entonces, y la pobrecita las perdió al cruzar una calle corriendo para no ser atropellada por los coches que pasaban veloces. La una había desaparecido y no pudo encontrarla, la otra la recogió un muchacho que escapó diciendo que la guardaría como cuna para cuando tuviese hijos. La niña caminaba con los pies desnudos, helados de frío. Llevaba en un viejo delantal un paquete de cajas de cerillas y una caja en la mano. En todo el día no pudo vender nada, ni nadie le había dado cinco céntimos.

Muerta de hambre y entumecida, la pobrecita parecía la estampa de la desgracia.

Gruesos copos de nieve caían sobre su rubia cabellera, que en graciosos rizos le caía por la espalda; pero poco pensaba la niña en su hermosura. En todas las ventanas brillaban las luces de la alegría y trascendía el olor a pavo asado, que era Nochebuena, y en esto sí que pensaba.

En un rincón formado por dos casas con voladizos se sentó, acurrucándose bien y procurando abrigar los pies con el calor de su cuerpo, pero cada vez sentía más frío. No osaba volver a casa, segura de recibir una paliza de su padre por no haber vendido una sola caja de cerillas ni llevar una triste moneda, y además hacía allí tanto frío como en la calle, porque no tenía más abrigo que el tejado, por donde entraba silbando el viento, a pesar de los trapos y andrajos con que habían tapado las rendijas.

Tenía las manos yertas de frío. ¡Oh! ¡Quién sabe si encendiendo un fósforo reaccionaría! ¡Si se atreviese a sacar aunque sólo fuera uno de la caja, frotarlo en la pared

y calentarse los dedos! Y sacó uno. “¡Ris!” ¡Cómo chisporroteó hasta quedar encendido!

Daba una llama caliente y brillaba como una candela. Lo notó poniendo encima sus manitas. Era una lumbre encantadora y a la niña le pareció estar sentada ante una chimenea de salón con armazón de bronce y repisa de mármol. ¡Qué buen fuego ardía en el hogar y cómo desentumecía sus miembros! Pero, ¿qué era aquello? Cuando la niña fue a alargar los pies para calentarlos, se apagó la luz y se desvaneció la chimenea, no quedando más que un cabo de cerilla en su mano.

Frotó otra en la pared. Se encendió y brilló una luz que, al proyectarse en el muro, dio a éste una transparencia que permitía ver el interior de la casa. Una mesa con blanquísimo mantel estaba llena de vajilla de porcelana de la China y se percibía un rico olor de pavo asado, relleno de manzanas y ciruelas. Y lo que más le gustó a la pobrecita fue que el pavo, con un tenedor y un cuchillo clavados en la pechuga, dio un salto, y, atravesando la sala, voló hacia ella. Pero en aquel preciso instante se acabó la cerilla y sólo pudo ver ya la fría y dura pared. Encendió otro y vio que estaba sentada cabe un árbol de Navidad, mucho más grande y más bonito que los que viera en los escaparates de las tiendas. Las verdes ramas brillaban con miles de candelas, alumbrando preciosas muñecas como aquellas de los escaparates, que la miraban sonriendo. La niña les tendió las manitas y... la cerilla se apagó. Pero las candelas del árbol de Navidad subieron muy alto hasta confundirse con las estrellas del firmamento. Una de ellas cayó dejando detrás un reguero de luz.

— Alguien se muere — pensó la niña, porque su abuela, la única persona que la amó y que había muerto, le dijo un día que cuando una estrella cae, un alma sube al cielo.

Frotó otro fósforo en la pared y se encendió en seguida. Y he aquí que, al resplandor de la luz, vio a su

abuela, luminosa, radiante, buena y amable.

— ¡Abuelita! — exclamó—. ¡Oh! ¡Llévame contigo! Sé que cuando se me acabe esta cerilla te desvanecerás como el fuego de la chimenea, como el rico pavo asado y como el magnífico árbol de Navidad.

Y se apresuró a encender todas las cerillas que contenía la caja para que no desapareciese su abuela. Y las cerillas ardían con tal brío que alumbraban más que el sol, y su abuela, que aparecía más hermosa y más grande que antes, la tomó en sus brazos y se la llevó volando, por un camino de gloriosos resplandores, a las alturas celestes, donde no hacia frío, donde no se pasaba hambre, donde no se sufrían penas, porque era la casa de Dios.

En la helada madrugada encontraron a la niña sentada aún en el

rincón de Ja calle, con las mejillas amoratadas y los labios entreabiertos en una sonrisa: muerta de frío durante la Nochebuena. El sol de Navidad se apresuró a amortajarla con sus primeros rayos. La niña estaba rígida, guardando aún en su delantal el paquete de fósforos, del cual había quemado una caja entera.

— Debe de haber intentado calentarse — dijo alguien.

Pero nadie adivinaba las preciosidades que había visto ni a qué gloria la había llevado su abuela a gozar de la Navidad.

CADA COSA EN SU SITIO

HACE más de un siglo había detrás del bosque, a orillas del gran lago, una vieja mansión rodeada de profundos fosos erizados de cañas y juncos, y junto al puente levadizo, un viejo fresno se inclinaba sobre las cañas.

De la estrecha senda que allí guiaba llegó el sonido de los cuernos de caza y el ruido del piafar de los caballos, y la pastorcita que cuidaba de los gansos se apresuró a apartarlos del puente antes de que la partida de cazadores se les echase encima galopando. Pero se presentaron los jinetes tan de súbito, que la muchacha tuvo que subirse precipitadamente a un guardacantón para librarse de un atropello. Era todavía una niña y de constitución muy delicada; tenían sus ojos un dulce mirar, y su rostro, una expresión inteligente y bondadosa. Pero el barón no se fijó en estas cosas y, al pasar galopando, le dio tal golpe en el pecho con el puño del látigo, que la tiró de espaldas al foso.

— ¡Cada cosa en su sitio! — gritó—. ¡Y tú al foso! — Y rompió en una carcajada, porque le pareció aquello muy gracioso. Los demás le imitaron produciendo un estrépito de risas a las que los galgos unieron sus ladridos.

Afortunadamente, la pastorcilla pudo asirse, al caer, a una de las ramas del fresno, quedando suspendida sobre el agua, y cuando el barón y su comitiva desaparecieron con los galgos, trató de encaramarse; pero la rama se rompió y hubiera caído entre los juncos si un recio puño no la hubiera cogido desde arriba en aquel instante. Era un buhonero, que habiendo visto lo que pasaba desde cierta distancia, corrió en su ayuda.

— ¡Cada cosa en su sitio! — dijo remedando al noble barón, al tiempo que dejaba a la muchacha en tierra enjuta. Hubiera deseado fijar la rama en el lugar del tronco de que se había desprendido; pero convenciéndose de que no siempre puede ponerse cada cosa en su sitio, la hundió en tierra blanda.

— ¡Crece si puedes y cría una buena flauta para esos de ahí arriba! — dijo. En aquel momento hubiera sido para él un gran placer tocar la Marcha del Vagabundo delante del noble barón y su séquito, pero pasó el puente y entró en la mansión, dirigiéndose, no a la sala del banquete, que él era demasiado humilde para eso, sino a la sala de la servidumbre. Mozos y criadas revolvieron todas sus baratijas y estuvieron regateando con él, mientras de arriba llegaban los gritos y bramidos de los huéspedes, ya que aquellas voces desacordes no merecían llamarse canciones. Por las ventanas abiertas se oían estridentes las risotadas y los ladridos de los canes; el vino y la cerveza espumeaban en los jarros y en las copas; los perros favoritos comían con sus amos y algunos recibían un beso después de limpiarles el hocico con sus largas orejas. Ordenaron al buhonero que subiera con su mercadería, para divertirse a costa suya. El vino. es nublaba la cabeza y la escasa luz del entendimiento se había extinguido por completo. Echaron vino en una media para dárselo a beber a toda prisa. Esto era para ellos el colmo de la gracia y les hacía reír mucho. Luego, se jugó, y prados, alquerías y pecheros se ganaron o perdieron a las cartas.

— ¡Cada cosa en su sitio! —dijo el buhonero, alejándose de aquel Sodoma y Gomorra, según su frase —.

La carretera libre es el mío. Ahí no me hallaría a gusto.

Y la niña que cuidaba de los gansos le mandó un saludo desde el rastrillo.

Pasaron días y semanas, y la rama del fresno plantada por el buhonero al borde del foso se conservaba tierna y sacaba verdes rebrotes. La niña comprendió que había echado raíces y se puso muy contenta, porque aquel nuevo arbolillo, según decía, era su árbol. Y a medida que el arbolillo crecía, la casa solariega se iba desmoronando entre festines y jugadas, que son dos ruedas admirables para correr a la ruina. Y seis años después, el barón, con alforja y cayado, pasaba para siempre la puerta del castillo, adquirido por un rico comerciante. Y éste no era otro que el buhonero de quien se había burlado haciéndole beber vino en una media; pero la honradez y el trabajo siempre llevan adelante, y ahora el buhonero era dueño y señor de la baronía. Desde entonces quedó allí prohibido jugar a la baraja.

— ¡Es un mal pasatiempo! — decía—. Cuando el demonio vio la Biblia por vez primera, buscó un arma con que hacerle la guerra e inventó las cartas.

El nuevo dueño se casó. ¿Con quién? Con la pequeña guardiana de gansos, que le había permanecido siempre fiel y cariñosa, y que estaba tan bella con sus elegantes atavíos como si descendiera de noble cuna. ¿Cómo se produjo aquel cambio? Sería largo de contar en estos tiempos en que todo se precipita; pero así fue, y esto es lo que importa saber.

La vida transcurría ahora, en la vieja mansión, tranquila y dichosa: la madre cuidaba del gobierno y arreglo de la casa, mientras el padre atendía a sus negocios, que cada día prosperaban, porque una conducta honesta alcanza forzosamente la corona de la prosperidad.

Se restauró el castillo y se pintó de nuevo, se limpiaron los fosos y se plantaron frutales, y los suelos estaban siempre barridos y limpios como la plata. En las largas tardes de invierno, la dueña y sus doncellas

trabajaban en la rueca, instaladas en la sala principal. Cada domingo, el juez de paz pues el buhonero fue el representante de la justicia en su vejez leía en voz alta la Biblia. A los hijos, porque hijos vinieron, se les dio la mejor educación; pero no todos demostraron poseer las misma inteligencia, que es el caso de todas las familias.

Entre tanto, el fresno del portal se convirtió en un hermoso árbol, creciendo siempre en libertad sin que nadie lo podase.

Es nuestro árbol genealógico — decía el matrimonio, y era preciso honrarlo y tratarlo con respeto. Y así lo advirtieron a los hijos, aun a los que no tenían muy buena cabeza.

Ha pasado un siglo. Nos vemos transportados a nuestra época. El lago se ha transformado en un pantano y la vieja mansión casi ha desaparecido, Del profundo foso no queda más que un hoyo de agua encharcada y algunos muros en ruinas, sobre las que se yergue magnífico un hermoso fresno: el árbol genealógico, sobreviviendo a todo y demostrando la belleza a que puede llegar un fresno si nadie lo toca. Cierto que el troncó está rajado desde las raíces a la copa, como una honrosa cicatriz que recuerda los combates sostenidos contra las tempestades; pero aún se yergue altivo y en cada hendedura, que el viento y la lluvia taponaron con tierra, crecen plantas y flores como condecoraciones de su bizarría. Y en la copa, donde sus ramas se entrelazan, florece un jardín de frambuesos y helechos, que le dan un aspecto pintoresco, especialmente cuando el viento mueve sus ramas, que se reflejan en las negruzcas aguas de la zanja. Y un sendero venido de los campos va a morir al pie del fresno centenario.

Sobre el cerro vecino, rodeada de bosques, se levanta la nueva casa solariega. Tiene una vista espléndida y es grande y magnífica. Los cristales de las ventanas son tan puros, que parece que estén abiertas. La escalinata que conduce a la puerta semeja subir por un arco triunfal de flores y follaje de plantas trepadoras. Diríase que cada día

se limpia la hierba del prado, de tan verde como es. En las salas cuelgan valiosos cuadros al óleo. Sillones y sofás, tapizados de seda y terciopelo, pueden trasladarse fácilmente sobre ruedas; mesas de artística talla, cubiertas de fino mármol, sostienen libros encuadernados en marroquí con cantos dorados. No hay duda de que la habita gente distinguida: es la vivienda del barón y su familia.

Todo guardaba una armonía entre sí, muebles y colores estaban a tono con todos los objetos. “Cada cosa en su sitio”, continuaba siendo el lema de la familia, y ateniéndose a él, los cuadros que en otros tiempos fueron honra y gloria de la casa, habían sido relegados al pasillo de las habitaciones de la servidumbre. Todos están patinosos y carcomidos, especialmente dos retratos, uno de los cuales representaba un hombre con peluca y casaca escarlata, y el otro una señora con cabellera empolvada, que le caía en guedejas por la espalda, y una rosa en la mano; los dos orlados con ramas de fresno. Ambos retratos estaban acribillados, porque los hijos del barón los utilizaban como blanco de sus tiros, aunque eran los del consejero y su esposa, de quienes descendía toda la familia.

— En rigor — decía uno de los hijos — no pertenecen a la familia, porque él era un buhonero y ella guardaba gansos. En nada se parecían a los papas.

Los retratos estaban muy borrosos y estropeados, y como “cada cosa en su sitio”, confinaron a los bisabuelos en el cuarto de los criados.

El sobrino del párroco era el preceptor de la familia. Paseando un día con sus discípulos, entre los cuales destacaba la hermana mayor, que acababa de recibir la confirmación, siguieron el sendero que guiaba al fresno, y la doncella iba recogiendo un ramo de flores silvestres. “Cada cosa en su sitio”, y en efecto, el ramo estaba muy hermoso en sus manos, y no le impedía escuchar todo lo que se decía, pues precisamente se extasiaba cuando el sobrino del párroco hablaba sobre la admirable Naturaleza

y sobre los personajes que habían brillado en la historia de la Humanidad. Era un joven de gran inteligencia y de nobilísimos sentimientos, con un alma rebosante de amor a toda obra del Dios creador.

Se detuvieron bajo el fresno y, para dar gusto al menor de los hermanos, que pedía una flauta como la que le había hecho de fresno en otras ocasiones, el preceptor arrancó una rama.

— ¡Oh! ¿Qué ha hecho usted? — exclamó la joven baronesa—. ¡Pero, en fin, ya no tiene remedio! Es nuestro viejo árbol famoso. Éstos se ríen de mí porque digo que lo quiero mucho, pero no me importa. Es un árbol que tiene su historia.

Y entonces le contó cuanto ya sabemos del árbol, del viejo castillo, del buhonero y la guardiana de gansos que se conocieron allí y fueron los fundadores de la familia en que había recaído la antigua baronía.

— Nuestros antepasados no quisieron incorporarse a la nobleza — explicó —, porque, aferrados a su lema de "Cada cosa en su sitio", juzgaron que no estaría bien adquirir un título nobiliario con su riqueza. Mi abuelo, su hijo, fue el primer barón. Gozaba justa fama de sabio y el favor de los príncipes, que le invitaban a todas las fiestas de la corte. Los demás miembros de la familia le respetaban y amaban; pero yo no me explico por qué, saltando por encima de su recuerdo, siempre se me va el corazón y el alma al viejo matrimonio, hijo del pueblo. ¡Qué espíritu tan familiar, tan sencillo e íntimo debía formar la vida de la antigua casona, donde la dueña trabajaba a la rueca con sus doncellas, mientras el marido leía en voz alta la Biblia!

— Debieron de ser excelentes personas que sabían unir la sencillez a la prudencia — dijo el preceptor. Y siguieron hablando de la nobleza y del estado llano, que se comprende en la denominación de pueblo; y por la manera de hablar el sobrino del párroco sobre el significado de la nobleza, parecía proceder de la más elevada sociedad,

aunque era un sencillo hijo del pueblo.

— Es una suerte pertenecer a una familia distinguida y poseer como un acicate de la sangre que nos impulsa a las buenas acciones. La nobleza de la sangre, unida a la nobleza del alma, es una moneda de oro que lleva el cuño de su propio valor. Es un error de nuestros tiempos, como observan muchos poetas, decir que toda la nobleza es mala y necia y que cuanto más se baja en la escala social, entre los pobres, más brillantes virtudes se encuentran. Yo no comparto esa opinión, porque es un error. En las clases elevadas se encuentra mucha bondad y rasgos de gran belleza; mi madre me ha contado algunos y yo mismo podría recordar muchos. Dice que un día estaba de visita en una casa aristocrática de la ciudad. Creo que había sido la nodriza de la señora. Mientras estaba hablando con el noble matrimonio, el marido vio a una anciana cruzar el jardín hacia la casa, caminando con gran dificultad apoyada en unas muletas, que iba a recibir la limosna de todos los domingos. "Ahí está la pobre ancianita — dijo el noble—. ¡Con cuánta pena anda!" Y antes de que mi madre comprendiese, ya había él bajado la escalera para ahorrar a la pobre el trabajo de subirla por el socorro que iba a buscar. Claro que esto no tiene gran importancia en sí, pero significa mucho cuando sale del corazón, de lo más hondo de la naturaleza humana. Y estas cosas son precisamente las que debieran descubrir los poetas para dejarlas escritas como ejemplos, y más en nuestros días, porque hacen bien, conmueven y reconcilian. Pero cuando un hombre, sólo porque es de noble alcurnia y tiene un linaje, como cualquier caballo árabe, se pone en jarras en mitad de la calle, y, al entrar en una habitación donde haya estado una persona de la clase humilde, dice que allí huele a pueblo, su nobleza está en decadencia y ya no es otra cosa que la máscara que creó Tespis, y el personaje ése, puesto así en evidencia, no es más que objeto de risa.

El sobrino del párroco acabó su sermón. Fue éste un poco largo, pero estaba cortada la flauta.

En la señorial mansión se celebraba una fiesta a la que

asistían muchos invitados de la comarca y de la capital con sus señoras, que vestían bien o mal, según el gusto de cada una. La sala principal estaba llena de gente. Los representantes del clero se mantenían discretamente a un lado, como si esperasen un entierro; pero se trataba de celebrar una fiesta, aunque no había empezado todavía.

Formaba parte del programa un gran concierto, y por eso había pedido la flauta el menor de los hijos. Pero no la pudo hacer sonar, y tampoco lo consiguió su papá, de modo que la dichosa flauta no servía para nada.

Hubo música y canciones de ese género que deleita más que educa; pero todo encantador, al fin.

— ¿Es también usted artista? — dijo un caballero al preceptor—. Toca la flauta y usted mismo se la construye. Cosa de genios. Merece el puesto de honor. En cuanto a mí, avanzo con el tiempo, pues hay que modernizarse. Espero deleiterá nuestros oídos con su humilde instrumento.

Y esto diciendo, le tendió la flauta procedente de la vara de fresno. Luego, en voz alta, anunció que el preceptor deseaba ejecutar un solo. Como era evidente que querían molestarle, el preceptor se negó a tocar, aunque sabía hacerlo admirablemente; pero tanto le instaron y porfiaron, que acabó por coger el instrumento y llevárselo a los labios. ¡Era una flauta maravillosa! Lanzó un sonido estridente como un silbato de máquina, y aun sonó con más fuerza, porque se oyó en el jardín, en el bosque y en muchas leguas a la redonda. La nota produjo una tempestad que bramaba diciendo: “¡Cada cosa en su sitio!”

Y el barón y dueño de la casa salió volando, como arrebatado por el viento, y fue a parar a la cabaña del pastor; éste voló también, no a la sala principal, en la cual no hubiera querido entrar, sino a la de los criados, yendo a parar entre lacayos que se pavoneaban en sus holgados uniformes de seda y, en su altivez plebeya, se miraban pasmados de que semejante hombre osase compartir su mesa.

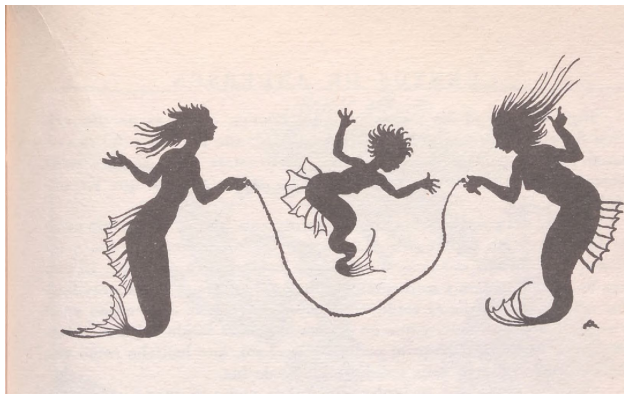
Pero en la sala del banquete, la joven baronesa voló al

puesto de honor en la presidencia de la mesa, donde merecía sentarse, y el sobrino del párroco, a su lado; los dos juntos, como si fueran novios. Un viejo conde, miembro de una de las más linajudas familias del país, permaneció inmóvil en su puesto de honor; la flauta era justa, como hay que ser. El indiscreto caballero que dio ocasión a que la flauta sonara y que era hijo de sus padres, fue de cabeza al corral, adonde otros le acompañaron.

La flauta sonó en toda la comarca, produciendo extraños fenómenos. Los hijos de un rico banquero que iban en un coche tirado por cuatro caballos, saltaron despedidos y no hallaron sitio ni en el pescante. Dos granjeros, demasiado ricos para las tierras que poseían, fueron arrojados a la acequia. ¡Era una flauta peligrosa! Por fortuna, se rompió a la primera nota. Menos mal, porque el preceptor se la guardó al momento en el bolsillo: "¡Cada cosa en su sitio!"

Al día siguiente nadie habló de lo sucedido, y desde entonces se empezó a decir: ¡La flauta, al bolsillo!", o lo que es lo mismo: "¡Con la música a otra parte!' Por lo demás, todo volvió a estar como antes, excepto los retratos del buhonero y la guardiana de gansos, que colgaban en la pared de la sala principal, donde en otro tiempo sirvieron para que los chicos se ejercitasen en el tiro al blanco. Y como un experto en la materia afirmó que los retratos eran de mano maestra, los dejaron allí debidamente restaurados. "Cada cosa en su sitio", y a su sitio fueron a parar. La eternidad es larga, más larga que este cuento.

LA SIRENITA



MAR adentro, muy lejos, el agua es tan azul como el azul más puro, clara como el más limpio cristal, y tan profunda, que nunca el áncora llega al fondo. Harían falta muchos campanarios superpuestos para calcular aquella profundidad.

No creáis que el fondo esté sólo cubierto de arena blanca. Allí también crecen árboles y plantas maravillosas, de ramas y hojas cimbreantes, que se mecen al más ligero vaivén del agua. Entre las ramas se deslizan toda clase de peces, igual que los pájaros vuelan entre los árboles del aire. Y en lo más hondo se levanta el palacio del Rey de los Mares. Tiene los muros de coral, y las anchas ventanas ojivales son del más puro ámbar. El techo está artesonado de conchas que se abren y se cierran según el movimiento del agua, lo que produce un espléndido efecto, pues cada concha contiene una perla tan preciosa que honraría la corona de una reina.

El Rey de los Mares era viudo desde hacía muchos años. Y su anciana madre gobernaba la corte. Era una mujer muy sabia y muy orgullosa de su nobleza; llevaba doce ostras en la cola, aunque la moda sólo imponía seis. Pero poseía excelentes cualidades, y la principal era que amaba de todo corazón a sus nietas, las princesitas del mar.

Eran seis princesas, todas hermosas, destacándose en belleza la menor; tenía la piel suave y fina como un pétalo de rosa, y su mirada era profunda como el mar. Pero, como sus hermanas, carecía de piernas: su cuerpo remataba en una cola de pez.

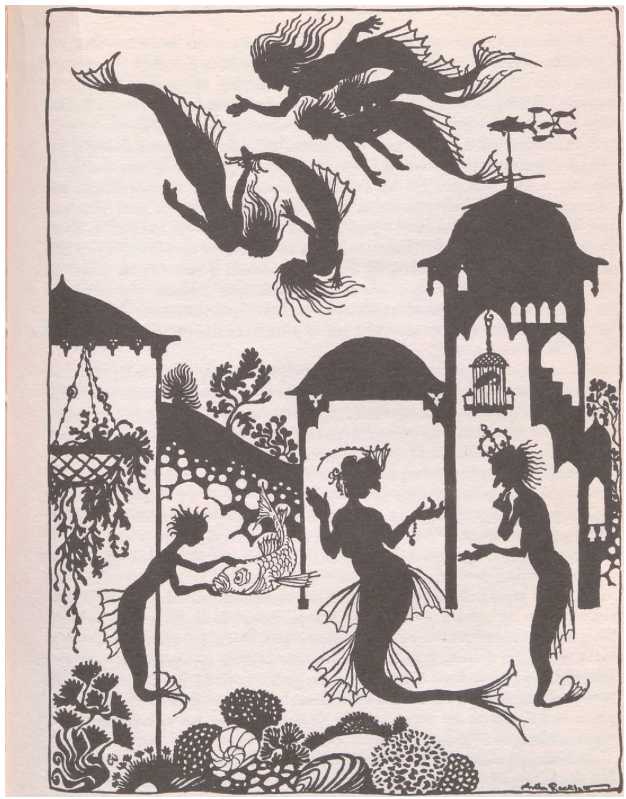
Jugaban todo el día por los grandes salones, en cuyas paredes crecían flores hermosas. Los peces entraban nadando por los amplios ventanales, como entran las golondrinas en nuestras casas cuando están abiertas las ventanas, y se acercaban a las princesas para que los acariciasen.

Delante del palacio había un gran jardín con árboles de un rojo como el fuego y de un oscuro azul. Los frutos brillaban como el oro, y las flores, como brasas mientras sus ramas se balanceaban sin cesar. El piso era de arena finísima y azul como la llama del azufre, y una maravillosa luz azulina iluminaba el conjunto. Diríase que estaba suspendido en el aire y envuelto de cielo, y que no descansaba en el fondo del mar. Cuando éste permanecía tranquilo podía verse el sol, que brillaba como una flor de púrpura cuyo cáliz irradiase ondas de luz.

Cada princesa tenía su jardincillo, donde podía plantar y cosechar a su antojo. Linas daban a su parcela la forma de un ballena, otras preferían la de una sirena; pero la más pequeña le dio la forma circular del sol y no plantó más que flores del color de sus rayos. Era una niña de temperamento especial, callada y pensativa. Mientras sus hermanas promovían grandes alborotos cuando hallaban cualquier extraño objeto procedente de naves naufragadas, a ella sólo la entusiasmaba una hermosa estatua de mármol que cayó de algún naufragio al fondo del mar y que representaba un gentil mancebo, blanco como la nieve. La Princesita plantó junto a la estatua un sauce llorón de tinte rojizo, el cual creció maravillosamente, tendiendo sobre la estatua su verde ramaje, que llegaba hasta la arena y proyectaba una sombra violácea por la cual se movían, arrastrando, los vástagos, dando la impresión de que la copa del árbol y sus raíces jugaban besándose.

Pero el mayor placer de la pequeña sirena se cifraba en escuchar lo que su abuela contaba de los hombres que vivían fuera del mar; la encantaban aquellas historias de barcos, de ciudades, de personas y animales; era para ella verdaderamente prodigioso que de las flores terrestres emanasen fragancias, pues las del mar eran inodoras; que fuesen verdes los bosques, y que los peces de allá cantasen tan dulcemente que deleitaban los oídos. La abuela llamaba peces a los pájaros para que la pequeña sirena pudiese comprenderla, ya que nunca los había visto.

— Cuando tengáis quince años — les decía —, podréis subir hasta la superficie de las aguas, sentaros sobre una rosa al claro de la luna y contemplar los grandes navíos; entonces veréis también ciudades y bosques.



ERAN SEIS HERMOSAS PRINCESAS, DESTACÁNDOSE EN BELLEZA LA MENOR...

Al año siguiente cumplió quince años la mayor de las hermanas. Todas se llevaban un año, de modo que a la pequeña le faltaban cinco para abandonar el fondo y poder subir a contemplar lo que pasaba en la superficie. Pero cada una prometió contar a las otras lo que viera y lo que más le gustase el primer día, porque la abuela no podía contarlo todo y había infinidad de cosas que anhelaban conocer. Ninguna deseaba subir con tanta ansiedad como la pequeña, que era la que más había de esperar y que siempre estaba callada y pensativa. A menudo salía por la noche a la ventana y miraba a través del agua de un azul obscuro, por donde nadaban los peces, y alcanzaba a distinguir la luna y las estrellas, que, si brillaban con luz más débil, aparecían a través del agua más grandes que a nuestros ojos. Si algo las escondía a su mirada, como un negro nubarrón, sabía que era una ballena que nadaba por arriba o un navío lleno de hombres. ¡Ah! ¡Cuán lejos estaban éstos de suponer que la pequeña sirena estaba allí con sus blancas manilas tendidas hacia la quilla de su nave!

Y como aquel día cumplió quince años la mayor de las princesas, obtuvo permiso para ascender a la superficie. Regresó con miles de cosas que contar, pero lo más bonito, según ella, era sentarse sobre la playa al claro de luna, cuando la mar está en calma, y contemplar la gran ciudad situada no lejos de la costa, donde brillaban centenares de luces, y escuchar músicas y ruidos de coches y de multitud entre el repique de campanas de muchas torres altas.

La hermana pequeña era todo oídos. Cuando por la noche salió a la ventana para mirar a través del agua, de un azul oscuro, su imaginación la llevó a la gran ciudad ruidosa y hasta le pareció oír el repicar de las campanas.

Al año siguiente, la segunda de las hermanas obtuvo permiso para subir a flor de agua y nadar a su antojo. Llegó la hora del crepúsculo. Le pareció aquello lo más maravilloso que viera en su vida. Todo el cielo semejaba de oro, y las nubes, de una belleza incomparable, se pintaban de oro y violeta. Sobre el agua, una bandada de cisnes

salvajes, como una gran vela de navío, voló hasta perderse en el horizonte. Después, se hundió el sol en el mar, y desaparecieron los reflejos del agua y las nubes.

Al año siguiente, la tercera de las hermanas subió a la superficie de las aguas. Era la más osada de las cinco. Llegó nadando a la desembocadura de un gran río. Vio colinas con magníficos viñedos; castillos y ciudades aparecían entre los bosques; cantaban los pájaros, y el sol era tan caliente, que a menudo había de zambullirse para refrescarse la cabeza. En una pequeña cala vio unos niños que se divertían tirándose desnudos al agua. De buen grado se hubiese quedado a jugar con ellos, pero la asustó un pequeño animal negro que apareció de pronto; era un perro — lo veía por primera vez — que se le acercaba ladrando, y le produjo tal pánico que huyó despavorida mar adentro. Pero nunca olvidaría los magníficos bosques, ni las verdes colinas, ni los graciosos niños que nadaban sin tener cola de pez.

La cuarta hermana era la más tímida. Se quedó mucho tiempo nadando sobre las olas y aquello fue para ella lo más hermoso. Podía ver las inmensidades, y sobre su cabeza aparecía el cielo como una enorme campana de cristal. Muy lejos pasaban buques que a primera vista le parecieron focas. Muy corteses, unos delfines empezaron a dar volteretas ante ella, y unas enormes ballenas echaron agua por la nariz, a su alrededor, y en tal cantidad que le parecía estar rodeada de centenares de fuentes.

Llegó el turno a la quinta hermana. Cumplía sus años en invierno. Por eso vio cosas que a las otras no se les ofrecieron la primera vez. El mar aparecía todo verde. A su lado flotaban grandes masas de hielo que brillaban como perlas, pero eran más grandes que un campanario, tenían las formas más fantásticas y relumbraban como diamantes. La princesa montó sobre el más grande témpano. Los peces nadaban en derredor suyo. Ella permanecía sentada y el viento jugaba con sus cabellos. Por la noche, el cielo se cubrió de nubarrones y se produjo una tempestad de rayos y truenos. Las olas zarandeaban los grandes témpanos, que

resplandecían a la claridad del rayo. Los buques desplegaron su velamen y en todos reinaba la más viva angustia y un miedo horrible. La sirena, tranquilamente sentada en su témpano, contemplaba los rayos que caían en el mar revuelto de espumas.

La primera vez que subieron a la superficie quedaron como encantadas de todo lo que vieron; pero luego, al repetir los ascensos a su antojo, todo lo veían con indiferencia, se apresuraban a volver a su elemento y, al cabo de un mes, ya decían que el fondo del mar era lo más maravilloso.

A veces, por la noche, las cinco hermanas subían a la superficie cogidas de las manos. Tenían la voz más encantadora, más hermosa que cualquier voz humana. Cuando se fraguaba una tormenta y preveían algún naufragio, se acercaban a los barcos y cantaban con su voz argentina, ensalzando las maravillas del mar, rogando a los marinos que bajasen con ellas al fondo sin temor alguno. Pero los marinos no las entendían y creían escuchar la voz de la tempestad. Por otra parte, nunca vieron aquellas magnificencias submarinas, pues cuando la nave naufragaba se morían ahogados y sólo cadáveres llegaban al fondo. Cuando las cinco hermanas subían cogidas del brazo, la hermanita se quedaba sola viendo cómo se alejaban y con ganas de llorar, pues no porque las sirenas carezcan de lágrimas sufren menos.

— ¡Si tuviera quince años — suspiraba —, cuánto amaría a ese mundo de arriba y a los hombres que lo habitan!

Y, por fin, llegó la edad.

— Ya eres mayor — dijo la abuela —. Ven para que te adorne como a tus hermanas.

Le ciñó la cabeza con una diadema de lirios acuáticos cuyos pétalos eran la mitad de una perla; y luego ordenó a ocho ostras que se cogiesen a la cola de la princesa como insignias de su alto rango.

— ¡Me hacen daño! — dijo la pequeña sirena.

— ¡Hay que sufrir para ser bonita! — dijo la abuela.

¡Ah! ¡De qué buena gana se hubiera arrancado la pesada guirnalda y aquellos adornos! Mejor le sentarían las flores de su jardín; pero no se atrevió a tocar nada.

— ¡Hasta la vista! — gritó, elevándose con la rapidez de una burbuja.

Cuando sacó la cabeza fuera del agua, ya se había puesto el sol, pero las nubes aún reflejaban sus dorados resplandores y en el cielo brillaba el lucero vespertino. El aire era suave y fresco, y el mar estaba como un espejo. Cerca se mecía una nave de tres palos con sólo una vela desplegada, pues no soplaba el viento y los marineros podían descansar. A bordo se oían música y canciones, y al anochecer se encendieron mil luces de colores como si las banderas de todas las naciones flotasen en el aire. La sirena se acercó nadando a los tragaluces de una banda del buque y, al levantarla las olas, vio dentro mucha gente ricamente vestida, siendo el más hermoso de todos un príncipe adolescente, de grandes ojo y cuyo cumpleaños se celebraba en aquel momento. Los marineros bailaban sobre el puente, y cuando el Príncipe subió se dispararon más de cien cohetes, que iluminaron el cielo como si de pronto se hubiera hecho de día, de tal modo que la sirena tuvo miedo y se sumergió. Cuando sacó de nuevo la cabeza le pareció que caía sobre ella un lluvia de estrellas. Nunca había visto fuegos artificiales. Grandes soles giraban silbando, peces ígneos de vivos colores hendían el aire azul, y todo se reflejaba en el cristal de la tranquila superficie. Sobre el buque había tanta luz que se distinguían todos los objetos y, con más precisión, los hombres. ¡Qué hermoso era el Príncipe! Estrechaba las manos a todo el mundo y sonreía amistosamente mientras la música resonaba en el silencio de la noche.

Estaba ésta muy avanzada, y la princesa no podía separar los ojos de la nave y del hermoso Príncipe. Fueron apagándose las luminarias. Ya no se disparaban cohetes ni cañonazos. No se oía más que el sordo rumor del mar, y la

sirena seguía sobre las olas, mirando por los tragaluces del buque. Se levantó el viento, inflando una tras otra las velas de la nave, que fue acelerando la marcha. Las olas crecían y grandes nubarrones se acercaban. Cayó un rayo y se desencadenó una horrible tempestad. Los marineros arriaron las velas, el buque se balanceaba a los embates del mar embravecido. Las olas levantábanse como negras montañas que fueran a derrumbarse sobre los mástiles; pero la nave se deslizaba entre ellas como un cisne y aparecía de nuevo sobre las espumosas crestas. La sirena encontraba la cosa muy divertida, pero no así los marineros. La nave crujía, se quejaba a cada violenta embestida, que golpeaba las planchas como un mazo. El mar se echó sobre ella en una furiosa acometida. El palo mayor se quebró por la mitad y la nave quedó ladeada y llenándose de agua.

Entonces comprendió la sirena el peligro que corrían los hombres, pues ella misma tenía que evitar el golpe de las vigas y los tablones que flotaban. Durante un rato, estuvo el mar tan negro que nada se veía; pero la claridad de los relámpagos lo alumbraba todo y los ojos de la pequeña sirena buscaron con afán al joven Príncipe, viendo cómo nadaba cuando el barco se fue a pique. Su primera impresión fue de alegría, pensando que pronto lo tendría por compañero; pero luego recordó que los hombres no pueden vivir dentro del agua y que él llegaría ya muerto al palacio de su padre. ¡No, no permitiría que muriese! Huyendo de los restos del naufragio, que podían matarla, se hundió bajo el agua y volvió a la superficie buscando al Príncipe entre las olas. No tardó en descubrirlo en el momento en que le faltaban las fuerzas y apenas podía nadar en el mar enfurecido. Desfallecían sus brazos y sus piernas, se cerraban sus ojos y se hubiese ahogado si la sirena no corriera en su ayuda. Lo cogió, manteniéndole la cabeza fuera del agua, y se abandonó a merced de las olas.

Al amanecer se serenó el tiempo, pero ya no quedaba el menor rastro del navío. Rojo y radiante salió el sol del agua y pareció reanimar al Príncipe, pero sus ojos

permanecían cerrados. La sirena besó su hermosa frente y, al echarle atrás los mojados cabellos, descubrió una extraordinaria semejanza con la estatua de mármol de su jardín. Continuó besándolo, con ardientes deseos de que volviese a la vida.

Entonces apareció por primera vez a sus ojos la tierra con altas montañas azules, en cuyas cimas brillaba la nieve, como si allí durmiesen blancos cisnes. Al pie de la montaña, cerca de la costa, había magníficos bosques verdes y una iglesia o convento, no estaba segura de ello; pero, en todo caso, era un edificio. En el jardín crecían limoneros y naranjos, y ante la puerta se cimbreaban las palmeras. El mar formaba allí una cala donde el agua era tranquila, pero profunda, y rodeada de peñascos. Nadó hacia aquel sitio con el Príncipe y lo tendió sobre 'la arena más fina y limpia, cuidando de levantarle la cabeza para que se calentase al sol. Repicaron todas las campanas de la casa blanca. Y un grupo de muchachas salió al jardín. La sirenita fue nadando a esconderse detrás de las rocas, se tapó hombros y cabeza con algas para que nadie pudiese descubrir su hermoso rostro, y esperó los acontecimientos.

Al poco tiempo, una muchacha se acercó a la cala. Al principio parecía muy espantada, pero se recobró en seguida y llamó a las otras. La pequeña sirena vio como el Príncipe se reanimaba y sonreía a las que le rodeaban. A ella no le sonreía porque ignoraba que era su salvadora. Entonces se entristeció el corazón de la sirena, y cuando el Príncipe entró en la casa, se sumergió bajo el agua y regresó al palacio de su padre.

Desde entonces, aún estaba más callada y pensativa, y cuando las hermanas le preguntaron qué había visto, nada les dijo. Mañana y tarde hacía frecuentes visitas al lugar en que dejó al Príncipe. Vio recoger los frutos del jardín, vio brillar la nieve en las altas montañas, pero no vio más al Príncipe, y cada vez volvía a su casa más afligida.

Su único consuelo era pasarse las horas en su jardín, abrazando la estatua de mármol que tanto le recordaba al

Príncipe. Ya no se ocupaba de las flores que crecían por las avenidas mezclando sus tallos y sus hojas con las ramas de los árboles. Al fin no pudo contenerse más y confió su pena a una de sus hermanas, que, como es de suponer, lo contó a las otras. Éstas y otras sirenas de la vecindad, amigas íntimas, para quienes no tenían secretos, eran las únicas que estaban enteradas. Una de ellas sabía dónde estaba el país en que reinaba el Príncipe. También habían presenciado las fiestas del barco.

— ¡Ven, hermanita! — le dijeron las otras princesas.

Y cogidas del brazo, formando una guirnalda, subieron a la superficie, frente a donde se hallaba el palacio del Príncipe. Era de piedra resplandeciente y tenía grandes escalinatas de mármol que descendían hasta el mar. Magníficas cúpulas doradas coronaban el tejado y entre las columnas que rodeaban el edificio había estatuas de mármol que parecían vivas, A través de las altas ventanas se veían los grandes salones cuyas paredes estaban cubiertas con preciosos tapices de seda y magníficos cuadros. En medio de la sala principal manaba una fuente cuyos chorros llegaban a la cúpula del techo por donde entraba el sol iluminando el agua y las plantas que crecían en la piscina.

Ya sabía la pequeña sirena dónde vivía el Príncipe, y muchas tardes y muchas noches iba allí nadando. Ninguna de sus hermanas se atrevió a llegar tan cerca de la tierra como ella. Llegaba hasta el estrecho canal que rodeaba la escalera de mármol, se sentaba allí y contemplaba al joven Príncipe, que pensaba estar solo bajo la hermosa claridad de la luna.

Muchas tardes lo veía pasear en una barca majestuosa, adornada de banderas, y al son de la música. Se escondía entre los juncos, y cuando el viento levantaba su velo, blanco como la plata, la gente creía que era un cisne batiendo alas.

Cuando los pescadores salían de noche a pescar con linternas y les oía alabar al Príncipe, se sentía dichosa de

haberle salvado la vida y recordaba con placer los besos que le diera mientras descansaba en sus brazos la yerta cabeza. Pero él nada sabía de esto, y ni siquiera podía verla en sueños.

Cada vez quería más a los hombres y deseaba con más ardor vivir entre ellos, porque su mundo le parecía mayor que el de ella. Los hombres podían navegar sobre el mar, llegar a las nubes escalando las más altas montañas; la tierra se extendía entre los campos hasta perderse de vista. Quería saber muchas cosas que sus hermanas no podían explicarle, y fue a preguntarlas a su abuela, que conocía muy bien el mundo superior, al que llamaba “los países de encima del mar”.

— Si los hombres no se ahogan, ¿pueden vivir eternamente? — le preguntó. ¿No mueren, como nosotras en el mar?

— Sí — dijo la anciana —, han de morir y su vida no es tan larga como la nuestra. Nosotras podemos vivir trescientos años, pero cuando so nos acaba la vida nos convertimos en espuma, y no tenemos tumba donde nos lloren los que nos aman. Nuestra alma no es inmortal; por eso no tenemos una segunda vida. Nos parecemos a las algas que, cortadas, no vuelven a crecer. Pero los hombres tienen un alma inmortal que sobrevive, y cuando el cuerpo baja a la tumba, ella asciende a través de los aires hasta las estrellas luminosas. Así como nosotras ascendemos hasta la superficie de las aguas para observar la tierra, el alma humana vuela a regiones que nosotras no podemos ver.

— ¿Por qué no habremos recibido un alma inmortal? — preguntó tristemente la sirena —. Daría de buen grado mis trescientos años de vida para ser hombre durante un día, y tener mi parte en el mundo celestial.

— No hay que pensar en ello — dijo la anciana—. ¡Además, nosotras somos mucho más dichosas que los hombres!

— ¡Pero tendré que morir y convertirme en espuma! Entonces, ¿no oiré más el canto de las olas? ¿Ya no veré las

hermosas flores y el sol rojizo?

— No — dijo la abuela —, a no ser que un hombre te ame tanto que seas para él más que padre y madre. Si te entrega todos sus pensamientos y todo su amor y deja que un sacerdote ponga su diestra en la tuya con la promesa de serte fiel en esta vida y en la otra, entonces te dará su alma y tendrás un poco de la felicidad reservada a los hombres. Mas eso no puede ser; lo que aquí encontramos más hermoso, que es nuestra cola de pez, en la tierra les parece feo. Para ser bella entre los hombres hay que tener dos extremidades que ellos llaman piernas.

La sirenita suspiró mirando tristemente su cola.

— Seamos felices — dijo la anciana —. Bailemos y saltemos durante los trescientos años de vida. ¡Ya son suficientes! Esta noche hay un gran baile en palacio.

Jamás en la tierra se vio cosa más espléndida. Las paredes y el techo del gran salón de baile eran de grueso y transparente cristal. Centenares de gigantescos mejillones encarnados y verdes formaban grupos a las puertas sosteniendo llamas azules que iluminaban todo el mar. Podían verse millares de peces, grandes y pequeños, nadar a través de los cristales. Tenían algunos sus escamas de reluciente púrpura, otros parecían de nlata y oro. Por el salón atravesaba una corriente por la que danzaban sirenas y tritones al dulce son de sus propios cantos. Los hombres no tenían tan bellas voces. La pequeña sirena cantó más dulcemente que todos, y la aplaudió toda la corte. Por un momento se sintió transportada de alegría, pensando que ninguna voz del mar ni de la tierra podía competir con la suya; pero pronto volvió a pensar en el mundo de arriba, incapaz de olvidar al Príncipe ni el dolor de no poseer un alma inmortal. Abandonó, pues, el palacio de su padre y fue a ocultar su desconsuelo a su pequeño jardín. De pronto oyó unos sonidos que venían apagados a través del agua, y pensó:

“Ahora navega por arriba aquel a quien quiero más que al padre y a la madre, y a cuyas manos confiaría mi

vida y mi felicidad. Me atreveré a todo por conquistarlo y obtener un alma inmortal. Mientras mis hermanas danzan en el palacio de mi padre, iré a ver a la bruja del mar, ante la que hasta hoy temblaba de miedo. Acaso ella pueda darme consejo y ayuda."

Entonces, la sirenita dejó el jardín y se encaminó a la atronadora vorágine en que vivía la bruja. Nunca había hecho aquel camino. Por allí no crecían flores ni algas, sólo una arena negruzca se extendía hasta la gruta, por donde el agua se precipitaba en remolinos ensordecedores y espumantes, como la que pasa por la turbina de un molino. Para llegar a los dominios de la bruja era necesario atravesar aquel espantoso vórtice. Aquella entrada conducía a una estrecha y larga garganta de lodo borboteante, que la bruja llamaba la turbera, pasada la cual se hallaba su casa en un bosque extraño. Los árboles y los arbustos eran pólipos, mitad animal y mitad plantas, que parecían serpientes de cien cabezas salidas de la tierra, y las ramas eran viscosos brazos con dedos que se retorcían como gusanos moviéndose desde la base hasta la punta. Todo lo que cogían en el mar quedaba aprisionado en sus tentáculos y ya no podía soltarse. La princesa se detuvo asustada ante aquellos monstruos; su corazón latía violentamente, y estuvo a punto de huir. Pero se revistió de valor pensando en el Príncipe y en el alma humana. Recogió y se ató a la cabeza su larga mata de pelo por miedo a que la cogieran por los cabellos, cruzó sus manos sobre el pecho, y se lanzó con la rapidez de un pez entre los espantosos pólipos que extendían hacia ella sus horribles brazos. Vio que cada uno había cogido algo y que lo sujetaba fuertemente con cien brazos como tenazas de hierro. Entre los garfios de alguno vio blancos huesos de náufragos, otros chupaban timones y restos de navío, y lo que más la horrorizó fue la succión de una pequeña sirena que había cogido y estrangulado uno de aquellos monstruos. En seguida llegó a un sitio pantanoso, donde silbaban enormes serpientes, entre las cuales se alzaba una casa construida con esqueletos de hombres ahogados. Ante

ella permanecía sentada la bruja, que daba de comer a un sapo con la boca, como los hombres hacen con los canarios.

— Ya sé qué deseas — dijo la bruja del mar—. Es una locura, pero se cumplirá tu voluntad. ¡El mal será para ti, bella princesa! Has de abandonar tu cola de pez y sustituirla por dos piernas como las que usan los hombres para andar, si quieres que el Príncipe te ame y obtener con su amor un alma inmortal — y lanzó tan estrepitosa carcajada, que el sapo y las serpientes cayeron al suelo —. Has llegado a tiempo, pues desde mañana al salir el sol, ya no te hubiera podido servir en todo un año. Voy a prepararte un brebaje y, antes de que el sol se levante, subes a la superficie y, sentada en la orilla, te lo bebes. Entonces tu cola se partirá en dos, convirtiéndose en lo que llaman piernas los seres humanos; pero eso te producirá un gran dolor como si una afilada espada te rajase por la mitad. Todos confesarán que no han visto muchacha más bonita. Estarás llena de gracia y ninguna danzarina competirá en agilidad y ligereza con tus movimientos; pero a cada paso te parecerá que pisas un cuchillo y que sangran tus pies. Si estás decidida a soportar esos sufrimientos, te ayudaré.

— Lo estoy — dijo la sirenita con voz temblorosa pensando en el Príncipe y en conquistar su alma inmortal.

— Pero ten entendido — prosiguió la bruja — que, una vez hayas tomado figura humana, ya no volverás a ser sirena ni podrás bajar al fondo del mar, donde está el palacio de tu padre y de tus hermanas. Y si no conquistas el amor del Príncipe de modo que por ti olvide padre y madre y se una a ti en cuerpo y alma y te lleve a que el sacerdote una vuestras manos como marido y mujer, no tendrás un alma inmortal. AI día siguiente de casarse él con otra, se te romperá el corazón y te reducirás a espuma de mar.

— Lo acepto todo — dijo la sirena, pálida como una muerta.

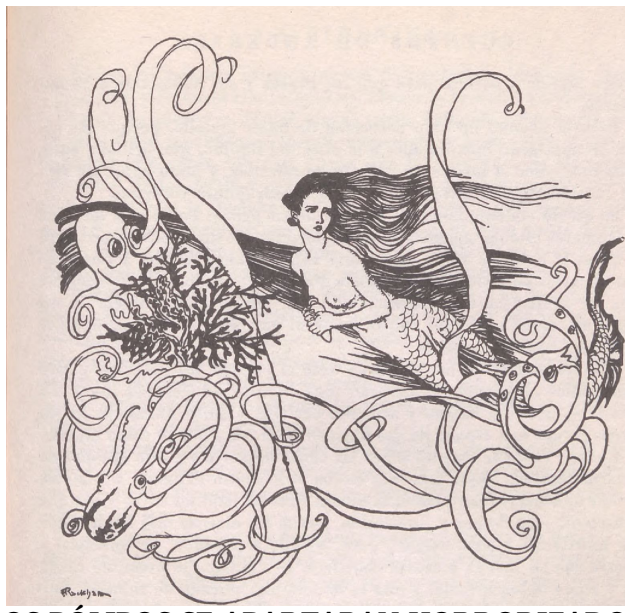
— Pero me has de pagar, y no es una friolera lo que te pido por mis servicios. Tienes la voz más bonita que se oye en el fondo del mar, con la que seguramente habrás pensado encantar al Príncipe; pero me la has de dar; he de cobrar, con lo mejor que posees, la preciosa bebida que te daré, porque la he de preparar con mi propia sangre para que el brebaje tenga la fuerza de una espada de dos filos.

— Pero si me quitas la voz — dijo la sirena—, ¿qué me quedará?

— Tu hermosura incomparable — contestó la bruja—, la gracia de tus movimientos y la elocuencia de tus miradas. Con estas dotes puedes conquistar el corazón de un hombre. ¿Te has acobardado acaso? Saca la lengua para que te la corte en pago de mi bebida prodigiosa.

— Sea — dijo la sirena.

La bruja puso el caldero al fuego para preparar el mágico cocimiento.



LOS PÓLIPOS SE APARTABAN HORRORIZADOS A LA VISTA DEL LÍQUIDO…

— Ante todo, la limpieza — dijo la hechicera fregando

el caldero con un manojo de culebras que sacó de un cajón.

Luego se hirió el pecho y dejó verter su sangre negruzca. Se levantó un vapor espeso que formaba las más fantásticas figuras, tan horribles que cualquiera se hubiese espantado. A cada ingrediente que echaba la bruja en el caldero, hervía éste con unos ruidos que parecían el llanto del cocodrilo. Por fin, el líquido adquirió toda la virtud y una transparencia de agua pura.

— Aquí lo tienes — dijo la bruja, y cortó la lengua de la sirena, que desde aquel momento fue muda y ya no pudo cantar ni hablar —. Si los pólipos quieren cogerte cuando atravieses mi bosque, les echas una gota de este líquido y bastará para que sus brazos y sus dedos salten en mil pedazos.

Pero la sirenita no tuvo necesidad de hacer aquello, porque los pólipos se apartaron horrorizados a la vista del líquido, que brillaba entre sus manos como si llevase un puñado de estrellas, y pudo pasar sin ningún contratiempo la selva, la ciénega y la estrepitosa vorágine.

Se quedó contemplando el palacio de su padre: en la sala de baile las lámparas estaban apagadas y todos dormían en sus habitaciones; pero no quiso ir a verlos ahora que había enmudecido y estaba a punto de abandonarlos para siempre. Parecíale que el corazón iba a rompérsele de pena. Se deslizó hasta el jardín, cogió una flor de cada parcela de sus hermanas, envió mil besos con la mano al palacio y subió nadando por el obscuro azul del mar.

Aún dormía el sol cuando llegó ante el palacio del Príncipe y tocó la magnífica escalinata de mármol, toda bañada de claridad lunar. La sirenita se bebió el afilado y ardiente brebaje, y sintió hundirse en sus tiernas carnes una espada de dos filos; se desmayó y quedó como muerta.

Cuando el sol se levantó sobre las aguas despertó y sintió el dolor de su carne lacerada; pero ante ella estaba el hermoso Príncipe, mirándola con sus ojos negros tan fijamente que la sirenita bajó los suyos y vio que ya no

tenía cola de pez y, en cambio, poseía las piernas más bonitas que una muchacha pueda desear; pero, viéndose desnuda, se apresuró a taparse con su luenga y espesa cabellera. El Príncipe le preguntó quién era y cómo había llegado, y ella le mandó una mirada de inmensa dulzura, velada en tristeza, con sus profundos ojos azules; porque no podía hablar. La cogió él de la mano y la llevó a palacio. A cada paso que daba, como le advirtió la bruja, le parecía pisar puntas de aguja y cuchillos afilados, pero lo sufría con alegría y caminaba con la ligereza de una burbuja de jabón al lado del Príncipe, quien, como todos los demás, admiraba la gracia de sus movimientos.

La vistieron con finísimas ropas de seda y muselina, y era la principal belleza del palacio; pero era muda y no podía cantar ni hablar. Hermosas esclavas vestidas de seda y oro vinieron a cantar ante el Príncipe y su familia real, y el Príncipe aplaudía sonriendo a una que cantaba mejor que las otras. La sirenita languidecía de pena, porque sabía que antes podía cantar incomparablemente mejor que aquéllas, y pensaba:

"¡Si al menos supiera que para estar a su lado he tenido que perder mi voz para siempre!..."

Luego, las esclavas bailaron al son de una música deliciosa, ligeras y graciosas, y entonces ella levantó sus hermosos brazos, se elevó sobre la punta de los pies y se deslizó por el suelo, bailando como nadie sabía hacerlo. Cada movimiento parecía aumentar su hermosura, y sus ojos hablaban al corazón con más fuerza que las canciones de las esclavas doncellas. Todos estaban encantados con ella y, de un modo especial, el Príncipe, que la llamaba su "hallazgo precioso". Ella bailaba una y otra vez, aunque siempre que sentaba el pie en el suelo sentía la herida de un afilado cuchillo. El Príncipe la quiso siempre a su lado y la dejó dormir ante su puerta, en un gran almohadón de terciopelo.

Mandó que le hiciesen unos pantalones para que le acompañase en sus paseos a caballo. Trotaban por bosques

olorosos donde los árboles rozaban sus espaldas con sus verdes ramas, y lindos pajaritos cantaban entre el fresco follaje. Subió con el Príncipe por escarpadas montañas, y aunque sangraban sus pies de modo que aun los otros podían verlo, ella le seguía sonriente hasta que las nubes pasaban bajo sus pies como bandadas de pájaros emigrantes.

De vuelta al palacio, mientras todos dormían por la noche, la sirena bajaba a la amplia escalinata de mármol para refrescarse en el agua del mar los pies ardorosos, y entonces pensaba en la familia que había dejado en lo hondo.

Una noche subieron sus hermanas nadando, cogidas del brazo y cantando melancólicas tonadas. Les hizo señas llamándolas y ellas la reconocieron y le explicaron la pena que su ausencia les causaba. Desde entonces, subían a verla cada noche, y una vez vio a lo lejos a su abuela, que hacía muchos, muchísimos años que no llegaba a la superficie, y al Rey del Mar, con la corona en la cabeza. Le tendían los brazos, pero no osaban acercarse a tierra, como sus hermanas.

Cada día quería más al Príncipe, y éste la amaba como se ama a una muchacha bondadosa y encantadora, pero nunca tuvo la menor idea de hacerla su esposa. Mas era preciso que la aceptase por mujer, de lo contrario no gozaría de un alma inmortal y, al día siguiente de la boda del Príncipe, se reduciría a espuma de mar.

— ¿No me quieres más que a las otras? — parecía decirle con los ojos cuando él la abrazaba, besándola en la frente.

— Sí, tú eres mi predilecta — dijo él —, porque tienes más corazón que todas, me amas mucho y te pareces a una muchacha que vi un día y no he vuelto a ver más. Cierto día naufragó mi barco y las olas me arrastraron a la orilla, cerca de un santo templo servido por varias doncellas. La más joven me encontró en la arena y me salvó. Sólo la vi dos veces, y es la única muchacha del mundo a quien

podría amar; pero tú eres semejante a ella, y viéndote noto que se borra su imagen de mi corazón. Ella ha de vivir en el santo templo a que pertenece, mas afortunadamente el cielo te ha enviado a mí y nunca nos separaremos.

"¡Ay! ¡No sabe que fui yo quien le salvó! — pensó la sirena—. Yo lo conduje entre las olas al bosque donde se levanta el templo y, oculta entre la espuma, esperé a ver si alguien se acercaba a él. Conozco a la hermosa muchacha a quien ama más que a mí — suspiró profundamente, ya que no podía llorar —. Dice que la muchacha pertenece al templo, que nunca podrá salir al mundo y que jamás se volverán a ver; pero yo vivo con él y lo veo cada día. Lo cuidaré, lo amaré, le ofreceré mi vida."

Pero no tardó en correr el rumor de que el Príncipe iba a casarse con la bella hija del rey vecino y que sólo por eso se lanzaba al mar en un magnífico navío. Se decía que, con el pretexto de hacer una visita protocolaria, el Príncipe quería ver a la princesa, y que un séquito magnífico había de acompañarlo. La sirena movió la cabeza sonriendo, porque conocía mejor que nadie el pensamiento del Príncipe.

— He de ir — le había dicho —. He de ir a visitar a esa hermosa princesa, ya que mis padres así lo han dispuesto; pero no me obligarán a traerla a casa como novia. No podría amarla, porque no se parecerá a la hermosa doncella del templo como tú. El día que me decidiese a tomar mujer, tú serías la preferida, ¡oh mi mudo hallazgo de mirada elocuente!

Y besó sus labios de coral, y le acarició su mata de pelo, y oprimió su cabeza contra su corazón, tan tiernamente, que la pobrecita empezó a soñar en la felicidad humana y en el alma inmortal.

— ¿Te da miedo el mar, niñita muda? — le preguntó cuando estuvieron a bordo del majestuoso navío que había de llevarlo al país del rey vecino. Y le habló de la calma y de la tempestad, de los extraños peces del abismo y de las cosas maravillosas que los buzos habían visto. Ella sonrió

oyéndole hablar, porque del fondo del mar sabía más que nadie.

Por la noche, a la luz de la luna y cuando todos dormían en el barco, a excepción del timonel, se sentó en la borda con la vista fija en las claras aguas y le pareció ver el palacio de su padre y a su abuela ciñendo su corona de plata, que miraba arriba, siguiendo la estela rumorosa de la quilla. Luego, subieron sus hermanas, mirándola con pena y tendiéndole los brazos. Ella las saludó sonriendo, y deseaba darles a entender que estaba bien y se sentía feliz, pero se acercó un marinero y las hermanas se sumergieron en lo hondo, dejándola en duda de si aquellas cosas blancas no serían más que espuma del mar.

Al día siguiente llegó la nave al puerto de la magnífica ciudad del rey vecino. Todas las campanas de las iglesias fueron echadas al vuelo, y en las altas torres sonaban vibrantes las trompetas, mientras la tropa, con vistosos uniformes de gala, rendía honores y centelleaban las bayonetas. Diariamente se celebraban fiestas; bailes y reuniones se sucedían incesantes; pero la princesa aún no había llegado. Todos sabían que estaba educándose en un lejano convento donde aprendía todas las virtudes de la realeza. Por fin, llegó. La sirenita, que ansiaba verla, tuvo que confesar que nunca había visto un ser tan adorable; tenía una piel blanca y finísima, y bajo sus negras y luengas pestañas sonreían unos nobles ojos de un azul profundo.

— ¡Tú eres aquélla! — exclamó el Príncipe—. ¡La que me salvó cuando estaba medio muerto en la arena!

Y estrechó en sus brazos a su novia, ruborosa.

— ¡Ah! ¡Qué feliz soy! — dijo a la sirena—. Mi más ardiente deseo, que jamás me hubiera atrevido a esperar, se ha realizado. Tú, que me amas más que nadie, has de alegrarte de mi felicidad.

La pequeña sirena besó sus manos y sintió que su pecho se le rompía. La boda del Príncipe le acarrearía la muerte y su cuerpo se trocaría en espuma de mar.

Los campaneros echaron al vuelo todas las campanas, corrían los heraldos por las calles anunciando el fausto acontecimiento de las nupcias. Por todos los altares quemaban aceites olorosos en ricas lámparas de plata. Los sacerdotes mecían los turíbulos levantando nubes de incienso, y los novios unieron sus manos para recibir la bendición del obispo. La sirenita, vestida de seda y oro, sostenía la cola de la novia, pero a sus oídos no llegaba la música de triunfo, ni sus ojos veían nada de la sagrada ceremonia, porque pensaba en la noche de su muerte y en que todo lo había perdido sin remedio.

Aquella misma tarde, los novios se embarcaron. Tronaban los cañones, flotaban las banderas, y en el puente del navío se levantaba una tienda de púrpura y oro, con un magnífico tálamo donde la dichosa pareja había de descansar en el silencio de la noche fría.

El viento hinchó las velas y la nave se deslizó suave como un cisne, dándose a la mar quieta. Por la noche se encendieron luces multicolores y los marineros bailaron a bordo, llenos de alegría. La sirenita no pudo menos de recordar la primera noche que subió a flor de agua y vio aquel mismo esplendor de fiesta jaranera. Y se mezcló en el baile, deslizándose, girando y esquivando los encuentros con la presteza y agilidad de una golondrina perseguida, y todos la aplaudieron, porque nunca había bailado tan admirablemente. Afilados cuchillos se hincaban en sus delicados pies; pero ya no sentía aquel dolor, porque era mucho más grande el de su corazón. Sabía que era aquélla la última noche que pasaba al lado de él, por quien abandonó casa y familia, perdió su dulce voz y sufría diariamente penas sin fin, de las que él no tenía la menor idea. Era la última noche de respirar el aire que él respiraba y de ver el mar inmenso y el cielo estrellado; noche eterna, sin pensamientos ni ensueños para ella, que carecía de alma porque no pudo conquistarla. Duró la fiesta y el rebullicio del barco hasta la madrugada, y ella no cesaba de bailar, con la idea de la muerte oprimiéndole el corazón. El Príncipe besó a la hermosa novia, la cual

acarició los negros cabellos del amado, Y, cogidos del brazo, se retiraron a descansar a la magnífica tienda.

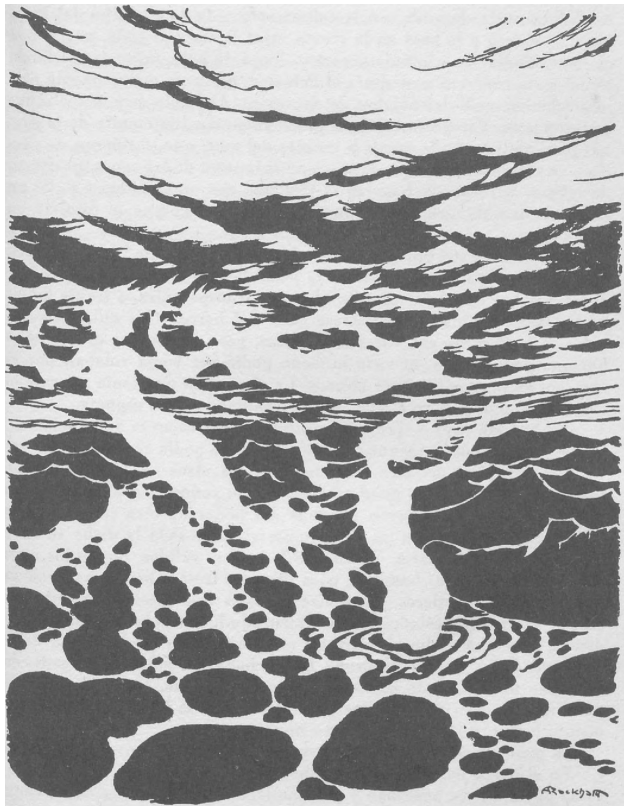
Entonces se produjo en el barco un hondo silencio. Todos dormían menos el timonel que gobernaba la nave, y la sirena, acodada en la borda, mantenía fija su mirada en dirección a Oriente, esperando que los rosados dedos de la aurora abriesen paso al sol, cuyos primeros rayos habían de matarla.

De pronto, vio que sus hermanas se acercaban entre las ondas, tan pálidas como ella misma y sin mata de pelo que flotase al viento, pues se la habían cortado.

Se lo hemos dado a la bruja, con objeto de que nos ayudase para que no mueras esta noche. Nos ha dado un puñal: aquí lo tienes. ¡Mira qué afilado está! Antes de que el sol aparezca lo has de clavar en el corazón del Príncipe, y cuando su sangre salpique tus piernas, volverán a adquirir su antigua forma de cola de pez. Recobrando así tu primitiva condición de sirena, podrás bajar con nosotras al fondo del mar y vivir trescientos años antes de convertirte en espuma salada. ¡Date prisa! Él o tú habéis de morir antes de salir el sol. La abuela está tan afligida, que se le ha caído todo el pelo, como cayó el nuestro bajo las tijeras de la bruja. ¡Mata al Príncipe y vuelve con nosotras! ¡Date prisa! Mira aquella banda rojiza en el horizonte. ¡Dentro de poco saldrá el sol y morirás sin remedio!

A lanzando un hondo suspiro, desaparecieron bajo las olas.

La sirenita apartó el cortinaje de púrpura de la tienda y vio a la encantadora



DE PRONTO VIO QUE SUS HERMANAS SE ACERCABAN ENTRE LAS ONDAS...

novia dormida con la cabeza recostada en el pecho del Príncipe. Se acercó y lo besó en la frente. Alzó la vista al cielo, por donde se iba extendiendo la rosada aurora y, luego, la bajó, mirando el afilado puñal, para contemplar después al Príncipe, que en aquel momento pronunciaba en sueños el nombre de su novia. ¡Ah! Sólo ésta ocupaba sus pensamientos. Por un instante, el puñal fulguró en la manita de la sirena; pero, de pronto, lo arrojó a las olas del mar, que se tiñeron de púrpura en el momento en que cayó, como si brotara de las aguas un chorro de sangre. Miró por última vez al Príncipe con ojos sombríos y, de un salto, se tiró al agua, donde sintió cómo el cuerpo se le disolvía en espuma.

Salió el sol, y sus tibios rayos envolvieron suavemente

la fría espuma, de modo que la sirenita no sintió la pena del último trance. Vio brillar el sol, y sobre ella flotaban miles de seres transparentes, a través de los cuales podía distinguir las blancas velas del barco y las nubes arreboladas; y le llegaron sus voces melodiosas, pero tan sutiles que ni oído humano podía oírlas, ni vista humana podía ver cómo volaban por el aire, sin alas, aquellos seres etéreos. La sirena vio que tenía un cuerpo como el de ellos y, poco a poco, se fue levantando de la espuma.

— ¿Adonde voy? — preguntó, y sonó su voz como la de aquellos espíritus, tan sutil que ninguna música de la tierra podía comparársele.

— A las hijas del aire — contestaron los otros —. Las sirenas no tienen alma inmortal ni pueden tenerla si no conquistan el amor de un ser humano. Su vida eterna depende del poder de otro ser. Las hijas del aire tampoco poseen un alma inmortal, pero toda la dicha se cifra en poder llegar a tenerla. Volamos a los países cálidos, donde los aires mefíticos matan a los hombres, para llevarles frescas brisas. Esparcimos la fragancia de las flores por el aire y damos vida y salud. Cuando por espacio de trescientos años hemos procurado hacer todo el bien que podemos, adquirimos alma inmortal y compartimos la gloria eterna de la humanidad. Tú, probrecita sirena, has luchado con todas tus fuerzas con el mismo fin, sufriendo con resignación. En premio, has sido admitida en el mundo espiritual, y a los trescientos años de buenas obras habrás conquistado por ti misma un alma imperecedera.

La princesa alzó los ojos al sol y por primera vez derramó lágrimas.

En el barco había una gran animación. Vio al Príncipe y a su hermosa novia que la buscaban y contemplaban la brillante espuma, como si comprendieran que se había arrojado a las olas. Invisible como era, besó a la novia en la frente y sonrió al Príncipe. Luego, subió volando entre el coro de hijos del aire hasta las arreboladas nubes que se deslizaban por el cielo.

— ¡Dentro de trescientos años volaremos así al reino de Dios!

— ¡Aún podemos llegar antes! — susurró una de ellas —. Sin que nadie nos vea, entramos volando en las casas donde hay niños, y por cada día en que hallamos un niño bueno que da gusto a sus papas y merece que lo quieran, Dios nos acorta el tiempo de la prueba. El niño no sabe que nosotras volamos por su habitación, y cuando podemos sonreír de placer ante el pequeño, se nos perdona uno de los trescientos años; pero cuando hallamos niños díscolos y malos, lloramos de dolor y cada lágrima añade un día a nuestro tiempo de prueba.

EL COMPAÑERO DE VIAJE

EL pobre Juanito pasaba por la mayor de las tribulaciones, porque su padre estaba enfermo y no tenía remedio. Se hallaban solos en la habitación, alumbrada por un quinqué que ardía sobre la mesa, pues había obscurecido.

— Has sido un hijo modelo, Juanito — dijo el enfermo —, y Dios te ayudará en este mundo.

Contempló al muchacho con mirada serena y llena de bondad, lanzó un suspiro y cerró los ojos para siempre, como si se hubiese dormido. Juanito lloró, en su inmenso abandono. Nadie le quedaba en el mundo, ni padre ni hermanos. ¡Pobre Juanito! Se arrodilló, besó las frías manos de su padre bañándolas de ardientes lágrimas y, al fin, se le cayeron los párpados y se quedó dormido con la cabeza apoyada en los barrotes de la cama.

Tuvo un sueño admirable: ante él brillaban el sol y la luna, y su padre, lleno de vida y salud, reía, reía con aquella risa fresca de sus días felices. Una hermosa doncella que ceñía una corona en su cabeza, rubia como el oro, le tendió la mano mientras su padre decía: “Mira qué novia tan hermosa tienes. ¡Es la más bella del mundo!” Entonces, se despertó, y al sueño color de rosa sucedió la triste visión del padre que yacía en la cama, sin más compañía que la del muchacho. ¡Pobre Juanito!

El entierro fue a la mañana siguiente. Juanito caminaba detrás del ataúd. Ya no vería más a su padre, que tanto amor le tuvo. Permaneció al borde de la fosa escuchando las paladas de tierra que caían sobre el féretro, y cuando éste desapareció por completo bajo tierra, sintió que el corazón se le hacía pedazos de dolor. La gente cantaba un salmo que le llenó el alma de ternura y agolpó las lágrimas a sus ojos. Lloró, y el llanto fue un consuelo en su tristeza. El sol brillaba, encendiendo las copas de los árboles como si dijese: “¡No estés triste, Juanito! ¿No ves

cuán hermoso es el cielo? Allí está tu padre rogando al Padre común que todo te vaya bien en esta vida.”

— Yo también quiero obrar siempre bien — dijo Juanito—, porque así iré al Cielo con mi padre, y estará muy contento de volver a verme. ¡Cuántas cosas le podré contar! Y él me enseñará muchas cosas y me explicará las delicias de la Gloria como me explicaba las cosas de la Tierra. ¡Qué alegría tendremos los dos!

Tan claro y sencillo lo veía Juanito, que sonrió cuando aún las lágrimas rodaban por sus mejillas. En los castaños piaban alegres los pajaritos, como si hubieran asistido también al entierro. Sabían que el muerto había volado al Cielo con alas más largas y más bonitas que las suyas, y que allí acababa de encontrar la felicidad en premio a lo bueno que fue en este mundo, y esto los regocijaba. Juanito los vio volar del árbol para perderse a lo lejos y quiso imitarlos; pero antes quiso construir una cruz para la tumba de su padre, y cuando por la tarde volvió al cementerio para colocarla, vio que sobre la tumba habían plantado flores. Unos desconocidos honraban así la memoria de un hombre a quien todos amaban por su bondad.

Al día siguiente, muy de mañana, Juanito hizo un atadijo y metió en su cinturón toda su herencia, consistente en cincuenta duros y algunas pesetas. Así aparejado, emprendió su viaje por el mundo, pero antes pasó por el camposanto a rezar un Padrenuestro y dijo: “¡Adiós, padre querido! Procuraré ser siempre bueno, y tú ruega a Dios que todo me vaya bien.”

Salió al campo, y por donde pasaba crecían flores que lucían su hermosura bañada por el sol y se mecían al soplo del viento, como si quisieran decirle: “Bien venido seas al verde bosque. ¿Verdad que es hermoso?” Pero Juanito se volvió a mirar a la iglesia donde recibió el bautismo y donde cada domingo asistía al Oficio con su padre y cantaba salmos, y en una de las más altas aberturas del campanario vio al duendecillo de la iglesia con su

encarnado y puntiagudo gorrito, que le miraba subiéndose la mano a los ojos, a modo de pantalla para quitarse el sol. Juanito levantó la mano en señal de despedida y el duendecillo movió la cabeza y, poniéndose una mano en el corazón, con la otra le mandó muchos besos, para significarle cuánto lo quería y que le deseaba un feliz viaje.

Pensando en las muchas y extraordinarias cosas que encontraría corriendo mundo, Juanito alargó el paso, caminando cada vez más de prisa. No conocía los lugares por donde pasaba ni la gente que encontraba. Estaba ya lejos, en un país extranjero.

La primera noche tuvo que dormir en el campo, bajo un almiar, a falta de otro lecho. Pero estaba encantado, y pensó que el rey no tendría mejor cama: todo el campo, un arroyo, un almiar y el cielo azul por techo, constituían ciertamente una magnífica alcoba. El prado, con sus florecillas multicolores, era la alfombra; los arbustos y los vecinos matorrales eran ramos de flores; por jarra con agua tenía todo un arroyo de agua pura y cristalina. Los cañizares movedizos y susurrantes eran cortinas vivientes que parecían decirle: “Buenas noches” y “Buenos días”. La luna era la más bonita lámpara suspendida en el techo, y no había cuidado de que quemase los cortinajes. Juanito podía dormir a pierna suelta y lo hizo como un tronco, sin despertarse hasta que los pajaritos fueron a llamarlo, gritándole: “¡Buenos días, buenos días! ¿Aún no te levantas?”

Tocaban al Oficio las campanas de la iglesia: era domingo. La gente acudía a oír al sacerdote y Juanito siguió a los fieles, cantó salmos y oyó la palabra de Dios como si estuviera en la iglesia donde lo bautizaron y cantaba salmos con su padre.

Al lado de la iglesia estaba el cementerio, en muchas de cuyas tumbas crecía la mala hierba ocultando las plantas. Pensó que la de su padre estaría un día tan descuidada como aquéllas, ya que él no podría limpiarla de abrojos, y se puso a arrancar los que allí abundaban,

enderezó las cruces que habían caído y puso en su lugar las coronas que estaban por el suelo, porque se decía:

— Acaso alguien hará otro tanto con la tumba de mi padre, ya que yo no puedo hacerlo.

En la verja del camposanto pedía limosna un pobre anciano que se apoyaba en un báculo. Juanito le dio las pesetas que tenía sueltas y reanudó, feliz y contento, su viaje. Al anochecer se desencadenó una espantosa tormenta que le obligó a redoblar la marcha en busca de un lugar donde guarecerse, pero la noche se le vino encima antes de que lo hallara. Al fin, divisó una capilla solitaria en la cima de una colina.

— Buscaré en ella un rincón que me sirva de albergue — se dijo —. Estoy muy cansado y necesito un poco de reposo.

Entró, pues, y, juntando las manos, rezó las oraciones de la noche y, sin darse cuenta, se quedó dormido, mientras fuera llovía y tronaba.

Cuando se despertó era medianoche; pero el mal tiempo había pasado y la luna entraba por los ventanales. En el centro de la única nave había un ataúd abierto y, dentro, un cadáver que aún no había sido enterrado. Juanito no tuvo miedo, porque tenía una conciencia sana y limpia y sabía que los muertos a nadie hacían mal, y que los peligrosos eran los vivos que tienen instinto de malhechor. Dos de éstos se hallaban en aquel momento junto al cadáver, depositado allí hasta que pudiera recibir sepultura, y en seguida comprendió Juanito que abrigaban malos propósitos respecto al difunto, pues no querían que descansase en paz en su ataúd e iban a sacarlo de la iglesia. ¡Pobre muerto!

— ¿Por qué hacen eso? — preguntó Juanito—. Es una mala acción y una impiedad. ¡Déjenlo que descanse en paz, en nombre de Dios!

— ¡Tonterías! — replicaron los hombres malos—. Nos ha engañado. Nos debía dinero y nunca nós pagaba y ahora que está muerto no veremos un céntimo. Por eso, en

venganza, queremos enterrarlo como a un perro, fuera de sagrado.

— Sólo tengo cincuenta duros — dijo Juanito — y son toda mi herencia; pero se los daré a ustedes con mucho gusto si me prometen bajo palabra de honor dejar el pobre muerto en paz. Ya me las arreglaré sin dinero. Tengo buenos brazos y buenas piernas y no me faltará la ayuda de Dios.

— Bueno — dijeron aquellos hombres horribles —, si tú nos pagas sus deudas no le haremos nada. Puedes estar seguro.

Recibieron el dinero que él les dio y se marcharon riendo y muy contentos. El muchacho acomodó el cadáver en el féretro, le juntó las manos, se despidió y se alejó satisfecho a través del bosque.

Por doquier que la luna podía filtrar sus rayos entre las espesas ramas de los árboles veía diminutos silfos que se estaban divirtiendo, sin que les molestase su presencia. Sabían que era bueno e inocente, y aquellos seres sólo se ocultaban a las miradas de los malos. Algunos no eran mayores que el grueso de un dedo y recogían sus cabellos con peinetas de oro. Se balanceaban de dos en dos sentados en gruesas gotas de rocío, sobre hojas o matas, y si las gotas rodaban, ellos caían entre los tallos, provocando la risa de los otros. Reinaba entre ellos gran animación. Cantaban y Juanito reconocía aquellas canciones infantiles. Grandes arañas gualdas, con corona de plata en la cabeza, colgaban puentes y construían palacios entre ellos, y cuando alguna gota de rocío caía en su obra, brillaba como diamante con reflejos de luna. Terminó la fiesta con la salida del sol. Entonces los diminutos silfos se encerraron en sus capullos y la brisa deshizo los puentes y palacios, que volaron en el aire como telarañas.

Juanito salía del bosque, cuando una voz fuerte sonó a su espalda: — ¡Hola, amigo! ¿Hacia dónde te diriges?

— Voy a correr mundo — dijo Juanito—. No tengo padre ni madre y soy un pobre mocito; pero Dios me

ayudará.

— Yo también voy a correr mundo — dijo el desconocido —. ¿Quieres que te acompañe?

— Con mucho gusto — accedió Juanito. Y siguieron juntos. Pronto fueron grandes amigos, pues los dos eran buenos; pero Juanito vio que el forastero sabía mucho más que él. Había viajado casi por todo el mundo y podía hablar de casi todo lo existente.

Ya estaba el sol muy alto cuando se sentaron a desayunarse a la sombra de un árbol gigante. Entonces vieron venir una anciana. Era muy vieja y caminaba encorvada sobre un cayado, con un haz de leña recogida en el bosque, sobre la espalda. Llevaba el delantal doblado y Juanito vio que transportaba tres grandes cardos y un manojo de mimbres. En el momento de acercarse a ellos resbaló y cayó lanzando un grito de dolor. ¡La pobre mujer se había roto la pierna!

Inmediatamente propuso Juanito llevarla en brazos hasta su casa, mas el forastero abrió su mochila y sacó un tarro que contenía un remedio con el cual quedaría la pierna sana y podría andar como si nunca se la hubiera roto. Pero, a cambio del remedio, pidió los tres cardos que llevaba en el delantal.

— ¡Estará demasiado bien pagado! — dijo la vieja, moviendo la cabeza de una manera extraña. No quería desprenderse de los cardos, pero tampoco le gustaba quedarse con la pierna rota. Por lo tanto, entregó los cardos, y apenas él le untó la pierna con el ungüento milagroso, la abuela se levantó y caminó mucho mujer que antes: tal era el poder de aquel ungüento. Pero era inútil buscarlo en la botica.

— ¿Para qué quiere usted los cardos? — preguntó Juanito a su compañero de viaje.

— Son como tres escobas magníficas — contestó éste —. Como las que a mí me gustan, pues has de saber que soy un hombre caprichoso.

Y continuaron el viaje con toda felicidad.

— Mire cómo se nubla el cielo, allá lejos — dijo Juanito señalando el horizonte —. Son espantosos esos nubarrones.

— No — dijo su compañero de viaje—, no son nubes; son montañas por las que se puede subir a mayor altura que las nubes, a una atmósfera purísima. ¡Es una delicia, créeme! Mañana estaremos ya muy lejos, en nuestro viaje por el mundo.

Pero las montañas no estaban tan cerca como parecía y tuvieron que andar todo el día para llegar a donde los árboles subían en procesión hasta el cielo, por entre peñascos grandes como toda una aldea, que se levantaban sobre la vegetación. Había de ser difícil y cansado subir por aquellas rocas gigantescas, y los viajeros se quedaron a dormir en la posada, a fin de reponer sus fuerzas para la siguiente jornada.

En la sala de fiestas de la posada se había reunido mucha gente a gozar del espectáculo de títeres que ofrecía un hombre. Acababa de instalar su teatrito y la gente esperaba sentada que empezase la función. Ocupaba el mejor puesto de primera fila un carnicero a cuyos pies se había acomodado su perro de presa. ¡Uf! ¡Qué cara tan feroz ponía el perro! No obstante, el animal, como el resto del público, no apartaba la vista del teatro.

Empezó la comedia, que era, por cierto, muy bonita, con reyes y todo, que se sentaban en un hermoso trono, luciendo corona y regias vestiduras, pues eran muy ricos. Los más preciosos muñecos, con ojos de vidrio y grandes bigotes, abrían y cerraban las puertas para que se ventilase la sala. Era una comedia deliciosa y nada aburrida ni triste. Pero Dios sabe qué opinaría el perro sobre su mérito, pues apenas se levantó la reina para acercarse a las candilejas, como el carnicero no lo sujetaba, dio un salto hasta la boca del escenario, cogió a la reina por la cintura y “¡cric-crac!”. ¡Fue horrible!

El pobre hombre que manejaba el teatro se llevó un

susto de muerte y un gran disgusto por la reina, que era el más precioso de sus muñecos y ahora quedaba sin cabeza por habérsela roto aquel perro feroz. Pero, luego, cuando todos se hubieron marchado, el compañero de Juanito prometió dejarla como nueva aplicándole el mismo remedio que a la vieja que se rompió la pierna. Y, en efecto, en cuanto la muñeca fue untada con aquel óleo maravilloso, no sólo quedó con la cabeza en su sitio, sino que podía mover todas las extremidades sin necesidad de que tirase nadie de los hilos. Era como una persona viva y sólo le faltaba poder hablar. El dueño de aquel juguete estaba loco de alegría, porque ya no había de preocuparse más de tirar de los hilos de la muñeca, que hasta bailaba por sí sola. Ninguno de los otros muñecos podía hacer aquello.

A altas horas de la noche y cuando toda la posada dormía, quebrantaron el silencio unos lloros espantosos y tan persistentes, que todo el mundo se despertó y abandonó la cama para ver qué pasaba. El dueño de los títeres se dirigió al teatrito de donde venían los llantos. Todos los muñecos estaban mezclados, y el rey, entre ellos. El llanto era general entre aquella gentecita, por cuyos ojos de vidrio salían lágrimas que daban pena; lloraban como criaturas pidiendo que los untasen un poco como a la reina, porque querían ser autómatas. La reina cayó de hinojos y, alargando la corona, suplicó con los brazos tendidos: "¡De oro es, tomadla; pero untad a mi augusto esposo y a mis cortesanos!" El pobre dueño del teatrito no pudo menos de echarse a llorar, porque aquel cuadro era realmente conmovedor, y prometió al compañero de viaje que le daría todos los ingresos del próximo espectáculo si ungía a cuatro o cinco de sus muñecos. Pero el compañero de viaje dijo que no quería dinero, sino la gran espada que el hombre llevaba al cinto, y, al recibirla, frotó con la untura media docena de muñecos, los cuales se pusieron a bailar tan graciosamente que los muchachos, pero muchachos vivos, que estaban presentes, los imitaron. Bailaba el postillón y la cocinera, el camarero y la criada;

bailaban los huéspedes, y hasta el badil y las tenazas quisieron bailar y cayeron a la primera vuelta. ¡Fue una noche muy divertida!

Al amanecer, Juanito y su compañero de viaje se despidieron de todos, enderezaron sus pasos hacia la montaña y empezaron a subir entre bosques de pinos. Llegaron a tales alturas que desde allí veían las cúpulas de los templos como fresas entre la hierba. Nunca Juanito vio nada tan hermoso en este mundo. En la pureza de la atmósfera el sol calentaba, y por las vertientes sonaban los cuernos de caza tan alegres y dulces, que al muchacho le arrancaron lágrimas de gozo y le hicieron exclamar:

— ¡Qué bueno es Dios, que nos ha dado toda la hermosura de este mundo!

El compañero de viaje juntó también las manos en actitud piadosa y, por encima de los bosques y las ciudades, contemplaba el esplendor del sol.

Entonces, se oyó una música maravillosa sobre sus cabezas. Alzaron los ojos y vieron un gran cisne que se cernía en el aire, cantando como jamás oyeron cantar a un ave. Pero el canto del cisne era cada vez más débil, hasta que el animal bajó la cabeza y fue a caer a los pies de los viajeros. La hermosa ave estaba muerta.

— ¡Qué alas tan espléndidas! — dijo el compañero de viaje—. Unas alas tan largas como las de esta ave han de valer mucho. Me las llevaré. Hice bien en adquirir esta espada.

Y, de un tajo, cercenó las alas del cisne muerto.

Caminaron muchas leguas por la montaña, hasta que se ofreció a su vista una gran ciudad erizada de torres que resplandecía como la

plata a la luz del sol. En el centro se levantaba un magnífico palacio de mármol, con tejado de oro puro, donde vivía el Rey.

Juanito y su compañero, en vez de entrar inmediatamente en la ciudad, se detuvieron en una posada

de las afueras para quitarse el polvo y asearse, porque querían andar limpios por las calles. El posadero les dijo que el Rey era un alma de Dios que nunca hizo daño a nadie por ningún concepto; pero que su hija —¡Dios nos libre! — era una mala princesa. Sin duda poseía una belleza incomparable, pues en vano se buscaría una mujer tan encantadora; pero ¿de qué le servía? Era una hechicera maligna, por cuya culpa habían perdido la vida muchos príncipes galantes. Se dejaba pretender por todo el mundo, príncipes y mendigos podían ir a pedir su mano: a ella le era indiferente. Tenían que adivinar tres cosas que ella pensaba y sobre las cuales les preguntaba ella misma. Quien acertase se casaría con ella y reinaría sobre todo el país a la muerte de su padre; pero si no acertaba las tres cosas, lo mandaba ahorcar o decapitar. ¡Qué malvada era la hermosa princesa! Su padre, el Rey, estaba consternado; pero no podía evitar la maldad de su hija, porque había dado palabra de no inmiscuirse en sus asuntos amorosos, y ella podía hacer lo que le viniese en gana. Todos los príncipes que se presentaron tratando de adivinar para obtener la mano de la princesa, fracasaron y fueron colgados o decapitados. A todos se les avisaba oportunamente, de modo que su galanteo fue siempre voluntario por parte de los pretendientes. Tan apenado estaba el Rey ante esta desgracia e infortunio, que se pasaba un día al año arrodillado en la iglesia con todos sus soldados, rogando que la Princesa fuese buena; pero ni aun así lo era. Los viejos que bebían aguardiente lo teñían de negro antes de echárselo al gaznate, en señal de luto. ¿Qué más podían hacer?

— ¡Detestable princesa!—exclamó Juanito—. Merecería ser azotada con aquellos cardos. Le iría bien. ¡Si yo fuese el Rey, la azotaría hasta hacerle sangre!

Aún hablaba, cuando la gente del portal gritó: “¡Viva!” Doce hermosas doncellas, vistiendo túnicas blancas de seda y con un tulipán de oro en la diestra, montaban caballos negros, al lado de la Princesa. Ésta iba en un caballo blanco como la nieve y el látigo que empuñaba parecía un

rayo de sol. La diadema que ceñía su frente brillaba como en el cielo las estrellas, y su manto estaba recamado de miles de alas de las más lindas mariposas. Pero su belleza personal ofuscaba todo el esplendor y riqueza de sus galas.

Cuando Juanito le vio la cara se puso más encendido que una amapola y apenas pudo articular una sílaba. La Princesa tenía un exacto parecido con la doncellita de la corona de oro que había visto en sueños la noche en que murió su padre. Se quedó tan encantado que no pudo menos de amarla con toda su alma. No podía admitir que fuese una malvada bruja ni que mandase ahorcar o decapitar a quien no adivinase sus acertijos.

"Si todos pueden pretenderla, aunque sean pobres como una rata, iré al castillo. ¡No puedo remediarlo!"

Todo el mundo le aconsejó que no lo intentase si no quería acabar como los otros. El compañero de viaje trató también de disuadirle; pero Juanito pensaba que todo acabaría bien. Cepilló sus zapatos y su vestido, se lavó la cara y las manos, peinó su blonda cabellera y, entrando solo en la ciudad, se dirigió al palacio.

— Entra — dijo el Rey, cuando Juanito llamó a la puerta.

Juanito la abrió y el Rey salió a recibirlo en bata y bordadas pantuflas. Llevaba la corona en la cabeza, el cetro en una mano y la esfera de oro en la otra.

— ¡Espera un momento! — dijo—. Y se puso la esfera en el sobaco para estrechar la mano de Juanito. Pero en cuanto supo que éste era un pretendiente se echó a llorar con tal vehemencia, que cetro y esfera rodaron por el suelo al verse obligado a secarse las lágrimas con los pliegues de su bata. ¡Pobre rey!

— ¡Olvídala! — gimió—. Acabarás tan mal como los otros. ¡Ven y verás!

Lo condujo al jardín de recreo de la Princesa. ¡Qué horroroso espectáculo! De cada árbol pendían tres o cuatro príncipes que habían cortejado a la Princesa y no habían

logrado descifrar sus enigmas. Cuando soplaba la brisa moviendo los esqueletos, se oía un ruido macabro de huesos que asustaba a los pájaros. Éstos ya no se atrevían a posarse en los árboles. Todas las plantas estaban atadas a huesos humanos, y en los tiestos había calaveras que enseñaban los dientes. ¡Lindo jardín para una princesa!

— ¡Ya lo ves! — dijo el Rey—. Te pasará lo que a todos éstos si no renuncias a tu propósito, y harás de mí un desgraciado, porque me matan estas cosas.

Juanito besó al Rey la mano diciendo que todo acabaría bien porque estaba enamorado de la bella Princesa.

En aquel momento, la Princesa entraba, montada en su caballo

blanco, con todas las damas de honor, y ellos fueron a su encuentro y la saludaron. De cerca era aún más preciosa. Dio a besar la mano a Juanito y el muchacho sintió por ella un amor más ardiente que antes. No, no podía ser tan cruel como la gente la pintaba. Pasaron al comedor, y unos pajecitos les sirvieron conservas y galletas de jengibre. Pero el Rey estaba demasiado afligido para comer y, además, las galletas estaban demasiado duras para él.

Acordaron que Juanito volvería a palacio al día

siguiente por la mañana, en que se reunirían los magistrados y todo el Consejo para asistir al examen del joven. Si acertaba la primera pregunta, había de volver otras dos veces; pero aún no se había presentado nadie que no hubiese fracasado el primer día y, así, todos habían perdido la cabeza.

A Juanito no le preocupaba en absoluto lo que pudiera pasarle. Estaba radiante de gozo y sólo pensaba en la bella Princesa, seguro de que Dios le ayudaría, no sabía cómo ni quería saberlo. Andaba saltando de alegría, camino de la posada donde le esperaba el compañero de viaje.

Sin poder contenerse, Juanito le contó la acogida que le había dispensado la Princesa, haciéndose lenguas de su hermosura. Declaró que anhelaba llegar al día siguiente para volver al palacio a probar su suerte en las adivinanzas.

Pero el compañero de viaje movió la cabeza, hondamente preocupado.” ¡Te quiero con toda mi alma! —le dijo—. Y ahora que era mi ilusión pasar algún tiempo en tu grata compañía, voy a perderte para siempre. ¡Mi pobre Juanito! Lloraría, pero no quiero que mis lágrimas nublen tu felicidad esta noche, acaso la última que pasamos juntos. Ahora vivamos alegres, muy alegres. Tiempo me quedará mañana, cuando te marches, para dar rienda suelta a mi llanto.

Tan pronto se enteró la gente de que había llegado un nuevo pretendiente de la Princesa, hubo un gran duelo en la ciudad. Se cerraron los teatros, hombres y mujeres se pusieron crespones negros y el Rey y los sacerdotes se pasaban las horas de rodillas en la iglesia, haciendo rogativas. Todos se unieron en unánime lamentación, convencidos de que Juanito no acabaría mejor que los otros pretendientes.

Al anochecer, el compañero de viaje preparó un gran ponche y dijo a Juanito:

— Alegrémonos y bebamos a la salud de la Princesa.

Pero apenas Juanito bebió dos vasos, le acometió tal

sueño que le fue imposible mantener los ojos abiertos por más tiempo, y se quedó dormido. El compañero de viaje lo cogió muy suavemente y lo acostó en la cama. Después tomó las dos grandes alas que cortó al cisne y se las prendió en su propia espalda, guardó en el bolsillo el más grande de los cardos que le dio la vieja que se había quebrado la pierna al caer, abrió la ventana y salió volando por encima de la ciudad, en dirección al palacio, sentándose en una cornisa bajo la ventana del dormitorio de la Princesa.

En la ciudad reinaba un silencio sepulcral; cuando el reloj dio las doce menos cuarto, se abrió la ventana, y la Princesa, vistiendo una larga túnica blanca y con dos enormes alas negras en la espalda, salió volando y, atravesando la ciudad, se dirigió a la montaña. Pero el compañero de viaje se hizo invisible de modo que la Princesa no pudiera verlo, y voló detrás de ella, azotándola con el cardo tan fuertemente que a cada golpe brotaba sangre. ¡Oh! ¡Cómo soplaba el aire! El viento le levantaba la túnica, sacudiéndosela por todos lados como vela de barco, y la luna se rompía en reflejos a su paso.

— ¡Qué modo de granizar! ¡Qué modo de granizar! — decía la Princesa a cada golpe de cardo, que bien merecido lo tenía.

Por fin llegó a la montaña y llamó. Se produjo un ruido de cerrojos y cadenas como un trueno, se abrió la montaña y entró la Princesa. El compañero de viaje la siguió sin que nadie se fijara en él, porque era invisible. Anduvieron por un corredor larguísimo, cuyas paredes brillaban de siniestra manera; más de mil arañas se movían por las paredes subiendo y bajando como ascuas vivas. Llegaron luego a una gran sala de plata y oro; flores del tamaño del girasol, encarnadas y azules, adornaban las paredes; pero nadie podía coger aquellas flores, porque sus tallos eran repugnantes serpientes venenosas, y las mismas flores no eran sino llamas de fuego que salían de sus bocas. Todo el techo estaba cubierto de gusanos de luz y luciérnagas que revoloteaban. La sala presentaba un

aspecto horrendo. En el centro había un trono construido con cuatro esqueletos de caballo y adornado con grandes arañas de fuego. El trono parecía de cristal blanco como la leche, o mejor como los huesos, y los cojines eran dos ratas negras mordiéndose la cola. Por encima había un dosel de telaraña encarnada con brocados de lindas moscas verdes que brillaban como gemas. Ocupaba el trono un viejo gnomo, coronada su cabeza horriblemente y con un cetro en la mano, que después de besar en la frente a la Princesa la hizo sentar a su lado. Entonces, empezó la música. Grandes saltamontes negros tocaban la cítara, y el búho se golpeaba la tripa con las alas a falta de tambor. Era un concierto grotesco. Numerosos duendecillos negros, con fuegos fatuos en la cabeza, bailaban por la sala. Nadie podía ver al compañero de viaje, que se había escondido detrás del trono y lo veía y escuchaba todo. Los cortesanos que fueron llegando pertenecían a la más noble aristocracia; pero todo el que tuviera dos dedos de frente podía ver lo que eran en realidad: escobas con cabezas de col que el gnomo había animado por arte de encantamiento, dándoles vestidos bordados. Mas poco importaba, pues sólo servían de diversión.

Después de bailar un poco, la Princesa notificó al gnomo que tenía un nuevo pretendiente y, por lo tanto, le pidió un pensamiento que proponer a su adivinación para cuando volviese al palacio.

— ¡Espera! — dijo el gnomo—. Voy a darte un consejo. Elige algo tan fácil, tan fácil, que no pueda ocurrírsele: piensa en uno de tus zapatos. ¿Cómo quieres que lo adivine? Córtale la cabeza, pero cuando vuelvas mañana por la noche, no te olvides de traerme sus ojos, para que yo me los coma.

La Princesa le hizo un profundo acatamiento y prometió no olvidarse de los ojos. El gnomo abrió la montaña y ella regresó a casa volando; pero el compañero de viaje la siguió y la azotó tan duramente con el cardo, que la Princesa lanzaba gritos de dolor, quejándose de aquella fuerte granizada que caía, y apresuró su vuelo para

entrar cuanto antes en su alcoba por la ventana. El compañero de viaje voló a la posada, donde Juanito seguía durmiendo; se quitó las alas y se tumbó en la cama, porque estaba cansado, y con motivo.

Juanito se despertó muy temprano. El compañero de viaje se levantó al mismo tiempo y le dijo que había tenido un sueño extraño sobre la Princesa y uno de sus zapatos; por lo tanto, rogó a Juanito que preguntase a la Princesa si no había pensado en su zapato.

— Es lo primero que preguntaré — dijo Juanito —. Acaso sea verdad ese sueño, pues siempre he creído que Dios me ayudaría. No obstante, despidámonos para siempre, pues si no acierto, ya no volveremos a vernos.

Se abrazaron y Juanito se fue a la ciudad en dirección al palacio. Todo el salón estaba lleno de gente: los jueces ocupaban poltronas y reclinaban la cabeza en almohadas de blando plumón, porque habían de pensar mucho. El Rey estaba de pie, secándose los ojos con un pañuelo blanco. Entró la Princesa, que estaba más hermosa que el día anterior, y saludó a la concurrencia con una graciosa inclinación de cabeza; pero a Juanito le tendió la mano y le dijo:

— Buenos días.

Y llegó el momento fatal en que Juanito había de adivinarle el pensamiento. ¡Oh! ¡Qué arrebatadora le pareció con los ojos fijos en él! Mas apenas el mancebo pronunció la palabra “zapato”, la Princesa palideció como una muerta y se estremeció de pies a cabeza. Pero de nada le valió, porque, ¡Juanito había acertado!

¡Santo cielo! ¡Nunca se ha visto un rey más alegre! Daba saltos mortales de gusto, y todos aplaudían, tanto por él como por Juanito, que había adivinado la primera vez.

El compañero de viaje también se alegró mucho al saber que todo había ido bien. Juanito juntó las manos y dio las gracias a Dios. Estaba seguro de que Él le ayudaría la segunda y la tercera vez, como le había ayudado la primera.

Los acontecimientos se sucedieron aquella noche como en la anterior. Mientras Juanito dormía, el compañero de viaje volaba tras la Princesa a la montaña, golpeándola más fuerte que la otra vez, pues había cogido dos cardosi. Nadie le vio y él se enteró de todo. La Princesa había de pensar en un guante, y también se lo dijo a Juanito como

LOS DUENDECILLOS NEGROS, CON FUEGOS FATUOS EN LA CABEZA

si lo hubiera soñado. De este modo pudo Juanito acertar la segunda vez, lo que causó gran regocijo en palacio. Toda la corte dio saltos mortales, como habían visto que hacía el Rey la primera vez; pero la Princesa dejóse caer en el sofá y permaneció muda. La cuestión era que Juanito adivinase la tercera vez. Si adivinaba, se casaría con la Princesa y heredaría el trono a la muerte del Rey. Si no acertaba, perdería la vida y el gnomo se comería sus hermosos ojos azules.

La vigilia de la tercera prueba se acostó Juanito temprano, rezó sus oraciones y se durmió tranquilo. Pero el compañero de viaje se ató las alas, se ciñó la espada y cogió los tres cardos antes de emprender el vuelo a palacio.

Era una noche muy negra. Hacía un viento tan fuerte que volaban las tejas, y los árboles del jardín, de los que colgaban los esqueletos, se doblaban como juncos. Los relámpagos brillaban sin cesar y el trueno retumbaba como si toda la tierra fuese un inmenso tambor. La ventana se abrió con estrépito y la Princesa salió volando. Estaba pálida como la muerte, pero el mal tiempo la hizo reír y aun declaró que era demasiado bueno. Su larga túnica flameaba al viento como una vela de navío; pero el compañero de viajó azotó a la Princesa con los tres cardos

hasta que la sangre goteó en el aire y apenas la joven podía seguir volando. Pero, al fin, llegó a la montaña.

— Truena y cae granizo — dijo —. Nunca había salido con este tiempo.

— Siempre nos quejamos de lo mejor — dijo el gnomo.

Entonces manifestó ella que Juanito había adivinado por segunda vez, y que, si acertaba también al día siguiente, ganaría y ya no podría ella volver a la montaña ni practicar las artes de hechicería, lo cual la tenía en gran desasosiego.

Esta vez no adivinará — dijo el gnomo —. Te propondré una cosa en que nunca ha pensado él, a no ser que sea un gnomo más poderoso que yo. Pero ahora vamos a divertirnos.

Y, cogiendo a la Princesa por las manos, bailaron entre todos los duendecillos, que lucían fuegos fatuos en la cabeza. Las arañas rojas trepaban por las paredes como monos y parecían flores de fuego echando chispas. El búho tocaba el tambor, los grillos cantaban y los saltamontes negros tañían la cítara. Un baile divertido.

Después del baile, la Princesa despidióse precipitadamente, para que no la echasen de menos en la corte, y el gnomo se ofreció a acompañarla, para que no fuera sola con aquel tiempo.

Volaron, pues, juntos a través de la tempestad, y el compañero de viaje les rompió los cardos en la espalda. Nunca había salido el gnomo con semejante temporal de granizo. Ya cerca del palacio, el gnomo se despidió de la Princesa, al tiempo que le decía al oído:

— Piensa en mi cabeza.

Pero el compañero de viaje lo oyó y, aprovechando el momento en que la Princesa entraba por la ventana en su alcoba y el gnomo se volvía, lo agarró de la barba, que por cierto era larga, y con la espada le cortó de un tajo la cabeza, separándosela del tronco, todo con tal presteza que

el gnomo no llegó a verlo. Tiró el cuerpo al mar, para comida de los peces, y, después de lavar la cabeza en el agua, la envolvió en su pañuelo de seda, que ató por los extremos, se la llevó a la posada y se acostó.

AI día siguiente entregó a Juanito el pañuelo, diciéndole que no lo desatase hasta que le preguntase la Princesa en qué pensaba.

Se había reunido tanta gente en el salón, que estaban como arenques en barril. El Consejo se sentaba en sus muelles poltronas, y el Rey estrenaba vestido; su corona y su cetro de oro estaban recién pulimentados, y Su Majestad permanecía tieso como una estatua. Pero la Princesa estaba muy pálida y vestía de negro, como para asistir a un funeral.

— ¿En qué pienso? — preguntó a Juanito.

Éste desató inmediatamente el pañuelo y él mismo se asustó al ver la horrorosa cabeza del gnomo. Todos se estremecieron, porque daba horror mirarla; pero la Princesa se quedó como una estatua de piedra, sin poder articular una sílaba. Por fin, se levantó y dio la mano a Juanito, pues había acertado. Sin mirar a nadie, dio un profundo suspiro y dijo:

Y, COGIENDO A LA PRINCESA POR LAS MANOS, BAILARON ENTRE TODOS LOS DUENDECILLOS…

— ¡Eres mi esposo y señor! Esta noche celebraremos la boda.

— ¡Eso es lo que quiero! — exclamó el Rey—. ¡Y todos lo celebraremos!

Y la gente gritó:

— ¡Viva!

La banda militar organizó un pasacalle, se echaron al vuelo las campanas, se arrancaron los crespones y todo era alegría. Tres bueyes asados y guisos de patos y gallinas se pusieron en la plaza del mercado para que todos comieran a su gusto; de las fuentes manaba el vino, y a quien iba a comprar un panecillo se le daban seis raciones.

Por la noche hubo grandes luminarias; los soldados dispararon cañones, y los niños, cohetes. En palacio hubo una gran fiesta con abundancia de manjares y vinos generosos, y luego se organizó un baile. Los caballeros de la nobleza y las damas de honor bailaban sin descanso, y desde muy lejos se oían sus canciones:

Aquí están las muchachas más bonitas
con ganas de doblarse entre unos brazos,
pidiendo que el tambor suene y resuene
al compás y al redoble de sus pasos.
Gira, doncella, y no te canses nunca,
lanza tus piernas a uno y otro lado;
hiere el suelo con fuerza, con más fuerza,
hasta perder la suela del zapato.

Pero la Princesa seguía siendo hechicera y no quería a Juanito. El compañero de viaje, que había pensado en esta circunstancia, dio a su amigo tres plumas de las alas del cisne y un frasco con unas gotas, diciéndole que pusiera una tina de agua junto al tálamo nupcial y, después de echar en ella las gotas y las plumas, cuando la Princesa estuviese a punto de meterse en la cama, le diera un empujón haciéndola caer a la tina y zambulléndola tres veces, con lo cual se vería libre de todo encantamiento y le amaría con todo corazón.

Juanito cumplió al pie de la letra las instrucciones del compañero de viaje. La Princesa lanzó gritos, salvajes mientras él la metía en el agua y se debatía con toda su fuerza, en figura de un gran cisne negro con feroces ojos. Cuando salió del agua por segunda vez, el cisne era blanco y sólo le quedaba un círculo negro en el cuello. Juanito rogó devotamente a Dios Nuestro Señor y volvió a zambullir por tercera vez al ave, que salió, por fin, del

agua convertida en la bella Princesa. Era más hermosa que antes, y con lágrimas en los ojos le dio las gracias por haberla librado del maléfico sortilegio que la esclavizaba.

Al día siguiente fue el Rey con su corte a felicitar a los recién casados, y todo el día duraron las congratulaciones. La última de todas fue la del compañero de viaje, que se presentó con su báculo y con la mochila a la espalda. Juanito lo abrazó muchas veces rogándole que no se marchase, que se quedara a vivir con él, disfrutando de aquella felicidad que le debía. Pero el compañero de viaje movió la cabeza y dijo, bondadoso y dulce:

— Imposible. Ha sonado mi hora, pues ya he pagado mi deuda. ¿Te acuerdas del muerto a quien unos malvados querían maltratar? Te desprendiste de cuanto poseías para que pudiera descansar en paz. Yo soy aquel hombre.

Y dicho esto, desapareció.

Las fiestas de la boda duraron un mes. Juanito y la Princesa se querían con locura, y el Rey vivió días felices y tuvo el gozo de sentar en sus rodillas un racimo de hermosos nietecillos que jugaban con su cetro. Y Juanito reinó después sobre todo el país.

EL NUEVO TRAJE DEL EMPERADOR

HACE muchos años vivía un emperador que no pensaba más que en estrenar vestidos, y dilapidaba su fortuna en telas riquísimas. El pasar revista a sus soldados, el ir al teatro, el pasear en su carroza por el parque, etc., sólo le interesaba como pretexto para lucir trajes nuevos. A todas las horas cambiaba de casaca, y así como de un rey lo más corriente es decir: "Está en la sala del Consejo", de él se había de decir siempre: "El Emperador está en su guardarropa".

La ciudad en que residía era muy alegre y cada día le visitaban muchos forasteros. Un día se presentaron dos granujas, que se hicieron pasar por tejedores, diciendo que sabían tejer la tela más fina que pudiera imaginarse y que el traje hecho con aquel material tenía la virtud de ser invisible para todos aquellos que fuesen indignos del cargo que ocupaban o solemnemente estúpidos.

— Será un traje admirable — dijo el Emperador —. Si yo lo llevase descubriría a los hombres de mi imperio que son indignos de su cargo, y podría distinguir entre los inteligentes y los necios. ¡Caramba! Quiero que me hagan al momento un vestido completo de esa maravillosa tela.

Y anticipó una enorme cantidad de dinero a los estafadores para que se pusieran a trabajar sin tardanza. Montaron éstos dos telares y fingían estar abrumados de trabajo. Pedían grandes sumas para la seda más fina y el más precioso oro, se guardaban el dinero y trabajaban junto al telar, donde no había nada, hasta muy entrada la noche.

— Me gustaría saber cómo está mi vestido — pensaba el Emperador. Pero al acordarse de que quien fuese inepto para el cargo que ejercía no podría verlo, le entraba una extraña inquietud. Creía que, por su parte, nada tenía que temer, pero pensaba que sería mejor mandar otro a que viese, antes que él, cómo iban las cosas. Nadie ignoraba la

virtud que aquella tela poseía, y todos deseaban conocer por ella si sus compañeros eran unos indignos o unos imbéciles.

— Mandaré a mi honrado Primer Ministro — se dijo el Emperador — El podrá juzgar de la calidad de la tela, porque es inteligente y nadie ejerce su cargo con más competencia.

Y el buen ministro se presentó en la sala donde los dos perillanes trabajaban en los telares vacíos.

¡Bendito sea Dios! — exclamó para sí, santiguándose y abriendo mucho los ojos. — No veo nada — pero se guardó de confesarlo en alta voz.

Los dos estafadores le rogaron que tuviese la bondad de acercarse, pidiéndole la opinión sobre aquel admirable género y la entonación exquisita de sus colores. Señalaban a los telares vacíos, y el pobre anciano abría unos ojos de desesperado y no podía ver nada, porque nada había que ver.

¡Dios del cielo! — pensó—. ¿Cómo es posible que sea tan estúpido? Nunca me lo hubiera imaginado, y es necesario que nadie lo sepa. ¿Es posible que sea indigno de mi cargo? No, no puedo confesar que no puedo ver la tela."

— ¿Qué le parece? — preguntó un tejedor, al ver que movía la cabeza.

— ¡Oh! ¡Muy bonita... un encanto! — dijo el viejo ministro, mirando a través de las gafas— ¡Qué modelo y qué colores! Le diré al Emperador que estoy muy satisfecho de su tarea.

— Nos alegramos de que le haya gustado — dijeron los tejedores. Y le dieron los nombres de los colores, con explicaciones sobre el modelo. El viejo ministro los escuchó muy atento para repetir al Emperador lo que decían, como así lo hizo.

Entonces, los muy granujas pidieron más dinero, porque les hacía alta para seda y oro del tejido. Se lo quedaron todo sin poner ni una hebra en el telar; pero

continuaron trabajando.

Al cabo de unos días mandó el Emperador a otro honrado cortesano a ver cómo iban las cosas y si la tela estaba acabada de tejer. Como el viejo ministro, miró y remiró, pero nada pudo ver, porque nada había que ver.

— ¿No le gusta? — le preguntaron los estafadores, mostrándole y explicándole la calidad del modelo imaginario.

"No tengo pelo de tonto — pensó el cortesano—. ¿Es que seré indigno de mi lucrativo cargo? Esto es absurdo, pero me guardaré de confesarlo". Y elogió la tela y explicó la satisfacción que le producían aquellos colores y la elegancia del modelo.

— Sí — dijo al Emperador —, es una cosa admirable.

En la ciudad no se hablaba de otra cosa que de la tela famosa, y el mismo Emperador quiso verla cuando aún estaba en el telar. Con una comitiva selecta, en la que figuraban los dos consejeros que le habían precedido en la visita, fue a ver a los estafadores, que trabajaban ahora con toda su alma, pero sin hilos.

— ¿Verdad que es magnífico?—dijeron los dos hombres de Estado—. ¿Ve Su Majestad qué modelo y qué colores? — y señalaban al vacío telar, imaginando que los otros veían el tejido.

"¿Qué es esto? — pensó el Emperador—. No veo nada en absoluto. Es horrible. ¿Soy acaso estúpido? ¿Soy indigno de mi imperio? Esto sería lo más espantoso que pudiera ocurrirme."

— Sí, muy bonito — dijo el Emperador —. Merece nuestra más alta aprobación — e inclinándose muy satisfecho, examinó el vacío telar con gran detenimiento, para que no se dijera que no veía nada. Todos los de la comitiva miraban y remiraban, y aunque no pudieron ver ni más ni menos que los otros, decían como el Emperador:

— ¡Muy bonito! — y todos le aconsejaron que estrenara el traje en un solemne cortejo que pronto había

de hacerse.

— ¡Es magnífico, hermoso, excelente! — corrió de boca en boca, y todos se mostraban contentos. El Emperador concedió a los dos estafadores la cruz de la Orden de la Encomienda y el título de Tejedores de la Corte imperial.

La vigilia del día señalado para el cortejo, los perillanes estuvieron trabajando toda la noche con más de dieciséis lámparas encendidas. La gente pudo observar la actividad que desplegaron para acabar oportunamente el nuevo traje del Emperador. Fingieron sacar la tela del telar, y durante muchas horas cortaron el aire con grandes tijeras y lo hirieron con agujas sin hilo, hasta que dijeron por fin:

— El nuevo traje del Emperador está a disposición de Su Majestad.

El Emperador entró en el taller con todos sus cortesanos, y los dos truhanes levantaban ora un brazo, ora otro, como si sostuvieran algo, diciendo:

— ¡Ved los pantalones! ¡Ved la casaca! ¡Ved el chaleco! Son tan finos como una telaraña. Caen como si no se llevase nada, pero ahí esta su gracia.

— ¡Es verdad! — decían los cortesanos. Pero no veían nada, porque nada había que ver.

— Dígnese Su Majestad quitarse la ropa que lleva — dijeron los

Y EL EMPERADOR SE ESTIRÓ AÚN MAS

pillastres —, y tendremos el honor de ayudar a Su Majestad a vestir el nuevo traje ante el espejo.

El Emperador se lo quitó todo y los perillanes se dispusieron a vestirlo prenda por prenda, mientras él se miraba al espejo, volviéndose a un lado y a otro.

— ¡Oh! ¡Qué bien le cae! ¡Qué elegante! — decían todos—. ¡Qué modelo y qué colores! ¡Es maravilloso! ¡Magnífico vestido!

— A la puerta esperan los soldados con los cuales ha de ir Vuestra Majestad al desfile — dijo el Jefe de Ceremonial.

— Estoy dispuesto — dijo el Emperador—. ¿Verdad que me cae admirablemente? — Y aún se volvió al espejo, para que la gente viera que admiraba sus atavíos.

Los chambelanes que habían de sostenerle el manto se encorvaron hasta el suelo, como si cogiesen la cola. Luego, afectaron sostener algo en sus manos, porque no querían exponerse a que el pueblo creyese que no veían nada.

El Emperador se incorporó al cortejo, y todos los que lo veían desde la calle o desde las ventanas, exclamaban:

— ¡Qué vestido tan admirable lleva el Emperador! ¡Qué cola tan larga! ¡Qué bien le está!

Nadie quería que los demás supieran que no veían nada, para no descubrir o su estupidez o su incapacidad para el cargo que desempeñaba.

— ¡Pero si no lleva nada puesto! — dijo una niña.

— ¡Santo Dios! ¿Ois lo que dice esta inocente criatura? — dijo el padre de la niña.

Y se produjo un gran rumor, pues todos se decían unos a otros:

— No lleva nada... ¡Una niña dice que no lleva nada!

— ¡Va desnudo! — acabó por gritar todo el pueblo. Y el Emperador estaba muy disgustado, porque le parecía que tenían razón; pero pensó; “Abora que ya estamos desfilando, adelante con los faroles”. Y se estiró aún más, y los chambelanes siguieron detrás, tan serios como siempre, aguantando un manto que no existía.

EL HOMBRE DE NIEVE

HACE un frío tan delicioso que todo mi cuerpo cruje de gusto — decía el hombre de nieve —, Este viento vigoriza admirablemente mis miembros. ¿Por qué me mira tanto esa cosa brillante de arriba? — Se refería al Sol, que en aquel momento declinaba —. No me hará cerrar los ojos por más que se empeñe. — Pues habéis de saber que tenía por ojos dos trozos triangulares de teja, y un viejo rastrillo representaba su boca con dientes. Había nacido de los juegos y diversiones de los muchachos, que celebraron su aparición con repique de cascabeles y chasquidos de látigos.

El Sol se puso, y la Luna se levantó, grande, redonda y brillante en el azul del cielo.

— ¡Ya vuelve a estar al otro lado! — dijo el hombre de la nieve, creyendo que el Sol se mostraba de nuevo —. Creo que le he corregido, porque ya no mira tan fijamente. Bueno, que se quede colgado ahí arriba dándome luz para que pueda ver lo que pasa a mi lado. Me gustaría saber moverme, porque sería delicioso un paseo. Antes que nada, iría a deslizarme por el hielo de allá abajo, como he visto que hacían los chicos. Pero no sé cómo: ni siquiera sé andar...

— ¡Guau! ¡Guau! — ladró el viejo perro desde el patio. Estaba algo ronco por haber vivido en el interior de la casa y pasarse el día tumbado junto al fuego de la chimenea —. Pronto te enseñará el Sol a correr. Yo vi cómo se lo enseñó a tu prójimo el año pasado y a todos los que te han precedido en el transcurso de unos años. ¡Guau! ¡Guau! Todos desaparecieron más que de prisa.

— No te entiendo, amigo — dijo el hombre de nieve —. ¿Quieres decir que ese de ahí arriba me enseñará a andar? — Se refería a la Luna —. No hace mucho, por cierto, que he visto cómo andaba mientras le miraba fijo a la cara, y ahora va subiendo por el otro lado.

— ¡Qué ignorante eres! — replicó el otro—. Pero no es de extrañar, porque hace un momento que te has formado. Esa que ves ahí arriba es la Luna; aquel que has visto cómo se marchaba hace poco, es el Sol; mañana volverá y seguramente te enseñará a correr a la zanja. Pronto cambiará el tiempo, me lo anuncia el dolor que siento en la pata izquierda de atrás; el tiempo va a cambiar.

"No entiendo lo que me dice — pensó el hombre de nieve—; pero presiento que me habla de algo desagradable. Ese que me miraba tanto y luego se marchó, el Sol, como él lo llama, no es amigo mío: eso es lo que he podido sacar en limpio."

— ¡Guau! ¡Guau! — ladró el perro. Luego, dio tres vueltas sobre sí mismo y se tumbó a dormir en la perrera.

El tiempo, en efecto, cambió. Al día siguiente, una densa niebla envolvía la Tierra. Luego, sopló un viento helado y recrudeció el frío. Pero cuando salió el Sol, ¡oh, qué esplendor!, árboles y arbustos, cubiertos de escarcha, formaban un bosque de coral blanco, y las ramas parecían cuajadas de flores de brillante albura. Las ramitas y los tallos que en verano se ocultan por completo en tupido follaje, eran ahora como blancas telarañas de nieve salpicadas de reflejos. El abedul movía sus ramas al viento como los árboles en verano. Era un cuadro admirable.

Y cuando ascendió el Sol todo chispeaba y resplandecía como si hubieran esparcido brillantes por la inmensa alfombra de nieve o como si innumerables luces brillasen con más claridad que ésta.

— ¡Que precioso! — exclamó una muchacha que salió al jardín con un joven. Se detuvieron junto al hombre de nieve y contemplaron con admiración los árboles encendidos de reflejos —. No he visto paisaje más bonito en verano — dijo ella, radiante de gozo.

— Y en verano tampoco podemos tener un tipo como éste — replicó el joven, señalando al hombre de nieve.

La chica rió, saludó al tipo aquel y se alejó con el joven por la nieve, que crujía como almidón bajo sus pies.

— ¿Quiénes son esos dos? — preguntó el hombre de nieve al perro— Tú hace más tiempo que estás aquí. ¿Los conoces?

— Claro que sí — contestó el perro —. Ella me ha acariciado el lomo y él me ha dado un hueso con carne. Nunca morderé a ninguno de los dos.

— ¿Pero quiénes son? — volvió a pronunciar el hombre de nieve.

— Unos novios — dijo el perro —. Pronto vivirán los dos en una misma perrera y morderán el mismo hueso. ¡Guau! ¡Guau!

— ¿Son seres como nosotros? — preguntó el hombre de nieve.

— Son miembros de la familia del amo — dijo el perro —. No me sorprende que sepas tan poco. ¡Como naciste ayer! ¡Bien se te conoce! Yo tengo años y experiencia, y sé todo lo de la casa. Y he conocido tiempos mejores en que no me obligaban a arrastrar la cadena aquí, en el frío. ¡Guau! ¡Guau!

— El frío es el mejor — dijo el hombre de nieve —. Anda, cuéntame más cosas; pero no arrastres tanto la cadena, porque me haces temblar de miedo.

— ¡Guau! ¡Guau! — ladró el perro—. Dicen que antes era yo un cachorro muy bonito. Entonces dormía en una silla cubierta de terciopelo, o en la falda de la dueña, dentro de la casa. Me besaban y me limpiaban el morro con un pañuelo bordado. Me llamaban Leal, rico y precioso Leal. Pero, luego, me hice demasiado grande para ellos, me dieron al ama de llaves y tuve que bajar a los sótanos. Desde donde tú estás se ve la ventana. Mira y verás la habitación donde un día fui yo el amo, porque amo era en casa del ama de llaves. Las habitaciones no son tan grandes como las del piso, pero se estaba con mucha comodidad. No tenía que sufrir las impertinencias de los chicos, que me pegaban y zarandeaban, y la comida era tan buena, si no mejor. Tenía una colchoneta para mí solo y había en la pieza una estufa, que en este tiempo es lo mejor del

mundo. Me estiraba debajo, pues había bastante sitio, y estaba tan ricamente. Aún sueño con la estufa aquella. ¡Guau! ¡Guau!

— ¿Es bonita una estufa? — preguntó el hombre de nieve—. ¿Se parece a mí?

— ¡Todo lo contrario! Es más negra que un cuervo y tiene un cuello largo, largo, que acaba en la pared. Come tanto carbón que le sale fuego por la boca. Se pone uno cerca, a su lado, o debajo, y se está divinamente. Tal vez puedas verla desde ahí.

El hombre de nieve miró y vio algo que brillaba, parecido a lo que el perro había descrito. Un vago sentimiento se apoderó de él. No sabía lo que era, ni se explicaba la causa que lo producía; pero era un sentimiento que todo el mundo conoce, aunque no sea hombre de nieve.

— ¿Por qué la dejaste? — preguntó el hombre de nieve, que tenía cierta sospecha de que la estufa era una mujer—. ¿Cómo pudiste abandonar ese sitio?

Por fuerza — dijo el perro —. Me echaron de la casa y me ataron aquí, con esta cadena. Mordí al hijo del amo en la pierna porque me quitó de un puntapié el hueso que me estaba comiendo. Hueso por hueso, pensé. Pero eso lo consideraron ellos una mala acción y, desde entonces, me encadenaron. Perdí mi bienestar y mi voz. ¿No oyes qué ronco estoy? ¡Guau! ¡Guau! Ni ladrar puedo como los otros perros. ¡Guau! ¡Guau! Así acabó todo.

El hombre de la nieve ya no le atendía. Miraba pensativo a los sótanos, a la habitación del ama de llaves, donde la estufa estaba derecha en cuatro pies, tan alta como él.

— Siento un ruido extraño en mis adentros — dijo—. ¿Nunca podré llegar a la estufa? Es un deseo tan inocente el mío que estoy seguro de que será satisfecho, como lo son todas las aspiraciones puras. Quiero que mi corazón descanse en la estufa y entraré a verla, aunque haya de romper la ventana.

— No podrás entrar — dijo el perro —, y si te acercas a la estufa puedes darte por muerto. ¡Guau! ¡Guau!

— Ya estoy ahora más muerto que vivo —replicó el hombre de nieve—. Creo que me voy a desmayar.

El hombre de nieve se pasó el día mirando a la ventana, y en el crepúsculo le pareció la habitación más atractiva. La estufa brillaba con una luz suave, no como la Luna o el Sol, sino con la luz empañada que sale de una estufa bien encendida. Cuando abrieron la habitación, la estufa lanzaba llamas por la boca, según costumbre, y la llama se reflejaba en la cara y en el pecho del hombre de nieve, bañándolo de un tinte rojizo.

— No puedo aguantarme por más tiempo — dijo el hombre de nieve ¡Qué encantadora está, sacando la lengua!

La noche era larga, pero el hombre de nieve se la pasó como en un sueño, perdido por completo en agradables pensamientos, tan fríos, que crujían.

Al día siguiente, los cristales de las ventanas aparecieron empañados de hielo que cristalizaba en las más fantásticas flores; pero éstas impedían ver la estufa.

Pasaban las horas y el hielo de la ventana no se derretía. El hombre de nieve se vio privado de contemplar aquella estufa que le parecía una hermosa mujer. En sus adentros protestaba, gruñendo y refunfuñando. Era el mejor tiempo que pudiera desear un hombre de nieve, y el nuestro no estaba contento. ¿Cómo podía sentirse feliz si le mataba la nostalgia de la estufa?

— Ésa es una espantosa enfermedad para un hombre de nieve — dijo

PERDÍ MI BIENESTAR Y MI VOZ. ¿NO OYES QUÉ RONCO ESTOY?

el perro—. Yo la pasé en mis tiempos; pero me curé para siempre. ¡Guau! ¡Guau! Pronto tendremos un cambio de temperatura.

El tiempo cambió y empezó el deshielo. A medida que aumentaba la temperatura, se iba fundiendo el hombre de nieve. Nada decía, ni una queja salía de su cuerpo, y éste era el más seguro síntoma.

Una mañana se desmoronó y... ¡oh! En el sitio que ocupara, y clavada en el suelo, sólo había la escoba que sirvió a los chicos para sostener la nieve prensada en torno, hasta darle la figura que tenía.

— ¡Caramba! Ahora comprendo por qué le atormentaba aquel hondo anhelo — dijo el perro —. Atada a la escoba veo una paleta de las que usa la gente para avivar la lumbre de las estufas. El hombre de nieve tenía un escarbador por corazón; no es de admirar que suspirase por la estufa. Ahora todo está terminado para él. ¡Guau! ¡Guau!

Pronto se pasó el invierno. “¡Guau! ¡Guau!”, ladraba el ronco perrito, mientras las niñas de la casa cantaban:

«Campo de verdura, viste ya tus galas,
que la primavera va pronto a llegar;
ya canta la alondra todas las mañanas
y empiezan los rayos del Sol a quemar.
Ya los pajaritos construyen su nido
y, oculto en las ramas del tierno abedul,
prepara sus fraudes el pardo cuclillo,
cantando: «¡cucú, cucú, cucú!»

Y nadie se acordaba del hombre de nieve.

LOS CHANCLOS DE LA FORTUNA

I. PRESENTACIÓN

NOS hallamos en Copenhague, calle del Este, no lejos del nuevo Mercado Real, en casa de un vecino que ha reunido a sus amistades correspondiendo a invitaciones que éstas le habían hecho, pues en este mundo han de ser mutuas las relaciones para que resulten buenas. La mitad de la tertulia se había enfrascado ya en el juego de la baraja, en tanto que los demás parecían estar esperando que el huésped dispusiera algo y mataban el tiempo hablando de rail asuntos. La conversación recayó por fin en un tema de historia y vinieron a cuento los tiempos medievales. Alguien sostuvo que la Edad Media era más interesante que nuestra época actual. El consejero Knap apoyó esta opinión con tal calor, que la dueña de la casa se puso al momento de su parte, y los dos criticaron severamente el estudio del almanaque Oersted sobre los tiempos antiguos y modernos, en que se daba preferencia a la actualidad. El Consejero se empeñaba en demostrar que la época del rey Juan había sido la mejor y la más próspera.

Mientras se desarrolla esta conversación, sólo interrumpida por la llegada de un periódico que no contiene nada digno de leerse, salgamos a la antesala, donde las visitas han dejado abrigos, bastones, sombreros y chanclos, y sorprendamos la conversación que allí mantienen dos doncellas: una, joven, y otra, vieja. Cualquiera diría que eran criadas que vinieron a buscar a sus señoras, viejas solteronas o viudas; pero viéndolas de cerca se notaba que no eran vulgares doncellas de servicio, pues su aspecto era excesivamente digno, sus manos demasiado finas, y sus vestidos nada tenían de ordinario. Eran dos hadas. La más joven no era la misma Fortuna, es cierto; pero sí la mandataria de una de sus camareras encargada de repartir pequeños dones de la Fortuna. La

vieja, que tenía una cara más seria, era el Cuidado, que pone en las cosas toda la atención de su persona para cerciorarse de que están bien hechas.

Las dos se estaban comunicando sus andanzas de aquel día. El hada de más edad, que era también mensajera de la Fortuna, había hecho algunos encargos sin importancia, como salvar de un chubasco un sombrero nuevo, proporcionar a un hombre honrado el saludo de un noble cualquiera, y cosas por el estilo; pero la joven tenía que hacer algo de gran importancia.

He de advertirle — dijo la otra — que hoy es mi cumpleaños y, para celebrarlo, se me ha confiado un par de chanclos para regalo de la humanidad. Estos chanclos tienen la virtud de transportar a quien los lleva al tiempo y al lugar en que más desearía vivir: cualquier deseo referente al tiempo y al espacio queda satisfecho en seguida, y así, un hombre podrá alcanzar la felicidad aquí en la Tierra.

Créeme dijo el Cuidado—: será el más desgraciado y bendecirá el momento en que se quite los chanclos.

¡Vaya una opinión! — replicó la otra—. Los dejaré aquí, junto a la puerta. Alguien se los pondrá y será el hombre afortunado.

Ya sabemos, pues, de qué estaban hablando.

II. LO QUE ACONTECIÓ AL CONSEJERO

Era muy tarde. El consejero Knap, muy absorto en sus pensamientos sobre los tiempos del rey Juan, se despidió, y quiso la suerte que, en vez de sus chanclos, se pusiera los de la Fortuna y con ellos saliera a la calle. Pero la mágica virtud de aquellos chanclos le hizo retroceder inmediatamente a la época del rey Juan, y sus pies se hundieron en el barro y tropezaron con la basura de la calle, porque en aquellos tiempos ni se empedraba ni era muy esmerada la limpieza.

— ¡Es espantoso! ¡Qué suciedad! — fue lo primero que dijo —. ¿Por qué habrán desempedrado la calle? ¡Y todas las luces están apagadas!

Aún tenía que salir la Luna y, con la niebla, todo estaba oscuro como boca de lobo. En la primera esquina, una lamparilla ardía' con tan débil luz ante una imagen de Nuestra Señora, que no se fijó hasta que estuvo al lado y sus ojos descubrieron el cuadro, que representaba la Virgen y el Niño.

— No hay duda que es una obra maestra — pensó— y han olvidado ponerle el letrero.

Se cruzó con gente vestida a la antigua usanza.

— ¡Qué trajes tan ridículos! Vendrán de algún baile de máscaras.

De repente se produjo un ruido de tambores y pífanos. Rasgó las tinieblas la luz fulminante de unas antorchas y pasó a su lado una procesión extraordinaria. Iban delante unos tamborileros tocando su instrumento con gran habilidad, seguidos de asistentes y heraldos con mazas y grandes cruces, y el personaje que presidía la extraña procesión era un eclesiástico. El Consejero se quedó viendo visiones y preguntó qué era aquello y quién era aquel clérigo.

— Es el obispo de Zelandia — le dijeron.

— ¡Santo Dios! — suspiró el hombre—. ¿Por qué se habrá disfrazado así el obispo?

Y movió su cabeza como si no cupiera en ella que aquel tipo fuese el obispo.

Con aquella preocupación, cruzó la calle del Este y salió a la plaza del Puente Mayor, que cada día pasaba para llegar a la plaza del Castillo. Pero el puente no aparecía por ninguna parte y, de pronto, se encontró en la orilla del estrecho río, donde dos hombres aguardaban en una barca.

— ¿Quiere pasar su señoría al arrabal de la Rambla? — le preguntaron.

— ¿A la Rambla? — preguntó el Consejero, sin caer en que vivía en época diferente —. Voy al Puerto de Cristian, a la calle del Prado.

Los dos hombres se quedaron mirando.

— Pero, díganme: ¿dónde está el puente? Es escandaloso que no hayan encendido los faroles, y esto está resbaladizo como un lodazal.

Cuanto más hablaban, menos se entendían.

— No entiendo el lenguaje de vuestro arrabal — dijo al fin, con enojo, volviéndoles la espalda.

No pudo hallar el puente; ni siquiera un pretil había.

— ¡Que escándalo! ¡Qué abandono hay en nuestra ciudad!

Y nunca tuvo peor concepto de los tiempos corrientes que aquella noche.

“Lo mejor será que tome una troika”, pensó.

Pero, ¿dónde estaban las troikas? No había ninguna por allí.

— No tendré más remedio que volver al Nuevo Mercado Real en busca de una, si quiero llegar al Puerto de Cristián.

Y retrocedió a la calle del Este. Acababa de llegar al extremo de esta calle, cuando asomó la Luna entre las nubes.

— ¡Dios me valga! ¡Qué casa tan extraña han construido aquí!

— dijo al ver la Puerta del Este, que en aquella época estaba al final de la calle.

Aún estaba abierto uno de los portillos y lo atravesó para llegar al Mercado Real; pero no encontró más que un prado con escasos arbustos diseminados a uno y otro lado de un canal o viaducto que lo atravesaba. Unas barcas destartaladas, pertenecientes a marineros holandeses, se alineaban en la orilla opuesta.

— O esto es un cuento de brujas o estoy bebido — se lamentó —. ¡Si entiendo lo que me pasa, que me ahorquen!

Retrocedió, convencido de que estaba enfermo, y al pasar por las calles se fijó en las casas y observó que la mayoría estaban construidas de listones y argamasa, y aun muchas no tenían más que techo de bardana.

— No, yo no estoy bien — suspiró —. Y eso que sólo he tomado un vaso de ponche. Se ve que el ponche no me prueba. ¡A quién se le ocurre servir ponche con salmonete! Se lo diré a nuestra huéspeda, la mujer del comerciante. Casi estoy por volver a decirles que no me encuentro bien. Pero, ¿no haré el ridículo? Y hay que saber si aún estarán levantados.

Y pensándolo, miraba en busca de la casa.

— ¡Es horrible! Ni siquiera reconozco la calle del Este. No se ve ni una tienda. No hay más que casas viejas y destartaladas. Pero, ¿dónde diablos estoy? No hay duda, me encuentro enfermo y no hace falta que gaste cumplidos. ¿Dónde habrá ido a parar la casa del comerciante? Ya no es la misma de antes; mas en la de al lado veo que hay gente. ¡Ay! ¡Qué malo estoy!

Llegó a un portal entreabierto y vio luz en el interior. Era una posada de aquella época, una especie de fonda y taberna. La estancia parecía una bodega holandesa. Varios parroquianos: marineros, ciudadanos de Copenhague y estudiantes, estaban sentados en animada conversación

ante sus picheles, y no hicieron gran caso de la entrada del Consejero.

— Perdón, señora — dijo éste a la patrona —. Me he puesto súbitamente enfermo. ¿Tendría la bondad de avisar un coche para que me lleve a la calle del Prado?

La mujer se le quedó mirando y agitando la cabeza, y le dirigió la palabra en alemán. El hombre creyó que no comprendía el danés, y repitió la pregunta en alemán. Esta circunstancia y la de llevar aquel ropaje desconocido para ella, la convencieron de que era un forastero,

y, comprendiendo que se había puesto enfermo, le preparó una cocción que tenía gusto de agua de mar, pero que iba muy bien.

El Consejero descansó la cabeza entre las manos, suspiró profundamente y reflexionó sobre todas aquellas alucinaciones de sus sentidos.

— ¿Es el diario de la noche? — preguntó viendo que la mujer apartaba una hoja grande de papel.

Ella no lo entendió, pero le dio el papel. Era un grabado en madera representando una sorprendente aparición en la atmósfera que había visto en la ciudad de Colonia.

— Esto es muy antiguo — dijo el Consejero animándose a la vista de aquella curiosidad antigua—. ¿De dónde ha sacado un grabado tan raro? Es de sumo interés, aunque todo lo que expresa es mera fábula. Los fenómenos se explican ahora por las luces polares y, probablemente, se deben a la electricidad.

Los que se sentaban a su lado y oyeron lo que decía, le contemplaron boquiabiertos. Uno se quitó cortésmente el sombrero y dijo, muy serio;

— Es usted un hombre muy docto, señor.

— Nada de eso — replicó el Consejero —. No hablo más que de cosas que todos conocen.

— Modestia es una gran virtud — dijo un interlocutor —. Pero yo añadiría a su explicación: mihi secus videtur.

Por más que, en este caso, no tengo inconveniente en reservar mi judicium.

— ¿Puedo saber con quién tengo el honor de hablar? — preguntó el Consejero.

— Soy un bachiller en Teología — contestó el hombre.

Aquello fue suficiente para el Consejero, pues título y hábito armonizaban perfectamente.

"Sin duda es este hombre un maestro de aldea, uno de esos tipos que aún se encuentran a veces por el norte de Jutlandia", pensó.

— Aunque no estemos ahora in locus docendi — añadió el hombre —, le ruego tenga la bondad de darnos una lección, porque de seguro es usted un hombre versado en clásicos antiguos.

— Eso sí — replicó el Consejero —, soy un entusiasta de los libros viejos y útiles, pero también me interesan los autores modernos, a excepción de los novelistas.

— ¿Los novelistas? — replicó el bachiller en Teología.

— Sí, me refiero a las novelas modernas, que bastantes tenemos en la vida real para que haga falta escribirlas.

— ¡Ah! — dijo el otro, sonriendo—. Son muy ingeniosas y las leen en la corte. Al rey le gusta extraordinariamente la novela de Sir Iffven y Sir Gaudián, que trata del rey Arturo y sus valientes caballeros de la Tabla Redonda, y ha bromeado con sus cortesanos a propósito del libro.

— No lo he leído aún — dijo el Consejero —. Habrá salido hace poco. ¿Quién lo ha publicado? ¿Heiberg?

— No — replicó el otro —, no lo ha publicado Heiberg, sino Gotfred von Gehmen.

— ¿Es ése el autor? — preguntó el Consejero—. Es un nombre muy antiguo. ¿No se llamaba así el primer tipógrafo danés?

— Sí; es nuestro primer impresor — dijo el estudiante.

Hasta entonces todo fue bien; pero luego un ciudadano

empezó a hablar de la horrible plaga que habían sufrido poco antes, refiriéndose al 1484, y pensando el Consejero que hablaban del cólera, se puso a discutir sin caer en que cada uno hablaba de cosas diferentes. Hacía tan poco que había ocurrido la guerra contra los filibusteros, que inevitablemente fue tema de la conversación, recordándose cómo los piratas ingleses se apoderaron de unos barcos que estaban en el puerto. El Consejero creyó que se trataba de los sucesos de 1901 y se manifestó contra los ingleses. La conversación ya no fue después por tan buen camino, y empezaron las discusiones. El bueno del bachiller resultaba de una ignorancia espantosa, y cada observación del Consejero le parecía demasiado atrevida o fantástica. Muchas veces se miraban, mutuamente sorprendidos, y cuando las cosas se complicaban, el estudiante se ponía a hablar en latín, para que lo entendieran mejor, pero todo era inútil.

— ¿Ya se siente usted mejor? — dijo la patrona tirando de la manga del Consejero, que en el curso de la conversación había olvidado lo que le pasaba.

"¡Dios mío! ¿Dónde estoy?", pensaba, presa de gran turbación.

— ¡Vamos a echar un trago de clarete, de aguamiel o de cerveza de Bremen! — gritó uno de los parroquianos—. ¡Y el señor beberá con nosotros!

Entraron dos muchachas, una de las cuales traía un gorro de dos colores, y escanciaron el vino haciendo reverencias. El Consejero sintió que un escalofrío recorría su espinazo.

— ¿Qué significa esto? — dijo.

Pero no tuvo más remedio que beber lo que tan cortésmente se le ofrecía. Estaba como desesperado, y cuando uno le dijo que el vino se le había subido a la cabeza, no lo dudó un momento y rogó que Rieran a buscarle una troika. Todos se figuraron que hablaba en ruso. Nunca había encontrado compañía tan inculta y vulgarota. "¡Diríase que hemos retrocedido al paganismo!

En mi vida he pasado un momento tan horrible.”

Y se le ocurrió la idea de escurrirse bajo la mesa y alcanzar la puerta. pero cuando ya llegaba, descubrieron los otros su propósito y lo cogieron por los pies, con tan buena suerte para él, que se quedaron con los chanclos en la mano y al momento se le deshizo el espejismo.

El Consejero se encontró en una calle iluminada y ante un alto edificio, que reconoció en seguida. Estaba en la calle del Este, tumbado sobre la acera, con las piernas hacia la puerta, y frente a él estaba el sereno, sentado y durmiendo.

— ¡Válgame Dios! ¿Habré estado caído en la calle mientras soñaba?— se dijo—. Ésta es la calle del Este. ¡Cuántas luces y cuánta comodidad! Aquel vaso de ponche me ha producido un efecto terrible.

Momentos después subía a un coche que lo llevaba a su casa, y pensando en los ratos de angustia que había sufrido, ensalzó de todo corazón la época presente, creyéndola, a pesar de sus deficiencias, mucho mejor que los tiempos pasados en que había vivido un momento hacía. Lo cual dice mucho en favor del Consejero.

III. LAS AVENTURAS DEL SERENO

¡Caramba! ¡Un par de chanclos! — exclamó el sereno —. Serán del teniente que vive ahí arriba, cuando están junto a la puerta de su casa.

Y, en su honradez, de buena gana hubiera llamado para entregarlos al dueño, que aún tenía luz en su habitación; pero temiendo despertar a los vecinos, dejó el calzado donde estaba.

— ¡Qué calentitos estarán los pies con esto! — dijo examinándolos—. ¡Qué cuero tan fino y tan suave!

Se los probó y le entraron sin esfuerzo.

— ¡Pasan cosas bien raras en este mundo! El amo de estos chanclos, por ejemplo, podría estar bien caliente en la cama y, en vez de esto, prefiere dar vueltas por su cuarto. ¡Qué suerte la suya! No tiene mujer ni hijos y sale cada noche. Si yo estuviera en su lugar, también sería feliz.

Apenas formulado este deseo, los chanclos que se había puesto lo transformaron por ensalmo, y el sereno se convirtió en el teniente en cuerpo y alma.

Y ya lo tenemos en su cuarto, aguantando en la mano un pliego de papel con una poesía escrita de puño y letra del teniente. ¿Quién no ha tenido en su vida un momento de inspiración poética? Si uno escribe lo que piensa en tales momentos, ya tiene la poesía.

¡OH, QUIÉN FUERA RICO!

¡Oh, quién fuera rico! Cuando era yo niño
pensaba en ser rico y en ser oficial,
en lucir un sable y un penacho altivo
y un rico uniforme de la escolta real.
De teniente el grado me lo ha dado el tiempo,
pero las riquezas, ¡ay pobre de mí!,
están escondidas, yo no las encuentro:
¡sólo las espero, Dios mío, de Ti!

Soñando una noche, de amor me dio un beso

una hermosa niña. Feliz me sentí.
Con flores de halagos, suspiros y versos,
de que era yo rico, le correspondí.
Por única paga quería poesía,
y yo en aquel tiempo fui rico de amor;
pero, ¡ay!, no de oro, que no aparecía
por ninguna parte. ¿Dónde está, Señor?

¡Oh, quién fuera rico! De noche y de día
al Dios de los cielos pedía este don.
La niña del sueño crecía, crecía;
ya es una doncella de buen corazón.
¡Si al menos supiera qué tesoro encierra
mi alma! Si mi lengua supiera expresar
todo lo que siento, tal vez me quisiera.
¿Por qué, Dios del cielo, no sabré yo hablar?

Si yo fuera rico, viviría en calma
y no encontraría escritos aquí
los tristes pesares que dan a mi alma
un loco deseo de pensar en ti.
Si llega a tus manos mi penosa historia,
que a la noche obscura dedicada está,
sabrás que es un sueño de pasada gloria,
de vida dichosa que no volverá.

Poesías como ésta sólo las escriben los enamorados, pero los hombres prudentes nunca las publican. Siendo teniente, pobre y enamorado, puede formarse un triángulo perfecto que nada tiene que ver con la rueda de la fortuna. Y en esto pensaba el teniente en aquel momento, apoyando su frente calenturienta en el cristal de la ventana y lanzando un hondo suspiro.

— El pobre sereno de esta calle — pensó — es más feliz que yo. Él no conoce mis ansiedades. Tiene casa, mujer e hijos, que comparten sus gozos y sus penas. Si pudiera cambiar su suerte por la mía y vivir con sus aspiraciones y esperanzas, ¡cuánto más dichoso sería! Sin duda, es más feliz que yo.

Inmediatamente, el sereno volvió a ser sereno, ya que por la virtud de los chanclos de la Fortuna había pasado a ser en cuerpo y alma el teniente, según sus deseos; pero en cuanto se mostró descontento y prefirió ser lo que antes era, el sereno volvió a ser el sereno.

— He tenido un sueño absurdo — se dijo —, pero muy curioso. Me sentía convertido en el teniente de ahí arriba y era bastante desagradable, porque perdía mujer e hijos, que siempre están dispuestos a comérseme a besos.

Se volvió a sentar, moviendo la cabeza, sin salir de la sorpresa que el sueño le produjo. Una estrella fugaz rasgó el firmamento.

— ¡Mírala! — se dijo—. Siempre están cayendo y siempre quedan tantas. Me gustaría poder verlas más de cerca, sobre todo la Luna, porque la Luna no se me escaparía de las manos tan fácilmente. El estudiante a quien lava la ropa mi mujer dice que al morir volamos a otro planeta. Eso es un cuento, aunque no estaría del todo mal. Me gustaría dar un salto hasta la Luna, y no me importaría dejar el cuerpo en estas gradas.

Hay cosas que han de decirse con cautela, y aun hay que andar con más cuidado cuando se llevan los chanclos de la Fortuna. Ya veréis lo que le pasó al sereno.

Todos sabemos con cuánta rapidez nos traslada el vapor de un lado a otro, ya en tren, ya en barco. Pero esta rapidez se parece a la de un perezoso o un caracol comparada con la velocidad con que viaja la luz, que anda diecinueve millones de veces más aprisa que la más veloz locomotora. La muerte es una sacudida eléctrica en nuestra vida, y el alma libertada vuela en alas de la electricidad. La luz del Sol necesita ocho minutos y algunos segundos para hacer un viaje de ciento cuarenta y nueve millones de kilómetros; el alma viaja con tanta o más rapidez en alas de la electricidad. La distancia entre varios astros no es más grande para ella que la distancia entre las casas de dos amigos vecinos. La sacudida eléctrica se realiza a costa de la pérdida del cuerpo. a no ser que se lleven los chanclos

de la Fortuna, como el sereno.

En pocos segundos, éste había recorrido la distancia de más de trescientos cincuenta mil kilómetros hasta la Luna, que está formada, como todos saben, de un material mucho más ligero que nuestro planeta, algo así como la nieve recién caída. Fue a parar a uno de los numerosos cráteres que pueden verse en el mapa lunar del doctor Meadler. La parte interior era como una jofaina de un kilómetro de profundidad. En el fondo había una ciudad y todo era tan blando que, para hacernos cargo, lo mejor sería echar en un vaso de agua la clara de un huevo; formaba torres transparentes, cúpulas y terrados que flotaban en el delgado aire como velas.

Nuestro planeta pendía sobre su cabeza como un globo de un rojo obscuro.

Notó en seguida la presencia de muchos seres que, probablemente, pretendían ser lo que llamamos “hombres”, aunque eran muy diferentes de nosotros. Tenían un lenguaje, pero, ¿cómo esperar que lo entendiera el alma de un sereno? Y no obstante, entendió perfectamente el habla de los habitantes de la Luna. Estaban discutiendo sobre nuestro planeta Tierra y tenían sus dudas de si estaba habitado, afirmando que el aire debía ser demasiado pesado para que un hombre de la Luna pudiera habitarlo. Opinaban que sólo la Luna estaba habitada y que era el cuerpo celeste donde vivieron los antiguos habitantes del mundo.

Pero dejémoslos en su discusión y volvamos a la calle del Este para ver qué le pasaba al cuerpo del sereno. Continuaba inmóvil en las gradas, el chuzo se le había caído de las manos y tenía la vista fija en la Luna, por donde vagaba su alma.

¿Qué hora es, sereno? — le preguntó un transeúnte. Y como el sereno dio la callada por respuesta, el hombre le tiró de la nariz. El cuerpo perdió el equilibrio y cayó al suelo como muerto. Sus compañeros se asustaron. El sereno estaba muerto y muerto se quedó. Se denunció el hecho, se

tomó nota y, al día siguiente por la mañana, trasladaron el cadáver al hospital.

Habría tenido mucha gracia que el alma hubiese vuelto a la calle del Este en busca del cuerpo sin poderlo encontrar. Sin duda, se hubiera dirigido al cuartelillo de Policía; después, al jefe de la Brigada de Investigaciones, y, por fin, al hospital. Pero no nos preocupemos,

porque las almas no son tan tontas cuando obran con entera libertad; sólo el cuerpo les hace cometer alguna estupidez.

Como hemos dicho, el cuerpo del sereno fue llevado al hospital, al depósito de cadáveres, y, como es de suponer, lo primero que se hizo fue quitarle los chanclos. Por lo tanto, el alma se vio obligada a volver al cuerpo y, en menos que canta un gallo, el hombre recobró la vida. Declaró que no recordaba haber pasado noche más horrorosa y que por nada del mundo volvería a repetir la experiencia, de la que, por otra parte, salió bien librado, pues el mismo día pudo abandonar el hospital, donde se quedaron los chanclos.

IV. UN TRANCE APURADO. — UNA JORNADA EXTRAORDINARIA

Todos los que han vivido en Copenhague conocen la entrada del Hospital de Federico, pero como probablemente leerán esta historia algunos que nunca han vivido en Copenhague, no estará de más una breve descripción.

Por la parte de la calle, el Hospital está cerrado por una verja de considerable altura, cuyos fuertes barrotes quedan en algunos puntos tan separados que, a veces, como sucede en el presente relato, los más delgados estudiantes de Medicina se han deslizado por allí para corretear un poco por la ciudad. La parte más difícil de pasar era la cabeza, y así, en este caso, como con frecuencia en la vida, las cabezas más pequeñas eran las más afortunadas. Ya bastará esto como introducción.

Un estudiante de quien en un solo sentido podía decirse que poseía una gran cabeza, tenía un compromiso una noche; llovía a cántaros, mas, a pesar de estos dos obstáculos, deseaba salir.

Durante un cuarto de hora lo estuvo pensando: si podía pasar por la reja, no necesitaría molestar al portero. Vio los chanclos que dejó olvidados el sereno y que nunca se le hubiera ocurrido que fuesen de la Fortuna. Pensó que le harían un buen servicio con aquel tiempo que encharcaba las calles, y se los puso. Ahora sólo le faltaba intentar pasar entre dos barrotes, lo cual nunca había hecho. Y allí lo tenemos.

— ¡Si pudiera pasar la cabeza! — se dijo, y, no bien hubo formulado su deseo, la cabeza, que por cierto era una de las más duras y grandes, pasó entre los barrotes con la mayor facilidad. Los chanclos sabían cumplir siempre con su obligación.

— Soy demasiado corpulento — dijo —. Creía que mi

cabeza era lo peor, y ahora no podré pasar el cuerpo.

Trató de sacar la cabeza de aquel cepo y no pudo. Sólo lograba mover el cuello cómodamente. Empezó por irritarse, pero pronto se convenció de que todo era inútil. Los chanclos de la Fortuna le habían metido en aquel trance apurado y, desgraciadamente, no se concretó en su cabezota el deseo de librarse, atento sólo a forcejar como un toro, confiado en la fuerza bruta. ¡Vano esfuerzo! Seguía lloviendo a cántaros y ni un alma pasaba por allí; tampoco podía llegar a la cuerda de la campana para llamar. ¿Cómo se vería libre de aquel armadijo? Pensó que tendría que esperar hasta que amaneciese y un herrero fuera a ensanchar los barrotes. Pero entonces ya sería muy tarde, pasarían camino de la escuela los niños del hospicio de enfrente, y se detendrían a verlo todos los trabajadores y comadres del barrio marítimo. ¡Bonito espectáculo les ofrecería!

— ¡Uf! — gritó—. ¡La sangre se me sube a la cabeza! Voy a enloquecer. ¡Ah, si me viese libre! ¡Quizá entonces se me pasaría esta sofocación!

¡Antes lo hubiera dicho! En cuanto expresó el deseo, pudo libertarse con la mayor facilidad y se retiró a su cuarto, aturdido con el susto que le dieron los chanclos de la Fortuna.

Pero no creáis que todo acabó así; aún faltaba lo peor.

Pasó el día siguiente y nadie reclamó los chanclos. Por la noche se daba un festival en el teatro de la calle Kannike. La sala se llenó y el estudiante estaba entre el público sin acordarse ya de lo que le ocurrió la víspera. Como nadie los había reclamado, llevaba los chanclos, que, por cierto, le fueron útiles para evitar la humedad de la calle. Se recitó un poema titulado Los anteojos de Granny. Estos anteojos permitían a quien los llevaba el ver a la gente como cartas boca arriba y poder predecir todo lo que podía pasarle en un año.

Le gustó la idea. ¡Quién pudiera poseer unas gafas como aquéllas! Haciendo buen uso de ellas, tal vez podría

verse el interior de los corazones, cosa más interesante que saber lo que en un año podía pasarles.

— Si pudiera ver lo que esconde el corazón de las señoras y caballeros que ocupan la primera fila, me parecería estar recorriendo unos almacenes. ¡Cómo pasearía la vista por allí! En el corazón de aquella

TRATÓ DE SACAR LA CABEZA DE AQUEL CEPO Y NO PUDO

señora, seguramente descubriría una tienda de modas; en la de al lado, una tienda vacía, pero a la que no le iría mal una buena limpieza. ¿Encontraría alguna tienda con géneros de buena calidad? ¡Sí, sí! suspiró —. Sé de una en que todo es auténtico, pero ya tiene su tendero y éste es el único defecto de la tienda. Podría entrar en otros y hacer una detenida inspección ¡Me gustaría poder pasar como un pensamiento por estos corazones!

Tal deseo fue una orden para los chanclos. El estudiante se redujo a la nada y comenzó la más extraordinaria de las jornadas a través de los corazones que ocupaban la primera fila. El primero pertenecía a una señora. Le pareció hallarse en la sala de un museo ortopédico de cuyas paredes cuelgan toda clase de miembros deformados, en yeso, con la diferencia de que en el museo las deformaciones correspondían a miembros que

las sufrían antes de entrar, mientras que en el corazón quedaban después de salir. Eran muestras de defectos físicos y mentales de amigos de la señora, muy bien catalogados.

Se apresuró a meterse en otro corazón de señora. Parecióle una catedral: la paloma blanca de la pureza voló al altar mayor. Pero no tuvo tiempo de entretenerse, porque había de visitar el corazón de al lado. Aún sonaban en sus oídos los acordes del órgano y se sentía más bueno y más digno de penetrar en el próximo santuario, donde vio a una madre enferma en una mísera buhardilla. Pero el sol de Dios penetraba por la ventana, toda florecida de magníficas plantas, donde dos pájaros azules cantaban los gozos de la infancia, mientras la madre enferma suplicaba a Dios que bendijese a su hija.

Luego, entró a gatas en una carnicería llena de gente, y por ninguna parte encontraba más que carne. Era el corazón de un hombre rico y respetable, cuyo nombre encontraríais, sin duda, en una guía comercial.

Después penetró en el corazón de la mujer de este hombre, y no era sino una infecta pocilga. El retrato del marido era como una veleta que comunicaba con las puertas, de modo que éstas se abrían y cerraban cada vez que él volvía la cabeza.

En el siguiente corazón halló una cámara de espejos, como los que se ven en el castillo de Rosenburgo; pero los espejos aumentaban enormemente la imagen y el insignificante yo del dueño, el cual, sentado en en centro de la estancia con la gravedad de un Dalai-Lama, admiraba su propia grandeza.

Al penetrar en el que venía después, se creyó metido en un acerico, erizado de punzantes agujas, y dijo:

Sin duda, es el corazón de una vieja solterona.

Pero se equivocaba; pertenecía a un joven oficial con muchos títulos, que era tenido en sociedad por un hombre de talento y de corazón. El pobre estudiante salió aturdido del último corazón de la primera fila; no le era posible

concentrar sus pensamientos y se figuraba ser víctima de su exaltada imaginación.

¡Santo Dios! suspiró—. Tengo una fuerte propensión a la locura, y aquí hace un calor insoportable; la sangre se me sube a la cabeza. Y precisamente entonces recordó los apuros que había pasado la noche anterior, cogido por la reja del hospital.

"¡Sin duda estoy enfermo desde entonces! — pensó—. Habría de tomar alguna medida preventiva, antes de que sea tarde. Acaso me fuera bien un baño ruso. Ya quisiera estar tendido en la plataforma."

Y ya estaba en la plancha del baño de vapor, completamente vestido, con chanclos y todo, y el agua le caía del techo a la cara en gotas calientes.

— ¡Uf!— exclamó. Y se apresuró a tomar un baño de inmersión. El encargado no pudo menos de gritar, sorprendido al ver que un hombre se echaba al agua vestido, pero el estudiante aún tuvo la presencia de ánimo suficiente para decirle:

— ¡Es una apuesta!

Al llegar a casa se aplicó un sinapismo en el cuello y otro en la espalda, para evitar la locura.

Al día siguiente amaneció con la espalda llagada, y fue cuanto sacó de llevar los chanclos de la Fortuna.

V. LA TRANSFORMACIÓN DEL EMPLEADO

El sereno, a quien no habremos olvidado entre tanto, se acordó de los chanclos que encontró en la calle y se le quedaron en el hospital. Fue a buscarlos, y cuando ni el teniente ni nadie los reconoció de su propiedad, los llevó a la Jefatura de Policía.

— Son exactamente igual que los míos — dijo un empleado al ver los chanclos, que colocó al lado de los suyos —. Ni un zapatero podría ver la diferencia entre ellos.

— Señor empleado — dijo un ordenanza, entrando con unos papeles. El empleado se volvió para hablar con él y, cuando fue a recoger sus chanclos, ya no pudo distinguir si eran los de la derecha o los de la izquierda.

"Los mojados han de ser los míos", pensó. Pero no era cierto; eran los de la Fortuna, lo cual no es de admirar, porque un empleado de la Policía puede equivocarse como cualquier otro.

Se calzó los chanclos, guardó unos papeles en el bolsillo, se puso otros bajo el brazo — éstos para leer en casa y comentar su contenido —, y se marchó. Era domingo y hacía un tiempo espléndido.

"Un paseo por el parque de Frederiksburgo me irá de primera, pensó. Y allí encaminó sus pasos.

Era el hombre más tranquilo y juicioso, y no hemos de poner reparos a su paseo, pues después de estar sentado tantas horas, por fuerza había de sentarle bien. Al principio caminaba como un autómata, sin pensar en nada y, por lo tanto, sin dar a los chanclos ocasión de demostrar su virtud mágica. En la avenida encontró a un conocido, un joven poeta danés, que le manifestó su propósito de marchar al día siguiente a dar una vuelta por el extranjero.

— ¿Otra vez te marchas? — preguntó el empleado —. Eres más libre y más dichoso que cualquiera de nosotros.

Tú puedes ir donde te plazca, pero nosotros siempre estamos atados.

— Sí, pero atados al árbol del pan de cada día — replicó el poeta —. Tú no has de preocuparte por el día de mañana, y cuando empieces a ser viejo recibirás una pensión.

Pero tú estás mejor, a pesar de los pesares — dijo el empleado —. Ha de ser un gusto sentarse a escribir poesías. Todo el mundo te dice alguna frase agradable y eres dueño de hacer lo que te plazca. Si supieras lo duro que es verse obligado a sentarse en los tribunales y escuchar las estupideces que se dicen en toda clase de causas...

El poeta movió la cabeza, el empleado hizo lo propio, y ambos se despidieron aferrados a su opinión.

Son gente especial estos poetas — pensó el empleado —. Me gustaría mucho tener esa condición y llegar a ser una eminencia, pues estoy seguro de que no escribiría endechas ni lamentaciones, como ellos. Hoy hace un día espléndido para un poeta. La atmósfera es de una transparencia extraordinaria, las nubes están divinas, y la tierna hierba despide una fragancia penetrante. ¡Hace muchos años que no he notado esto como ahora!"

Tales observaciones bastan para hacernos comprender que se había vuelto poeta. En muchos casos se consideraría ridículo expresar estos sentimientos. Es necio pensar que un poeta sea un ser diferente de los otros. Entre estos otros abundan los que poseen un temperamento poético superior al de los poetas de profesión. Pero un poeta tiene mejor memoria y retiene ideas y conceptos hasta fijarlos claramente y expresarlos en palabras; y eso es lo que no saben hacer los otros. Pero la transición de un temperamento ordinario a otro poético no puede notarse, y es lo que le ocurrió al empleado.

¡Qué deliciosa fragancia! — dijo—. ¡Cómo me recuerda las violetas de tía Laura! Era entonces un chiquillo. ¡Pobre de mí! ¡Ya no había vuelto a pensar en

ella! ¡Era una santa mujer! Vivía junto al canal y siempre tenía en agua una rama verde o un renuevo, por frío que hiciese. Cuando yo aplicaba una moneda caliente en los cristales helados para abrir un agujero por donde mirar, ya daban su olor las violetas. Por los agujeros que yo abría se me ofrecía un paisaje magnífico. Los barcos estaban inmóviles en el canal, vestidos de nieve y abandonados por la tripulación; sólo un cuervo solitario tenía en un mástil su querencia. Pero al llegar la primavera todo renacía y se animaba. Se rompía el hielo produciendo estrepitosos crujidos, se alquitranaban y aparejaban los barcos y zarpaban para remotos países. ¡Y yo siempre aquí, amarrado a la misma mesa, en un despacho de Policía donde la gente adquiere pasaportes para el extranjero! ¡Triste destino el mío! — suspiró profundamente. De pronto, se detuvo —. ¡Dios mío! ¿Qué me pasa? Nunca había pensado y sentido como ahora. El ambiente de primavera debe de ser la causa. Esto me alarma un poco, aunque no deja de ser agradable. — Y se llevó la mano a los papeles, que guardó en el bolsillo —. Pronto me volverán a la realidad estos papeles — se dijo. Y tropezaron sus ojos con la primera línea —: "La señora Sigiberta. Tragedia original, en cinco actos'" — leyó—. ¿Qué es esto? ¡Esta letra es mía! ¿Cuándo habré escrito esta tragedia? "Una intriga en un paseo o Día de ayuno (Juguete cómico)". Pero, ¿de dónde he sacado yo estas cosas? ¡Alguien me las habrá metido en el bolsillo! ¡Hola! ¡Una carta!

Era de un empresario de teatro rechazando las obras en términos nada corteses.

— ¡Cáspita! — dijo el escribiente para sí. Y se dejó caer en un banco. Sus pensamientos volaban a gran altura y sus nervios estaban muy alterados. Maquinalmente, arrancó una margarita que estaba a su alcance. Lo que un botánico nos dice en una hora de lección, esta flor nos lo dice en un instante. Contó la historia de su nacimiento, el poder de la luz solar que hace extender sus pétalos y la madura, obligándola a despedir una suave fragancia.

Luego, el hombre pensó en la lucha por la vida, que despierta los sentimientos de nuestra alma. El aire y la luz son los amantes de las flores, pero la luz es el predilecto. Ella busca la luz ante todo, y cuando ésta le falta se le desmayan los pétalos y se duerme en brazos del aire.

— La luz me da la belleza — dijo la flor.

— Pero el aire te da la respiración — advirtió el poeta.

A cierta distancia, un chiquillo azotaba con una vara el agua de un estanque y las gotas saltaban a las ramas de los árboles. El empleado pensó en los millones de animales microscópicos que eran así lanzados en cada gota de agua y que, si tenemos en cuenta la proporción del tamaño, debían recibir la misma impresión que si a nosotros nos lanzasen a las nubes. Y el poeta sonrió, sorprendido del gran cambio que en él se estaba operando.

— ¡Estoy dormido y soñando! ¡Parece mentira que se pueda soñar con tanta naturalidad sin perder la conciencia de que se está soñando! Supongo que, al despertar, me acordaré de este sueño. Me siento extraordinariamente agitado. ¡Qué clara percepción tengo de las cosas y qué libre me siento! Pero estoy seguro de que cuando recuerde esto, al despertar mañana, todo me parecerá una bagatela y una insensatez, como me ha ocurrido siempre. Todo lo que se ve y oye en sueños es como el tesoro enterrado del gnomo, que cuando uno lo recibe se considera rico y feliz y, al día siguiente, se convierte en piedras y hojas secas. ¡Ay! — suspiró mirando los pajaritos que saltaban cantando de rama en rama —. ¡Cuánto mejor que yo están ésos! Volar es lo más poético de este mundo. Dichosos los que nacen con alas. Si yo pudiera transformarme en pájaro, preferiría ser una alondra.

Dicho y hecho; los faldones de su levita y las mangas se convirtieron en alas, toda su ropa, en plumas, y los chanclos, en patas. Se miró y se puso a reír.

— ¡Vaya! ¡Sé que estoy soñando, pero nunca he tenido un sueño tan disparatado!

Voló al verde follaje y cantó, pero en sus notas no

había poesía. La inspiración poética había desaparecido, porque los chanclos, como todo el que desee hacer las cosas bien, sólo podían hacer una cada vez. Deseó ser poeta y se volvió poeta. Deseó ser un pajarito y, al serlo, perdió su anterior carácter.

— ¡Realmente, es un encanto! — dijo—. Durante el día me siento en la oficina de Policía entre los legajos oficiales más prosaicos, y de noche puedo soñar que me convierto en una alondra del parque de Frederiksburgo. Podría escribirse una comedia popular sobre este asunto.

Y bajó volando a la hierba. Volvió a todos lados la cabeza y picoteaba las flexibles hojas de las plantas, que, por su tamaño, parecían palilleras africanas. De súbito, se le hizo obscuro cuanto le rodeaba, como si llegara la noche. Tuvo la sensación de que algo muy grande caía sobre él: era la gorra de marinero de un muchacho. Por debajo de la gorra pasó una mano, que cogió al empleado por las raíces de las alas, tan fuertemente que le arrancó gritos. El miedo le hizo proferir, por instinto, estas palabras:

— ¡Granuja! ¿No sabes que soy un empleado de Policía? — Pero aquello le sonó al marinerito como un piar: "¡Tu-it! ¡Tu-it!", que acalló dándole un manotazo.

En la avenida encontró dos alumnos de la clase alta, es decir, desde el punto de vista social, pues en cuanto a capacidad, pertenecían a la clase inferior en la escuela. Por unas monedas le compraron el pájaro, y así volvió a entrar el empleado en Copenhague.

— ¡Menos mal que estoy soñando! — dijo el oficinista —. De lo contrario, habría para darse a los diablos. ¡Hace poco era un poeta; ahora una alondra! ¡Sin duda, mi fantasía me habrá transformado en este pajarito! Es una desgracia, y más si se cae en manos de un chiquillo. Veamos en qué acabará todo esto.

Los muchachos entraron con el pájaro en un cuarto amueblado con lujo, donde los recibió una señora gorda y de aspecto simpático, pero no le gustó que llevaran a casa

aquel vulgar pájaro campesino, como llamó a la alondra. Sólo les permitía tenerlo un día; después debían ponerlo en una jaula, al lado de la ventana.

— Tal vez Mariquita estará contenta en su compañía — dijo, haciendo fiestas a una cotorra que se balanceaba en su anillo, dentro de una hermosa jaula de latón —. Hoy es su cumpleaños — añadió como una necia —r y el pajarito ha venido del campo a felicitarla.

Mariquita, sin hacer caso de aquellos cumplidos, continuó meciéndose, pero un bonito canario que el verano pasado habían traído de su cálido país natal, se puso a gorjear dulcemente.

— ¡Chillón! — le dijo la señora, nublándole la jaula con un lienzo blanco.

— ¡Tu-it! ¡Tu-it! — suspiró —. ¡Qué tempestad de nieve! — Y guardó silencio.

El empleado, o como la señora lo llamaba, el pájaro campesino, se encontró metido en una jaula pequeña, junto al canario y no muy lejos de la cotorra. Todo lo que ésta sabía decir y que resultaba a veces de lo más cómico, era: "¡No!, ¡quiero ser hombre!" Y lo que después decía no era más inteligible que el gorjeo del canario; pero el empleado convertido en pájaro comprendía a sus camaradas perfectamente.

— Yo volaba por las palmeras y por los almendros en flor — cantaba el canario —. Con mis hermanos revoloteaba alegre por encima de flores y de lagos tranquilos y transparentes, en cuya orilla se ven temblar las hojas de las plantas. Conocía muchas cotorras de bonitos colores, que sabían contar los cuentos más divertidos.

— Son pájaros salvajes — replicó la cotorra —, no están civilizados. ¡No! ¡Quiero ser hombre! ¿Por qué no ríes? Cuando ríen la señora y los demás, tú debes hacer lo mismo. Es una grosería no saber apreciar las chanzas. ¡No! ¡Quiero ser hombre!

— ¿Recuerdas las hermosas muchachas que venían a

bailar bajo los árboles floridos? —preguntó el canario—. ¿Has olvidado ya los dulces frutos y el fresco jugo de las hierbas silvestres?

— ¡Ah! Sí, lo recuerdo todo — replicó la cotorra—; pero aquí estoy mejor. No me falta buena comida y me tratan muy bien; sé que soy inteligente y no aspiro a más. ¡Quiero ser hombre! Tú eres un poeta, como dicen los hombres; yo poseo profundos conocimientos. Tú eres un genio, pero te falta discreción. Levantas demasiado el tono, con esa voz que tienes, y te han de tapar. Mi pico se hace respetar, y soy ocurrente. ¡No! ¡Quiero ser hombre!

— ¡Oh! ¡Mi país lleno de sol! — cantaba el canario—. Quiero cantar tus árboles de verde follaje; tus aguas tranquilas que las ramas bajan a besar. Quiero cantar el júbilo de mis compañeros en las umbrías de las fuentes abandonadas.

— ¡Deja esa canción tan triste! — dijo la cotorra —. Canta algo que haga reír. Riendo demostrarás que posees mentalidad más perfecta, ¿Acaso has visto reír a un perro o a un caballo? No; sólo pueden lloriquear; pero reír... sólo el hombre posee el don de reír—. Y lanzó una risotada—: ¡Ja, ja, ja! — Y añadió—: ¡Quiero ser hombre!

— ¡Pobrecito pájaro gris del Norte! — dijo el canario —. ¡También tú estás cautivo como nosotros! Aunque haga frío en tus bosques, allí tendrás libertad ¡Vuela! Han olvidado cerrar la puerta de tu jaula y está abierto el montante de la ventana. ¡Huye, vuela!

El empleado obedeció de una manera instintiva, salió de la jaula. En aquel momento gimió la puerta entornada del cuarto y, furtivamente, con ojos de un brillo verde, entró el gato y se lanzó contra él. El canario aleteó en la jaula con estrépito, la cotorra levantó las alas y gritó: “¡Quiero ser hombre!” El empleado, preso de un pánico mortal, voló por la ventana y atravesó calles y tejados, hasta que se vio precisado a descansar un poco

La casa que estaba frente al lugar de su descanso le pareció conocida, y como las ventanas estaban abiertas,

voló y se encontró en su habitación.

Se posó en el extremo de la mesa, y, maquinalmente, imitando a la cotorra, exclamó:

— ¡Quiero ser hombre!

Inmediatamente volvió a ser el empleado de antes, pero sentado ante su propia mesa.

— ¡Caramba! — dijo—. ¡No sé cómo he venido a parar aquí ni cuándo me dormí! Ha sido un sueño muy desagradable. Al fin y al cabo, una bagatela y una insensatez.

VI. LO MEJOR QUE HICIERON LOS CHANCLOS

Al día siguiente, muy de mañana, cuando el empleado aún estaba en la cama, llamaron a la puerta de su cuarto y entró un estudiante de teología que vivía en el mismo piso.

— Présteme sus chanclos — dijo —. Hay mucha humedad en el jardín, pero el sol brilla como una bendición y me gustaría bajar a fumar una pipa.

Se puso los chanclos y bajó al jardín, cuyos únicos árboles eran un ciruelo y un peral. Por pequeños que sean estos jardinillos, en una gran ciudad se consideran como un tesoro inapreciable.

El estudiante se paseaba. Eran las seis de la mañana y en la calle sonó el cuerno del cartero.

—¡Viajar! ¡Viajar! — exclamó el joven, por asociación de ideas—. Ha de ser el placer más grande de la vida y en él se cifran todos mis deseos. Viajando me curaría de esta agitación que me quita el sueño; pero me gustaría poder ir muy lejos, visitar la hermosa Suiza, dar una vuelta por Italia, y...

Suerte que los chanclos obedecieron en el acto, pues de lo contrario, quizá hubiera ido demasiado lejos, no sólo para él, sino también para nosotros.

Se sorprendió viajando por el centro de Suiza, metido con otros ocho en una diligencia. Le dolía la cabeza, el cansancio le envaraba el cuello, la sangre dejó de circularle por los pies; los tenía hinchados y las botas le apretaban, haciéndole ver las estrellas. No podía dormir, ni tampoco puede decirse que estuviera despierto. En el bolsillo de la derecha llevaba sus cartas de crédito; en el de la izquierda, su pasaporte y algunas monedas de oro, cosidas en un maletín que descansaba en sus rodillas. Cada vez que daba una cabezada, abría los ojos, estremecido, creyendo haber extraviado alguno de aquellos valores, y su mano se movía en triángulo, palpando los tres objetos, para cerciorarse de que todo seguía en su sitio. Paraguas, bastones y sombreros

se columpiaban en una malla, frente a él, privándole casi por entero de la vista del paisaje, que era imponente. Se esforzaba en mirarlo, pero, en su fuero íntimo, cantaba lo que sabemos que un poeta escribió en Suiza, aunque no lo haya publicado aún:

Siempre soñé en, lo sublime
y ahora lo tengo ante mí.
Sus lomos sube hasta el cielo
Mont Blanc, escarpado y gris.
Si una bolsa bien repleta
siempre pudiera tener,
mi mayor gozo sería
en Suiza permanecer.

Todo cuanto le rodeaba era grande, impresionante. Los pinares parecían brazos entre las rocas, cuyos picos se hundían en las nubes. Empezó a nevar. Sopló un viento helado.

— Me gustaría haber llegado al otro lado de los Alpes —pensó tiritando. Allí hará buen tiempo y podré obtener dinero con mis cartas de crédito. Me tiene tan preocupado este dinero, que no puedo recrearme en las bellezas de Suiza. ¡Sí, me gustaría estar ya al otro lado!

Y se encontró, sin más, en el centro de Italia, entre Florencia y Roma. Ante su vista se extendía el lago Trasimeno, que, a la luz de la tarde, parecía de oro derretido entre el azul obscuro de las montañas. Allí donde Aníbal derrotó a Flaminio, crecían pacíficos los viñedos, y, por las pintorescas laderas, niños semidesnudos guardaban piaras de cerdos bajo los laureles en flor. Si nos fuera posible hacer una descripción aproximada a la realidad de aquellos paisajes, todos exclamarían: “¡Hermosa Italia!”

Pero ni el estudiante, ni ninguno de sus compañeros de viaje que iban en el coche del vetturino, dijeron nada parecido. Un enjambre de moscas asquerosas y de mosquitos se les metió en el carruaje, y ni con lamas de mirto pudieron ahuyentarlos; los malditos insectos volvían obstinados a la carga, y todos los viajeros salieron de aquel

trance con la cara hinchada. Los pobres caballos daban lástima, materialmente cubiertos de moscas, y sólo tuvieron un ligero alivio cuando bajó a ahuyentarlas el cochero.

Luego, se puso el sol y toda la Naturaleza pareció estremecerse de un frío súbito, como cuando en un día caluroso pasamos del sol a una cripta; las montañas adquirieron ese verde peculiar que tienen los cuadros de algunos paisajistas y que nos parece un color caprichoso cuando no hemos viajado por el Sur. Era un espectáculo sublime, pero los viajeros tenían hambre y estaban extenuados de fatiga, y sólo deseaban un buen albergue donde pasar Ja noche.

La carretera atravesaba un olivar como las nuestras cruzan entre sauces. Y llegaron por fin a un mesón. Una docena de mendigos lisiados descansaban ante la puerta, y el que daba menos lástima parecía el heredero del Hambre. Los demás eran ciegos o paralíticos y tendían sus manos, o el muñón de un brazo manco, entre los andrajos con que se cubrían.

— Excellenza, miserabili! — canturreaban, mostrando el miembro lisiado.

La mesonera, descalza, desgreñada y sucia, salió a recibir a los huéspedes.

Las puertas se cerraban con cuerdas, el piso era de ladrillos, casi todos rotos; el techo estaba lleno de goteras y en toda la casa se percibía un olor hediondo.

— Pon la mesa en la cuadra y así, al menos, veremos lo que comemos — dijo uno de los viajeros.

Se abrieron las ventanas para que pasase el aire, pero antes que el aire pasaron los brazos rotos y la incesante lamentación: Miserabili, excellenza! Las paredes estaban llenas de inscripciones, la mitad de las cuales decían muy poco en favor de la “Bella Italia”.

La cena consistió en una sopa clara de pimiento, y el más rico plato fueron huevos pasados y nabos fritos. Hasta

el vino tenía un gusto desagradable.

Por la noche, los viajeros amontonaron su equipaje contra la puerta, y uno vigilaba mientras los otros dormían. Al estudiante le tocó el turno de guardia. Aquel cuartucho sin ventilación se le hacía insoportable. El calor era asfixiante. Los mosquitos zumbaban y picaban. Los miserabili de la carretera gemían, soñando.

— El viajar — se dijo el estudiante — sería un placer si uno no tuviera cuerpo, si éste pudiera descansar mientras vuela el alma. Dondequiera que voy, siento un deseo que me oprime. Ansió lo mejor de todo. Pero, ¿dónde está y en qué consiste?

Apenas lo había dicho, quedó trasladado a su casa. El blanco cortinaje colgaba ante la ventana, y en el centro del cuarto había un negro ataúd, donde el estudiante dormía el sueño de la muerte. Estaba cumplido su deseo: el cuerpo descansaba mientras el espíritu emprendía libre su último viaje.

"No se considera el hombre feliz mientras no descanse en el sepulcro", dijo Solón. En este caso, se confirmaba la creencia. Todo cadáver es una esfinge de la inmortalidad, y la esfinge del ataúd contestaba a la pregunta que, pocos días antes, se había formulado por escrito el estudiante:

Di, Muerte, ángel sombrío: más allá, ¿nada existe
sino las tumbas que tus pisadas van abriendo?
¿Ascenderá el alma, de Jacob por la escalera,
o sólo será triste hierba de cementerio?

Del mundo a las miradas se ocultan los dolores…
Decid, los que sufristeis día y noche en silencio
y reposáis, ya muertos: ¿no os pesó más la vida
que la pesada tierra que oprime vuestros cuerpos?

Dos seres aparecieron en el cuarto mortuorio. Ya los conocemos: eran el hada Cuidado y la mensajera de la Fortuna. Las dos se acercaron al difunto.

— ¡Ya ves — dijo el Cuidado — la felicidad que dan tus chanclos a los hombres!

— Al menos, a este que duerme le han concedido una gracia perdurable— contestó la mensajera de la Fortuna.

— No lo creas — dijo el Cuidado —; abandonó esta vida por la otra voluntariamente, sin que nadie lo llamara. No tuvo bastante talento para descubrir los tesoros que el Hado le deparaba. Quiero hacerle un señalado favor.

Y quitó al muerto los chanclos. Inmediatamente el sueño de la muerte se acabó y el desvelado levantóse. El Cuidado había desaparecido llevándose los chanclos. Sin duda creyó que le pertenecían.

Cuentos, Hans Christian Andersen
En la Biblioteca Digital Hispánica:
Obra digitalizada

Acerca de esta edición digital

Esta edición digital en formato ePub forma parte de un proyecto puesto en marcha por la Biblioteca Nacional de España encaminado a enriquecer la oferta de servicios de la Biblioteca Digital Hispánica.

En el proceso de digitalización de documentos, los impresos son en primer lugar digitalizados en forma de imagen. Posteriormente, el texto es extraído de manera automatizada gracias a la tecnología de reconocimiento óptico de caracteres (OCR).

El texto así obtenido ha sido aquí revisado, corregido y convertido a ePub (libro electrónico o «publicación electrónica»), formato abierto y estándar de libros digitales. Se intenta respetar en la mayor medida posible el texto original (por ejemplo en cuanto a ortografía), pero pueden realizarse modificaciones con vistas a una mejor legibilidad y adaptación al nuevo formato.

Si encuentra errores o anomalías, estaremos muy agradecidos si nos lo hacen saber a través del correo bibliotecadigital@bne.es.

Las obras aquí convertidas a ePub se encuentran en dominio público, y la utilización de estos textos es libre y gratuita.

Enlaces relacionados:

- Toda la colección de obras en formato ePub de la Biblioteca Digital Hispánica.
- Todas las obras digitalizadas de Hans Christian Andersen por la Biblioteca Nacional de España.
- Hans Christian Andersen en el portal de datos de la Biblioteca Nacional de España, datos.bne
- Todas las obras digitalizadas de Alfonso Nadal por la Biblioteca Nacional de España.
- Alfonso Nadal en el portal de datos de la Biblioteca Nacional de España, datos.bne